



Christian Ferrer

Barón Biza

El inmoralista

Edición
definitiva

Lectulandia

Lejos de decantar, el oscuro atractivo de Barón Biza aumenta con los años: circula su obra, antes denostada, y los artistas parodian su dandismo. Figura paradójica, construyó el monumento más alto del país y dilapidó una fortuna heredada mientras desafiaba a la opinión pública de su época con textos escandalosos. Misógino y machista, Barón Biza fue eclipsado por sus dos mujeres: la actriz de cine y aviadora Myriam Stefford —muerta en un accidente aéreo—, y la dirigente feminista de la UCR Clotilde Sabattini, a quien desfiguró con ácido. Christian Ferrer, uno de los primeros en rastrear y discutir su leyenda, compone una biografía única y compleja donde resaltan el pasmo y las extravagancias tanto del hombre maldito como de su país, la Argentina.

Christian Ferrer

Baron Biza: el inmoralista

ePub r1.0

Titivillus 21.02.2025

Christian Ferrer, 2016

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

*A Tomás Abraham
En memoria de Jorge Barón*

ADVERTENCIA

No es ésta una biografía de Barón Biza. Conciérne a los momentos de una vida cuyas acciones la hicieron notoria ante la opinión pública. No es una obra de crítica literaria, tarea que quizás carezca de relevancia. No es un libro que pretenda reivindicar la figura de un escritor “problemático” o propagar supuestas bondades de obras hoy olvidadas. Tampoco se echa luz sobre la época que calificó la actividad política y editorial de Barón Biza como “revolucionaria” o “pornográfica”, salvo para dejar en claro la circunstancia inmediata que le tocó en suerte. Adeudo este libro a la amistad de Jorge Barón, cuya ayuda logró emanciparlo de una condición deshilachada. En verdad, es un informe confidencial. Su destinatario era el hijo menor de Barón Biza.

EL HIJO

I

Lo recuerdo vestido con vestimenta sobria, habitualmente con saco. De su hablar, rememoro ahora su ritmo pausado y elegante, acompañado de una suave tonada. Era muy amable. Llevaba una barba canosa y promediaba la cincuentena. Vivía en Córdoba, lugar de donde provenía la mitad de su familia, los Sabattini, que habían hecho historia en la provincia, pues su abuelo había sido gobernador y célebre caudillo radical. También lo recuerdo con aire de enfermo y de persona sobre quien pesaban los escombros de una antigua demolición. Se me hizo evidente que arrastraba consigo las muescas de las sucesivas tragedias descargadas sobre su familia. Me contó que había sido periodista, corrector de pruebas, crítico de arte e incluso que en un tiempo trabajó como “negro” de la industria editorial. A fines de la década de 1980 había dirigido una publicación banal para la clase alta. Con más interés recordaba haber traducido un breve y poco conocido texto de Marcel Proust, *El indiferente*. También me fue contando que había tenido una mala época y que estuvo internado por causa del alcohol. Alguna vez escribió que no sólo los exclusivos colegios a los que había asistido, las redacciones y los museos, habían sido sus lugares de formación; también los manicomios y las clínicas psiquiátricas. Hacia 1993 había recalado en Córdoba y mantenía alguna relación con una cátedra universitaria así como también viajaba a Catamarca a dar clases. Enseñaba sobre estética, pero no tenía nada de personaje académico. Se había puesto frente al aula por gusto, pero también por necesidad. Al poco tiempo la universidad le negó nombramiento y sueldo alegando que carecía de título universitario. Escribía, además, crónicas urbanas y artículos periodísticos sobre arte para *La Voz del Interior*. No eran tareas incompatibles. Porque era culto podía prescindir de la jerga académica y porque era libre se interesaba por la vida popular. Pronto se volvió una pluma ineludible de la sección cultural del diario, en especial luego de la salida de su único libro, *El desierto y su semilla*, novela en clave y testimonio de su estadía en un infierno. En todo caso, él, que había nacido en casa de un

millonario, parecía carecer de medios de vida. Se llamaba Jorge Barón y era escritor.

II

Lo conocí en 1995 durante un viaje a Córdoba. Al final de una conferencia un hombre se me acercó y se presentó a sí mismo. Era el hijo menor de Barón Biza. Aunque no me había anticipado que pasaría a verme su visita no me sorprendió. Un año antes, el correo me había traído una misiva suya, inesperada, a propósito de un ensayo mío publicado en una revista cultural. Ese matasellos cordobés daría inicio a una relación epistolar que duró hasta su muerte. En esa primera carta, en la cual venían incluidas fotografías de Barón Biza y de Myriam Stefford, me decía: “Por la obsesiva acumulación de la descomposición orgánica, lo escatológico descrito con lenguaje posromántico, lo apocalíptico a la vuelta de la esquina, creo que Barón Biza tiene una originalidad que merece la seria atención que usted le prestó. Se lo agradezco”. Se refería a su padre, quien había arruinado a una familia. La suya. La carta estaba manuscrita en papel cuadriculado. Durante algunos años todas las cartas que me llegaron estarían redactadas al dorso de distintas fotocopias cuyo contenido carecía de mayor significado. Quizás fueran originales de prueba que había corregido. Más adelante me escribiría a máquina y luego por correo electrónico. Había elegido la dirección baronbiza52@..., y siempre le intrigó la existencia de los cincuenta y un Barón Biza anteriores. En ese mismo año de 1995 me envió una tarjeta de salutación que sólo decía: “Nacer: primero y más terrible de todos los desastres”.

En aquel primer encuentro me enteré que había vivido en Buenos Aires, pero antes en Friburgo y Montevideo, ciudades que acogieron a sus padres en la época peronista. En la solapa de uno de sus libros también afirma haber pasado tiempo en Rosario, en Villa María, en La Falda, en Nueva York y en Milán. La figura paterna era un tema, evidentemente, y era el tema de un libro que estaba escribiendo en secreto, pero no me habló inmediatamente de la terrible historia. Sentí que me estaba tanteando, muy delicadamente, como si sopesara gentilmente la consistencia de mi interés en la obra de su padre. Luego, fuimos a su pequeño departamento, ubicado en un lugar agraciado de la ciudad de Córdoba. Entonces me enseñó unas carpetas con documentos y otra más con fotografías. Cartas, legajos, actas judiciales y recortes de prensa conformaban sectores de un archivo que había ido reuniendo con el tiempo, a

la vez piezas dispersas de la galería de espejos deformantes que él mismo estaba suturando en ese informe ficcional y vagamente terapéutico que se transformaría en libro. Todo ello me lo envió por correo a Buenos Aires. Había confiado en mí. Pero también esperaba, era evidente, que yo escribiera sobre Barón Biza. Él lo hizo primero.

III

El año que siguió a la publicación de su novela debe haber sido grato. Luego de cuatro intentos abandonados había logrado terminarla. El libro comienza con el suicidio del padre, la carrera hacia el hospital, la piel ardiente de la madre, las primeras e inútiles curaciones, y luego se continúa en Milán, donde el protagonista acompaña la convalecencia de la víctima. Quien conociera la tragedia podría haber supuesto que, si bien Jorge Barón no había logrado domesticar sus fantasmas ululantes, al menos los dejó en orden. Me escribió: “La novela es obviamente autobiográfica, pero no es confesional. Es cierto que hay una base existencial en la trama, que busca, más que cicatrizar, establecer qué pasó en aquellos años”. El manuscrito tardaría un tiempo en encontrar editor. Jorge Barón lo presentó a un premio literario importante pero no fue considerado siquiera entre los diez primeros finalistas. Siempre pensé que ese solapamiento había sido más desagradable que los rumores de “arreglo” que se soltaron al tiempo de conocerse el resultado de ese concurso. La Editorial Simurg, en 1998, editó el libro. En la tapa hay un cuadro de Giuseppe Arcimboldo elegido por el propio Jorge Barón. Un rostro compuesto por patas de pollo, cabezas de pescado y diversas salientes monstruosas. Aunque siempre culminaba sus cartas rubricándolas como Jorge Barón, a su libro lo firmó “Jorge Barón Biza”, recuperando el doble apellido de quien fue no solamente su progenitor sino un escritor muy discutido. Lo mencionaba como “Raúl Barón” o “mi padre”. En una sola carta se refiere a él como “papá”. Con respecto a su nombre, especificó lo siguiente: “No sé si Jorge Barón Biza debe ser considerado mi otro apellido, mi patronímico, mi seudónimo, mi nombre profesional, o un desafío”. En la solapa están impresas estas palabras: “Una gran corriente de consuelos afluyó hacia mí cuando se produjo el primer suicidio en la familia. Cuando se desencadenó el segundo, la corriente se convirtió en un océano vacilante y sin horizontes. Después del tercero, las personas corren a cerrar la ventana cada vez que entro en una habitación que está a más de tres pisos. En secuencias como ésta quedó atrapada mi soledad”. Aclara además que nació en 1942. La dedicatoria de mi

ejemplar dice: “Ojo por carne, mal de ojo por mal de carne”. Mal de ojo era el nombre de mi único libro publicado hasta ese momento. Éste es el segundo. Y quizás lo escribo para que Jorge Barón no sea olvidado.

IV

El libro fue bien recibido por la crítica literaria y pronto se lanzó una reimpresión. Eran ediciones de escasa tirada pero cuya importancia fue divulgándose de boca en boca. Jorge Barón comenzó a colaborar en suplementos literarios de diarios capitalinos, lo entrevistaron, se publicaron reseñas y comentarios sobre la novela e incluso un programa cultural de televisión le dedicó todo un unitario. Por entonces parecía estar acumulando confianza en un futuro posible para su oficio de escritor, como si un libro pudiera fungir a modo de pócima mágica para el autor. Pero no fue posible. Redactó varias partes de una nueva novela, que quedó inconclusa, y también planeaba escribir sobre Clotilde Sabattini, su madre. Por un par de años anduvo reuniendo material para ese proyecto, al cual también yo contribuí. Le interesaba saber sobre sus logros de cuando ella fue presidenta del Consejo Nacional de Educación, entre 1958 y 1962. Las leyes sobre educación primaria, el estatuto del docente, los establecimientos de doble escolaridad, la valorización de las técnicas pedagógicas. Nunca lo escribió, al igual que su propia madre, Clotilde, que también abandonó una biografía de su padre, Amadeo Sabattini; también ella había juntado notas periodísticas, transcripciones de sesiones de las cámaras legislativas y textos de leyes aprobadas. Con los años se fue agudizando la mala salud de Jorge Barón, tuvo que internarse un par de veces, le redujeron las colaboraciones periodísticas —su fuente de ingresos— y comenzó a sentirse humillado. Una mudanza al barrio de Nueva Córdoba, en 1999, no compensó su malestar. Me escribió: “Creí que doce pisos eran un reaseguro, pero la altura no frena ruidos, a lo sumo los convoca desde diferentes direcciones”.

V

“Memoria” era el nombre de un notorio programa de televisión de índole escandalosa. Samuel Gelblung, alias “Chiche”, un personaje algo mefistofélico, era su conductor. En 1998 Jorge Barón le concedió una entrevista y participó de una visita al mausoleo de Myriam Stefford, cerca de

Alta Gracia. Junto a las cámaras y a un cuidador de noventa años conchabado milenios atrás por Barón Biza, descendió Jorge Barón hasta el sepulcro de la aviadora. La cripta estaba rota y el lugar, saqueado. El cuerpo momificado de quien fue otrora actriz de cine y piloto de avión estaba fuera del ataúd. Todo era ruina, mortificada aun más por sucesivas avanzadillas de profanadores de tumbas que se ilusionaban con la posibilidad de hallar las mitológicas joyas que alguna vez envolvieron el cuello y los brazos de la Stefford. ¿Por qué fue a ese lugar? ¿Por qué decidió aparecer justamente en ese programa? Jorge Barón estaba interesado en que la provincia cordobesa declarase al obelisco funerario “patrimonio cultural”, y en el programa lanzó un alegato en favor del monumento. El portento estaba derruyéndose en tierra de nadie y en un par de décadas nada quedaría en pie. La llave del candado del lugar la tenía el dueño de un prostíbulo próximo llamado El Chingolo, no casualmente el nombre del avión con el que Myriam Stefford se despeñó del aire. Pero quizás Jorge Barón tuviera algún otro motivo para participar del programa.

VI

Muchos años antes Jorge Barón había publicado una silueta literaria de Isidoro Cañones, el playboy tarambana de clase alta, en la revista del diario *Clarín*. Era un identikit. Escribió: “Lo enrolaron en una clase que no disculpa el menor desfallecimiento económico. Todos llegaron a esa crema de manera dudosa. No hay argumentos de fondo, salvo el dinero, que los aglutine. La burguesía menor o el proletariado no lo aceptarían pues únicamente conciben el ascenso social. Le queda el lumpen, suma de seres desarraigados que no hacen cuestiones de principios. Pero no es una categoría que haga felices a sus integrantes”. Barón Biza, padre, podría haber suscrito esa frase como una verdad de a puño y quizás le hubiera complacido ser alistado en la definición. El hijo, con mayor cansancio, conocía esa verdad, tanto como para transfigurar, episódicamente, la personalidad del padre en un personaje de historieta. Pero también podría ser un autorretrato.

VII

El 9 de septiembre del año 2001, dos días antes de que un cuarteto aéreo pretendiera derrumbar el mundo, Jorge Barón se arrojó al aire por el balcón de un piso duodécimo. Su padre había llegado primero. También su madre se

había quitado la vida. Luego, según contaba Jorge Barón, el suicidio de su hermana menor había desequilibrado el precario tinglado interno con el que había sobrevivido hasta entonces. Y luego él. Quizás fue el final de un escritor sin honra, de un jubilado como cualquier otro, de un hombre desesperado por más de un motivo. O quizás fue el último eco de un acto infame cometido treinta y siete años antes. A veces, cuando se desploman, ciertos alpinistas arrastran consigo a los compañeros de cuerda a quienes lideraban.

VIII

En una fotografía publicada a modo de homenaje póstumo se lo ve radiante, quizás en un momento armonioso de su vida. De moñito y pechera, mucho más joven que cuando lo vi por primera vez, sin canas, mirando hacia la cámara fotográfica, sonriendo apenas, aprontándose para ir al teatro o a una fiesta de gala. Parece feliz.

EL PADRE

I

Primero lo busqué en librerías de viejo, el único lugar del mundo donde todavía puede ser hallada su obra. No ha sido reeditada y no lo será por mucho tiempo. Habiendo sido él mismo el editor de sus novelas, los retazos no fueron enviados al saldo luego de su muerte. Por otra parte, esos libros constituían lecturas “vergonzantes”, una suerte de literatura erótica posible para ese tiempo, y raramente se blanqueaba su presencia en las bibliotecas privadas, especialmente si había niños sueltos por la casa. No obstante, pueden ser encontrados.

Arribada en cuentagotas o por mareas, la resaca de otras épocas abarrotan las librerías de viejo. Parecen antros pero son palacios desvencijados en los que cohabitan el clásico y el recién llegado, yacimientos que amontonan la gema de primera agua y la ganga ocasional, catacumbas donde se marchitan estilos y autores encallados hace ya mucho tiempo. A veces son cementerios, y los libros, ataúdes cuyos cadáveres jamás serán exhumados; otras veces los estantes se asemejan a los pabellones de una prisión: los autores quieren escapar e imploran nuestra ayuda. En esas bodegas muchas botellas ya tienen el contenido definitivamente estropeado y otras son figuritas difíciles. Allí, el visitante atento puede escuchar, como al rescoldo de un fogón, historias de fantasmas y descubrir que en el diccionario de la literatura hay autores despreciados.

Algún librero debe haber deslizado el doble apellido en mi memoria. A los dueños de esas cuevas se los llama despectivamente “mugreros”. Son personas facetadas por décadas de convivir con ácaros, cucarachas, ratas, gatos, el polvo irredimible, títulos que no se venden por años y años, y clientes más chiflados u obsesivos que ellos mismos. Las consultas bibliográficas por computadora, el vendedor profesional y los bibliotecarios diplomados no son capaces de relevarlos. Algunos saben muchas cosas, inútiles en su detallismo enciclopédico pero imprescindibles a la hora de especificar un dato raro o elusivo. También saben diferenciar de un solo golpe

de vista al turista ocasional que ingresa en su dominio del huésped que regresa cíclicamente. Basta con escuchar un par de referencias sueltas en lugares de esta suerte para fundar una obsesión y una cacería. Y es por eso que este libro ha sido escrito a partir de fuentes dispersas pero cuyo prisma se activó originariamente veinticinco años atrás, cuando localicé una novela inusual en una estantería donde comenzaba la letra B. Una tapa almibarada, una parejita entrelazando labios, un nombre risible para una editorial, Biyou, y el título, *El derecho de matar*.

Los siguientes rastros aparecieron hurgando entre lomos y tapas en el desorden del Parque Rivadavia, acumulando anécdotas, tratando de ubicar periódicos antiguos que nadie guardó, entrevistando personas que a veces sólo recordaban como entre sombras, recibiendo auxilio de fuentes insospechadas. Un rompecabezas. Y además su nombre venía engarzado a episodios tormentosos pero cuya consistencia era casi exclusivamente oral. A veces reaparecían ristas de su biografía en alguna rememoración periodística de crímenes famosos. En estos casos los periodistas solían ensartar el morbo a la ignorancia. Fechas, nombres, comprensión del tema: todo mal informado, todo mal precisado. Lentamente fui disponiendo y organizando un archivo sobre la vida y obra de un autor que la tradición llama “maldito” aunque se trate de alguien que, en verdad, no fue un desconocido en su época, que fue noticia de diario intermitente a lo largo de su vida, en particular el día de su muerte, y que vendió su primer libro en abundancia. Sin embargo nadie había escrito nada sobre su obra, nadie descendió hasta los basurales e infiernos de la literatura local.

No había sido tomado en serio como escritor excepto por los periodistas. Las personas cultas no saben nada de este hombre. Sólo aquellos que andan por la sesentena, o más, reconocen su doble apellido y siempre asociado a un hecho alevoso ocurrido “allá por los años 60”. En ningún lugar se lo recuerda, salvo en Córdoba, y no tanto porque en esa provincia poseyera una propiedad donde pasaba algunos de sus días en tanto patrón de estancia, sino porque cerca de la ciudad de Alta Gracia se alza un enorme monumento funerario con forma de ala de avión donde está sepultada Myriam Stefford, actriz y aviadora intrépida muerta en el ejercicio de su oficio, muy joven aún. A metros del altísimo tálamo fúnebre descansa, si puede, Barón Biza, quien fue su esposo y su viudo.

II

Fue muchas cosas: escritor, playboy, millonario, izquierdista, pornógrafo, exiliado, empresario, financista de revoluciones, político, concesionario municipal, habitué de prisiones, editor de periódicos, huelguista de hambre, suicida, enamorado e infame. A pesar de tanto ajetreo, la suya parece haber sido una vida sin dirección. Sobre su fortuna dirá: “Yo no soy culpable de mi riqueza, no hice más que heredarla”. En sus novelas siempre hay un personaje asombrado de haberse vuelto instantáneamente adinerado por causa de un certificado de defunción del padre y de una partida de nacimiento suya. Quizás haya sido un rentista que creía saber una verdad fea sobre el mundo y no quiso callársela. Toda su biografía está condensada en anécdotas tremebundas, y el acto final que terminó protagonizando, antes de su muerte por mano propia, lo transformó en un caso literario de “psicopatía criminal”. Quedan de él el recuerdo de un acto imperdonable, páginas amarillentas de viejos diarios, y el olvido, cuando no el oprobio. Aun así, la infamia no deja de ser una variante de la fama y esta misma, una boa constrictora. En vida Barón Biza estuvo eclipsado por el renombre mayor, aunque ocasional, de sus dos mujeres: la aviadora Myriam Stefford y la pedagoga y política radical Clotilde Sabattini. Otra paradoja de esta historia reside en que este misógino y machista se unió en matrimonio primero con una mujer de mundo y valiente, y luego con una mujer profesional, moderna y feminista, moderada por cierto, pero feminista al fin y al cabo. Sin embargo, nunca alcanzamos a comprender verdaderamente los movimientos de sístole y diástole de las historias de amor, porque cada corazón es relicario tanto como caja de Pandora y porque algunos hombres y mujeres que han unido sus almas y sus cuerpos parecen prendidos de un juego formidable cuyas reglas nadie más sabe descifrar.

III

¿Qué es lo que sabía de él cuando encontré sus libros? Un retrato de pocas piezas sin encastrar y quizás inexactas. Raúl Barón Biza, cordobés, llegado al mundo un 4 de noviembre de 1899, el mismo año en que nació Jorge Luis Borges. Había sido autor atípico y desafiante. Escribió novelas por las que fue procesado. Era anticlerical. También fue blasfemo, “sexópata” y pionero en el cultivo de oliváceas y en la explotación de minas de wolframio, scheelita y bismuto en las sierras cordobesas. Había sido el típico argentino rico en París, a la vez dandy y hombre de temple. Estaba omitido. Alguna vez encuesté informalmente a literatos memoriosos y de cierta edad, y de sus testimonios pude tabular una unánime y desdeñosa convicción: que Barón Biza no había

sido hombre de letras sino “pornógrafo”. Un sicalíptico. Que su literatura era “para solteros” y que toda esa temática conmocionante carecía de valor literario. Pero el rubro de folletín de retrete es, en este caso, cómodo, consecuencia de un equívoco. Barón Biza tiene más de moralista bizarro que de pornógrafo y sus libros procesados, más que novelas “eróticas”, eran libelos crudos.

Pero la mácula se le había adherido como una rémora. A partir de aquellos juicios por inmoralidad que le inició el Estado argentino en 1933, y luego en 1943, había pasado a ser “el degenerado”, el que le restregó el sexo a la sociedad de su tiempo, y en la cara, con un discurso contrario a la hipocresía y a la vez alejado del naturalismo emocional de índole socialista y del llamado romántico a emancipar los sentimientos. En sus libros el sexo blandía espada y red, era gladiatorial, se abría paso con retórica misógina en la era de la liberación femenina. ¿Era para tanto? En cuestiones de erótica, sus novelas, leídas hoy, resultan ser si no pudibundas al menos un poco abstractas. Apenas si hay desnudos. Y sin embargo eran irritantes. Quizás no fuera el sexo, sino algo más, lo que arrastró su figura truculenta hacia los tribunales de justicia y la arropó de una costra de fama hasta su final.

IV

Son innumerables las anécdotas que se le atribuyen. Cuántas son ficticias o auténticas es imposible saberlo ya. Llega un momento en que los mitos se independizan de su fuente: que le envió una bandeja de plata al Papa porque sabía que a los pontífices les interesaba el dinero; que contrató la marquesina de varias librerías céntricas para promocionar sus obras; que se batió a duelo numerosas veces; que organizó una fiesta de disfraces en la que los hijos de la oligarquía se vistieron de inmigrantes pero él llegó de frac y galera y con una beldad del brazo; que se tiroteó con su cuñado; que es el protagonista de dos tangos; que estaba emparentado con el Che Guevara; que fue miembro del Jockey Club y que fue expulsado de esa institución; que le pagó una fortuna al maquinista de un tren tan sólo para que detuviera la locomotora y los vagones con el fin de poder contemplar el paisaje; que todos sus libros habrían sido incluidos en el Index Canonicum en tanto literatura vedada para los fieles de la Iglesia Católica Apostólica y Romana; que tenía un sirviente negro en su estancia de Alta Gracia y que había contratado a un “negro”, un escritor en las sombras, para que redactara los libros que luego firmaba; que vendió un diamante en el Banco Municipal y que el comprador lo perdió en

un taxi y que el taxista lo devolvió al banco; que contrató a dos hombres contrahechos, uno de huesos quebrados y el otro jorobado, para ser custodios del sepulcro faraónico de su esposa muerta; y así sucesivamente. Tanta fábula extraordinaria eclipsó la obra literaria y resaltó la circunstancia: la vida del autor. Su fracaso es su triunfo, pues un misterio rodea su obra hasta el día de hoy.

V

El derecho de matar, *Punto final* y *Todo estaba sucio* son las tres novelas que publicó, en 1933, en 1943 y en 1963. Se diría un escritor discontinuo. Estas novelas, un libro de cuentos anterior, un testimonio personal sobre su yrigoyenismo revolucionario y una serie de recortes y documentos los fui guardando en mi biblioteca y en sobres de papel madera. ¿Por qué? ¿Para qué? En parte por afán de archivo; luego, porque toda biblioteca personal resulta ser un muñón de librería de viejo; y también porque hallaba en sus libros no sólo un mal remedo de filósofos como Schopenhauer o Nietzsche, sino también a un autor curioso que pegaba cuatro gritos a una sociedad que no deseaba escuchar su verdad. Esa verdad era de índole sexual. Durante mucho tiempo no supe qué hacer con esos libros y fotocopias. Una vez leídos, ¿dónde guardarlos? ¿En el estante de los raros y excéntricos? ¿O en el infiernillo de la biblioteca? Con los años esas tres novelas estarían siempre solas, en el extremo de algún estante, separadas de todos los demás lomos por una barrera protectora. No estaban clasificadas ni entre aquellas que no había leído y no leería jamás, ni entre aquellas otras ya hojeadas, subrayadas o abandonadas por la mitad. Quedaron a la espera.

Pero las obsesiones dejadas de lado reviven al menor acicate. La ocasión fue proporcionada hacia 1990 por un programa de televisión que exhibía fragmentariamente distintos acontecimientos del siglo. Se llamaba “Siglo XX Cambalache” y su conductora, Teté Coustarot, una ex Reina de la Manzana, se dedicaba a restarle dramaticidad a la historia argentina con palabras ceremoniales y pomposas. Un segmento del programa lo ocupaba “Sucesos Argentinos”, viejo noticiario fílmico que en mi infancia había visto en cines de barrio. Repentinamente, escuché: “La señora Clotilde Sabattini de Barón Biza, presidenta del Consejo Nacional de Educación, visita nuevos establecimientos de enseñanza en la provincia de Santiago del Estero...”. Por treinta segundos concentré toda mi atención en esa mujer. En la corta secuencia cinematográfica, en blanco y negro, se veía a una señora mayor,

con la cabeza cubierta por un pañuelo por causa del día ventoso, bajando por las escalerillas del avión y luego caminando entre maestras y funcionarios en la inauguración de una obra pública. No más que eso, y eso sucedió el día 27 de octubre de 1958 en el aeropuerto cuyo nombre era Mal Paso, hoy llamado Ángel de la Paz. ¿Era ésta la mujer que había suscitado semejante pasión? ¿Era ésta la víctima de la terrible tragedia? Clotilde Sabattini no podía imaginar el final de su propia historia cuando esas imágenes fueron registradas. Creo que fue por entonces que decidí escribir sobre Raúl Barón Biza, que a nadie dejó en paz, ni a lo largo de su vida ni luego de su muerte. Y si bien abandoné varias veces el impulso que me mantenía interesado en esta historia, siempre apareció algún estímulo sorpresivo, alguna señal que me recordaba la tarea incumplida. Por ejemplo, esta leyenda grabada sobre una gigantografía publicitaria en el aeroparque de la ciudad de Buenos Aires y vista de reojo antes de tomar un vuelo:

BARÓN B
EXTRA BRUT

VI

Y, además, se decía que había dilapidado una fortuna descomunal. ¿Es posible hacerlo? Se puede gastar el dinero en cualquier cosa. Comprar bodegas, fletar trenes, adquirir yates, pagar cruceros, conducir Rolls-Royces, consumir lo mejor. Asimismo, hay que considerar la construcción de un extravagante monumento en la provincia de Córdoba. Y los diamantes, esmeraldas y rubíes regalados a su primera esposa. Y la mansión en Plaza Francia. Y la cuestión del financiamiento de revoluciones. Etcétera. En fin, no se privó de nada. Tampoco de encargar una cierta tirada de ejemplares de sus primeros libros en el mejor papel posible y con tapas de un lujo tal que hoy en día sería difícil encontrar encuadernadores de ese calibre. Son ejemplares “fuera de comercio”, únicamente para sus amigos.

La figura del millonario excéntrico es propia del siglo xx. Hubo muchos casos sonados: Barbara Hutton, que había heredado ciento cincuenta millones de dólares de la época, terminó con apenas tres mil billetes en el banco. El otro congénere derrochador y megalómano por la época era Howard Hughes, cuya historia de vida demuestra que el dinero puede llevar al delirio. El mutuo interés de Barón Biza y Howard Hughes por el cine, por las mujeres y por la aeronáutica hace inevitable la comparación. Por cierto, Barbara Hutton se

había casado por apenas cincuenta y tres días con alguien que por un tiempo fue el modelo del playboy internacional químicamente puro, un tal Porfirio Rubirosa, embajador de la República Dominicana en la Argentina en la década de 1950 y que también fue polista y aviador, además de latin lover y macho cazafortunas, y asimismo ladero del dictador Rafael Leónidas Trujillo. Era aún el reino de los hombres recios, de los de llevarse todo por delante, y Barón Biza calzaba en ese molde. Sobre Barbara Hutton escribió el propio Barón Biza: “Aviones especiales, yates, lujosos Rolls-Royce traen al palacio de Barbara Hutton, en Tánger, los invitados a una de sus fiestas. Ésta costó decenas de miles de dólares. El palacio de las mil y una noches fue creado por Bárbara para su posible próximo octavo marido, veintiséis años menor que ella. ‘Sólo tengo un fin en mi vida: *amar...*’ Eso dijo ella a los periodistas”.

VII

Barón Biza es uno de los novelistas menos leídos de la actualidad, si es que existe alguien aún que se distraiga con sus páginas. Seguramente por su propio mérito. Y porque los modos de consagrar y excluir obras y autorías en la Argentina no hacen lugar a este tipo de escritores. Una paradoja dificulta aun más su lectura: su vida excéntrica y excesiva fue pasto para la fiera periodística que, ocasionalmente, ha carneado sus restos. Por otro lado se volvió un espectro de librería, un personaje novelesco sin novelas. Su obra, al fin, se licuó en dos géneros menores: la crónica negra de la literatura y los rumores que suelen deslizar los seres de trasnoche.

Pero no se le escatimaron lectores, aunque muchos atraídos por la mala fama y no por las bellas letras. ¿Quiénes? Seguramente hombres, oficinistas, pequeñoburgueses, sin olvidar el lumpenaje de la cultura letrada. Es que Barón Biza no era un nombre sino un título, una acuñación, la marca registrada de un escritor. No se me escapa que el marbete de “maldito” está hoy gastado y desautorizado, pero de ese modo fue tratado él por sus contemporáneos. Quizás no estuviera tan solo, dejando de lado su preferencia por no ser confundido con otros. Quizás sí existía alrededor de estos escritores olvidados una producción social conformada por discursos políticos soliviantados, expectativas de emancipación erótica y práctica de costumbres novedosas. Los lectores también constituyen el medio ambiente de una escritura. ¿Por qué habrán querido leerlo? Bien, el socialismo, el redentorismo sexual, el embate literario contra los oligarcas y el nietzscheísmo eran temas y problemas, por entonces, bullentes.

Todavía a comienzos de 1960 era un autor “discutido”. Esa década marcó su límite público, su certificado de defunción literaria, pues aunque disfrutó de una audiencia bastante grande y que dos procesos judiciales por obscenidad promovieran la multiplicación del rédito, el favor de los lectores no se trocó en respeto literario. El Parnaso cobra peaje distinto, impuestos a la higiene gramatical. Quedó reducido a lectura de trastienda, a librillo pasado entre manos en forma soterrada. No obstante, las dos novelas procesadas se reeditaron varias veces. Si bien su fortuna lo puso a salvo de ediciones inciertas, tres libros en treinta años son indicio de que no se pensaba a sí mismo como un escritor relacionado con un público. Los editaba como un aristócrata, o como un autócrata. Y el halo escandaloso que los forraba no parecía molestarle. Sus parrafadas contra la Iglesia y la doctrina cristiana no sólo se enmarcan en el clima abierto por las gestas del laicismo radical y el ateísmo ilustrado sino también en la larga historia de la blasfemia. Barón Biza consideraba a Dios un agrimensor incompetente.

Fue uno de los últimos diletantes de la Argentina, no encastrable en el nuevo formato del autor profesional ni tampoco en la vieja horma romantizada del escritor de vocación. A la vez uno de los principales exponentes de una zona marginal de la literatura en castellano, aun cuando los temas que aborda le sean previos y mucho mejor argumentados por otros. Pero no sólo por la temática, por calibrar el umbral de tolerancia de la moral cívica y literaria, fue Barón Biza una singularidad. A cualquier literato se le permite impostarse como personaje terrible siempre y cuando tenga al diccionario por polvorín, pero no cualquiera logra sobrevivir a modo de apodo mefistofélico en el rumoreo de los lectores. Ciertamente es que a su “fama negra” contribuyó él mismo tanto como los acontecimientos en que se vio envuelto, a veces grandilocuentemente, a veces trágicamente. El autor mismo, en vida, desencadenó fuerzas revulsivas. Y en el final, un drama. Seguramente tenía plena conciencia, antes de agredir irreversiblemente a Clotilde Sabattini, de que el estigma de la infamia lo iba a acompañar en la muerte, en tanto y en cuanto alguien recordara su nombre o sus libros. A pesar de ello, de la exclusión y del olvido de autores o saberes aprendemos más sobre las estrategias del difamador que sobre la sustancia o la pertinencia del maldecido.

VIII

En una carta suya enviada a un jefe de la policía Barón Biza dice de sí mismo: “Desde ya le pido disculpas si llevado por la vehemencia, y mi natural manera de ser, el estilo se aparta del común de los expedientes judiciales”. A lo que él califica de “natural manera de ser” otros la llamarían “difícil”, una palabra que suele cuadrar a este tipo de personalidades. Su carácter era, probablemente, impetuoso, absorbente, dominante e irritable. Un talante semejante lo llevaba a enemistarse súbitamente con cualquiera que no le siguiera el tren o que lo contradijera. En su juventud fue trotamundos; ya adulto, novelista “procesado”, y poco cambió de principio a fin. Fue un hombre duro, inteligente y egocéntrico. Sobre el final de su vida lo acompañaba una suerte de aureola personal asociada al escándalo, puesto que su renombre era pésimo. Una vez escribió: “Más que un anormal, soy un producto social, a lo más un cerebro negro”. Su hijo Jorge Barón dijo de él: “Tenía un sentido absoluto del margen, como si fuese su mundo natural o como si él se sintiese el creador del margen”.

Un diario lo acusó de trabajar de “empresario del ruido”. Aunque despectiva, la alusión sonora es justa. De vez en cuando, al menos una vez por década, Barón Biza hacía ruido: estruendoso, rimbombante, explosivo y al fin horrisonante. Luego, según recordó el diario *La Nación*, “se hundía en silencios que, si parecían de hierro, más bien lo eran por el rastro de la tormenta que por la pasividad del protagonista”. El personaje era megalómano, excesivo, algo exhibicionista, la caricatura del inmoral, el tipo ideal del “enemigo del pueblo”, aun cuando él se viera a sí mismo como desenmascarador de hipocresías y antagonista de la moral de sacristía. Quizás alguna vez ocupara el lugar de curiosidad de circo. Ahora bien, excéntricos de clase alta han existido desde siempre, pero queda indeciso si el suyo fue un llamado rebelde auténtico o un berrido de niño bien.

IX

Las vigas maestras de su cosmos literario resultan ser el anticapitalismo — una cuestión que por ese tiempo era agitada por pensadores y reformadores anarquistas, católicos, socialistas, fascistas y nacionalistas— y la vida sensualista y sórdida, tema en el que reinaba Vargas Vila, escritor colombiano hoy olvidado. De allí se desprenden el resto de sus obsesiones: la misoginia, el individualismo, la corrupción política, el vicio, el anticlericalismo, la trata de blancas, la perfidia humana, el lesbianismo, la vida mundana, el antisemitismo, la desilusión amorosa, el odio a los poderosos, la vida patética

y la calidad canallesca de la existencia. En un diario de Gualeguaychú de la década de 1920 se lee que Barón Biza “es sociólogo de la práctica diaria, escritor bizarro y hombre de claras y progresistas ideas políticas”. Todo eso junto. El sociólogo, el bizarro y el progresista suponían que toda honra está fundada en un crimen, o bien que éste se oculta tras una máscara honorable. Otra constante en sus libros es el ciclo cumplido por los personajes entre la provincia y la metrópoli, la salida al mundo y el regreso al punto de partida, el conocimiento del cenit de la fortuna y también de su nadir, la confianza entregada y la traición a la misma, la fe política y el nihilismo escéptico. Y, como si fuera un personaje en sí mismo, el viaje y sus formas: destierros, internamientos, huidas del hogar y también exilios dorados, pues el champagne rezuma de sus libros. Quizás se imaginara a sí mismo como un “doble agente”, alguien que vive de rentas millonarias y que no deja de exponer los secretos y “secretitos” de su propia clase social.

Barón Biza es una de las aristas visibles de un iceberg bajo cuya superficie yacen cientos y cientos de autores “raros”, “menores”, “malos”. En su caso, lo que concedió potencia pública a sus novelas fue la cruz de deseo y política, de erotismo y corrupción moral. Esa historia folletinesca de ascenso social en los tiempos de la “década infame”, ese novelón erótico-macabrista, ese intento de desfloración del pudor literario, presuponían que la sordidez y la podredumbre hacen evidente la esencia de una sociedad. “Mis escritos están saturados de realidad”, eso dijo. También escribió sobre sí mismo: “Es despiadado con la verdad, lastima, hiere, fustiga. Nadie dijo tan crudamente tantas verdades”. Una de esas verdades concernía al comercio de la carne. En las décadas de 1920 y 1930 había en Buenos Aires muchos de esos lugares que en otro tiempo se llamaban casas de tolerancia o “casas con visillos” o habitaciones de piringundín, sin olvidar las que rodeaban los patios centrales de muchas casas “de baile”. Un periodista de París llamado Albert Londres había denunciado años ha que estaba activo un “camino de Buenos Aires” para la carne europea, blanca, femenina y pobre. Y por cierto, la noche era el medio ambiente no sólo de las cocottes, sino también de “cocó”, el polvo de estrellas. Barón Biza tenía mucho de noctívago.

X

Muy pocos los han reivindicado o les han hecho justicia siquiera a ellos, los yrigoyenistas “rojos”. Hubo un tiempo remoto en que la Unión Cívica Radical era algo más que un partido político, era una causa nacional y popular. Ya es

tema de paleontólogos, pero cuando sucedió el golpe de Estado del general Uriburu, en 1930, fueron ellos los que se lanzaron a la calle en defensa de Hipólito Yrigoyen, su líder místico, apodado “el peludo”. En ese tiempo había muchos hombres dispuestos a morir matando en su nombre. Y muchos murieron, más de cien, combatiendo la dictadura de Uriburu y también al gobierno fraudulento del general Justo. Fracasaron, y casi nadie quiso conmemorar su gesta, quizás porque la tropa que se jugó la vida estaba compuesta por unos pocos hombres de mando y de suboficiales, además de la fracción jacobina del Partido Radical. O quizás porque la madeja de intereses políticos ya comenzaba a ser desenredada por todos los bandos al unísono, aunque parecieran opuestos. Barón Biza estuvo entreverado en las sublevaciones yrigoyenistas, patriadas que conforman un capítulo perdido del libro de historia de la nación. Por entonces, un diario lo trató de “mosquetero del radicalismo”, y otro, de “as pelúdico”, por causa de su fortuna monetaria. Quién sabe si en sus incursiones por el campo del radicalismo revolucionario no creyera Barón Biza estar reencarnando en su persona las aventuras de Lord Byron de un siglo antes, de cuando el poeta aristócrata fue a luchar por la independencia de Grecia contra el ejército del sultán.

XI

Escribió: “Barón Biza no busca el aplauso ni teme a la crítica, está más allá del presente”. Fácil es decirlo, pero la crítica existía y tenía dientes de perro. Un diario calificó a su primera novela de “furibundo anatema”, y ése fue el más favorable. El resto se cebó con la obra y con el autor: “sus libros son autobiografías del desequilibrio y de la sucia morbosidad”, “es un hombre extraño e inverosímil”, “un cínico escalofriante”, “un insociable”, “un impúdico hedonista”, “un apóstol desequilibrado”, “una personalidad de la destrucción”, “un hombre que parece haber fugado de una novela de Roberto Arlt”. Recibió golpe por golpe dado. El estilo de Barón Biza, que es altisonante sin dejar de ser pedante, no le haría ganar muchos amigos. Él consideraba al medio tono gazmoñería, oportunismo o coquetería, consecuencia necesaria de una sangre demasiado tibia. Y sobre el valor que concedía a la prensa, declaró: “Los grandes rotativos sólo defienden honras ante el tilintinteo de las monedas de oro, como bailan los monos junto al órgano pordiosero”.

Sus libros son a la vez ficciones literarias y diatribas intelectuales, novelones melodramáticos y ensayos ideológicos, ditirambos dolientes por el

estado de la humanidad como también tratados machistas sobre el amor rencoroso. Son tangos: “La angustia de la humanidad hecha letra, un alarido, un grito en la noche”. Pero si pretendía perturbar al vecindario, muy escuchado no fue, puesto que su nombre no está en las enciclopedias. Ha sido borrado o elidido más que olvidado, sin saberse bien qué merece más. Él había dado a conocer el tipo de obras que se transforman en biblias negras y que se guardan bajo llave, y eso aunque Barón Biza tuviera mala opinión de la pornografía: “La baja literatura de los tarados morales”. Un escritor contemporáneo nuestro, Alberto Laiseca, escribió acerca del juicio por inmoralidad seguido contra Barón Biza: “En verdad, *El derecho de matar* es una obra puritana, de un idealismo panfletario. El acto de perseguir al libro fue la misma actitud de los lobos blancos persiguiendo al lobo negro. Pero, en fin, lobos de la misma manada”.

Menos claro es que Barón Biza tenga algo para enseñarnos sobre el alma humana, salvo que se la considere cloaca. Quizás sea tiempo perdido hacerlo volver de la muerte literaria para preguntarle por sus enseñanzas. Quizás algún otro pueda hacerlo, pues alguna vez alguien preparará una biografía de Barón Biza detallada y competente, pero no es ése el objetivo de este libro; o alguna vez un crítico literario se ocupará de hacer justicia con su obra, la que no necesariamente resultará ser condescendiente; o alguna vez alguien preferirá chapotear en la crónica roja de esta historia más de lo que yo he deseado hacerlo.

XII

Diez años atrás compré un libro de Barón Biza en una localidad suburbana. No era cualquier libro, era uno de los cinco mil ejemplares de la edición de lujo de *El derecho de matar*, que nunca antes había encontrado en mis derivas por la ciudad. Alguien me había dado aviso de que el libro estaba expuesto en la vidriera de una librería, en una esquina. Hice el largo viaje hasta el partido de San Isidro hasta dar con el lugar, vagamente inverosímil, una librería de compra-venta de libros escolares, de primer grado de escuela primaria a quinto año de la secundaria. Y sin embargo el dueño disponía del Barón Biza. ¿Cómo habría llegado allí? Se sabe: a las librerías de viejo arriba el saldo de temporada invendible y el despojo anacrónico. No estaba barato, pero tan sólo la cubierta serigrafiada en plata valía la pena. En los siguientes diez años nunca supe de otro ejemplar en venta. Sin embargo, cinco mil ejemplares de tirada no suelen marchitarse en depósitos. Mucho después, en el año 2005,

recibí noticia de un nuevo ejemplar que se vendía en una librería de Florida, en el partido de Vicente López. Decidí adquirirlo. En diálogo con la dueña de la librería surgió el comentario mío de que también suburbano y de la zona norte de Buenos Aires había sido el otro libro comprado una década antes. La mujer me especificó que aquella librería y esa misma eran sucursales una de la otra: “Libros Mario”.

XIII

En la Argentina, la historia de la literatura erótica se retrae en la oscuridad. Si se descuentan los libelos políticos y los blasfemos resulta ser el género que cuenta con el mayor anonimato autoral de todos los existentes, y no siempre por motivos de persecución sino por pudor o por tratarse de letras deshonorosas. En sus libros Barón Biza dio al tema completa visibilidad, osadía potenciada a su vez por el escándalo legal. Y todo batifondo de clase alta, mucho más si viene salpicado de sexo, repercute hasta en la última nervadura de la opinión pública.

El personaje social del “pornógrafo” es moderno. El estereotipo nace con el Marqués de Sade pero fueron prohibiciones ya en el siglo xx las que les concedieron mala fama y fama póstuma a unos pocos escritores. D. H. Lawrence, y más aún Henry Miller, condensaron en esa figura un camafeo donde el relieve unía la vida a la obra. A su vez, la censura y la prohibición de películas tienen una historia casi tan larga como la que se correspondió con la de la literatura erótica. Quizás hoy, en época de canales codificados de televisión, retrospectivas de revistas “de mujeres” en museos estatales norteamericanos, actores pornográficos que superan el millón de dólares de ganancias por año, y fractalización del detalle y el primer plano en Internet, la cuestión parezca cándida o superada.

Pero la ictericia que *El derecho de matar* o *Punto final* suscitaron en su tiempo debió responder no ya al tema en cuestión sino a la forma de tratarlo. O más bien a los ensamblajes del argumento con crudas descripciones de la política local y con una filosofía individualista radical. Y quizás no deba excluirse la posibilidad de que algunos de los personajes de sus libros fueran personas de carne y hueso, reconocibles por círculos exclusivos de las clases altas o por sectores de las castas políticas. Barón Biza poseía un olfato fino para detectar y sopesar la sordidez humana. Había visto mucho, pero intuía más aún. En algunos casos el hartazgo moral conduce a la escritura de obras intransigentes o tenebrosas, pero Barón Biza, además, se proponía devolver a

la sociedad una imagen cruel en el espejo. Su voluntad de transgresión se parece a la de Sade: aumentar maquinalmente el grado de sexo o de blasfemia a fin de ir más allá, hasta llegar a la mayor abyección posible. También Barón Biza trató de superarse a sí mismo engrosando la “inmoralidad” de sus ejemplos, aunque siempre dentro del mismo argumento. Pues en toda su vida escribió una sola novela: la primera. En las siguientes cambiaban los escenarios, los personajes y el argumento, pero las obsesiones y los conflictos eran siempre los mismos.

XIV

En cada época hay caminos obligados para llegar a ser autor consagrado pero las derivas que asume la “autoría negra” son variadas y todas ellas personales. ¿Cómo comprender el concepto? Como el modo en que la literatura se purga a sí misma de los genes anormales o irregulares que contagian el pensamiento partisano, la psicopatía criminal, las causas condenadas o la locura. En otras palabras, la relación entre autoría y “enfermedad moral” como problema a enfrentar y extirpar, sea por parte de la academia o la sociedad de pares, los escritores. La disuasión del autor anómalo se logra mediante la eugenesia estética. Depuración y olvido, ésas son las maneras de mesa.

No hay un patrón único que dé cuenta de esas obras despreciadas. La autoría negra no depende del tiraje o de la calidad de la obra. Tampoco la intención del autor importa, si es que pretendía la fama o pasar inadvertido. Pero su descalificación moral es de rigor, desdén que singulariza por vía negativa. No importa si vivieron en la fortuna o la miseria, si fueron comprendidos o incomprensidos, si gozaron de lectores o si fueron ignorados, el estigma de la vileza fue adosado a sus obras y las señaló como lectura inconveniente en un índice invisible pero eficaz.

Eso no sucedió forzosamente por haber establecido un lenguaje nuevo o por abordar temáticas incipientes, es decir por no estar incluida la obra en una zona de aceptabilidad moral, ideológica o institucional. La autoría negra no es efecto tampoco de la imposibilidad de hallar editor o distribuidor. Y a veces se es silenciado justamente por ser un autor “discutido”. Tampoco este tipo de escritores es necesariamente reivindicado en forma póstuma por la crítica literaria o por modas revisionistas. Pero si se pudiera elevar a rango conceptual, la “mala suerte” constituiría un ingrediente del problema.

Si el estilo cumple los requisitos para que la obra sea nominada “recuperable” se le excusan al autor algunos de sus deslices, usualmente en

forma póstuma. Por esas mismas taras los autores “menores” quedan condenados a las mesas de librería de viejo. En el extremo, los “casos clínicos”, la autoría negra queda definida por el silencio que rige sobre su nombre. La obra se vuelve inmencionable. Tabú del autor, con iguales o mayores consecuencias que una prohibición jurídica. Lo rodea un silencio perenne. De allí que rastrear vida y obra de estos escritores implique visitar los incineradores de la cultura.

Barón Biza pertenece a este limbo de la literatura. Sus libros son farragosos, repetitivos, tremendistas y sólo por momentos alguna frase o cierta idea reclama la atención del lector. Sin embargo, tanto por su “rareza” como por la repercusión pública que tuvieron, hubieran merecido algún celo de la crítica. El desprecio de los ambientes literarios se corresponde con el gesto altivo que llevó a Barón Biza a ser su propio editor. Rechazado, dobló la apuesta, en 1933, en 1943 y en 1963. Al hacerlo, quizás tuviera en mente este aforismo de Max Stirner, filósofo al que había leído: “A un pueblo puede quitársele la libertad de prensa. En cuanto a mí, conseguiré la impresión por la astucia o por la violencia. El permiso de impresión lo saco de mí, sólo de mí y de mi poder”.

XV

En los laberintos los métodos son inútiles, pues los muros no cesan de desdoblarse sin solución de continuidad y sin final a la vista. Entre tantos pasadizos se encontraron huellas, se registraron marcas y se recolectaron restos de resaca, y todo ello fue interrogado a la luz y a la sombra de la curiosidad, el cirujeo, la exhumación, la inquisición, la transferencia y la purga.

EL POTENTADO

I

Considerando que dejó una fortuna tras de sí, sus últimos deseos no podían ser menos ostentosos: que no se publicaran avisos fúnebres en el diario, que no se enviaran invitaciones al entierro y que su cadáver fuera conducido al cementerio en una carroza de segunda clase. Se diría que Wilfrid Barón era un hombre austero, o quizás quería pasar desapercibido. Curioso: cuatro décadas después, a la muerte de su hijo Raúl Barón Biza, las disposiciones funerarias serían hechas en carácter de urgencia, en medio de una conmoción y sin mayores protocolos. La suya es la historia de los que empiezan con poco y terminan con todo, la de quienes abultaron las alforjas y engrandecieron su nombre en la época de las vacas gordas, una más entre las muchas sagas de éxito económico y social de la oligarquía criolla de comienzos del siglo xx. Wilfrid Barón había nacido en Caroya, provincia de Córdoba, en 1863, pero su ascendencia inmediata provenía de la región francesa de la Dordogne, cuya ciudad más notoria es Périgueux. La familia poseía un castillo del siglo xv, en Gageac, donde nació Jean-Victor Baron en 1835. Este último fue el primero de todos, el que partió lejos, en barco, rumbo a la Argentina.

Una vez en Sudamérica, Jean-Victor Baron se casó con Delfina Vera Aguirre, de rancia familia cordobesa, aportando a la dote en común el inmigrante su fortuna y la hija de familia tradicional su apellido, y además ambos dejaron once hijos en este país. Dos de ellos andarán metidos en política: Florencio con los radicales lencinistas de Mendoza, donde participó en la revolución de 1905, y Belisario, con la Unión Cívica Radical salteña. El tercer hijo, Wilfrid, se dedicará a hacer fortuna. Comenzó con un molino en la Colonia Caroya, fundada por inmigrantes friulanos, pero entre 1895 y 1903 recorrió el país por motivos de negocios, y residió en Mendoza y en el Paraguay. Más adelante se dedicó a colonizar la pampa central. Le fue muy bien: tuvo ingenios azucareros en Salta, quebrachales en Santiago del Estero, compró tierras en la Patagonia, poseyó y loteó las tierras de la Colonia

Cabildo en la provincia de Buenos Aires, en 1906 fundó y vendió las tierras de la Colonia Villa Mirasol y en 1914 hizo lo mismo con la Colonia Agrícola Barón, poblada con inmigrantes italianos, españoles y alemanes del río Volga, y sucedió lo mismo con la Colonia Lucinda en Río Negro, y compró campos y estancias, y alambró sus perímetros, e hizo que el tren llegara a esas tierras, y realizó importantes operaciones en la Bolsa de Comercio, y se dedicó a la explotación del tanino. En fin, calles y pueblos y bustos de plazas del interior del país llevan su nombre, y Wilfrid Barón fue, claro está, socio de la Sociedad Rural Argentina, de los que usaban bigote manubrio. Aparentemente, también fue prestamista. Solía viajar a Europa y en su pasaporte había declarado ser “hacendado”. Era hombre rico, con casa céntrica en Buenos Aires, de esas que tenían aspecto señorial, varios pisos, escaleras de mármol y de roble, zócalos de caoba, barandas de hierro forjado artísticamente, boiserie de cedro y un montón de habitaciones de servicio. Cuando murió, en junio de 1925, de una dolencia del corazón, dejó millones y millones y millones de dólares a su esposa y sus cinco hijos. También dejó una estancia comprada en 1903, Los Cerrillos, de unas 2.000 hectáreas de extensión, que sería heredada por Raúl, su hijo menor.

II

En su mausoleo están grabadas estas palabras: “Todo lo que tuve en el mundo lo perdí, sólo me queda ahora lo que a los pobres di”. Catalina Biza era cristiana, mucho, y filántropa. Había nacido en San Miguel de Tucumán en 1872, dentro de lo que solía considerarse, en provincias, una familia importante o distinguida o principal o antigua de la ciudad. De hecho, los Biza estaban en Tucumán desde la época de la colonia, habiendo venido desde Cádiz, donde se habían enlazado con alguna casa nobiliaria. Su padre, Gerónimo Biza, era docente y un tipo curioso. Fue tanto primer maestro del general Julio Argentino Roca —que sería presidente de la Nación— como propagador de las bondades de la medicina popular. Era herborista, alguien que practicaba el naturalismo medicinal, y que inventó un té de aloja que era conocido como “el remedio del doctor Biza”. Se trataba de una destilación del fruto del algarrobo, fermentado, y por eso era vendida como cerveza, marca “Cocuyo”. Paul Groussac, el director de la Biblioteca Nacional, dijo que la ciencia de herbolario de Gerónimo Biza no valía un poroto, y Biza le retrucó. Parecía ser un criollo simpático. Una vez, octogenario, declaró a la revista *Fray Mocho*: “A mí ni Boccaccio me pisaba el poncho. ¡Viera aquello! ¡Y

pura pinta! Porque en esos tiempos, mi amigo, Biza era hombre pa' todo: pa' la política, pa'l comercio, pa' la filosofía, pa' la medicina, pa' las matemáticas. ¡Y qué le diré pa'l amor! La que no era mi novia con promesa 'e matrimonio, raspando le pasaba”.

Catalina Biza se enlazó en matrimonio con Wilfrid Barón en 1890, a los diecisiete años, la misma edad en que lo hará su futura nuera Clotilde, aunque sin escándalo. La joven tucumana siguió el camino ascendente de su esposo y vivió en varios lugares de la República, particularmente en Mendoza. Allí, su hija Emma se casaría con un hombre de apellido Guevara. En el año 1903 la familia se instaló en una mansión porteña, en Viamonte y Paraná. De los siete hijos de Catalina Biza dos no sobrevivieron, y de los cinco restantes uno se hará famoso. Parece haber dedicado su vida a la caridad, obligación cristiana entendida a la manera de las clases altas. Esta creyente y auxiliadora de los salesianos fue, además, vicepresidenta de la Sociedad de Madres Argentinas, tesorera de la Conferencia Nacional de Beneficencia, miembro de la Liga de Protección a las Jóvenes y del Círculo de Damas Tucumanas, fue dama protectora de los leprosos del Hospital Muñiz, al cual donó el altar mayor de su capilla, y colaboradora del leprocomio de Corrientes y del de Asunción del Paraguay, y también donante de imágenes de la Inmaculada Concepción a las Esclavas del Sagrado Corazón de Jesús y colaboradora del colegio de las Hermanas Adoratrices Regina Virginum y de un montón de instituciones católicas más. No sólo eso: fue nombrada por el Vaticano comendadora del Santo Sepulcro y de la Orden Franciscana y comendadora Mayor de la Orden Mercedaria, y fue merecedora de la Cruz Pontificia y receptora de la Cruz Lateranense, ambas del papado. Fue incluso recibida en audiencia por Pío XI, y tanto más sacrílega debió resonar entonces la carta que su hijo Raúl dirigió contra ese Papa ante quien ella se había prosternado y que prologa el libro *El derecho de matar*. Pero eso sucedería después de la muerte de Catalina Biza, ocurrida en marzo de 1929, a los cincuenta y seis años.

III

La construcción del colegio, y de su templo anexo, fue pensada a modo de homenaje al esposo muerto y costó una fortuna. Eran seis mil metros cuadrados de superficie donados a los Padres Salesianos, más los gastos de edificación, en la localidad de Ramos Mejía. En suma, la obra se llevó un millón de pesos de la época y la piedra fundamental fue colocada en 1925 en presencia del presidente de la Nación, Marcelo Torcuato de Alvear. Recién en

junio de 1930 se inaugurará el establecimiento, bajo el nombre de Colegio Wilfrid Barón de los Santos Ángeles, un instituto vocacional modelo para chicos de ocho a doce años. Es decir, alumnos pupilos. Entre tantos, allí estudiaron los escritores David Viñas y Abelardo Castillo. La donación había sido una obra pía, pero la voluntad de blasfemia del hijo, una vez fallecida la madre, ya no se contuvo. Raúl, el quinto hijo de Wilfrid Barón y Catalina Biza, le recordó al papa Pío XI que “dos millones de francos” fueron donados en respeto “a la memoria de un ser para mí sagrado”, pero que en esa institución se cometían “crímenes de desviación espiritual”. El joven Barón Biza se había iniciado en un oficio tenebroso. Sin embargo, el Vaticano habría devuelto el libro enviado especificando que su biblioteca no aceptaba recibir volúmenes en rústica. A la entrada del colegio se encuentran los bustos de los benefactores, y en la cripta de la basílica descansan para siempre Wilfrid Barón y Catalina Biza, a quienes he evocado en estas páginas.

IV

La herencia era tan cuantiosa que hasta fue anunciada en los diarios. Los periodistas especulaban con varias decenas de millones de pesos a ser repartidas entre la esposa y los hijos. Una vez que la sucesión de bienes llegó al juez, surgieron del testamento, como de una cornucopia, títulos de renta en las provincias de Córdoba, Tucumán, Mendoza y Santa Fe; varias fincas en la ciudad de Berlín; al menos diez propiedades en la Capital Federal; grandes extensiones de campos en la provincia de Buenos Aires; tierras loteadas de Colonia Barón y Colonia Mirasol en el entonces Territorio Nacional de La Pampa; tierras con viñedos en el Territorio Nacional de Río Negro; establecimientos agrícola-ganaderos en Rivadavia, Pergamino, San Martín y Esteban Echeverría, en la Provincia de Buenos Aires; terrenos en Bahía Blanca; un campo en Entre Ríos; más campos en Cruz del Eje y Santa María, en Córdoba; y más aun en Santiago del Estero y en Jujuy; y créditos a ser cobrados y una quinta en Monte Grande y la propiedad de un salón cinematográfico y seguros de vida y una bóveda en el cementerio de la Recoleta. Los diarios informaron que el total de la herencia alcanzaba los veinticinco millones de pesos argentinos. Wilfrid Barón había sido un potentado. Verdaderamente.

EL RENTISTA

I

De profesión eligió la de “rentista”, y también especificó que su estado civil era la soltería. Así figuran en su pasaporte. Estatura: “1 m 70 cm”. No era muy alto, de modo que su figura llamaba la atención por otros medios o motivos. No por nada la fotografía del rostro adherida al documento muestra una expresión recia y decidida. Hay descripción del solicitante. Frente: “despejada”; cejas: “castañas”; ojos: “pardos”, nariz: “recta”; barba: “afeitada”; boca: “regular”; cabello: “castaño”; tez: “blanca”. Son los rasgos que importaban a los aduaneros y policías de la época. El pasaporte fue expedido a nombre de Raúl Carlos Barón Biza y por ese entonces andaba en su veintena. Con el tiempo, muchos visados se acumularon y superpusieron en ese documento, especialmente durante su juventud, cuando Barón Biza viajó por los cuatro puntos cardinales, haciéndolo por rutina de clase y por propio afán de conocer mundo. No restringió ninguna de las prerrogativas que ofrecen la juventud y la riqueza, y eso en una década que, tras el interregno bélico, sería conocida como los “roaring twenties”, los locos años 20, una edad de liberación sentimental, experimentación política y despreocupación festiva. París era la capital de ese mundo y un imán para todas las limaduras sueltas de Sudamérica y de los otros continentes, preferentemente poetas, pintores y estudiantes, exiliados y gobernantes depuestos, y también millonarios. En el renglón del documento que inquiría por las señas particulares Barón Biza escribió: “ninguna”. Pero no faltarían muchos años para que la policía llenase ese casillero en su nombre y lo transformase en expediente criminal, que se cerraría únicamente con su muerte, y por mano propia.

II

“Crucé en ese lapso de tiempo todas las rutas del mar, recalé en los puertos de los países más exóticos, los cinco continentes no guardan para mí sino pocos misterios. África, desde el Nilo hasta la Ciudad del Cabo; América, desde Boston a La Habana, al Callao, Valdivia y Montreal; Australia, con sus praderas y el archipiélago Malayo con sus islas cinematográficas. El Asia, con su maravillosa Delhi, Yokohama, Bombay y por último la vieja Europa, desde Springfield y Leningrado, hasta Constantinopla y España. Fue en Francia donde más años de mi vida residí. Y donde se inculcaron en mi espíritu los sentimientos democráticos y los derechos del hombre, que guiaron más tarde en mi vida todos los actos”. Éste era el currículum de Barón Biza, o así rememoraba su vida, a los treinta años. Indudablemente no la pasó mal, una vez emancipado de las institutrices que lo formaron en su niñez: viajes en transatlántico, estudios en la Universidad de Harvard, cabarets en París, audiencias en el Kremlin y raids aéreos. Y muchas cosas, y recuerdos, y experiencias debe haber traído de cada una de sus expediciones. De Europa, sin ir más lejos, volvió con una esposa.

Barón Biza contó que entre 1913 y 1931 residió mayormente en el exterior y que hizo estudios en universidades de los Estados Unidos y de Europa. Volvía a la Argentina sólo por temporadas. A veces, cuando partía al Viejo Mundo, su periplo era anunciado en el diario, pues desde siempre la página de “sociales” es vidriera, además de índice de vida acomodada y ligera. Cierta vez le hicieron una cena de despedida en el Hotel París. La mesa estaba regada de claveles rojos, quizás porque el turista millonario pretendía ingresar en la Rusia comunista. Y cuando regresaba de Francia daba declaraciones: “Se calcula por las estadísticas que he revisado por simple curiosidad en cincuenta mil mujeres de vida alegre y en quinientos los dancings a las que muchas de ellas asisten en forma habitual. La moral de los hogares franceses y de la mujer en particular es intachable, siempre con el margen de una bien entendida liberalidad que entre nosotros muchas veces falta”. Y añade que en los cafés parisinos los tangos argentinos hacen furor y que muchos de ellos tienen nombres porteños, tales como Palermo, Florida y Garrón. ¿Qué hacen nuestros compatriotas?: “Algunos estudian, las mujeres no salen de las tiendas y no conocen otras cosas, los hombres van al cabaret o a pasear en automóvil. La mayoría se vuelve sin conocer el Louvre”.

Era un argentino en París, lo cual quería decir algo, mucho en verdad, pues por allí pulularon niños bien —varias generaciones de niños bien—, artistas, literatos, estudiantes, calaveras y una runfla de tangueros. Promediando la década de 1920 había miles de compatriotas anclados en la

“Ciudad Luz, sede central de la Internacional del Modernismo. Para sucesivas generaciones de argentinos, París ha sido campo de pruebas de la personalidad y de la formación intelectual, sin dejar de ser, además, magneto para la plata nacional. Muchos no eran personas sino, ante todo, apellidos: había Alveares, Doderos, Anchorenas, Uriburus, Martínez de Hoces, Santamarinas, Bembergs, Gainzas, Unzués, Castexes y Bullriches, y la mayoría era joven. Vivían en pisos regios, incluso en petit hotels, y no faltó el que se compró un castillo en las afueras. En verano recalaban en la Costa Azul y todo el año en cabarets. En aquel tiempo había argentinos tan ricos que de ida viajaban con la vaca a bordo y de vuelta regresaban con jabalíes del Cáucaso a fin de escenificar un safari en sus propiedades, tal cual hizo un Anchorena. Había ricos de la elite, a secas, y había escritores, no todos de doble apellido, porque un escritor argentino que no hubiese realizado el peregrinaje ritual a París podía considerarse a sí mismo manco.

Leopoldo Lugones, Norah Lange, Leopoldo Marechal y Raúl González Tuñón se establecieron en la ciudad. Ricardo Güiraldes incluso murió en París, al igual que les sucedió a Lucio Víctor Mansilla, a Juan Bautista Alberdi y al dictador José Félix Uriburu. Y también residieron en esa capital del mundo Rogelio Yrurtia, Héctor Basaldúa, Antonio Berni y Xul Solar, artistas, y Oliverio Girondo, Manuel Ugarte y Francisco Luis Bernárdez, escritores, y Edmundo Guibourg, bohemio, y Juan José de Soiza Reilly, periodista, y hasta Ernesto Sabato se dio una vuelta por el Barrio Latino. Para buena parte de los argentinos que allí fijaron residencia a comienzos del siglo xx —los hubo pasajeros, intermitentes y duraderos— París era farra. Barón Biza pertenecía a ambos mundos, el de los ricos y el de los aspirantes al reconocimiento literario. En el viaje a Europa de 1926 había anunciado que llevaba el manuscrito de un libro suyo a Francia en busca de editor. En todo caso, para él, el dinero no era un problema.

III

En uno de esos viajes Barón Biza se ofreció —desinteresadamente— a ser corresponsal del diario *La Argentina*, enviándole crónicas que fueron publicadas bajo el título de “Europa vista por un observador”. En la foto que las acompaña se lo ve joven, elegante, seguro de sí mismo y con sombrero. Dice irse en “jira de estudios”. Sus relatos de viaje terminaron siendo algo pomposos y ya exponían su tendencia a provocar “efectos” en los lectores por medio de anécdotas atrevidas, historias de seducción prohibida o poniéndoles

nombre a costumbres inmencionables. Al final de una de esas crónicas y describiendo a una pareja que viajaba a bordo, se lee: “Y extrayendo de su bolsa de mano una cajita de marfil labrado, ofrece a su marido el contenido, un polvo brillante y blanco”. En aquellos tiempos los lectores de periódico debían ruborizarse menos que ahora. Por cierto, *Cocaína* era también el nombre de un libro de Pitigrilli, escritor italiano de tendencia conmocionante que dos décadas después viviría en la Argentina y a quien Barón Biza nombra en esta misma crónica. También se dedica a decepcionar a los compatriotas: “Es doloroso manifestarlo, pero en Europa Río de Janeiro se conoce más que la Argentina”. En otras opiniones privilegia su condición de hombre moderno: “Francia vuela en las alas de los aeroplanos, el aeródromo de Le Bourget tiene tanta actividad o más que una estación ferroviaria”. Sabía de lo que hablaba, pues el año anterior había quedado flechado por una actriz de cine que era, además, aviadora. De la vida nocturna parisina Barón Biza nos informa que “la Mistinguette tiene un gran éxito en el Moulin Rouge y Maurice Chevalier constituye la locura de los habitués del Casino; sin embargo, puede decirse que el cartel de la actualidad lo representa una bailarina mulata, Josephine Baker”. El hombre estaba al día, pues el estreno mundial de “La Revue Nègre”, el espectáculo en el que la Baker hipnotizaba a su audiencia con el vaivén de unas caderas que no sabían mentir había ocurrido poco antes. Y quién sabe si cuarenta años después, en 1963, y un año antes de su suicidio, Barón Biza no concurre al Teatro Gran Rex por última vez, en ocasión de la visita final a Buenos Aires de aquella vedette oscura y felina, aun cuando la Baker se hubiera hecho peronista durante una visita suya del año 1952 y él fuera radical acérrimo desde siempre.

Durante sus estadías en esta ciudad tampoco la pasaría mal, pues la “juventud dorada” de antes y de ahora siempre ha dispuesto de tiempo, energía y medios para gozar del banquete de la vida. Y es larga la serie de palacios de fantasía que bacanes y cajetillas han hecho suya, transformados algunos en marcos de congregación y reconocimiento del quién es quién local: Armenonville, Gong, Chantecler, Mau-Mau, Afrika, Hipopotamus, New York. Y un joven como él debía brillar en palacio: “Inquieto, mezcla de cruzado y de poeta, romántico y dinámico”. Así lo describían en una publicación de la época que él mismo financiaba. Por otra parte, Barón Biza daba la impresión de quien luce el frac como una prerrogativa de la personalidad más que como un derecho de clase. Por comparación, los demás lo llevaban como un disfraz.

En la revista *Caras y Caretas* se comenta su presencia en una fiesta organizada por la República de la Boca en el *Río Janeiro Marú*, un barco, y es presentado como “el señor Barón Biza, Embajador de la Recoleta”. En la fiesta estuvo el doctor Melo, ministro del Interior, quien conferenció con dignatarios de opereta: el presidente dictador de la República de la Boca, señor Molina, el encargado de Negocios de la República de Boedo, señor González Castillo, y el embajador de Barracas, señor Fernández. En la fotografía se ve a Barón Biza flirteando con la Miss Argentina de aquel año. Y cuando no iba a fiestas las daba él mismo en su mansión. Una de tantas salió anunciada en el diario: “Un asalto de contrabandistas a realizarse mañana sábado a las 22 horas. Dicho asalto se llevará contra una casa moderna de la avenida Quintana 936. Solamente con invitación”. Varios pintores y decoradores habían transformado el salón de fiestas de la mansión en un buque anclado frente a una taberna de una isla misteriosa y por lo tanto era preciso concurrir con atuendo marinero o de menesteroso. La comida ofrecida fue rigurosamente “de puerto”: pizza, fainá, pescaditos fritos, macarrones, bebiéndose vino cordero. Como también ocurre en nuestros días, las revistas de acontecimientos sociales cubrieron el suceso enviando un destacamento de reporteros y fotógrafos, y así nos enteramos de que hubo fonógrafo de corneta, pero también una orquesta de bandoneones, acordeón a piano y guitarras. Se bailó tango.

En medio de la fiesta se escenificó un crimen ritual, con el asesinato simbólico de un personaje llamado “Don Serio”. En una de las fotos, Barón Biza, millonario, y Ekatherina de Galantha, bailarina rusa del Teatro Colón, sostienen conjuntamente una daga sobre el cuerpo yacente del tal señor Serio, ajusticiado por haber realizado “una intentona de alteración del desorden”. No faltaban en la fiesta unas salas acondicionadas a modo de “cárceles para borrachos” donde se encerraba por unas horas a los beodos. Barón Biza no sospechaba por entonces que él mismo terminaría en la cárcel de verdad, y muchas veces. En fin, era la módica felicidad vagamente insolente permitida a los cachorros de la aristocracia antes de sentar cabeza, de una forma u otra, todos ellos. Aunque algunos la pierden: a los veinte años, en una noche de enero, Barón Biza trató de matarse en el Armenonville, un cabaret de lujo, con el gesto expeditivo de pegarse un tiro. Nada pasó a mayores y la causa habría sido una decepción amorosa o bien la melancolía de vivir. Le quedaría una cicatriz en la zona de la clavícula de por vida.

IV

¿Cuándo sucedió su bautismo literario? Sin dudas, *El derecho de matar*, de 1933, le concedería notoriedad pública, pues no hizo otra cosa con ese libro que presentarse en sociedad como si estuviera concurriendo a un duelo, y sin padrinos. En verdad, con ese libro nace su reputación, por ese libro fue reconocido, y rechazado, en tanto escritor. Pero no fue ésa la obra primogénita. En 1917, o 1918, aún menor de edad, habría publicado unos fragmentos en España con el título *Del ensueño*, y en 1923, en Chile, una novela llamada *Alma y carne de mujer*. Al menos así lo anuncia el autor en la lista de obras anteriores que suelen incluirse en el colofón del último libro editado. También asumió haber publicado *Margot*, otra novela, en Chile, pero puede ser la ya mencionada, o bien su subtítulo. Yo nunca he visto esos libros. Alguien que los leyó dijo sobre *Del ensueño* que era “un libro digno de los dieciocho años”, con lo cual quería decir aderezado de sentimentalismo romántico. Esta misma persona escribió que *Alma y carne de mujer*, en cambio, resulta ser el libro de un “eterno descontentadizo”. Pero la persona que decía estas cosas se hacía llamar Barón de la Parra, y quizás haya sido un seudónimo del propio Barón Biza, un alter ego. Si fue él, no escatimó virtudes en la descripción de sí mismo: “Raúl Barón posee un temperamento de compleción indócil, independiente, expansivo y batallador”. O quizás no: el tal Barón de la Parra dictamina que el estilo de Barón Biza es “desigual” y Barón Biza no era hombre de contradecirse o de trompetear autocríticas. En todo caso, su presentación literaria en Buenos Aires ocurrió con un libro de cuentos llamado *Risas, lágrimas y sedas*. Está dedicado a la señorita Suzanne Monier y parece escrito en el siglo XIX.

“*Risas, lágrimas y sedas* es un libro matizado de incorrecciones de concepción y estilo. Pero es hermoso, es bello: ¡tiene pasión, tiene alma, tiene corazón!”. Así se expresaba un admirador, pero la verdad es que el libro es malo, sus argumentos son de folletín lacrimógeno, y además está plagado de metáforas que ya en su época sonaban anacrónicas y cursis. Son melodramas crueles: historias de inocencia y caída, de cómo una modistilla va de tumbo en tumbo hasta acabar en el music hall o de cómo el irrefrenable vicio por el juego hace que un joven dilapide su herencia, abandone a su esposa y huya a Río de Janeiro, donde triunfa y se olvida de su consorte para siempre; historias de pobreza y patetismo, de soldados que regresan de la guerra mutilados o de hombres que se degradan por causa del amor o la necesidad; historias de erotismo mórbido, de mujeres tísicas y moribundas que copulan la noche anterior a su deceso o de aristócratas que toman por amantes a

delincuentes a los que luego matan frente al marido para disimular la deshonor; historias de esfuerzo y desesperanza, historias de vanidad y crueldad, de mujeres fascinadas por el pecado y de hombres egoístas; historias de carne sublevada y desplomes espirituales; y mujeres enojadas, caballeros de frac, amantes arriesgados, prostitutas y proxenetas encanallados, niños cloróticos, mujercitas histéricas, amigos falsos, cieguitas humilladas, etcétera.

Son tangos mediocres que repiten un mismo esquema: una situación idílica que se trasvasa al desastre moral o económico, más bien ambos, y de allí el deslizamiento es hacia campo sórdido. El lenguaje no ayuda. Por ejemplo: “Arreglóse la cofia que aprisionaba sus blondos bucles”. O bien: “Sus cabellos de ébano, destrenzados y esparcidos, velaban, a modo de público cendal, las morbideses tentadoras de sus senos”. En fin. A veces metáforas más secas: “Su tos de tuberculosa sonaba como un ladrido lejano”. Mejoraré su estilo en el futuro, es decir lo enfatizaré. Un sesgo autobiográfico está presente pues la acción ocurre en lugares que parecen haber sido visitados por Barón Biza: Río de Janeiro, París, Viena, Valdivia, Capilla del Monte, Cruz del Eje. Dos frases del libro exponen las vetas argumentales de sus novelas posteriores. En una se lee: “Soy un eterno viajero, ansioso de nuevos paisajes y besos”. En el otro: “Amor es sinónimo de deseo”. También aparece un tema que se hará recurrente y, a fin de cuentas, premonitorio: “Cuando en la vida no tenemos ya esperanza, cuando ésta nos golpea brutalmente, hay una solución: ¡Mátate!”.

La tirada era de 5.000 ejemplares, una cifra muy elevada tratándose de un escritor novel y desconocido que por entonces firmaba como Raúl Barón. Pero poca noticia y repercusión tuvo el libro, aun cuando un amigo suyo se entusiasma: “Es originalísimo, Barón Biza está a la vanguardia de la intelectualidad argentina”. *La Nación* sacó un suelto anunciando que se trataba de “esbozos, faltándoles sólo una más detenida elaboración”. Y otro diario: “Raúl Barón tiene pasta de escritor”. Hay escritores que comienzan carreras literarias con menos. *Risas, lágrimas y sedas* llevaba por subtítulo “De la vida inquieta”. Varias veces más recurrirá al subtítulo en sus libros, acarreado alguna que otra confusión. También es de esta época su costumbre de anunciar obras en preparación que luego abandonaba o nunca escribía. En 1924 anunció *Manón* (novela), y también *Ídolos de barro* (cuentos). Además, “De la vida inquieta” resultaba ser el nombre de un folleto firmado por Barón Biza y aparecido en ese mismo año de 1924, que anticipaba algunos de los cuentos que meses más tarde serían intercalados en el libro. El folleto,

sencillo y de posible venta en kiosco, llevaba las señas de un editor de nombre Ricardo Cantiello que era, en verdad, el nombre del imprentero. Lo más probable es que Barón Biza fuera su propio editor. En la tapa colorida se ve el perfil desnudo de una mujer joven, con seno y pezón erecto. Barón de la Parra, el prologuista, había sugerido que el tema del libro era “la mujer inconstante y perjura como todas las mujeres”, y por cierto, en ese año de 1924 se le abrió a Barón Biza un proceso judicial, en el que fue acusado de estupro, cargo del que fue sobreseído.

V

El *Cap Polonio*, un enorme transatlántico de bandera alemana perteneciente a la empresa Hamburg-Sud, partió del puerto de Buenos Aires el 18 de julio de 1926 sin otra preocupación más que ofrecer comodidad y solaz a su pasaje por el tiempo de diez semanas. El barco conducía hacia el Viejo Mundo a un grupo muy selecto de turistas, constituido por hacendados y hombres de negocios argentinos, uruguayos y brasileños, aunque mayormente nacionales. Viajaron dobles, triples y hasta cuádruples apellidos. No había apellidos de menos y no faltaban títulos de nobleza. Trescientos treinta y cinco pasajeros en total. Primeramente el barco atracó en la bahía de Río de Janeiro, que todavía era la capital del Brasil, para luego cruzar el océano en dirección a Las Palmas de la Gran Canaria. Días después se orientó con rumbo norte hacia otro archipiélago, el de las islas Madeira. La siguiente escala fue la Playa de La Concha, en San Sebastián, País Vasco, y posteriormente la nave siguió un trayecto en semicírculo hasta arribar a la ciudad de Hamburgo, a la cual accedió a través del río Elba. Luego, el crucero hizo un zigzag entre la costa escocesa y los fiordos noruegos, hasta recalar en Oslo primero y en Estocolmo después, capitales de Noruega y de Suecia. Inmediatamente los viajeros se detuvieron en Finlandia y desde allí ingresaron al misterioso país de los soviets, la Rusia revolucionaria, permaneciendo durante cuatro días en Leningrado, que tan sólo unos años antes se llamaba San Petersburgo, nombre borrado del mapa mientras duró la casa dinástica comunista en el poder. Desde esa ciudad construida por Catalina, llamada “la Grande”, la expedición se dirigió a Moscú, capital de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y corazón de la Rusia roja y atea. Luego del rápido regreso a Leningrado el viaje siguió por Amsterdam y Copenhague, deteniéndose brevemente en Boulogne-sur-Mer, y tras bajar en el mapamundi hasta las rías gallegas, pespunteando La Coruña y Vigo, y al fin haciendo puerto en Lisboa, se llegó

nuevamente a tierra sudamericana, donde el barco vomitó a los ricachones en los puertos de Santos, Montevideo y Buenos Aires.

Pues bien, al pasaje no se le privó de nada. El *Cap Polonio* era una mansión iluminada que se dejaba deslizar del Nuevo al Viejo Mundo y al revés. Disponía de ambientes lujosos, jardín de invierno, salones de baile y de fumar. Para amenizar la travesía se previeron concursos y fiestas ecuatoriales y se establecieron comisiones de damas. Los pasajeros organizaron desfiles de gorros, danzaron en cubierta, despuntaron el vicio del bridge, participaron de carreras de papas, practicaron el deck golf y el shuffleboard, y no se perdieron las batallas de almohadas, la cinchada de solteros contra casados, las cenas plenarias en traje de fantasía y los bailes de disfraces con adjudicación de premios. Además, hubo oportunidad de dedicarse a las zambullidas y a subir al palo enjabonado, para luego solazarse nuevamente con el cabaret dansant en el invernadero. Había quien se instalaba en las bañaderas eléctricas para sudar, quien vigilaba los vaivenes de los niños en sus caballitos de madera, quien gastaba su tiempo acicalándose para las cenas de gala y quien apostaba su dinero en las riñas de gallos que, inverosímilmente, se celebraban en cubierta. A bordo viajaba, además, una orquesta de tango. También un sacerdote que se ocupaba de los oficios religiosos y de la salud espiritual de los pasajeros, el reverendo Liberal Pinto, quien alguna vez llegaría a obispo. De modo que, paseos en alambre-carril y ananás en Río de Janeiro, guayabas en las islas Canarias, excelente clima en Madeira, paseos por el boulevard balneario de San Sebastián, gravedad y disciplina en Hamburgo, visitas a castillos y abadías en la campiña escocesa, inefables silencios en los fiordos noruegos, fotografías ante el palacio real de Estocolmo y muy mala onda en Rusia.

VI

“Un día tuve la humorada de darles una fiesta que les recordara a sus antepasados, quise arrancarles el antifaz de caballero, junto a los trajes de ‘soirée’ de sus damas. Y, para que tuviera más carácter, para no desentonar con sus espíritus, hice decorar mis salones simulando un barco, viejo barco velero, medio pirata, medio negrero, una taberna, en donde la débil luz de los candiles, junto al gramófono de corneta de lata y disco rayado, hiciera surgir en su cerebro el pasado lejano que simulaban haber olvidado. Estibas de bolsas para sentarse, barriles para comer, alimentos burdos que sus estómagos no recordarían ya, música del Mediterráneo o Liverpool. Les exigí que

llegasen rotosos, hambrientos, con aspecto sucio, que sus mujeres se presentasen caracterizadas de pordioseras y prostitutas. Yo creía en la voz de la sangre, en el llamado del ayer, y así mezclé a la ‘señora bien’ junto a la ‘señora mal’; a la niña de tres apellidos, junto a la que sólo podía lucir un apodo o sobrenombre; al cirujano en boga con el pintor dudoso; el ‘Don Juan’ de los salones con el ‘Don Juan’ de los prostíbulos; el dueño de la rotativa, con el escriba de pasquín; la artista célebre, el político de éxito y el tahúr de comité. Y así pude permitirme el lujo de verlos transformados, a los habitués del Colón, de la confitería de lujo, de los salones de la Casa de Gobierno, en perfectos actores de las que fueron veneradas figuras que habían ellos ennoblecido en las viejas casas ‘genealógicas’ a cambio de unos cuantos pesos, producto de la usura, en pergaminos, en los que sólo podían creer, los que, como ellos, los habían adquirido”.

VII

Tantos días de placer no acabarían traspapelados. Paseos, notas de color, capturas fotográficas y otras nimiedades quedaron registrados en un lujosísimo “Álbum Recuerdo”, entregado a los pasajeros a modo de souvenir de la experiencia. La tirada era exacta: un ejemplar por cabeza de viajero. Este libro-objeto resultó ser un cuaderno de bitácora “social” del crucero y su compilador y redactor se llamaba Luis Luchia Puig, quien por el momento navegaba en plan de luna de miel pero pronto lideraría una fracción política, la “demócrata”, del mundo católico argentino. En el álbum se relatan las visitas a museos, las caminatas por lugares “turísticos” y el anecdotario de a bordo, y en un lenguaje, el de Luchia Puig, almibarado y enfáticamente optimista, y conste que el hombre no vacilaba en dar cátedra de moral, buenas costumbres y buena política. A modo de ejemplo, en Madeira, observando a unos muchachos que nadaban al lado del barco mendigando por monedas, se pregunta: “¿No podrían ganarse la vida cultivando la tierra?”. Este tipo de meditaciones se multiplica a medida que el barco se acerca a Oriente. Era un lenguaje clasista, sexista y antisemita que para su época resultaba políticamente correcto según el rango y la fortuna del narrador, y eso en la Argentina, donde unos pocos años antes, en enero de 1919, había acontecido un pogrom en el barrio del Once de Buenos Aires. En aquellas jornadas de enfrentamiento entre el ejército y los anarquistas, conocidas bajo el nombre de “Semana Trágica”, que dejaron unos mil muertos tirados por las calles, Luchia Puig se dedicó a defender iglesias católicas.

El porcentaje del álbum destinado a Rusia, sesenta y tres páginas, es desproporcionado, teniendo en cuenta que los viajeros apenas permanecieron allí por cuatro días sobre los ochenta que duró el crucero. Pero quien redactó estas páginas tenía plena conciencia del raro privilegio que les había sido concedido, el de ingresar en la “patria de los proletarios”. Consecuentemente, cambia el tono del relato. Considérese que muy pocos argentinos habían puesto un pie en Rusia luego de la revolución de octubre de 1917. Las fronteras habían sido cerradas a cal y canto, y para franquearlas se necesitaba la muy restringida venia oficial o bien hacerlo a la manera de los contrabandistas. En 1921 Rodolfo Ghioldi y José Penelon habían sido los delegados del Partido Comunista Argentino al congreso de la III Internacional de Trabajadores, dominada por el partido bolchevique, y luego también viajarían a Moscú Orestes Ghioldi y Vittorio Codovilla, nombres de dirigentes comunistas de la época heroica del partido que a nadie interesan ya. Todos ellos fueron miembros de una red internacional de conspiradores y organizadores de sindicatos que dedicaban su vida entera a la revolución, pero los cientos de señoras, señoritas y señorones engolados y engalanados que en 1926 bajaron por la planchada del *Cap Polonio* a tierra comunista lo hicieron con visones, afeites y bastones. En Leningrado y en Moscú iban a su solaz respetando la última moda, en tanto las multitudes por las calles vestían sencillamente con gorro ferroviario y pañuelo al cuello. Muy raros debieron parecerles a los escuálidos rusos los cuellos rígidos que coronaban las camisas de los caballeros, y de los cuales había estilo Kiel (chato), Figaro (altísimo), Nelson (con puntas en V), Captain (dobladillo mariposa), Leipzig (casi completamente cerrado) y Aída (completamente cerrado). En fin, un desfile de copetudos. No es sorpresa que la primera impresión que registra Luchía Puig en el álbum sea una perogrullada de clase alta: “La risa ha huido de la capital moscovita como si se la hubieran llevado los nobles expatriados”.

El narrador va mechando anécdota de viaje y comentario inoportuno. Así, nos enteramos de que los viajeros visitaron el Palacio de Invierno, pero que el comunismo es “un gran cuento del tío”; que concurren al Teatro Bolshoi, donde se encontraron con obreros “inadecuadamente ataviados para la ocasión”; que recorrieron el Museo del Hermitage, y allí comprobaron la “vulgaridad plebeya de los empleados del soviét”; que estuvieron en el Kremlin, donde reina “un gobierno de aventureros oportunistas que promueve desmedidas reivindicaciones anarquistas”; y al fin que vieron la tumba de Lenin, aunque rodeados por “multitudes repugnantes a causa de la sórdida suciedad de los trajes”. Una visita al Museo de la Revolución da para más

comentarios: “Está lleno de fotos de delincuentes políticos”, y la visión de un letrero colocado en una capilla del Kremlin que reza “La religión es el opio de los pueblos” merece este comentario de Luchia Puig: “Es la glorificación descarada del crimen”. Tras haber clasificado y archivado al comunismo en el prontuario de los sueños siniestros, Luchia Puig lo califica también de “superstición sostenida por el deseo violento de felicidad”, la que, por cierto, no es una mala definición de ese ideal.

Y el pueblo, ¿por qué permite la tiranización de toda actividad pública y privada? El pueblo ruso, nos alecciona el ideólogo católico, conformado por “hombres desaliñados y mugrientos con aspecto de feroces” es, además, “sugestionable”. Ya completamente escandalizado, Luchia Puig advierte al lector que en la Unión Soviética el divorcio y el aborto están permitidos y son auspiciados por el Estado. Una visita al Stadium Rojo confirma sus peores sospechas, pues allí “se hace el amor desvergonzadamente al estilo socialista de nuestra Isla Maciel”, y no deja de hacer oídos prestos al rumor de que grotescas orgías serían celebradas en los colegios secundarios. Y si en dichos colegios alguien aprende algo, es para peor: “Nada más impertinente que oír a una obrerita de quince años atiborrada de lectura y de oratoria soviética disertando con gestos viriles sobre problemas políticos que no comprende pero cuya discusión satisface su vanidad”.

A la opinión sexista, el aire pomposo del rastacuero y el desprecio clasista, sigue —faltaba más— el confeti antisemita: “Los rusos judíos no se destacan por el aseo” y, encima, “el soviét está influenciado por los judíos, que son por atavismo capitalistas usurarios”. Una contradicción absurda en la que no repara el futuro líder de una de las fracciones del catolicismo argentino. Otra: “Hay elementos judíos preponderantes en el actual gobierno”, pero “nadie está más lejos del desprendimiento voluntario del capital que el hebreo”. Y otra más: “Los judíos contribuyeron a crear el soviét”. Y sin embargo “el judío se ha distinguido por su avidez insaciable de capital y por su capacidad de adquirirlo por medios lícitos o ilícitos”. Luchia Puig augura un conflicto de razas en la URSS, entre eslavos y judíos. Una pasajera, la señora Delia de Barbich, acota que “no es posible que un pueblo que no posee la verdadera religión pueda tener una acertada orientación”. Los pasajeros concedieron pocos años de vida a este sistema “oligárquico y exclusivista”. Una vez finalizada la visita al país de los maximalistas los viajeros arribaron muy aliviados a Copenhague, donde todo era limpio y cristiano, los propietarios de los palacios aún eran los aristócratas, y además había buenos restaurantes.

VIII

En Copenhague, un sinnúmero de telegramas, alarmados o más bien alarmistas, esperaba por los pasajeros, porque a Buenos Aires había llegado un cable con la noticia del supuesto naufragio del *Cap Polonio*. La especie remota resultó ser levemente errónea. En verdad, la tragedia se había abatido sobre el vapor que había conducido y sacado a los pasajeros del puerto de Leningrado. Se hundió al día siguiente de la partida del crucero y murieron ciento cincuenta personas. En cuanto al *Cap Polonio*, cuyo nombre alude a un accidente geográfico uruguayo, sirvió en el mar hasta 1935, fecha en que fue desguazado.

IX

No todos los argentinos que estuvieron en Rusia compartían opinión con Luchia Puig, el cronista del viaje. En principio, no la habría compartido el compatriota cordobés que ya llevaba tres años en Moscú y al que los turistas encontraron, por casualidad, en una caminata. Terminó oficiándoles de guía. ¿Quién sería? No se les ocurrió incluir su nombre en el álbum aunque sí dos fotografías. Hubo otra voz discordante, la de un muchacho de veinte años que acompañaba a su padre en el crucero. Vivía en París, era medio anarquista, ya estaba haciendo la transición al comunismo, más adelante sería peronista, y moriría en el exilio en 1980. Se llamaba Rodolfo Puiggrós y de grande será conocido como historiador e ideólogo de las causas nacionales, pero por el momento firmaba con el seudónimo “Rodolfo del Plata”. Su padre, alarmado ante las ideas maximalistas del hijo, y suponiendo que el conocimiento de los hechos revolucionarios en persona clarificaría su cabeza, lo invitó a viajar a Rusia. No tuvo éxito. El joven Puiggrós dejó impresa su opinión en el álbum del viaje: “El comunismo integral demanda el triunfo de la bandera roja en todas las comarcas de la tierra”. Es el tipo de manchones que arruinan un folio impecable. La otra voz que desentonó fue la de Barón Biza, quien había abordado la nave en Hamburgo, compartiendo el crucero únicamente durante el trayecto por la zona báltica.

¿Qué hacía Barón Biza, millonario reciente, en la Rusia revolucionaria? ¿Qué hacían todos esos plutócratas y demás adinerados del *Cap Polonio* justamente allí? ¿Moscú y Leningrado estaban incluidas en el derrotero del barco con el fin de ofrecer al turista un paseo exótico? ¿Iban a saciar su curiosidad, tal como se concurre para otros o los mismos fines al zoológico?

Además, ¿cómo fue posible que las autoridades revolucionarias permitieran la entrada a puerto y ciudad de un crucero de representantes arquetípicos del capitalismo? Las relaciones diplomáticas estaban rotas desde 1917, año en que el gobierno de Hipólito Yrigoyen había reconocido el gobierno menchevique del mes de febrero pero no la toma del poder por parte del partido bolchevique en octubre. La cuestión es que diez años después Rusia estaba exhausta. Ya habían pasado los años de guerra civil que entre 1917 y 1921 consumieron millones de vidas, ya había pasado la gran hambruna que arrojó al cielo y al infierno a toneladas de cuerpos famélicos, ya había muerto Lenin y su cuerpo estaba embalsamado y glorificado, ya habían sido destrozados los anarquistas y los del partido socialista revolucionario, ya estaban llenos los campos de concentración de Siberia y poco faltaba para que se desatara el drama de la lucha por el poder entre Stalin y Trotsky. Y el comunismo necesitaba divisas, de modo que hacia 1925 las autoridades concedieron permiso de entrada a varios cruceros de placer, que son los que suelen transportar un pasaje dilapidador. Por otra parte, no todos eran zonzos en el barco, había de todo. El propio Barón Biza, que durante la década de 1920 se presentó públicamente como escritor, se consideraba hombre de ideas “sociales”.

A fin de empalmar con el itinerario del *Cap Polonio* Barón Biza aprovechó la inauguración del primer vuelo en aeroplano de la línea comercial París-Berlín. Ese trayecto, con escalas, duró doce horas. Barón Biza subió a bordo en el puerto de Hamburgo, y en pocos días más puso pie en el mundo de los comunistas. Más adelante declararía al diario *Crítica*: “Todos los magazines, mercados, sastrerías, son del gobierno y sólo se admite una actividad particular dentro de muy estrechos límites. En los mercados se observa un vendedor con un pollo, un frutero con una docena de naranjas; la gente viste con toda modestia, no se ven alhajas, no hay prostitutas, no hay allí ni pobres ni ricos”. Pocos años más tarde Barón Biza se revelaría como un radical de izquierda, pero a mediados de los años 20 todavía no abundan las declaraciones políticas que le serán tan habituales después. Luego agregó que, en Rusia, “los resultados no pueden verse al presente con la amplitud que muchos exigen, desde el momento en que la obra de destrucción del antiguo régimen es tan grande que exige más años para que pueda evidenciarse en forma definitiva. Una vez moderados sus ideales, llegará aquel pueblo a la perfección del máximo que humanamente pueden exigir las masas obreras. Tengo fe en la Rusia del porvenir”. Sin embargo, en su correspondencia para el diario *La Argentina* cuenta que “hay un régimen de terror y de miseria. Aquel

pobre pueblo no ha ganado nada con el cambio de régimen. Todos lo aplauden, pero es de miedo al rigor de sus representantes. Las mujeres son las más infelices. Las he visto empedrando calles”. De los países escandinavos, sólo observa que allí rige la “ley seca”.

Pero un detalle insólito, o significativo, sucedió durante la visita a Moscú. Un grupo elegido de pasajeros fue recibido por Ghiorgi Vasylyevich Tchicherin, el mismísimo Comisario del Pueblo para los Negocios Extranjeros, que es como en un gobierno comunista se designa a los ministros de relaciones exteriores. Barón Biza se contaba entre los invitados al Kremlin. Tchicherin, de opulenta cuna aristocrática y preferencias homosexuales, los recibió en el muy poco ortodoxo horario de la medianoche y en la noche previa a la partida de los viajeros. Cabe suponer que estaría contento, pues la República Oriental del Uruguay había reconocido a la Unión Soviética el día anterior y ése era el segundo país latinoamericano en hacerlo, luego de México. Además, quizás le hubiera sido informado que uno de los pasajeros del *Cap Polonio* presente era Tomás Le Breton, el ministro de Agricultura, quien recababa información y pareceres en forma oficiosa con vistas al posible reconocimiento argentino del gobierno soviético. Tchicherin y Le Breton se sondearon el uno al otro y al menos el argentino quedó prendado, pues declararía a los medios, ya en Buenos Aires: “Tchicherin causó en mis compañeros y en mí personalmente una gran impresión, me convencí de su inteligencia y su fuerza espiritual”. ¿Qué percibió Barón Biza en esa reunión?: “Noté un ambiente bastante cargado, hasta el punto que no es difícil anticipar que habrá acontecimientos de trascendencia”. En efecto, pronto comenzaría la primera tanda de purgas y asesinatos y unos años después el propio Tchicherin, que en 1918 había sucedido a León Trotsky en el puesto, caería en desgracia, siendo su nombre borrado de la historia del Partido Comunista de la Unión Soviética. Difícilmente supiera el millonario argentino que por esos días un anarquista ruso, y judío, llamado Aron Baron había sido arrojado a un campo de concentración donde permanecería por veinte años. Años antes su esposa Fanya había logrado ajusticiar al jefe de la policía secreta del zar, pero luego los bolcheviques la asesinaron a ella. Tampoco podía saber Barón Biza que más de setenta años después su propio hijo Jorge Barón lo transfiguraría en un personaje de su novela y lo llamaría Arón.

Quién sabe qué quería ver en Rusia el joven rentista, si es que pretendía hacerse de una opinión propia apersonándose en la “patria de los trabajadores” o si quería contar con un sello aduanero curioso en su pasaporte de turista experimentado. Luego del viaje, se rumoreó que a las calles internas

de su estancia de Alta Gracia las había bautizado Marx y Lenin. ¿Yrigoyenismo al rojo vivo, módica transgresión, chiste de clase alta? Tiempo después hará incluir en *El derecho de matar*, su libro perseguido de 1933, esta reserva: “Los derechos de reproducción, traducción y adaptación cinematográfica y teatral han sido reservados por su autor en todos los países, comprendiendo la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas”. Otro posible motivo de su viaje se llamaba Mauricio Debussy, amigo suyo de nacionalidad francesa, también pasajero del crucero. Era aviador y sería quien cinco años después le prestaría su avión a Myriam Stefford, a quien Barón Biza acababa de conocer el año anterior, en 1925, para que ella pudiera completar un raid aéreo que sería el último de su vida.

X

El charleston era el baile de moda y no otro parece ser el motivo en la elección del nombre de su revista, la primera de las tres publicaciones que editará en distintos momentos de su vida. Las posteriores, los periódicos *La Víspera* y *La Semana Radical*, serán órganos de combate. *Charleston*, en cambio, es ligera, festiva y sensual. Se definía a sí misma como “revista ultramoderna”, una consigna de moda en círculos literarios. Para alguien que pretendía ser reconocido en tanto escritor, presentarse en sociedad con una publicación que trataba del mundo del teatro de revista resultaba ser una apuesta arriesgada. No faltaban relatos breves, críticas de obras de teatro, también cinematográficas, pero no escaseaban tampoco la chismografía y las fotografías de bataclanas. Las noticias del mundo del cine y los reportajes convivían con chistes levemente subidos de tono y caricaturas de personajes de la farándula de la época. Se diría que era una revista de “plumas”, y venía con imágenes de cuadros finales de obras festivas o de concursos de piernas bonitas. Sólo se editaron tres números, entre junio y agosto de 1926, en papel lujoso y con falsa tapa calada que dejaba ver rostros de vedettes. Champagne —digamos— y atrevimiento. La revista incluía publicidades de mobiliarios, alhajas, cigarrillos y vinos finos, entre ellos el vino Barón, vendimiado por Leandro Barón Ltda., que era el nombre de uno de sus hermanos.

En *Charleston* las fotografías de estrellas del teatro de revistas y de sus cuadros escénicos cautivan aún hoy, como si en ellas pudiera vislumbrarse la promesa erótica de un tiempo pasado. Este tipo de entretenimiento tenía un origen reciente, pero fue luego de la Primera Guerra Mundial cuando se convirtió en un espectáculo encandilante, erógeno y popular. En la revista

teatral se funden la representación de feria, el sainete, el music hall, el varieté, el espectáculo de can-can, el cuadro costumbrista, el vaudeville, la parodia de índole política, la farsa, el burlesque, la picaresca e incluso la acrobacia circense. Cada obra incluía baile, actuación, canto, humor y la dosis de desnudismo posible para la época, y formaba parte del “género chico”, de honra artística menor y coqueteo con el pecado. La censura de contenido y la prohibición de piel, alusión política o lenguaje explícito se asumían como gajes del oficio y se los transgredía de tanto en tanto. En los estrenos sucedidos en el Maipo, el Tabarís, el Casino o El Porteño se ponía en marcha un complejo equilibrio entre capocómicos, vedettes, chansoniers, imitadores, monologuistas, cupletistas, coreógrafos, tonadilleras, bailarines, tramoyistas, partenaires, vestuaristas, mimos, bataclanas, costureras, coristas, maquilladoras, cantantes, macchietistas, triples, cancanistas, especialistas en plumas y boas, y hasta alguna que otra bailaora. Eran remedos locales del Moulin Rouge y el Folies Bergère de París. De hecho, en el mismo año en que Barón Biza editó *Charleston*, Maurice Chevalier y la Mistinguette, las luminarias mundiales del cabaret, habían visitado Buenos Aires, y en 1929 llegaría Josephine Baker, la “Venus de Ébano”, y sobre tablas ella sólo se cubría el vientre con una pollerita festoneada de bananas.

La revista incluía relatos de Barón Biza. “El sol ladrón” es uno de ellos y el argumento concierne a un poeta miserable, “un bohemio andrajoso, escuálido y melenudo” que rescata de la calle a una adolescente a la que llaman “Cherie”. El poeta, enamorado, termina en la cárcel. Al regresar a su casa descubre que se la han birlado. Y ya un poco ido, acusa al sol de habérsela robado. Termina cayéndose por el balcón, en una suerte de suicidio desesperado. Pues bien, el argumento de la conquista y pérdida de la mujer se repetirá, con variaciones, una y otra vez en las obras posteriores. Las pasiones fatales son un tema: bajo el título “Buenos Aires trágico” la revista informa que un joven actor de una compañía italiana se había descerrajado un tiro en un cabaret. De allí se siguen observaciones sobre el suicidio y los cabarets: “Que todo suicida lleva en sí, oscuro y latente, el germen de su definitiva determinación es verdad que nadie pretenderá discutir, pero no hay duda de que el ambiente influye sobre él en forma notable, decisiva las más de las veces, y el ambiente de nuestros cabarets, no puede ser más favorable y propicio, por la abundancia de sus sugerencias criminosas para la realización de hechos como el que nos ocupa”.

Pero tantas décadas después de su primera impresión sólo las fotografías de las mujeres intercaladas entre las notas y las propagandas concitan

nuevamente la atención. ¿Quiénes eran? Laura Hernández, primera tiple del Maipo; Amanda Falcón, del Sarmiento; Pilar Velásquez, bailarina española; Cecilia Parera, vedette; Sofía Bozán, también del Sarmiento; las Hermanas Celinda, bailarinas; Lola Garrido, del Porteño; Lina Elman, del Maipo, y Esmé Davis, del Sarmiento. Y también actores y actrices: Hortensia Armand, Tatiana Pawlova, Margaret Livingston, Vera Sergino, Barry Norton, Theda Diamant. ¿Qué les habrá sucedido? Quién puede saber ya si sus carreras prosperaron o se detuvieron de un instante para el otro. ¿Eran estrellas o asteroides? En la revista se destaca una fotografía más. Es una mujer joven que luce un vestido cuya falda está conformada por numerosos pétalos de seda. Es un modelito Chanel. “Nueva estrella de los Studios U.F.A.”. Y el nombre: Myriam Stefford.

En el último número se anuncia la partida del director de la publicación rumbo a Europa y el Oriente, en el *Cap Ancona*. Hay foto de él, muy elegante, fumando, con sobretodo en la mano, trajeado, sombrero, zapatos de doble color, acharolados. Este viaje ha de ser el motivo por el cual desapareció la revista. Así lo despide una nota de la redacción: “Como todo ser superior, Barón Biza tiene algo de extraño, ese algo indefinible que fue la base de los triunfadores y los elegidos”. El director prometía enviar algunas notas desde Honolulu o Singapur. En verdad Barón Biza viajaba a Europa para culminar la conquista del corazón de Myriam Stefford, y me queda la sospecha de que editó la lujosa *Charleston* únicamente para homenajear y seducir a la mujer deseada.

XI

Barón Biza tenía siete hermanos, de los cuales dos fallecieron muy niños. Una de sus hermanas se llamaba María Luisa y otra Emma, un hermano se llamó Leandro, y otro, René. Ninguno se destacó por ambicionar fama o resonancia pública. René Barón fue médico psiquiatra y a su muerte dejó parte de su herencia con el fin de premiar investigaciones en el campo de la ciencia. Pero antes de eso fue joven y rico. En una de las varias fotografías que guardaba Jorge Barón se lo ve en Jaipur, la India, en 1932, junto a varios jabalíes recién abatidos; en otra está en Nueva Guinea, en 1928, junto a un jefe indígena ataviado con plumas y emblemas de mando; y en otra más, en Londres, está posando junto a la tumba de Marx. Parecía haber salido a dar la vuelta al globo. Las fotografías hacen soñar con otros mundos, tanto como otra serie en que un muy elegante René Barón posa junto a varios de sus invitados, el

director de cine Alfred Hitchcock por ejemplo, o Joan Crawford, arquetipo de la mujer fatal durante un tiempo, u Oliver Hardy, el “gordo” que era partenaire del “flaco” Stan Laurel, o Errol Flynn, galán de moda, o incluso, en 1933, junto a Florencio Parravicini y Mona Maris, la amante de Gardel. Safaris, entonces, y una mansión en Hollywood. También él hacía honor a la frase hecha de comienzos del siglo xx: “Rico como un argentino”.

EL ENAMORADO

I

Son dos fotografías. En la primera, los ojos y la boca de Myriam Stefford dan forma a un triángulo, un centro de gravedad facial. La mirada, suave y oscura, se disputa la atención del observador con la boca matizada de rouge. El peinado es ondulante y sencillo, y la cabeza se reclina hacia un costado apoyándose apenas sobre las manos unidas por sus palmas. El cuello, los antebrazos y gran parte del pecho están al descubierto. Hay un vestido, sí, pero la vista difícilmente se interesa por su textura y color, al menos no sin antes quedar capturada entre los once brazaletes enlazados uno tras otro a sus brazos. Oro, brillantes, perlas y esmeraldas prendidas a engarces afiligranados. En la mano derecha, un anillo coronado por una esmeralda, y en el dedo índice de la mano izquierda un enorme diamante facetado de 45 quilates. En la segunda fotografía el maquillaje y la elegancia también reclaman atención: los labios pintados a rabiar en contraste con la vestimenta inmaculadamente blanca. Pero ahora está ausente el horizonte terrenal. Un gorro de aviador y unas antiparras le cubren la frente y las orejas, y su vista se dirige hacia lo alto, más allá del marco de la fotografía, hacia un ideal peligroso que ella parece encarar con confianza. El centro de gravedad de esta segunda fotografía reposa en esa mirada. Myriam Stefford era hermosa, tenía veintiséis años y en el futuro la aguardaban un salto al estrellato, una existencia acomodada y el inmenso cielo de la patria. Cuando llegó a la Argentina, la Stefford era “actriz de la pantalla” y prometida de un millonario; cuando aquí terminó su jornada, era la primera mujer aviadora muerta de Sudamérica. En el cielo se está más cerca de los eclipses.

II

No era austríaca, como se decía, sino suiza, y es improbable que fuera baronesa, título que le adjudicaban y que ella no desmentía. Se llamaba Rosa

Martha Rossi, alias Myriam Stefford, nombre artístico por el que sería conocida en vida y después de su trágica muerte. Las crónicas de la época la mencionan con diversas variantes: Rosa María Rossi, Rosa Marta Rossi, María Rosa Rossi, Baronesa Stefford, Rosa Margarita Rossi Hoffman, sin excluir un Stafford y hasta un Ruth intermediente. Confusión de nombre y rango que se acompaña de incertidumbre con respecto a nacionalidad y lugar de nacimiento. Eso sucedió el 20 de octubre de 1905. ¿Fue en Lugano o en Berna? Barón Biza escribió que ella había sido “una niña adjunta a la corte”. Pero Suiza elige presidentes, y suelen ser efímeros. ¿Acaso en la Viena de Francisco José I? Quién puede saberlo ya. Un abolengo inventado suele facilitar la entrada en el mundo, o quizás fuera verdaderamente una baronesa venida a menos. Sus padres se llamaban Antonio Rossi y Martha Hoffman. La fortuna familiar se evaporó luego de la Gran Guerra y entonces Myriam probó suerte en el teatro, con actuaciones en Viena, París y Budapest. ¿A qué tipo de teatro se dedicaría? Un cazador de talentos de la U.F.A., los estudios más importantes de la industria cinematográfica alemana, la recluta y la hace debutar en *La Duquesa de Chicago*. Luego, actuó junto a Emil Jannings en *Poker de Ases* y también en una de las tantas versiones de *Moulin Rouge*. En Hollywood se interesaron en ella, por más que su lengua natal fuera, por entonces, intraducible. El cine vivía aún en la época del “teatro del silencio” y esa amortiguación total de la audibilidad permitía filmar con actores de todo el orbe, o bien producir versiones diferenciadas para audiencias específicas y con actores importados. Así fue como el argentino Alfredo Birabén, alias “Barry Norton”, quien sale fotografiado en las páginas de *Charleston*, pudo triunfar brevemente en Hollywood. En 1928 también él secundaría a Emil Jannings en *Los Pecados de los Padres*. Luego, nada. Barry Norton enmudeció, al igual que tantos otros actores europeos y latinoamericanos, una vez que la pantalla adquirió relieve sonoro. En su primera visita a Buenos Aires Myriam Stefford declaró que pasaba por el país en camino hacia California, pues la United Artists le habría propuesto hacer una película con “motivos argentinos” y ella quería dar un vistazo al escenario. Pero el verdadero motivo de su viaje se llamaba Raúl Barón Biza.

Él era un magnate argentino con veleidades de escritor que viajaba por Europa, ella era un rostro rutilante de las revistas a la moda. Señoritismo austral y modelitos Chanel. Los pocos que han escrito sobre Myriam Stefford y Barón Biza aseguran que se conocieron en 1928 durante la temporada del Lido de Venecia. Pero el año, el teatro y la ciudad son incorrectos. Además, dicen que Myriam llegó a Buenos Aires en ese mismo año de 1928, cuando

Hipólito Yrigoyen asumía su segundo período presidencial. Pero tampoco eso es cierto: “Rubia, de un rubio noble y puro que semeja un halo luminoso en torno de su rostro maquillado, de ojos inmensos y oblicuos, y su boca muy dada de carmín tiene sin embargo el aspecto de una de esas heroínas de novela moderna: un poco romántica, un poco artificial, un poco perversa”. Son palabras de un admirador, de un enamorado quizás, publicadas en la revista *Charleston* de agosto de 1926, junto a dos fotografías de Myriam. La nota, encomiosa y galante, estaba firmada juguetonamente por “Ra-Ba-Bi”. En ella se decía que Myriam Stefford acababa de pasar por Buenos Aires “como pasan las diosas bellas y buenas en los cuentos de niños o en la pantalla de cine”. Se habían enamorado en Viena, en 1925 y en lengua francesa, y por un tiempo disfrutaron de los balnearios, los cocktails y las pistas de esquí. Las pampas estaban lejos todavía. La pampa de Marayes también.

III

Una fotografía suya apareció en la revista del lujoso hotel en que aguardaba el día de su boda. Se la ve fresca, los brazos al descubierto, con chaquetita y pantaloncito de verano, todo blanco, incluso los tacos altos, posando desenfadada bajo una ojiva de estilo árabe. Era una “girl”. Se anunció que el casamiento sería en París; luego, en Saint Moritz; y al fin ocurrió en Venecia el 26 de septiembre de 1930, veinte días después de que en la Argentina aconteciera un golpe de Estado. La ceremonia civil se hizo en el Palacio Daniele, que databa del siglo XIV, y la fiesta en el Hotel Excelsior, más moderno, construido sobre la “isla de oro” y enaltecido por la cercanía de la Muestra de Cine de la ciudad. Entre los invitados había más aristócratas que personas. Concurrieron el príncipe Marcelo del Orago, la princesa Lucinge de Faucigny, la baronesa Nelly Rothschild, la duquesa Di Sangro, la condesa Dada Albrizzi, el barón y la baronesa Blixen Feniche, el marqués Santini Pacinelli, el príncipe Ruspoli, el conde Buccino, el conde Luigi di Castelbarco, la condesa Volpi y el conde Valmarano. O sea, lo más granado de la sociedad. Sólo faltaba un anarquista que quisiera ganarse el día. No escaseaban los actores: Warner Cland, Claire de Lores, Gerda Maurus, Casimiro Edschmid, Erna Pinner, en fin, planetoides del momento ya desintegrados de la memoria cinematográfica. Y tampoco estaban ausentes primas donnas, pintores, músicos y demás morralla. Antes de la fiesta los invitados acompañaron a los novios por los canales venecianos. Una de las

tantas leyendas que corrieron sobre este casamiento aseveraba que Barón Biza había alquilado todas las góndolas de la ciudad a fin de que nadie osara opacar su día cumbre.

Se radicaron momentáneamente en París. Él tenía prestancia y capital heredado, ella arreaba con centenares de miradas a su paso. Mucho más tarde el escritor Segundo Gauna, autor del radioteatro *Con los labios sellados*, evocaría el momento en que la conoció: “Estaba en una mesa, entre un lord inglés, de ceño fruncido y monóculo, y un maharajá indio, de mirada fría y tibia sonrisa”. Es un camafeo de la belle époque. Y agregó: “Tiene el espíritu de esas mujeres capaces de enrolarse en cualquier ejército y lanzarse en procura de las más arriesgadas aventuras”. Un cronista de *Caras y Caretas*, dando cuenta de un “souper de gala”, la describe: “La señorita Myriam Stefford, que participó de la cena de gala en el Plaza Hotel, llamó la atención por su belleza y, sobre todo, por la ‘joyería’ de pulseras que se colocó en el brazo izquierdo, y que constituyó, como es fácil imaginar, el comentario de cada uno de los concurrentes”. La palabra “pulseras” es demasiado escuálida para describir esas alhajas inalcanzables: tan sólo las joyas representaban un valor de cien mil pesos de la época. Una breve nota en *La Prensa*, ya en 1931, comenta una fotografía: “La conocida actriz Myriam Stefford, baronesa austríaca que abandonó la cinematografía para contraer enlace con nuestro compatriota Don Raúl Barón Biza, no quiere ser menos que la excéntrica Josefina Baker y paseó por el parque Tiergarten de Berlín con su leopardo”. La noticia no se refiere a las pieles que enfundaban a la diva en el invierno europeo sino a su mascota, un leopardo amaestrado llamado Gaucho. Una originalidad de “starlet”, quizás iniciada por la famosísima actriz Sarah Bernhardt unos años antes, propietaria de un guepardo. Pero aún no había tañido la campana de la abdicación, el telón estaba abierto de par en par.

Para vivir en Buenos Aires, Barón Biza había hecho construir una mansión estilo art déco, frente a Plaza Francia, en la avenida Quintana, a sólo cien metros del lugar donde en unos años más residirán Juan Domingo Perón y su esposa Eva. El diseño le pertenece a un arquitecto importado al efecto. Eso sucedió por la misma época en que editó *Charleston*. El frente y el ventanal eran triangulares y sobresalían hacia fuera, como la proa de un barco. Las puertas estaban trabajadas por un orfebre: resaltaban palmeras, juncos y cactus de hierro. Los ambientes, modernos y espaciosos, y el mobiliario, todo déco. En el cuarto de baño el piso marmolado imitaba una alfombra y la bañera misma era de mármol negro, encrestada por un vidrio de cristal. Un extravagante biombo separaba ambientes. En las rejas de la

terrazza habían sido adosadas unas tunas forjadas en plata que hacían juego con la herrería de la puerta de entrada. Esa casa no existe más. Fue derruida hace décadas con el fin de hacer lugar a un edificio de departamentos. Mentalidad especulativa y brutalidad arquitectónica que se corresponden con el descuido posiblemente fatal al que está sometido hoy el mausoleo cordobés erigido para preservar eternamente el nombre de Myriam Stefford. De esa casa de sueños apenas sobreviven algunos muebles de la habitación nupcial, que están en exhibición en el Museo de la Ciudad de Buenos Aires: una cama y el guardarropa. Son restos de un naufragio.

Sin embargo, muy escaso debió haber sido el tiempo que Myriam Stefford pasó en la mansión. Sus estadías en la Argentina fueron, a fin de cuentas, breves, y buena parte de esos días australes los pasó en el aire, o disfrutando en la estancia de Alta Gracia, en Córdoba, rebautizada en su honor “Myriam Stefford”, cuando antes se llamaba “Los Cerrillos”, por cierto el mismo nombre de la extensa propiedad de Juan Manuel de Rosas. Un ex administrador de la estancia contó que durante su primera visita Myriam Stefford pudo apreciar unas sábanas bordadas con estas palabras: “Esta noche o nunca” y “Esta noche y siempre”. Los seis años que Barón Biza y Myriam Stefford compartieron en este mundo se parecieron a un viaje sobre la cubierta de un transatlántico de lujo: dancings, vestimenta exclusiva, boites, vida de club y de estancia, palco exclusivo en el Colón, jazz bands, palacios de cine, bares americanos, fichas de casino, “cigarettes”, pieles, sedas, “high class”, grooms, “mannequines vivants”, farra, charleston, extravagancia, “amour fou”, drama y olvido. Fue un cuento de hadas con final infeliz.

IV

Un año después del accidente fatal, el escritor Segundo Gauna, amigo de Barón Biza, y además periodista, publicó en *Caras y Caretas* un relato que había escuchado de labios del viudo: “Mi pobre Myriam causó envidia en muchos salones, en muchos teatros, en muchos balnearios, porque adornaba sus dedos uno de los más maravillosos brillantes que el mundo haya visto. Era su peso de 45 quilates, y los rayos del sol se quebraban en él en tal forma que hasta daba la impresión de una fragua que, por arte de encantamiento, se hubiese colocado sobre la mano delicada de una mujer bonita. Cuando nos comprometimos con Myriam, en Venecia, se lo regalé; era tal vez el mejor regalo que podía hacerle. Se trataba de un brillante con larga historia, historia trágica y quizás por eso más atrayente. Con Myriam nos reímos muchas veces

recordando la historia del brillante. Nos burlábamos de su fama. En una de las tantas explotaciones mineras del Transvaal, donde los pobres negros y algunos blancos alucinados por el afán de la riqueza son tratados peor que las bestias, un africano llamado Togu descubrió un buen día un brillante enorme. Aquello representaba para él la fortuna; más que la fortuna, la libertad. Esperaría un mes en que llegara la fecha en que, conforme a los reglamentos, pudiese salir de los límites de la posesión minera para fugarse definitivamente lejos, muy lejos. Togu pensó que sería muy difícil esconder un brillante de semejante tamaño. Le era imposible tragárselo, como en casos semejantes habían hecho otros, sus compañeros de infortunio. Y luego de mucho pensar, con esa serenidad espantosa de la que sólo son capaces los orientales y los salvajes, se abrió el vientre para esconder el precioso hallazgo. Pocos días más tarde, una terrible infección terminaba con la vida del negro. Y cuando se examinó su cadáver, con la consiguiente sorpresa, se extrajo el brillante, que pesaba cerca de setenta y cinco quilates. Pulido, trabajado en Amberes por delicados artistas, estuvo mucho tiempo en la caja fuerte de un vendedor de joyas apellidado Brown, quien, fascinado por la hermosura de la piedra, en vista de que nadie la adquiriría, resolvió usarla él mismo los días festivos. Al año justo de haberla usado por primera vez, una banda de ladrones internacionales asaltó el comercio de Brown y éste murió ultimado a balazos cuando intentaba defender sus brillantes. Los ladrones, que seguramente ignoraban el valor de la preciosa piedra, no hicieron caso de ella y fue vendida en subasta poco más tarde, adquiriéndola por escaso precio un comerciante turco que, acostumbrado a viajar por la India, hacía sus buenos negocios tratando con maharajaes y demás señores de esas tierras y pronto logró que se la adquiriera el reyezuelo de Indore. Zulma, cautivante favorita del harén de aquel señor, fue la favorecida con el magnífico regalo. Antes de cumplirse el año de brillar la piedra en su preciosa diestra, Zulma desapareció y a los pocos días se la encontró ahogada en uno de los estanques del palacio. Pasados los primeros momentos de estupor, más que de dolor, el señor indígena obsequió con el brillante a una célebre bailarina yanqui conocida por el nombre de ‘Batalla de Miss Ketty’, quien apenas de regreso en Nueva York, donde habría de debutar con gran suceso, fue asesinada por su esposo, quien, movido por los celos, la apuñaló, huyendo luego y llevándose consigo las joyas de su mujer y entre ellas el brillante regalado en la India. Durante mucho tiempo desapareció la piedra fatal; ya su historia era conocida en todas partes y se la había olvidado, cuando de pronto, en Montecarlo, una noble señora italiana, la condesa de Búscoli, arruinada en la mesa de juego, se

suicidó en los jardines del casino: en el dedo mayor de su mano derecha brillaba el enorme brillante que nadie le quiso adquirir en el gran palacio de juego por temor a que fuera falso. Meses más tarde lo adquirí en París y se lo regalé a Myriam en Venecia, donde nos casamos. No se había cumplido el año, cuando fue 26 de agosto de 1931. Pero ya no causará más víctimas. Ahora está depositado en la caja fuerte de un banco y de ahí no saldrá”.

V

¿Por cuánto tiempo estuvo el diamante en ese banco? ¿Meses, años, nunca? ¿Y dónde está ahora? ¿Está sepultado en una caja de seguridad, se da corte en la mano de una mujer, o duerme bajo ciento setenta toneladas de hierro y cemento? Se supone que Barón Biza enterró las joyas obsequiadas a Myriam Stefford en los cimientos del mausoleo más alto de la Argentina. Además, mandó cincelar una amenaza de raigambre egipcia a la entrada de la cripta, lo que no evitó el quebrantamiento de la losa sepulcral. ¿Es verdad que la bella mujer se presentó en el cielo con diamantes? ¿O eran joyas menores, las que se usaban a modo de complemento, poco menos que bijouterie, habiéndose reservado el propietario las mejores piezas para ser vendidas ulteriormente en Francia? ¿Eran verdaderamente las alhajas y brillantes que enfundan sus brazos en las fotografías de la época, o eran réplicas? ¿O bien Barón Biza las desenterró después, si eso hubiera sido posible? Hay un antecedente. Dante Gabriel Rossetti, el poeta prerrafaelista que, tras el suicidio de su esposa Elizabeth Siddal, sepultó su cuerpo junto a poemas de amor inéditos a fin de que exclusivamente ella pudiera leerlos por siempre jamás. Eso sucedió en 1862. Pero siete años más tarde Rossetti hizo exhumar el cadáver a fin de recuperarlos y hacerlos públicos. La historia del desdichado Togu y de la desesperada condesa de Búscoli es inverosímil, aun cuando sepamos que desde antiguo el oro y también los diamantes enceguecen y desequilibran a hombres y mujeres. No obstante, la leyenda de las mitológicas joyas de la aviadora enterradas en un lugar de la provincia de Córdoba se expandió. Un Taj Mahal no estaría completo sin alguna de las mil y una noches.

VI

El 17 de diciembre de 1903 dos hombres lograron que un aparato de vuelo se elevara sobre la tierra por apenas cincuenta y nueve segundos. Se había

cruzado la barrera del aire, Ícaro había sido redimido. Dos años después nacía Myriam Stefford. Durante milenios y milenios los humanos fueron seres pedestres, al igual que los pingüinos, los dodos y las gallinas. A fines del siglo XIX sólo las aves, algunos insectos y los “balloonistas” solían desafiar la ley de la gravedad. Pero la carcasa voladora de los hermanos Wilbur y Orville Wright funcionó y de inmediato transformó las relaciones entre el cielo y la tierra. Aun así, la práctica de la aviación fue rara y peligrosa por bastante tiempo. Todavía en la década de 1930 convivían en el mundo millones y millones de personas que nunca habían visto volar un avión. Por entonces los pilotos eran los audaces miembros de una aristocracia que requería de pericia y coraje. Charles Lindbergh, el primer hombre que cruzó el Océano Atlántico, en 1927, fue durante toda su vida una leyenda viviente, al menos hasta 1961, cuando Yuri Gagarin circunnavegó el planeta a una velocidad nunca antes experimentada. Pero en 1930, a tres décadas del primer vuelo tripulado, los aviones no eran más que cáscaras de nueces con hélices y rueditas. O bien sarcófagos con aletas.

Existían precursoras argentinas. Se considera que Amalia Figueredo fue la primera mujer aviadora del país y de Sudamérica. Era 1914, y en ese mismo año también Alicia García Uriburu y Raquel Cabrera Bernet se deslizaron por la rosa de los vientos. Las siguieron, en 1916, Enriqueta Fruchard de Jarfelt, y en 1921 Adrienne Bolland, ambas de nacionalidad francesa. La primera fue instructora de paracaidistas del ejército, la otra cruzó la cordillera de los Andes, de Mendoza a Santiago de Chile. Inmediatamente viene Myriam Stefford, quien había estado en la Argentina en 1926, y también en 1928, llegada en el *Cap Ancona*, y nuevamente en 1930, para luego partir con destino a Europa en el paquebote *Giulio Cesare* a fin de aprontarse para la boda. Por entonces la llamaban “Miss Siglo XX”, y ya estaba decidida a abandonar momentáneamente su papel de estrella de magnitud menor de la industria cinematográfica a fin de brillar en el cielo. Cuando regresó, en marzo de 1931, venía dispuesta a unir las catorce provincias argentinas por el aire. La primera vez llegó en primavera, la última en otoño. Su jornada fue fugaz, al igual que sucede con los cometas.

VII

¿Y si hubiera aprendido a pilotear un avión con el exclusivo fin de seducir a Barón Biza? Eso es lo que sugiere Raymond Latour, amigo de Myriam, en “El precio de la gloria”, artículo necrológico publicado en París: “Érase una

vez... una joven muy bella que acababa de cumplir veinte años; tenía enormes ojos verdes, cabellos rubios largos y enrulados y un cuerpo grácil. Durante un baile, en una de las capitales de Europa central afamada por su elegancia y encanto, conoció un hombre morocho, de tez mate, de ojos sombríos, que le gustó. Ningún obstáculo a su felicidad, nada de viejo marido gruñón, nada de esposa celosa o de parientes severos; ella era libre, él era rico... Jugaron sin embargo al gato y al ratón, porque a ella le gustaba el peligro, la lucha, las dificultades vencidas... Él, voluntarioso, orgulloso, poco habituado al fracaso, sin saber lo que era el arrepentimiento, encontró placer en el juego. Un día, en Venecia, la atrapó ya sin aliento. Ella debía asemejarse entonces a las pequeñas jovencitas turbulentas que atraviesan el patio del pensionado corriendo y que llegan al final con los cabellos deshechos, el corazón palpitante. Él la llevó a su país, a veinte días de Europa; ella lo siguió, dócil; él la volvió a llevar a Viena, a París, a la nieve y sobre las arenas doradas. Él estaba orgulloso de su belleza, orgulloso de su sumisión. Un día, entre las páginas de una revista que simulaba leer, ella lo sorprendió mirando a otra mujer; en sus ojos, vio la entente con el enemigo, el complot, la próxima traición. Lo increpó: —¿Qué tiene esa mujer? —preguntaba—, ¡quiero parecerme a ella para conservarte junto a mí! Prendiendo un cigarrillo y adoptando el aire de interesarse por cualquier otra cosa, él le respondió con estas palabras que la hicieron temblar de ambición: —Es una gran artista, su nombre está en todos los labios, su fotografía en todos los muros. Hubo una tregua, pero una noche, de nuevo, leyó en sus ojos la admiración por otra mujer; fue ella, esta vez, la que tomó la delantera: —¿Qué pensarías de mí si, con la única compañía de una radio y en un aparato ligero, atravesara un océano?”.

VIII

¿Era Myriam Stefford una aviadora experimentada? Había realizado algunos vuelos en Europa pero, en efecto, no era una “experta” sino una mujer intrépida. Su brevet de piloto tenía el número 358 y había sido obtenido apenas quince días antes de su partida final. Su primer vuelo de larga distancia, de seis horas, lo había hecho el mes previo, desde Buenos Aires hasta Alta Gracia, donde sus restos esperan hoy la resurrección de todos los muertos. En todo caso virajes, “caídas de hoja”, tirabuzones y “loopings” le fueron tan excitantes, o más, que el modelaje o la actuación. En una entrevista dirá: “Tengo más fe en mi avioneta que en mi automóvil”.

Enlazar las provincias era un desafío que no carecía de riesgos. El primero en planear esa proeza fue el piloto Próspero Palazzo, pero no pudo hacerlo, y moriría junto a su avión unos años después. Luego llegó el turno de los pilotos Reggi y Cocco, cuyo avión se precipitó a tierra, fatalmente. Al fin, el aviador santiagueño Romay logró realizar el raid en dos meses. Myriam Stefford fue la cuarta persona en intentarlo, y la tercera en morir en el propósito. Pretendía cubrir 4.100 kilómetros en sólo cuatro días con una avioneta bautizada *Chingolo*. Declaraciones suyas a un “reporter”: “El chingolo, además de ser un pájaro bien criollo, reúne todas las condiciones de modestia indispensables para mi raid. Yo, al igual que el chingolo, vuelo sin pretensiones y bajo el aliento del propio esfuerzo”. La Stefford consideraba a este raid una gira preliminar. Con ese mismo aparato planeaba partir en octubre hacia los Estados Unidos por la ruta del Pacífico y llegar hasta Nueva York. Le dijo a un periodista: “Quiero llegar con mi avión adonde nunca llegó una mujer”. Su instructor de vuelo y acompañante de viaje se llamaba Ludwig Wilhelm Fuchs, de treinta y cuatro años de edad. Había sido piloto durante la Primera Guerra Mundial, tiempo en que se hizo bastante conocido como integrante de la “escuadrilla negra”. Fue necesario solicitar una autorización especial para realizar el viaje pues regía el estado de sitio en todo el país. También en el cielo.

El avión era un Messerschmitt BFW equipado con motor Siemens de ochenta caballos de fuerza. En verdad, una “avionet” de turismo. Aunque podía alcanzar los 160 kilómetros por hora y aunque disponía de una autonomía de vuelo de seis a ocho horas, el aparato era frágil. Considérese que Myriam Stefford y Ludwig Fuchs hicieron todo el viaje con medio cuerpo afuera, como centauros voladores, que las alas ni siquiera eran de metal, y que los conocimientos meteorológicos de la ruta de vuelo eran únicamente los que tenían a la vista. El avión estaba pintado enteramente de blanco, salvo la proa, de color rojo. La máquina carecía de radio y se detendría únicamente para recargar combustible. Pero los planes se trastocaron y el avión bajó a tierra varias veces.

A las seis y media de la mañana del martes 18 de agosto de 1931 el *Chingolo* decoló del Aeródromo de Morón con dirección a la ciudad de Paraná. En la pista quedaron los testigos: Luis Pozzo Ardizzi, Eduardo Lafontaine, Barón Biza y algunos periodistas. Faltaban pocos días para la tormenta de Santa Rosa y hacía frío, de modo que antes de la partida se improvisó un fogón con los restos de un viejo avión abandonado. Antes del encendido del motor Barón Biza le dijo a Fuchs: “Cuídela mucho, es el único

tesoro que no quiero perder”. La última fotografía de Barón Biza y Myriam Stefford fue publicada en la prensa días después, él de sobretodo y sombrero, ella en traje de aviadora, unidos por el beso del adiós.

IX

Un año después de la tragedia, el periodista y radioteatrista Luis Pozzo Ardizzi publicó en la revista *Atlántida* del 18 de agosto de 1932 este relato siniestro: “La noche anterior a la partida del *Chingolo* estábamos en el departamento de Myriam Stefford, su esposo Raúl Barón Biza, Eduardo Lafontaine y yo. A eso de las once de la noche Myriam resolvió dirigirse a su cuarto para descansar hasta las tres. Serían las dos de la mañana cuando sonó el teléfono. Raúl atendió. Una voz de mujer preguntó: ‘¿Habla Raúl?’; ‘Sí, señorita, ¿qué desea?’; ‘¿Está usted seguro de que hablo con Raúl Barón Biza?’; ‘Sí, señorita; soy yo’. Y como una sentencia, la voz femenina dijo rápidamente: ‘¡Ojalá tengas que ir a buscar a tu mujer y la traigas en un cajón con todos los huesos rotos!’”.

X

El diario *Jornada* —sustituto de *Crítica*, momentáneamente prohibido— se había comprometido a publicar, por partes, un “cuaderno de bitácora” que Myriam Stefford despacharía desde cada etapa del viaje. El 24 de agosto se difundió la primera crónica, fechada el día 20: “No pasarás, no pasarás, parecía decirme el viento, que cada vez disminuía más la marcha de mi avión. Más rápido que decirlo, entramos en ella. Noche, noche terrible, peligrosísima. Nubes con granizo, que fácilmente podían romper el corazón del *Chingolo*, que es la hélice. Nada más horrible ni impresionante que el ver caer a doscientos o trescientos metros escasos del avión los rayos. Se iluminaba la noche de rojo y azul, parecía que el cielo se hubiese incendiado. No sé qué hacer, mi corazón empieza a flaquear: en el fondo, corazón de mujer. Ni un pequeño espacio donde posar mi pajarito. Tomo altura, con la esperanza de poder pasar las nubes, ¡500, 900, 1.200 metros! Noche, siempre noche. Estoy empapada, aterida de frío. El agua ha pasado a mi buzo y el viento hace que éste se hiele. Debo aterrizar, en cualquier forma, en cualquier parte. Un golpe de timón me hace descender vertiginosamente a tierra”. Seis días después éstos podrían haber sido sus últimos pensamientos.

El avión se vio obligado a descender en un campo entrerriano, el primero de varios aterrizajes de emergencia. Consiguieron llegar a Corrientes en un día. De allí hicieron quinientos kilómetros a través de la selva chaqueña hasta Santiago del Estero. Luego se dirigirían a Salta. En Santiago del Estero Myriam Stefford fechó su última corresponsalía: “Viento en contra. Avanzamos a todo motor sobre la selva chaqueña. No ignoraba que ésta sería una de las etapas más peligrosas de mi vuelo, en caso de aterrizaje forzoso. Solamente un revólver en el cinto para defenderme de las bestias o quizás como arma de caza”. Doscientos kilómetros antes de llegar a la ciudad de Santiago del Estero tuvieron que descender a tierra debido a una pérdida de nafta. Una vez reparada la avería, se dirigieron al aeropuerto de Huayco-Hondo, el mismo lugar donde cuatro años antes sus antecesores Reggi y Cocco se habían matado intentando el raid interprovincial.

A tres mil quinientos metros de altura, promediando el viaje a Salta, la neblina se hizo espesa y la prudencia aconsejó aterrizar en un paraje llamado Los Cerrillos. Pero más tarde, cuando la máquina intentó el “décollage”, una de las alas se enredó con un arbusto y el avión se deslizó hacia un alambrado. Había capotado. Quedó inutilizable. Le habían cortado las alas. ¿Incidente o presagio? En las fotografías periodísticas del percance se observan las dos alas quebradas y la carcasa muy abollada. ¿Cómo hicieron para salir del avión sin un solo rasguño? Un accidente como ése debía ser suficiente advertencia para cualquier persona prudente o supersticiosa, pero no para una aviadora temeraria como la Stefford. Desde Buenos Aires, un colega, Mauricio Debussy, ofreció su propio avión a manera de sustituto, el cual fue bautizado de inmediato *Chingolo II*. Esa avioneta, piloteada por su dueño, se trasladó desde Morón hacia Córdoba, de allí a Tucumán y al fin a Salta, donde la esperaban Stefford y Fuchs. Y entonces se reinició el periplo celeste. Era el 24 de agosto. El avión llegó a Tucumán a las cinco de la tarde. Al día siguiente, a las siete de la mañana, Myriam Stefford partió desde Tucumán hacia Catamarca, donde arribó al mediodía, procedente del pueblo de Frías, en el límite entre Catamarca y Santiago del Estero. Una hora después salió con destino a La Rioja. Allí aterrizó por la tardecita. El 26 de agosto de 1931, muy temprano, el avión dejó La Rioja, dirigiéndose en línea recta con destino sur.

XI

El aire parece una autopista, pero incluso en lo translúcido hay pozos, y en su fondo, una fosa y el nombre de un sitio cualquiera. Pero la pampa de Marayes no es un buen lugar para morir, y tampoco para nacer. Es un paraje desolado. En las cercanías está Marayes, un caserío abandonado a la buena o a la mala de Dios. Allí cerca se desplomó el avión de Myriam Stefford, transformándose instantáneamente en improvisado ataúd. Eran las diez y media de la mañana y sólo faltaban cien kilómetros para culminar la etapa. Cayó a la vera de las vías del Ferrocarril Central Norte Argentino, hoy desactivado, que un día después transportaría a los aviadores en su último viaje, esta vez con destino al cementerio, en un tren especial contratado por el viudo. Al caer, el avión planeaba a trescientos metros de altura y se dijo que un “pozo de aire” lo empujó a tierra, un accidente similar al que en una ocasión le sucedió, en ese mismo lugar, al próximo presidente Agustín P. Justo, entonces ministro de Guerra, quien alcanzó a manotear un paracaídas. Más adelante una comisión investigadora de la Dirección de Aeronáutica Civil estableció que la causa del desplome había sido un perno faltante. En su tiempo también se dijo que había un tercer ocupante del avión, un pasajero a quien habrían levantado en su última escala. Pero esta noticia se desmintió pronto. A Myriam Stefford le faltaba cumplir con la parte más sencilla de su “Raid de las Catorce Provincias”. También faltaba un mes para el primer aniversario de su casamiento. A su vez, Amy Schanne, la novia alemana de Ludwig Fuchs, recientemente llegada a Buenos Aires para contraer enlace con el aviador, debió canjear el ajuar de la boda por la vestimenta enlutada. En cuanto a Barón Biza, el diario *Tribuna* tituló que había intentado quitarse la vida apenas enterado de la tragedia, un trascendido que no se reiteró.

En Marayes quedó un monolito que Barón Biza hizo construir, junto a una placa de cemento cuyo relieve dice “Un bel morire tutta la vita onora”. La construcción es impactante, austera, de unos diez metros de altura, erigida en medio de la nada. Parece haber surgido de la tierra como si un puño la hubiera golpeado con saña hasta cansarse. En otra de las caras del monumento se lee otra inscripción que el tiempo ha ido descascarando: “Viajero, detén tu marcha y rinde el homenaje de tu emoción a la mujer que se cubrió de gloria queriendo eclipsar a las águilas”. Una leyenda de la zona asegura que el “tercer pasajero” había existido verdaderamente y que se había salvado. Habría sido un gato, mascota de Myriam, que terminó sus días en Marayes.

“La alondra vencida”. Ése fue el titular de un diario. Otro tituló, con síntesis lacónica: “No quedó nada”. Y otro más la rememoró con estas palabras: “Presentaba esa dualidad interesante: mujer muy siglo XVIII digna de

brillar en los salones del Rey Sol, y mujer muy de su hora, ansiosa de gloria y triunfo”. Un día después de su entierro el titular diría: “El pueblo rindió sentido homenaje a la rubia vencedora del arte y del amor”. Los restos mortales de Myriam Stefford y de Ludwig Fuchs viajaron por tren desde San Juan hasta Cruz del Eje, y desde ese cruce de vías hasta Buenos Aires. Una vez en la Estación Retiro los dos féretros fueron conducidos al Centro de Aviación Civil, sito en la Galería Güemes de la calle Florida, uno de los primeros rascacielos de la ciudad, donde fue instalada la capilla ardiente, con los ataúdes cerrados. Al día siguiente, por la mañana, el cortejo fúnebre se dirigió por la calle Florida hacia la Recoleta. Cinco mil personas le hicieron compañía desfilando detrás de los ocho caballos que tiraban de la carroza. Mientras tanto, en el aire, varios aviones particulares e incluso una escuadrilla militar entera maniobraban en círculos y arrojaban ramos de flores a la multitud. Antes de que los ataúdes ingresaran a la necrópolis fueron soltados cientos de palomas en la plazoleta. La indecisión con respecto al nombre de Myriam Stefford se continuó en el cementerio, pues su ingreso fue registrado dos veces: como María Martha Rossi y también como Rosa Martha Rossi, su auténtico nombre, con el que ascendería, por fin, al cielo. Pero Myriam Stefford reposaría en el panteón de la familia Barón sólo por cuatro años.

XII

Una vez Barón Biza escribió que “la muerte tiene la virtud de fijar, como en una película, el máximo de la belleza del ser amado en nuestro cerebro”. Esta idea se le volverá obsesión. Exactamente un mes después del accidente se realizó un responso fúnebre en la Catedral. Los huecos del templo fueron cubiertos con grandes telones negros y el viudo envió una enorme palmera de orquídeas cuya inscripción decía: “A Myriam, Raúl”. Al finalizar la ceremonia la comitiva se dirigió al cementerio de la Recoleta, donde se descubrieron varias placas conmemorativas. En una de ellas se ve a un ángel femenino ascendiendo hacia lo alto a la vez que un avión a hélice se viene a pique. En el interior de la bóveda el féretro había quedado sumergido bajo un mar de orquídeas.

XIII

A poco de la muerte de la aviadora Barón Biza se propuso perpetuar el nombre de Myriam Stefford por medio de un premio anual a ser entregado al primero que lograra completar el “Raid de las Catorce Provincias”. La prueba se largaría todos los 26 de agosto, fecha del accidente fatal. Pero la carrera solamente se sustanció en 1932. Las dos siguientes fueron prohibidas por el gobierno de Justo, lo que motivó una carta abierta de Barón Biza al presidente de la Nación y un extraño atentado posterior al senador Alfredo Palacios o quizás a Barón Biza. Cuando en 1934 tampoco pudo hacerse el raid, el trofeo y el dinero fueron devueltos por el Aero Club Buenos Aires al viudo. Eran 20.000 pesos que ya nunca serían repartidos entre los tres primeros puestos de la carrera aérea más ambiciosa, y mejor recompensada, de Sudamérica. En 1932 el ganador había sido el cañadense Juan Arfinetti, representante del Círculo de Aviación de Rosario, proeza realizada en cuatro días, y el segundo puesto correspondió a Humberto Elliff, quien un año más tarde se mataría junto a su avión. Otros tres aviadores quedaron a mitad de camino.

En 1940 Carola Lorenzini fue la primera mujer en unir las catorce provincias argentinas, en un avión Fokker-Wulff. Había obtenido su brevet de piloto en 1933 y era una admiradora de Myriam Stefford, a quien dedicó varios homenajes. Hay fotografías de ella llevándole flores a la tumba. El 23 de noviembre de 1941, mientras participaba de una exhibición aérea, Carola Lorenzini se mató en el Aeródromo de Morón, el lugar donde diez años antes había decolado el *Chingolo* de Myriam Stefford. Hoy sólo la recuerdan una calle de Buenos Aires y una estampilla. En 1952 María Angélica Medina fue la segunda mujer en unir las dieciséis provincias de entonces por el aire. Cuando su avión de sesenta caballos de fuerza llegó a la etapa sanjuanina, María Angélica Medina pasó a baja altura sobre el monolito de Marayes a fin de saludar a su frustrada predecesora, la baronesa del aire.

XIV

Treinta y dos años más tarde Barón Biza incluiría esta dedicatoria en su última novela: “A la memoria de todas aquellas que al morir jóvenes nos dejan el recuerdo de su belleza eterna”.

EL REVOLUCIONARIO

I

Al finalizar el año 1930 el ex presidente Hipólito Yrigoyen, recientemente expulsado del sillón de Rivadavia, languidecía en la isla Martín García, la “causa” era lepra, y una enconadísima querella dividía a los radicales en alvearistas, conocidos bajo el mote de “galeritas” o “electoralistas” o “positivistas”, cuya voluntad de combatir la infamia hasta el final no era definitiva, e intransigentes, también llamados “peludistas”, envenenados hasta el hueso. Estos últimos, al principio, no pudieron hacer mucho, no más que mantener el reloj atrasado para no obedecer el decreto del general Uriburu que mandó —por primera vez en el país— adelantarlos una hora. Pero muy pronto el bando de los intransigentes estará conspirando e impulsando tres o cuatro patriadas en los pueblos y esteros del litoral, todas estériles, mal preparadas, y además infiltradas por la policía, para no mencionar las muchas desconfianzas y desinteligencias entre los líderes del partido y los militares yrigoyenistas. Ésta es la historia de personas valientes destinadas a la decepción. Barón Biza incluido.

II

Los conatos del contragolpe se aprestaron en todo el país, en la pampa gringa como en las catacumbas porteñas, en la isla Martín García como entre los hombres de campo de Entre Ríos y Corrientes. Fue un sarpullido rojo en la Unión Cívica Radical, consecuencia somática del golpe de Estado de septiembre de 1930. Estas sublevaciones de militares yrigoyenistas, mayormente suboficiales, en verdad crestas de olas impelidas por una resistencia recalcitrante y arriesgada, aunque dispersa, y dirigida contra los gobiernos de los generales Uriburu y Justo. Muy pocos se han detenido en estos acontecimientos turbulentos que se llevaron al menos un centenar de vidas. Ocurre que algunos antepasados resultan ser cargas molestas.

La tauromaquia desigual aconteció en el lapso de tiempo transcurrido entre comienzos de 1931 y hasta bien entrado el año 1934. Más que un ruedo, un holocausto para los radicales “de a pie”, gente decidida, un poquitín atolondrada. Esos jóvenes cabeza de fósforo, esa turba que se negaba a ser desintegrada, y la tropa de paisanos soliviantada por caudillos regionales. Algunos se hacían llamar “los libres”, apodo que cien años antes también había elegido para sí el grupo de estudiantes conformado por Karl Marx, Bruno Bauer, Friedrich Engels y Max Stirner, y que no desafinaba con los lemas políticos argentinos que provenían del siglo XIX. Patriadas entonces; o bien quijotadas. Si bien los ánimos hervían y había armas y hombres animosos en todos lados, ninguno parecía darse cuenta de que se estaba asistiendo a un canto de cisne, aunque lo entonaran con entusiasmo épico y ritmo de percusión. En el trasfondo, el tam-tam de una guerra civil que nunca aconteció.

Los radicales estaban bastante entrenados en cuestiones de lucha cívica. Una larga experiencia en conspiraciones, asonadas y guerra de posiciones los precedía: la Revolución del Parque de 1890, otra intentona en 1893, el levantamiento de 1905, la larga marcha de la abstención electoral revolucionaria mantenida a rajatabla durante años y años. En sus orígenes la fortaleza de la Unión Cívica Radical no emanaba únicamente de la acción política, también de una mística ética. Pero para la década de 1920 el partido se había aletargado e institucionalizado, y mucho. Marcelo Torcuato de Alvear e Hipólito Yrigoyen habían devenido en polos opuestos del partido y quizás de buena parte del país también. Los alzamientos armados de 1931 y 1933 supondrán el estertor del radicalismo como fuerza política “muscular”. Por su parte, los militares sublevados respondían a un ideal republicano legalista y romántico que ya no representaba el estado espiritual de las fuerzas armadas en esos años.

Los yrigoyenistas consideraban al “régimen” como máximo enemigo de su “causa”, que no era propia sino popular y nacional. Pero con el general Justo y su necesario “partenaire” Alvear se abría una nueva etapa en la historia de las castas políticas del país. Así, cuando en abril de 1931 el ex presidente Marcelo Torcuato de Alvear regresó de Europa en el *Cap Ancona*, el mismo barco que había llevado y traído a Barón Biza y Myriam Stefford, fue recibido en el puerto por el edecán militar de Uriburu y por el propio general Agustín P. Justo. Dos días más tarde Alvear le hizo una visita de cortesía al dictador. Por esos días Yrigoyen estaba preso en la isla Martín García, noche y día vigilado, e incomunicado.

III

Siempre se dijo que la caída de Hipólito Yrigoyen estaba anunciada en el almanaque y que resultó un trámite sencillo. Bastó con los cadetes del Colegio Militar y con la estudiantina que arrastró bustos del presidente por la calle. Yrigoyen logró llegarse hasta La Plata, donde se apersonó ante las puertas del regimiento de la ciudad. Allí permanecerá por unos días. Le dijo al jefe del cuartel: “Me quedo aquí, si me es permitido; estoy mal y no tengo dónde ir”. Un final triste y patético. Como su casa había sido saqueada, el gobierno de facto le ofreció enseguida, y de oficio, alojamiento en distintos buques de guerra primero y en la isla Martín García después, donde lo custodiaron cuatrocientos soldados. Apenas instalado en el sillón presidencial, el general José Félix Uriburu emitió su “Bando número 1”, la ley marcial del 7 de septiembre de 1930: “Todo individuo que sea sorprendido en ‘infraganti’ delito contra la seguridad y bienes de los habitantes, o que atente contra los servicios y seguridad pública, será pasado por las armas, sin forma alguna de proceso”. Cuarenta años antes un joven José Félix Uriburu había participado de la Revolución de 1890, que dio origen al partido político que ahora procuraba destruir.

Mientras tanto, cien mil personas concurrían el día 8 de septiembre de 1930 a la toma de mando del general Uriburu, perfectamente ignorante de la peste que acababa de introducir en la historia argentina. En París Marcelo T. de Alvear había emitido una declaración: “Esta revolución ha sido un mal necesario”. Qué rata. Por cierto, París era su segundo hogar, o el primero. Estaba en París en 1912 cuando fue elegido diputado nacional, estaba en París en 1922 cuando fue elegido presidente de la Nación y estaba en París en 1930 cuando Uriburu derrocó a su correligionario y mentor. Fue por entonces que le dijo a un corresponsal de *La Razón*: “Tenía que ser así. Yrigoyen, con su ignorancia absoluta de toda práctica de gobierno democrática, parece que se hubiese complacido en menoscabar las instituciones. Gobernar no es pagar, y quien siembra vientos cosecha tempestades”. Pero el fantasma de Yrigoyen pendía aún sobre muchos dirigentes partidarios y Alvear no consiguió encolumnarlos. Por cuatro años tuvo que liderar una política de abstención electoral en la que no creía del todo.

¿Pero es verdad que no hubo resistencia al golpe? No es verdad. Yrigoyen tuvo sus escuderos. El mismo día en que Uriburu juró como presidente ante una Plaza de Mayo colmada de vitoreantes que daban la espalda al Cabildo y saludaban al balcón de la casa de gobierno, varios radicales hicieron fuego

desde dos automóviles contra el Palacio de Correos de la avenida Alem y contra la propia casa de gobierno, que fue respondido por tableteos a mansalva. En la calle quedaron siete muertos y cincuenta y seis heridos. El gobierno responsabilizó a los “klanistas”, radicales fanáticos, aun cuando casi todas las víctimas hubieran caído por causa del “fuego amigo” de la fuerza policial. Estos atrevimientos eran apenas el comienzo. Las bandas improvisadas fueron relevadas de inmediato por hombres igualmente decididos y más organizados. Eran conspiradores y se llamaban Bosch, Toranzo, Cattáneo, Kennedy, Pomar y Barón Biza.

IV

Se llama *Porqué me hice revolucionario* y es un libro aparatoso, verborrágico y pomposamente rociado con ráfagas de sentimentalismo, autocomplacencia y machismo de película mejicana de antes. Un testimonio de sucesos históricos que habían nacido extintos. Un documento político singular y algo caprichoso. Una justificación de lo hecho y también apología de sí mismo. Un collage, una macedonia de géneros, que tanto admite el relato autobiográfico como el informe de acciones militares, la crónica de viaje como el manifiesto político, la anécdota mundana como los detalladísimos avatares de su defensa del derecho de asilo. Barón Biza —que así firma el libro, con doble apellido, a secas— no se privó de novelar parte de la historia, la suya, y de incorporar noticias periodísticas, en abundancia y a título de insignificancia algunas, sobre su caso. El libro fue editado en 1934 en Montevideo, pero las fronteras eran porosas y los libelos de la oposición seguían llegando al país, como ya había ocurrido antes en ocasión de otras persecuciones. Más adelante habría una segunda edición.

El testimonio de Barón Biza se inicia con un relato de conversión, el abandono de la vida frívola y mundana en aras de la lucha política. La historia de los revolucionarios del siglo XIX reboza de este tipo de “despertares”. Con el subtítulo del libro, “La Triple Alianza contra el derecho de asilo”, Barón Biza hace referencia a la guerra contra el Paraguay del siglo XIX y a la vez se proclama víctima solitaria de un atropello. El epígrafe es libertario: “Dice un cuento que existe en la tierra de nuestras antípodas un pájaro que cuando le cortan las alas pierde el canto, y cuando lo encierran, muere”. Y en las primeras páginas: “A medida que me compenetraba con mi pueblo, con sus necesidades, con sus dolores, se afianzaba más la idea libertadora que dejó de

ser en mí un sentimiento político para convertirse en una religión”. Estos relinchos van a ir desapareciendo en obras posteriores, tomando su prosa un tono áspero y desencantado. Su ficha de afiliación al partido radical es de 1920, pero se había vuelto a inscribir en 1931, esta vez bajo el juramento de insurreccionalista, y a instancias de su amigo Eduardo Olivero, un aviador que había logrado unir Buenos Aires y Nueva York por primera vez y además recordman mundial de altura, y quien se encargaría de investigar, comisionado por la Dirección de Aeronáutica Civil, el accidente de avión de Myriam Stefford. El libro puede ser incorporado a un vasto archipiélago de ediciones, clandestinas la mayoría, que testimoniaron y denunciaron la represión uriburista y justista, como los de Ricardo Rojas o Víctor Juan Guillot, ambos confinados en Tierra del Fuego. Pero, sintomáticamente, *Porqué me hice revolucionario* se lee menos como documento político que como novela de aventuras. Quizás Barón Biza haya ingresado en la conspiración como a un juego, un gran juego, lo que no quiere decir que careciera de ideales. Pero la parte “emotiva” del asunto debía resultarle muy atractiva.

V

El día del golpe de Estado —6 de septiembre— el general Basilio Pertiné, futuro ministro de Guerra y padre de la primera dama del año 2000, ocupó la casa de gobierno cordobesa por la fuerza. Una semana después, Carlos Ibarguren, primo del general Uriburu y primer premio nacional de literatura de ese mismo año, se hizo cargo de la intervención a la provincia. Amenazado de muerte, Amadeo Sabattini, el líder del radicalismo local, partió al exilio, al Paraguay, donde permaneció entre septiembre y noviembre. Pero nadie se quedó sentado. Los sabattinistas planearon un levantamiento cívico y militar para el último día del año. La conspiración fue descubierta, más bien delatada, y doscientos hombres cayeron presos. Cuarenta suboficiales arrestados fueron degradados y acarreados a Tierra del Fuego, en tanto Sabattini pasó dos meses en prisión, casi todo el tiempo incomunicado, y luego se refugió en el Uruguay por cinco meses, y fue allí y entonces que conoció a Barón Biza.

En sus memorias Carlos Ibarguren dirá que los planes de esos conjurados incluían fusilarlo, a él y a sus ministros, e instalar en Córdoba una junta revolucionaria: “Consta igualmente en el sumario que a los jefes y oficiales del ejército leales al gobierno se les mataría en los cuarteles por la tropa amotinada, y para precisar mejor la inspiración anárquica del movimiento

cabe decir que los suboficiales comprometidos actuaron movidos por la promesa de que el motín sería una ‘cuestión de castas’”. Fantasma del soviet, pesadilla del golpista. Suena tremendista y exagerado, seguramente a propósito, aun teniendo en cuenta el aroma a pólvora que boyaba en el aire. En agosto de 1929 unos pocos comunistas habían logrado instalar una “comuna soviética” en el pueblo de San Francisco, en la misma provincia, y aunque apenas duró unos días hubo varios muertos. Unos años más tarde, en 1936, Cattáneo, Bosch y Pomar, los líderes de las insurrecciones, fundarían una logia militar secreta llamada Corda Frates —“corazones hermanos”— que reivindicó aquellos reclamos igualitarios: “La irritante división de castas es consecuencia de que la sociedad ha sido absorbida poco a poco por los capitales, que manejan y esclavizan a los pueblos sumiéndolos en la miseria y la ignorancia y a cuyos problemas el Ejército no puede quedar ajeno”.

Soviets, anarquía, juntas revolucionarias. El gobierno de Uriburu no sólo descargó la represión sobre los radicales intransigentes sino también sobre los intransigentes anarquistas. En distintas redadas fueron arrastrados a la cárcel trescientos ácratas, y uno de ellos, el canillita Joaquín Penina, tolstoiano pacifista y vegetariano, fue ajusticiado, sumaria e ilegalmente, dos días después del golpe de Estado. Esa muerte sería vengada. Y al año siguiente, Miguel Arcángel Roscigna, especialista en fugas de presos anarquistas, “desapareció” en manos de la policía y sus compañeros Severino Di Giovanni y Paulino Scarfó fueron fusilados en el mismo presidio donde cientos de radicales esperaban turno para ser arreados hasta el penal de Ushuaia. Un cuarto de siglo antes, durante la asonada revolucionaria de 1905, anarquistas e yrigoyenistas habían coordinado acciones en Rosario y Buenos Aires, y también entonces habían compartido encierro. Por otra parte, el programa político del teniente coronel Atilio Cattáneo incluiría la liberación tanto de los presos políticos como de los “sociales”, vieja consigna ácrata. Por entonces el espíritu de intransigencia se multiplicaba y sobraban los talantes irreductibles. Sólo faltaba que mecha y fósforo, o “luciferes”, como también se les decía a las cerillas, consumaran su unión matrimonial.

VI

En Mendoza se festejó el derrocamiento del gobierno en las calles. Ese mismo día 6 de septiembre y al grito de “¡Viva don Hipólito Yrigoyen!” un hombre salió a la calle revólver en mano y decidido a enfrentar a la multitud. Hubo balacera, fue detenido, y eso en estado de sitio. La policía lo entregó al

ejército, pero se salvaría de la ley marcial porque el coronel Edelmiro J. Farrell, futuro presidente de facto del país, lo dejó ir. No será la única vez que Arturo Jauretche se solivianta en defensa de Yrigoyen. Estará presente en el primer complot del general Toranzo, en el del teniente coronel Cattáneo, y luego en el litoral, con el teniente coronel Pomar. En total pasará medio año preso y su libreta cívica se mantendrá virgen hasta las elecciones de 1946. No por nada había tenido simpatías por el anarquismo durante su juventud. Habrá una última vez. En 1971, Arturo Jauretche le zarandeó al general Oscar Colombo, ministro de Obras Públicas del presidente de facto Marcelo Levingston, el delicadísimo problema del petróleo, que ya en 1930 había sido considerado causal del golpe de Estado de Uriburu. La cuestión de honor con el criticado se resolvió a doce pasos de distancia. Ambos fallaron sus disparos.

VII

Caín, cobarde, corrupto, hiena, innoble mandón. “Torquemada”, también. Y además: coimero, agente venal de turbios intereses extranjeros, fermento de degeneración. Son las palabras, de fecha 20 de febrero de 1932, enviadas por el general Severo Toranzo, por carta y con copia a todo el país, al general José Félix Uriburu en el momento en que la banda presidencial caía sobre un tercer general, Agustín P. Justo. Toranzo tampoco escatimó rayos y centellas en la calificación del resto del equipo de gobierno: malón, asaltantes, horda de delincuentes, secta de traidores a la patria, pandilla de reaccionarios sin moral ni conciencia, entronizadores de la propia parentela y la de sus cómplices hasta el décimo grado, verdugos sombríos y repugnantes.

El general Severo Toranzo había sido inspector general del ejército durante el gobierno de Yrigoyen. A poco del golpe es detenido por unos días y luego se refugia en Córdoba, en casa de Amadeo Sabattini, adonde llegó disfrazado de gaucho. Instalado en Salsipuedes, se dedicó a conspirar junto a los mayores yrigoyenistas Miguel Aníbal Montes y Juan Carlos Montes, futuros miembros del GOU, la secta militar cuyo líder resultaría ser el coronel Juan Domingo Perón. La sublevación debía estallar durante los carnavales de 1931, pero fue abortada en enero. Había sido infiltrada. Quince oficiales fueron a dar a la Penitenciaría Nacional, donde sufrieron suplicios y simulacros de fusilamiento. Por cierto, en el interior de aquellos murallones se inauguró la era de la “picana” y al menos cinco detenidos murieron “suicidados” en medio de tormentos brutales. Entre los torturados por luchar

contra la dictadura se encontraba el hijo del jefe de la conspiración, el joven teniente Carlos Severo Toranzo Montero. Pero treinta años más tarde, en una nueva vuelta de tuerca, aquel teniente, ya general como su padre lo había sido antes, se ocupará de importunar al presidente Arturo Frondizi, su compañero juvenil de aventuras antiuriburistas, con todo tipo de planteos y pronunciamientos militares. Tiempo antes había estado preso, durante la presidencia de Perón, por conspirar para derrocarlo.

La recusación violenta e injuriosa de tiranías y otros regímenes abusones es una tradición antigua cuyas raíces se hunden en el lenguaje de la blasfemia. En ciertas ocasiones la denuncia pública de un poder injusto o autocrático electrizó a sus conciudadanos y elevó a ciertos hombres a la gloria. De Voltaire a Soljenitzin, la lista es larga y honrosa. Otras veces la valentía o la audacia sólo alcanzaron rango testimonial, en solicitadas, llamamientos o cartas públicas. Por la misma época en que Severo Toranzo desahogaba su iracundia, Salvadora Medina Onrubia, anarquista y esposa de Natalio Botana, dueño del diario *Crítica*, rechazó una oferta de indulto para ella y escribió una diatriba contra Uriburu. También Barón Biza lanzaría en lo sucesivo sus propios dardos: contra Vargas, contra Justo, contra Terra, contra Sabattini y contra Frondizi, sucesivas encarnaciones de la autoridad temporal.

VIII

Uno de tantos que terminaron en la Siberia austral se llamaba Néstor Aparicio. Era diputado nacional y a poco del golpe de Estado se exilió en Montevideo, pero en diciembre de 1930, al regresar, fue capturado en Dolores, su pueblo natal, y arracimado con otros en la Penitenciaría Nacional por tres meses. Allí, en febrero, presenció el fusilamiento de los anarquistas Di Giovanni y Scarfó, y en el mismo día compartió celda con el teniente Juan Carlos Franco, destituido y preso por haber abogado por ellos. En marzo de 1931 Aparicio fue embarcado hacia Ushuaia y meses más tarde escribirá *Los prisioneros del Chaco y la evasión de Tierra del Fuego*, crónica del vía crucis de varios de los prisioneros que fueron hacinados en el transporte *Chaco* y llevados hasta el confín más austral del mundo. El viaje duró una semana y en la bodega del barco se amontonaban un centenar de obreros, la mayoría anarquistas. Bajaron a tierra entre una doble fila de guardianes que los deslomaron a golpes de cachiporra de goma y de cables de acero. Pasados cinco meses, Aparicio y otros dos radicales lograron fugar hacia Punta Arenas, en la costa chilena, haciendo buena parte de la huida a pie.

Retornarán al país con la amnistía concedida por el presidente Justo. Precisamente, a Néstor Aparicio dedicó Barón Biza *Porqué me hice revolucionario*, su propio testimonio de 1933. Y Néstor Aparicio será el abogado defensor de Barón Biza en el juicio por inmoralidad que se le siguió en 1934. Y también defenderá en tribunales al periódico *La Víspera*, de Barón Biza. Le tocaron en suerte dos combates por la libertad de expresión en la década infame: la defensa de las ideas radicales y la defensa de la pornografía.

IX

El teniente coronel Gregorio Pomar había sido edecán de Yrigoyen, tenía cuarenta años y era hombre resuelto y valiente. El 20 de julio de 1931 lideró una insurrección en la provincia de Corrientes, con ramificaciones en la vecina Chaco, donde las milicias radicales al mando del mayor Manuel Álvarez Pereyra, luego forjista, más luego presidente del Club Atlético Atlanta, y al fin diputado peronista, lograron capturar Resistencia, la capital provincial. A su vez, Pomar se hizo dueño de la ciudad de Corrientes y también de la casa de gobierno, de donde desalojó al interventor Atilio Dell'Oro Maini, quien volverá a ser golpista, y ministro, en 1955. También ordenó la voladura de las vías férreas que conducían a la ciudad. Pero Gregorio Pomar no consiguió atraer a su bando al Cuerpo 9º de Caballería. El jefe resistente, teniente coronel Lino Montiel, murió en un enfrentamiento armado, casi un duelo, con Pomar mismo.

Esa misma tarde del día 20, y por medio de telegramas, el general Uriburu exigió la rendición de Gregorio Pomar. La respuesta fue negativa. Luego, el gobierno nacional emitiría un comunicado donde se incluyó esta frase: “Ha existido la promesa firme y ofrecida por los personalistas de que la ciudad de Buenos Aires sería entregada al saqueo y desmán de las turbas anarquistas”. Los conjurados, quince suboficiales y ciento cincuenta hombres armados, se vieron forzados a huir hacia Humaíta, en el Paraguay. Allí, Pomar encontró refugio en la casa del expatriado teniente Franco, que había sido dado de baja del ejército por haber defendido, de oficio, con arreglo a derecho, y sin suerte, a Severino Di Giovanni, anarquista impenitente, ante la corte marcial que mandó fusilarlo.

Luego de este fracaso, varios dirigentes radicales importantes partieron al destierro y todos los detenidos en Corrientes fueron a dar con sus huesos a Tierra del Fuego. Por cierto, a los hombres caídos se les negó sepultura en el

panteón militar. Pomar volverá a soliviantar la tierra dos años después, río abajo, en la provincia de Entre Ríos. Por el momento, Salto, Paysandú y las estancias de Rio Grande do Sul serán sus nuevas bases de operaciones. Por causa de este amotinamiento el teniente coronel Atilio Cattáneo fue dado de baja del ejército, en tanto el yrigoyenista teniente coronel Roberto Bosch ya la había pedido tiempo antes. Ambos se juramentaron conseguir revancha. Por muchos años algunos líderes de la sublevación insistieron en que el general Agustín P. Justo, próximo presidente del país, era uno de los comprometidos. No hay documentos históricos concluyentes sobre el tema, pero es bien creíble que este émulo del “zorro” Julio A. Roca haya alentado la conjuración, hasta desensillar y desentenderse de ella una vez que le sirviera de pinza para presionar a Uriburu por comicios que se acomodaran a sus objetivos. Ciertos juegos de alta política siempre se les escapan a moralistas y partisanos.

X

Pero el teniente coronel Lino Montiel ¿fue muerto o cayó asesinado? Gregorio Pomar siempre insistió en que la situación fatal había sido resultado de una escena de lance gauchesco, pero con las fuerzas intransigentes ya desbandadas esa distinción no importaba mucho en 1931 cuando el gobierno de la provincia de Corrientes mandó colocar una placa con la siguiente inscripción: “En su puesto y por cumplir con su deber, cayó asesinado un gran jefe y varón dignísimo, el teniente coronel Lino H. Montiel, comandante del 9 de Infantería”. Pasados treinta y cinco años, en 1967, las ráfagas de populismo resurgido que comenzaban a predominar en el país, también en el ejército, motivaron la protesta de los oficiales del cuartel, que exigieron a la superioridad una enmienda en la placa: reemplazar “cayó asesinado” por “fue muerto”. Tal solicitud fue contemplada. Los fantasmas siempre regresan, es una de sus cualidades.

De un lado y del otro. Lino Montiel había tenido tres hijos, Juan José, Lino (h.) y Sergio. Los tres seguirán la carrera militar, dos de ellos la completarán. Juan José Montiel, con rango de mayor, participaría del golpe de Estado de septiembre de 1955 contra Juan Domingo Perón, quien, curiosamente, había sido integrante del cortejo nupcial en la boda de sus padres. Se ocupó de sublevar al regimiento de Curuzú Cuatiá. Más luego sería agregado militar de la embajada argentina en el Paraguay. Otro hijo, el general Lino Montiel Forzano, será gobernador de la provincia de Tucumán

entre 1977 y 1980, durante la dictadura del teniente general Videla. El tercer hijo, Sergio Montiel, fue dos veces gobernador de la provincia de Entre Ríos, entre 1983 y 1987 y entre 1999 y 2003, por la Unión Cívica Radical.

XI

En la madrugada del tercer día de enero de 1932 unos cincuenta hombres cruzaron el río Uruguay al comando del general Severo Toranzo y con mando de tropa paisana a cargo de Pomar y Bosch, pero una serie de desencuentros y desinteligencias hizo aconsejable la retirada, que fue muy desordenada, aunque no sin antes difundir un manifiesto en que se reivindicaba la independencia económica del país. Muchos cayeron en manos de la policía. Otra frustración más. Sin embargo, uno de los cabos sueltos del plan había funcionado, el que estuvo a cargo de la familia Kennedy.

Eran once hermanos descendientes de irlandeses, entrerrianos y hombres de campo, de los que usan chambergo con alas y mueren peleando. Uno se llamaba Roberto y otro, Eduardo. Uno había tomado partido por el “peludo” Yrigoyen y el otro por el “antipersonalista” Alvear. Pero la época infame los llevó a deponer enconos, reunir fuerzas y sumarse a la rebelión. Un hermano más llamado Mario se les unió en la patriada. No eran novatos en cuestiones de defensa del régimen democrático y serán perseverantes. Los tres hicieron testamento antes de dar inicio a la sublevación de la ciudad de La Paz.

La comisaría del pueblo se rindió tras una batalla en que cinco hombres forzaron la rendición de veinticinco, con saldo de cuatro policías muertos, incluyendo al jefe de destacamento. Pero una vez llegada la noticia de que la columna principal de la sublevación había reulado, la tropa se dispersó y los tres hermanos Kennedy se retiraron al monte, sólo ellos, para ser perseguidos durante diez días interminables por tierra, por agua y por aire. Batidas humanas, avisos de guerra en el río iluminándolo con reflectores, aviación rastreadora. Así, tal cual. Una escuadrilla de cinco aeroplanos fue enviada a bombardear pajonales y bañados de la ribera. Sería la primera vez que la aviación militar se usara contra ciudadanos argentinos.

Las escaramuzas fueron sangrientas y tan sólo en una de ellas murieron siete gendarmes. Al fin, los Kennedy pudieron cruzar al Uruguay y allí se reunieron, entre otros, con Barón Biza. Era la convicción de Pomar y Bosch que a partir de un sitio de conflagración específico la sublevación se extendería inevitablemente al resto del país, como por generación espontánea: así hace la gramínea. Confiaban en el yrigoyenismo “natural” de las masas

populares. Pero no sucedió así. Todo se pareció a un fósforo prendido e inmediatamente apagado, en ocasiones ahogado por el propio partido, aun cuando en febrero de 1932, al ser liberado Yrigoyen de la isla Martín García, declarara a un reportero: “La lucha es vida”.

XII

El 28 de junio de 1932, y en Curuzú Cuatiá, el teniente coronel Regino Lascano, amigo íntimo de Hipólito Yrigoyen, fue asesinado en “oscuras circunstancias”, como suele decirse. Por entonces Lascano andaba de viaje por las ciudades del litoral reclutando almas para un futuro levantamiento. Junto a su cuerpo se encontró un manifiesto que incluía estos desiderátums: “Se ordena el requisamiento de todo aquello necesario para alimentar, vestir y cobijar al pueblo”, “Se acuerda una moratoria por el espacio de dos años y para todos los deudores del país, cualquiera sea el origen de la deuda”, “El petróleo queda como explotación exclusiva a cargo del Estado”, “Se perseguirá la usura y la especulación”. Las consignas eran verdaderas y pertenecían a un documento titulado “Instrucciones para la Organización de la Fuerza Revolucionaria Cívica Radical”, un meticuloso trabajo preparado por el teniente coronel Atilio Cattáneo en el que se especificaba cómo fabricar bombas molotov, también llamadas “botellas de fuego”, cómo proceder en las tomas de centrales telefónicas y radios, y también cómo promover la formación de “Juntas Cívicas” en cada pueblo de la Argentina. A pesar de que faltaban meses para sacarle la espoleta al plan, los detalles ya estaban resueltos y las responsabilidades, asignadas.

Atilio Cattáneo, aeronauta además, publicará, con rencor postergado, dos crónicas del complot: *Entre rejas* y *Plan 1932*. En el primero no menciona a Barón Biza a pesar de que habían estado encerrados en celdas casi contiguas. En el segundo, un mamotreto de quinientas páginas, el nombre de Barón Biza aparece sólo una vez, como uno de los tantos prisioneros de la Penitenciaría Nacional. Es difícil saber por qué Cattáneo minimizó, más bien suprimió, el papel cumplido por Barón Biza, pero este tipo de omisión no era tan inhabitual. El propio abogado de Barón Biza, Néstor Aparicio, compartió celda con Armando Antille, otro dirigente radical, y ninguno menciona al otro en sendas memorias del paso por la cárcel, quizás porque uno siguió siendo radical y al otro se le contagió el peronismo. Las peleas por causa de ideas suelen dejar largos rencores. Lo cierto es que Barón Biza era un radical yrigoyenista bien conocido que participó activamente de los acontecimientos.

Así sucedieron las cosas: el 15 de diciembre de 1932, a cuarenta y ocho horas de iniciarse las operaciones revolucionarias, la conspiración voló por los aires al estallar una granada en una fábrica clandestina de explosivos de la calle Nazca. En el lugar había setecientas bombas de mano ya preparadas, y sólo una explotó, entre los dedos de Raúl Luzuriaga, responsable del arsenal. Luzuriaga pudo salir corriendo de la casa, y luego una familia lo refugió por diez días. Fue demasiado tiempo: cuando por fin pudo ver a un médico, la carne putrefacta se le caía de las vendas. Con dificultad cruzó el Río de la Plata en lancha hasta Conchillas, en la costa uruguaya, y de allí logró llegar a Montevideo, donde se encontró con Barón Biza. Así lo registró: “El escritor uruguayo Yamandú Rodríguez me presentó a Raúl Luzuriaga, que con otro nombre vivía sin medios y curándose sus manos dignificadas por la pólvora revolucionaria como buenamente podía”. Una de sus manos quedó inutilizada para siempre. El propio Hipólito Yrigoyen, refugiado en Montevideo, recibió a Luzuriaga y le dijo: “Yo le cambiaría a usted mi salud por sus manos”. En junio de 1933 fue expulsado del Uruguay y entregado a la policía argentina. Los diarios patricios, en sus ediciones, trataron a Luzuriaga de “ácrata”. Más adelante trocaría su fervor yrigoyenista por Perón, siendo funcionario importante de su gobierno.

La inesperada explosión hizo naufragar el “plan Cattáneo”, y las cartas secretas, la escritura en tinta limón, las claves y contraseñas, todo quedó depositado en baúles que nadie reclamó. Habían sido infiltrados y la policía secreta sólo aguardaba la hora de desviar el golpe a su favor. Casi todos los que conspiraban cayeron presos, incluyendo al amigo de Barón Biza, el aviador Olivero. Ministros del gobierno, en un gesto teatral, llevaron una de las bombas de mano, desarmada, a la sesión parlamentaria en que se decidió agravar las penas por rebelión. Así, Hipólito Yrigoyen fue a parar a la isla Martín García, Amadeo Sabattini a prisión domiciliaria, Barón Biza a la Penitenciaría Nacional y Atilio Cattáneo a la cárcel por dos años. Cuando llegue el momento de la amnistía, el teniente coronel Cattáneo rechazará la dádiva.

XIII

Ese mismo día 15 de diciembre de 1932 Barón Biza se entregó detenido en el Departamento Central de Policía luego de ser allanadas su casa de la avenida Quintana y la estancia de Alta Gracia. El gobierno le había endilgado ser el “financista de la revolución” y de paso lo acusaron de incitación a tomar las

armas contra el gobierno constituido. Junto a otros dirigentes de la rebelión fue enviado al “cuadro de distinguidos” de la cárcel de Villa Devoto, donde se amontonaban estafadores, “pecadores” y tratantes de blancas. Una anécdota de esa época cuenta que en la noche de Navidad Barón Biza hizo ingresar en las celdas champagne del mejor, con el que convidó tanto a los presos políticos como a los comunes. Pero aunque la historia es cierta, la largueza navideña fue menor: una botella de Pommery, algunos Medoc y dos Napoleón bien añejados. Barón Biza no se engaña sobre su condición: “Desde la ventana veíamos a los presos reales; nosotros éramos una mistificación, presos de juguete, con pijamas de seda”.

Días después fue conducido a la Penitenciaría Nacional de la calle Las Heras, como detenido a disposición del Poder Ejecutivo Nacional, donde compartió la suerte de anarquistas, sindicalistas, militares y rigoyenistas y demás radicales. Se comentó que en esa ciudadela penal fue torturado, como tantos otros, por el hijo de Leopoldo Lugones. Al menos Jorge Barón me repitió esa historia, que le había escuchado al padre. Pero es extraño que Barón Biza no la contara en su propio relato de los acontecimientos: no era escritor que escatimara truculencias a sus lectores. Si así sucedió, ha de haber sido un encuentro estremecedor, ignorantes ambos, futuros suicidas, de los dramas paralelos que asolarían a sus respectivas familias.

Leopoldo Lugones, el hijo, había sido nombrado al frente de la Dirección de Orden Político por Uriburu. Era un epígono tardío de Ciríaco Cuitiño, jefe de la policía de Juan Manuel de Rosas, y predecesor del más reciente Jorge “Tigre” Acosta, propietario de la vida y la muerte en la Escuela de Mecánica de la Armada después de 1976. Por cierto, dos días antes de finalizar el año 1853 Ciríaco Cuitiño fue ahorcado junto a Leandro Alen, abuelo de Hipólito Yrigoyen. Los cuerpos quedaron en exhibición pública por varias horas. Pero en 1971, cuarenta años después de haber supliciado a radicales, comunistas y anarquistas, Leopoldo Lugones hijo se suicidaría. Su propio padre, el poeta, lo había hecho en 1938. Y Susana “Piri” Lugones, nieta del poeta e hija del torturador, está desaparecida desde 1977. Alejandro Lugones, hijo de la nieta del fundador de esta saga, ya se había extraído de la vida, aún adolescente, a comienzos de 1972, ahorcándose en el Tigre, el mismo lugar donde su bisabuelo lo hizo primero de todos.

Barón Biza interpuso un recurso judicial y, haciendo uso del artículo 23 de la Constitución Nacional, que permite a los detenidos a disposición del Poder Ejecutivo Nacional en épocas de estado de sitio solicitar su traslado allende las fronteras, logró salir del país. Se adelantó a épocas aun más

sangrientas: el recurso al artículo 23 sería de uso común entre detenidos políticos durante la dictadura del teniente general Jorge Rafael Videla, cuyo propio padre, el general Rafael Videla, había participado del golpe de Estado dado al presidente Yrigoyen. El 28 de diciembre de 1932 fue embarcado hacia Montevideo. ¿Era verdaderamente el financista de la revolución? Si lo fue, eso tenía que significar la adquisición de fusiles en el Brasil. Ya en Uruguay Barón Biza se conectó con Bosch, con Pomar y con los hermanos Kennedy, la plana mayor del Comando del Litoral.

XIV

El 2 de mayo de 1933, una vez levantado el estado de sitio, Barón Biza volvió a Buenos Aires en barco, desde Montevideo. Esa misma noche fue a cenar al centro y allí fue atacado por una barra brava de la Legión Cívica Argentina, cuerpo paramilitar fascista y antisemita creado por el gobierno de Uriburu e instruido en los cuarteles, que resulta ser la contrafigura del partisanismo yrigoyenista: “Bebía tranquilamente en el mostrador un chopp, cuando se acercó un grupo de ocho legionarios entre los que figuraban un hijo y un sobrino del gobernador de la provincia de Buenos Aires, Dr. Federico Martínez de Hoz. Rodeado por todos ellos, empezaron una violenta provocación amparados en el número y en el hecho de encontrarme completamente solo. Ante el primer golpe reaccioné violentamente y con el mismo vaso en que bebía, enceguecido, atropellé al grupo rompiéndoselo en la cara al que así me había, cobardemente, atacado. No pudieron entre todos poner una vez más sus puños sobre mí y ante los gritos de las señoras y concurrentes marqué para siempre el estigma de su cobardía con grandes cicatrices en el rostro a cuatro de los que formaban el grupo. Ensangrentados, huyeron junto a los otros que no se animaron a enfrentarme”. La escena pertenece a la literatura de aventuras: el mosquetero y la canalla. Pero esta vez eran de la misma clase social.

XV

Éstos son algunos de los decretos de gobierno previstos en las Instrucciones para la Organización de la Fuerza Revolucionaria Cívica Radical. Decreto VIII: los arrendamientos agrarios sufrirán completa revisión en favor del campesinado. Decreto IX: los campos fiscales o de particulares de una

extensión superior a mil hectáreas serán explotados colectivamente. Decreto X: la justicia será administrada por jurados populares, en forma rápida y expeditiva. Decreto XIV: en los órdenes de la producción y lugares de trabajo, se establecerá el control obrero a cargo de los sindicatos. Decreto XVI: el presidio de Ushuaia será demolido. Decreto XVII: quedan suprimidas las subvenciones a la Iglesia. Decreto XVIII: los nombramientos y ascensos en el Ejército, la Marina y la policía serán propuestos por los personales de naves, cuarteles y comisarías. Decreto XXI: las necesidades del Estado se cubrirán con el producido del impuesto a la tierra, a la renta y a las herencias; los demás impuestos quedan suprimidos. Se especifican otros incisos subsidiarios de los anteriores, por ejemplo el número 17: “Se borrará de todos los edificios públicos, calles y plazas toda leyenda alusiva al 6 de septiembre de 1930 y por las mismas razones se borrará el nombre de José Félix Uriburu de todas las dependencias nacionales del país”.

Parece cosa de bolcheviques del año 1917 o de anarquistas catalanes durante la Guerra Civil española, y no de hombres de uniforme. Es una imaginación jacobina, cuyas transfiguraciones seguirán reapareciendo en la Argentina del siglo XX, pero en la época era una imaginación posible y compartida. Hubo otras rebeliones de oficiales izquierdistas, o bien nacionalistas y antioligárquicos, en países vecinos. Así, en 1922, la revuelta de los “tenentes” en Brasil, liderada por el capitán Luis Carlos Prestes, quien luego se haría comunista, no sin antes hacer 24.000 kilómetros junto a su tropa hasta asilarse en Bolivia. O bien el efímero gobierno izquierdista chileno de 1932, una ensalada de militares, socialistas, masones y hasta exanarquistas comandados por el comodoro del aire Marmaduke Grove, luego confinado en la Isla de Pascua.

En septiembre de 1917, cuando el presidente Yrigoyen ordenó dar reconocimiento al gobierno ruso menchevique de Kerensky, los zares ya no eran siquiera parte de la decoración. Pero un mes más tarde la suerte había cambiado de manos y era Lenin quien firmaba decretos en el Palacio de Invierno. Luego, las relaciones diplomáticas entre la Argentina y la Unión Soviética fluctuarían entre la indecisión y la nulidad. Durante la década de 1920 no muchos argentinos pudieron ingresar a la Unión Soviética, a excepción de algún periodista y los líderes y enviados del Partido Comunista Argentino que tanto iban a recibir instrucciones como a ventilar sus tole toles en el sanctasanctórum de todas las sucursales rojas. Fue recién en 1947 que la Argentina y la Unión Soviética establecieron relaciones diplomáticas plenas. Gobernaba Juan Domingo Perón. El primer embajador argentino en Moscú

sería Federico Cantoni, caudillo sanjuanino y fundador de la Unión Cívica Radical Bloquista, un desprendimiento radicalizado del yrigoyenismo. En 1952 lo sucedió en el cargo Leopoldo Bravo, hijo natural de Cantoni, hasta la caída de Perón. Treinta años más tarde, en 1983, ese puesto fue asumido por Federico Bravo, su hermano menor. Al fin Leopoldo Alfredo Bravo, hijo de este último, presentó sus credenciales de embajador ante el gobierno ruso en el año 2006. Se diría que Moscú fue el último reducto de poder que le quedó al bloquismo sanjuanino.

XVI

El 19 de febrero de 1932, un día antes de que Uriburu entregara el poder a Justo, Hipólito Yrigoyen fue indultado. Pero el viejo rechazó la concesión: él seguía siendo el presidente de todos los argentinos y no solamente por el privilegio de la legitimidad. Él era la encarnación de una gesta antigua y popular, *no podía no ser* el presidente. Es él, achacado y senil, y no Uriburu, quien sigue siéndolo hasta el día de hoy. Pero su libertad estaba condicionada: en enero de 1933 lo devolvieron a Martín García por un mes y luego pasó a Montevideo por un tiempo. Cuando regresa a Buenos Aires Yrigoyen ya tiene ochenta años, su vida se marchita a toda prisa, y al fin se apagó el 3 de julio de 1933. Ese día la Unión Cívica Radical perdió el alma, porque Yrigoyen condensaba la fuerza moral del partido, su dignidad, y era también su vector emocional, lo que hoy llamaríamos “un sentimiento”. A su vez, la chusma, la “orilla” y la gleba habían perdido a su santo laico. Antes y después de él, Alvear siempre significó elegancia y bonvivantismo, buena mesa y sombrero de copa. De las galeras salen palomas. A Yrigoyen siempre se lo recuerda con bombín.

Doscientas mil personas lo acompañaron por última vez al cementerio de la Recoleta, en tanto desde un avión se arrojaron flores sobre el cortejo fúnebre. Seiscientos dolientes llegaron de Córdoba en ferrocarril y uno de los tantos pasajeros era Barón Biza. Una anécdota que se haría legendaria contaba que éste mismo había alquilado trenes para que todos aquellos que quisieran saludar el paso fúnebre del líder extinto pudieran estar presentes en Buenos Aires. Pero no fue alquiler sino un doble arrebato, el de cientos de hombres y mujeres que tomaron el tren por asalto y el del millonario intransigente que los subvencionó. Cuando la formación rebosante de yrigoyenistas estaba por salir de Córdoba las autoridades de la estación se negaron a dejarlo ir. Había cientos de “colados”. Luego de una discusión

tenso, Barón Biza pagó el pasaje de cuatrocientos sesenta pasajeros. ¿Magnificencia de millonario, largueza compasiva? En la cabeza de la locomotora iba un escudo argentino en cuyo centro se veía el retrato del ex mandatario. Horas después la multitud descendió en Retiro y se desplazó en dirección al cementerio. De ese día queda una foto de Barón Biza en medio de decenas de personas. Todos son hombres y la mayoría se acaba de quitar el sombrero. Quizá fue la única ocasión en que se dejó arrastrar por la marea humana.

XVII

Fue en su mansión de la avenida Quintana, y en el tercer aniversario del golpe de Estado, donde se fundó la Asociación Democrática Argentina (ADA), que fue presentada, en un manifiesto, como “organización civil de lucha”. Entre otros firmantes, además de Barón Biza, figuran ex ministros, ex jefes del ejército y estudiantes. “Las generaciones argentinas militantes de la Unión Cívica Radical que aspiran a conseguir las garantías electorales y a obtener la impostergable liberación económica de las masas comprenden que estamos en vísperas de la lucha decisiva, planteada por las oligarquías minoritarias y audaces”. ¿Sus banderas? “Libertad Política, Justicia Social y Nacionalización Económica”. Los lemas, y la retórica, anticipan consignas peronistas posteriores. O bien esas consignas estaban en el aire de aquellos tiempos y luego maduraron todavía más. Por cierto, el manifiesto no sólo apuntaba a Justo, también a Alvear, y pretendía ser la voz política de las sublevaciones fracasadas. Pero tres meses después de su fundación la ADA desapareció. De agrupamientos semejantes, mayormente efímeros y destinados al cisma, se nutre la historia de la indisciplina partidaria. En casi todas las épocas donde rige la ambigüedad con respecto a los poderes crece este tipo de plantas ásperas.

XVIII

Por entonces un diario dijo de él: “Barón Biza se ha convertido en un personaje inquietante, cuyo nombre recorre los ámbitos de la República”. En algunos sectores radicales, especialmente entre la juventud, se lo tenía por alguien que había renunciado a su clase social y se había puesto de parte del pueblo. Un mito romántico improbable, aunque él lo alimentara con gestos de

apóstata y palabras desmedidas. Escribió: “Soñé con una América grande, sin fronteras, más aún, sin mojones, soñé que todos los hombres éramos hermanos y que ninguno levantaba el látigo para castigar al explotado. Que no había señores ni esclavos disfrazados de obreros. Que todos avanzaban en una inmensa caravana y en un continuo progreso, hermanados en el reparto equitativo del producto de la maquinaria y el arado”. Retórica socialista y hermandad evitista. No abundarán palabras tan idílicas como éstas en sus libros posteriores. Se decía también que era hombre de acción y de pocas pulgas, de los de armas llevar y armas tomar. Un rumor que circuló en aquel tiempo sostenía que Barón Biza había formado una “milicia cívica” en Villa María, Córdoba, dispuesta a todo, una suerte de logia secreta revolucionaria para luchar contra el fascio (“troupe de cocainómanos”) y contra los aristócratas (“degenerados”). Su lema: “Constitución o Muerte”, grito de guerra de los radicales de antes. Asimismo, el enemigo lo acusaba de haber financiado los complots “peludistas”. Y además Barón Biza era el editor de *La Víspera*.

“Víspera” significa inminencia de la revolución contra Justo y tal era la intención del periódico, agitar el terreno. En portada se aclara que es el “Órgano de la Juventud Radical” y al lado del nombre del periódico se incluyó esta volanta: “Todo Argentino está Obligado a Armarse en Defensa de la Constitución y de la Patria”. El diseño de la tipografía era muy moderno para ser un diario de combate. Aparecido en septiembre de 1933, el semanario *La Víspera* tuvo tres épocas, además de ligar censura y juicio. Influir en la feligresía radical era su objetivo, y el periódico se dedicaba a ensañarse con la dirección del partido con tanta o mayor energía que contra el gobierno de Justo. El principio de la abstención intransigente les era innegociable y se suponía, además, que esa política no debía ser pasiva, tenía que ser “revolucionaria”, como en los viejos tiempos. En un titular de tapa se lee “Electoralismo Igual Traición”.

El periódico superponía republicanismo libertario e izquierdismo retórico. Pero el lenguaje de izquierda, aun en territorio radical, no era raro por entonces. Los ecos de la Reforma Universitaria no se habían apagado y el arco cultural de la influencia jacobina seguía abierto. Raúl González Tuñón fundó *Contra* en 1933; Deodoro Roca había editado una revista llamada *Las Comunas* en 1934. En 1931 salía *Nervio* y ya existía *Izquierda*, fogoneada por Elías Castelnuovo, e incluso existía *Extrema Izquierda*. En intersección con estas publicaciones, *La Víspera* reclamaba la nacionalización y monopolización estatal de todas las funciones productivas y prestaba atención

al “problema del petróleo”. Los artículos presionaban por reformas radicales a la carta orgánica del partido. Se peticionaba por la ley de divorcio, los juicios por jurados, la semana de trabajo de treinta horas, la igualdad política de la mujer, el cierre del Senado, la extinción de la herencia y la supresión de todas las formas de juego, carreras de caballos y loterías. El estado de la nación argentina es definido en un destacado a pie de página: “Realidad Argentina – Terror Pre-Fascista – Preparación Guerrera – Monopolio Imperialista – Regresión Antiobrera – Illicitud Sindical – Hambreamiento del Pueblo – Ofensiva Religiosa”. Por cierto, el diario traía numerosas noticias sobre actividad gremial y sobre huelgas, de yeseros, ladrilleros, pintores y zapatilleros, todos ellos de tradición libertaria. Y también se publicó allí una declaración huelguística de la central sindical anarquista que culminaba con un “¡Viva Lavadores de Autos! ¡Viva Choferes! ¡Viva la FORA!”.

XIX

En octubre de 1933 Barón Biza viajó a Córdoba, en representación de la ADA, a participar del sepelio del diputado socialista José Guevara, asesinado en un mitin por hombres de la Legión Cívica Argentina, o quizás por gente del gremio de carniceros que respondía al nombre de “Fascio”. Pero una vez en Alta Gracia su estancia fue allanada por una comisión desproporcionada de treinta hombres. Barón Biza los recibió armado con una pistola Mauser, aunque luego depuso su actitud. Mientras tanto, la sección Orden Político había arrestado al general Toranzo y a muchos más, entre ellos al ex inspector de escuelas Julio Barcos, todos ellos acusados de pertenecer a la “extrema izquierda radical”. Julio Barcos, amigo de Gregorio Pomar, era especialmente buscado, pues no había pasado mucho tiempo desde que abandonara el anarquismo y se hiciera yrigoyenista. Su vida aún estaba entrelazada con su pasado y además la policía sabía que años antes había estado en Costa Rica, en actividades guerrilleras en contra del presidente Federico Tinoco, del Partido Peliquista. Quizá por eso algunos militares luego acusaron a Cattáneo de tener tratos con “anarquistas” y “terroristas”. Puede haber sido así. Cattáneo, en la memoria de su complot, menciona a un tal “Miguel” como contacto con la FORA, el sindicato de los anarquistas, y también dirá que en la cárcel se llevaba mejor con los ácratas que con sus compañeros de partido. Poco tiempo antes Horacio Oyhanarte, el ex ministro de Relaciones Exteriores del depuesto gobierno radical, había tomado contacto con varios

anarquistas, de los más peligrosos, con ánimos de confabularse contra el general Uriburu. Y pensar que cuatro años antes, en la noche de Navidad de 1929, el anarquista Gualterio Marinelli había disparado cinco tiros contra el automóvil de Hipólito Yrigoyen, siendo repelido por la custodia presidencial y muerto de cinco balazos, como si hubiera arrojado boomerangs y no balas. A su vez, Julio Barcos terminará compartiendo cárcel con Barón Biza. Por cierto, Barcos era el autor de un libro llamado *Libertad sexual de las mujeres*.

XX

No sólo lo buscaron en la estancia, también se allanaron sus oficinas, donde funcionaba la redacción del periódico, y con orden del juez. La acusación oficial era grave: días antes, en su quinto número, *La Víspera* había publicado instrucciones detalladas, incluyendo croquis, para fabricar bombas a mecha y granadas de mano. La edición fue secuestrada en la imprenta, los responsables arrestados, y Barón Biza acusado de intento subversivo, asociación ilícita, intimidación pública y de ocho desacatos a la policía. Según Barón Biza, él había cedido a *La Víspera* dos cuartos para instalar una redacción, pero luego alegó que Raúl Damonte Taborda, padre del escritor Copi, y él mismo, propietarios originales del semanario, se lo habían vendido, por irrisorios cincuenta pesos, al teniente Roberto de los Ríos, un “pomarista” que se había jugado la vida en la toma de Corrientes de 1931, y a José Benito Rivero, también radical. El director del periódico, de veintitrés años, se llamaba Oscar Guzzetti y fue en chirona.

Tomando ventaja de su libertad provisional Barón Biza huyó en yate a Carmelo, en la costa uruguaya, donde fue arrestado el 29 de noviembre y deportado de inmediato a Buenos Aires con la excusa de habersele hallado “panfletos subversivos” en su poder. Un vespertino publicó una fotografía de Barón Biza descendiendo por la planchada de un barco: semblante malhumorado, mirada desafiante, sombrero claro con faja negra, aún de duelo por Myriam Stefford. Los policías que lo acompañan parecen sus subordinados, y eso que eran de la sección Orden Político. Fue liberado tras pasar tres días en la leonera del Palacio de Justicia, iniciándosele una causa judicial por incitación a la rebelión que terminó con el diario clausurado y con el director, Guzzetti, contando un rosario de dieciocho meses en prisión. Es posible que *La Víspera* sólo fuera propiedad de Barón Biza por pocos números y que lo traspasara con el fin de evitarse persecuciones. En todo caso los defensores jurídicos de *La Víspera* eran Néstor Aparicio, su abogado

personal, y Arturo Frondizi, que más tarde también lo sería. La historia de la persecución a *La Víspera* fue publicada en el semanario bajo forma de historieta. En uno de los cuadritos aparece Barón Biza en prisión.

XXI

Esta vez el plan era más ambicioso. El 29 de diciembre de 1933 y a través de Uruguayana, que era colmena de exiliados, Roberto Bosch cruzó con doscientos hombres el río Uruguay decidido a tomar la ciudad de Paso de los Libres, en Corrientes. A la vez, Gregorio Pomar se encargaría de ocupar Santo Tomé y se esperaban levantamientos equivalentes en otras provincias. Pero unos días antes del cruce fluvial Pomar fue arrestado en el Brasil junto a otros tantos y el mando pasó al mayor Domingo Aguirre. Los doscientos hombres que cruzaron de costa a costa se identificaban bajo el nombre de Comando del Litoral. Al pisar tierra argentina juraron ante una bandera de seda cruzada por un lema que decía: “Por la soberanía popular, que es la libertad de la patria”. Es una escena del siglo XIX: esa bandera había sido bordada por una dama uruguaya. En Córdoba, Amadeo Sabattini era el responsable de liderar la insurrección pero las presiones de Marcelo T. de Alvear para impedirla lograron disuadir al grupo de realizarlo. Pagarán el sometimiento al jefe partidario con el exilio. Uno de los conspiradores de entonces se llamaba Arturo Illia, era médico y treinta años más tarde será elegido presidente de la Nación, no sin antes haber firmado la proclama que llamó al derrocamiento de Perón durante el golpe de Estado del general Lonardi.

Los hombres de Bosch lograron tomar la comisaría y el edificio de correos y telégrafos de Paso de los Libres, pero los escasos incendios que se desfogaron en algunos lugares del país se extinguieron pronto y entonces los expedicionarios quedaron librados a su suerte, que era mala. Muchos murieron, veinte solamente en la primera escaramuza, cincuenta hombres en total. Para rematarlos a mansalva se bombardearon los esteros y a los prisioneros heridos no se los privó del tiro de gracia. Un ser miserable apellidado Larraura se ocupó de rebanarles las orejas a cuchillo. Años más tarde, el tal Larraura sería degollado y su cuerpo paseado en carro por Paso de los Libres. Casi una década antes, en 1925, doscientos hombres que habían combatido al mando del teniente Luis Carlos Prestes habían sido internados en Buenos Aires y en otros lugares luego de cruzar la frontera argentina. Se invertía ahora la dirección de la caravana. Y aun volverán a cruzarse. Prestes

lideró una insurrección comunista en Brasil, en 1935, cuando en 1934 había sido el turno de los yrigoyenistas que todavía pretendían hacer crepitar las últimas brasas del “peludismo”. El único rastro físico de la sublevación de fines de 1933 quedó en una estancia privada del pueblo de Bonpland: un monolito que recuerda el nombre de doce de los caídos.

XXII

El 27 de diciembre de 1933, dos días antes de que la tropa yrigoyenista cruzara el río Uruguay, la Convención Nacional de la Unión Cívica Radical se reunió en Santa Fe para reafirmar su política de abstención electoral “intransigente” en todo el país. Pero en la noche del día 29, una vez que llegaron noticias de los combates en Corrientes, un enjambre de radicales tomó por asalto comisarías, correos y centrales telefónicas, sin olvidar las armerías. Las ciudades de Carcarañá, San Jerónimo, Coronda, Esperanza y Cañada de Gómez pasaron a manos yrigoyenistas. En Santa Fe fueron tomadas varias comisarías y también el edificio de correos, pero cincuenta hombres que atacaron la casa de gobierno no consiguieron horadar la resistencia policial. Esa misma noche, en Rosario, quedaron ocho muertos tirados en las calles. Pero de nada sirvieron la guapeza y el entusiasmo, porque los estaban esperando: los camareros del barco que llevó a los dirigentes del partido desde Buenos Aires hasta Santa Fe eran, en verdad, policías que acopiaron detalles de la próxima asonada. En Buenos Aires fracasó el alzamiento del coronel Francisco Bosch, hermano del otro Bosch, y el gobierno declaró el estado de sitio. Y entonces comenzaron la batida y el arresto de radicales a granel. En una semana los detenidos llegaron al millar. Los mandamases radicales afirmaron haber sido “sorprendidos” por la intentona y procuraron deslindar responsabilidades. Pero era mentira: estaban avisados. Y tampoco el gobierno les creyó que no sabían nada. Al final el saldo fue de cinco muertos en Santa Fe y catorce en Rosario, que se sumaron a las decenas de caídos en Paso de los Libres. Murieron gritando “¡Viva Yrigoyen!”. Sesenta y seis irán a parar a Martín García, cuarenta y cuatro a Tierra del Fuego y treinta al destierro. Alvear viajó a París. El responsable de sofocar la rebelión fue el teniente coronel Luis Perlinger, fascista y antisemita, que diez años más tarde volverá a participar en otro golpe de Estado. Esa vez será condecorado por el nuevo presidente, el general Pedro Pablo Ramírez, con la cucarda de ministro del Interior.

XXIII

Estaba previsto que ese mismo día 29 de diciembre, y junto con otros complotados, Barón Biza ocupara la base aérea de El Palomar. Una vez abortada la rebelión, salvo en Paso de los Libres, Barón Biza huyó al Uruguay y remontó el litoral, llegando en avión hasta Uruguayana, donde se unió a los desolados sobrevivientes de las refriegas de fin de año. Habían muerto decenas de hombres, muchos otros estaban heridos, todo era fracaso y ahora estaban a merced de las autoridades brasileñas. Dos meses antes, en octubre, y en un oscuro incidente fronterizo, la prefectura de Santo Tomé había matado a dos sobrinos del presidente brasileño Getúlio Vargas, que mantenía vínculo amistoso con el gobierno argentino de Agustín P. Justo. La cuestión es que, en aquella época, la frontera era tan porosa como osmótica, y no solamente por la extensión sino por los vínculos amistosos y políticos entre litoraleños y riograndeses.

Barón Biza fue conducido a Porto Alegre, junto a Gregorio Pomar, y después a Río de Janeiro. A partir de allí se sucede una escenita diplomática mechada de pasos de comedia. A pedido de Ramón Cárcano, embajador de la Argentina, Pomar, Barón Biza y otros, tales como el mayor Arribau González, jefe de los granaderos escoltas de Yrigoyen, y Gastón Bernard, director del periódico *La Calle*, incendiado durante el golpe de Estado de 1930, fueron confinados en el interior del Brasil. Todos habían solicitado asilo y el confinamiento —primero en Belo Horizonte y luego en Juiz de Fora— contrariaba las reglas del protocolo aceptado en casos de emigrados por motivos políticos. Entonces comenzó la función. Barón Biza se atrinchera en el Hotel Gloria, el más lujoso de Río de Janeiro, solicita el hábeas corpus e inicia una “huelga del hambre”. Un millonario en huelga “del” hambre. No sería la última. Lo apoyan el Partido Socialista y la poderosa Orden de Abogados del Brasil. Sobre el hambre, escribirá: “Esta necesidad es meramente física, pero cuando está controlada por la férrea voluntad puede llegar a no molestar y hasta anularse completamente. Tal es mi caso”. El hombre se imagina un faquir con ideología. También escribió sobre el espejo enorme de su habitación de hotel: “Prohibido hablar de comida”. La huelga duró nueve días y era a todas luces una actitud desproporcionada. Después de todo, sólo le estaban pidiendo que aceptara apaciguarse en el estado de Minas.

Se justifica: “Para amansarse hay que tener antecedentes de esclavo”. Entonces juega al va y viene: parte al internamiento y todo lo desanda hasta volver al Copacabana Palace Hotel, donde recibe a la policía con revólveres.

Parece estar protagonizando una novela de aventuras algo pueril. O una mala película. Al final se compromete a internarse en Belo Horizonte, sin dejar de llevar una vida mundana. Baila en el Hotel Gloria, visita Pozos de Caldas, un balneario exclusivo, y es arrestado al fin en la ciudad llamada Divinópolis. Entonces publica una carta abierta dirigida al presidente del Brasil, Getúlio Vargas. Más tarde, ya en el Uruguay, otra destinada al dictador Gabriel Terra, y luego otra más a su compatriota Agustín P. Justo. No escatimaba la correspondencia airada. Vuelve a Río de Janeiro, donde se presenta en forma espectacular en la embajada argentina, constituyéndose en prisionero. Pero el embajador se niega a encargarse de su caso. Declaración a los diarios, que lo trataban alternativamente como periodista, escritor o importante fazendeiro: “Yo nací rebelde”.

Huye en automóvil, atraviesa miles de kilómetros en siete días y pasa clandestinamente al Uruguay, por Santa Ana do Livramento. Luego, en Montevideo se reúne con Amadeo Sabattini, y otra vez lo detienen. Y otra vez huelga de hambre, de una semana, que tampoco será la última de su vida. Arrestado a pedido de las autoridades argentinas, los uruguayos pretendían confinarlo en un pueblo del interior. Un ministro le dice: “Usted irá adonde nosotros lo mandemos”. “Iré mi cadáver”. Y en carta al presidente Terra: “He manifestado que no me iré sino arrastrado por la fuerza”. Consigue su liberación, bajo vigilancia, y se va a vivir al lujoso Ritz. De la celda a la suite. Y nuevo escape de la vigilancia policial, y nuevo revuelo periodístico. Había concurrido al Teatro Solís, exactamente al lado del Palacio de Gobierno. Burlas sin consecuencias y zancadillas a la policía. En fin, con tanto tejemaneje ya era el año 1934 y se salvó de Ushuaia.

Aunque estas aventuras rocambolescas parezcan toscas e infladas, el tema no carece de relevancia. Se trataba de la conculcación de la tradición del asilo político en países vecinos y particularmente en Montevideo, un santuario de emigrados desde la época de Rosas. Favores que se hacían las tres dictaduras conosureñas del momento, las de Terra, Vargas y Justo, que cuarenta años después se repetirán en forma siniestra y sistemática con el Plan Cóndor, que también incluyó a Paraguay y a Chile. El derecho de asilo por el que luchaba Barón Biza importaba, y mucho, a los emigrados. Una u otra resolución de su caso pondría condiciones a las futuras operaciones de sublevación contra Justo. Sin refugio tampoco hay vivero de conspiradores. No podía saber por entonces Barón Biza que en 1950 él mismo y su esposa habrían de recurrir al exilio uruguayo. Por el momento partió hacia Europa.

XXIV

Arturo Jauretche, abogado de treinta y dos años, masón y partícipe del alzamiento trágico de Pomar, acabó como huésped de una cárcel correntina por cuatro meses. Uno de sus compañeros de encierro se llamaba Luis Dellepiane, y en Buenos Aires también había sido atrapado Raúl Scalabrini Ortiz. Son tres de los fundadores originales de FORJA (Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina), un desprendimiento intelectual del yrigoyenismo que lentamente irá engarzándose a la historia política nacional. Entre rejas, Jauretche escribió versos. Por intermedio del tanguero —y radical— Homero Manzi aquellos versos llegaron hasta Jorge Luis Borges, por entonces yrigoyenista él también, quien se ofreció a prologarlos. La primera edición de *El paso de los libres*, con el significativo sello de La Boina Blanca, tiró 4.000 ejemplares; la segunda, de 10.000, fue leída desde la fama posterior del autor y en otro contexto político. Ya era el año 1960.

En su breve prólogo Borges opone la patriada al “cuartelazo”: una, destinada a nutrir la épica de los duelos y fracasos; el otro, la historia oficial, y de ese modo los versos de Jauretche quedan situados en la tradición de la gauchesca. El prólogo está fechado en Salto Oriental, en la estancia de su familiar izquierdista Enrique Amorim, quizás un homenaje a los exiliados radicales, afincados malamente en el Uruguay, la mayoría clandestinos. En la segunda edición se eliminó el prólogo de Borges, ya distanciado de Jauretche, y se incorporó un trabajo de Jorge Abelardo Ramos, un ser bifronte, marxista y nacionalista a la vez, que tanto elude hablar del contenido del libro como enfatiza un montón de perogrulladas sociológicas y ajustes de cuentas de índole política. El trotskista Jorge Abelardo Ramos —que treinta años después sería embajador argentino en México durante el gobierno peronista de Carlos Menem— no se privó de recurrir al lugar común del marxismo vulgar de su época —y de la actual—, que pronosticaba perdurabilidad a estos versos únicamente mientras “sobrevivan los elementos de la Argentina precapitalista que en él se evocan”.

Pero Jauretche no había escrito un tratado social sino una memoria de la vida y la muerte del Comando del Litoral. Su motivación era recordar a sus compañeros caídos. “Hoy quiero contarles cómo / metidos en lucha larga / a los libres se los carga / con cárceles y con plomo / sin que mezquinen el lomo”. No es la épica gauchesca la única estela que guió los versos de Jauretche, también la herencia de los payadores libertarios y el cancionero político criollo. “Primero vino Uriburo / diciendo: ¡Yo lo acomodo! / Pero lo

arregló de un modo / q'era mejor el barullo: / dejó arreglado lo suyo / y empeoró lo de todos". Otro de los objetivos de la canción de gesta era la denuncia, una obsesión de casi todos los yrigoyenistas perseguidos. "Cuando alguno les protesta / le dicen qu'es anarquista: / Ay del qu'entra en esa lista / no le arriendo la ganancia: / con más marcas que una estancia / lo dejan pa' que se asista". Cincuenta y tres de sus compañeros habían muerto en el cruce del río, en las lomas de San Joaquín, en la toma de Paso de los Libres, o degollados cuando se los atrapó entre los pajonales. Sin este libro de versos escrito en la celda las sublevaciones contra la dictadura de Uriburu se habrían desvanecido aun más, si eso hubiese sido posible.

XXV

Diez años después hubo otra "Víspera", unida a su predecesora por hilos fuertes aunque tensos. En abril de 1931 los radicales habían ganado las elecciones en la provincia de Buenos Aires, resultado que fue inmediatamente anulado por la dictadura uriburista. El alvearismo se vio forzado entonces a radicalizarse, contradiciendo su propia naturaleza, y los más radicales de los radicales intensificaron las conspiraciones. Pero cuatro años después los yrigoyenistas estaban exhaustos y los dirigentes del partido añoraban los cargos públicos, porque no sólo de idealismo viven los políticos. De modo que el 2 de enero de 1935 la Unión Cívica Radical levantó la política de abstención electoral, integrándose de esta manera a un sistema político fraudulento. Cinco meses más tarde Jauretche y sus compañeros fundaron FORJA. Eran pocos, pero valieron por muchos.

Los jóvenes forjistas se plantearon tareas de esclarecimiento ideológico: "Recuperar la Unión Cívica Radical para el cumplimiento de su destino intransigente, reparador y revolucionario". Las raíces del grupo se anudaban a la Reforma Universitaria y a las luchas contra Uriburu y Justo, y se proponían influir sobre los sectores intransigentes de la Unión Cívica Radical, combatir a los "galeritas" y custodiar la gesta de Yrigoyen, pero todos esos objetivos naufragarían en las aguas de la frustración. Si bien nunca abandonaron del todo los contactos con el partido, especialmente con los yrigoyenistas duros, a partir del golpe de Estado de 1943 los caminos de la UCR y de los forjistas se escindirán para siempre. Eran herejes, y tarde o temprano debían elegir entre volver al redil, algo que pocos hicieron, fundar otra iglesia, cosa que tampoco

ocurrió, o encontrar un nuevo profeta, que para muchos lo fue Juan Domingo Perón.

A mitad de diciembre de 1944 FORJA lanzó a la calle *La Víspera*, semanario que aparecía los sábados con el lema “hacer del sábado inglés un sábado argentino”. La *Víspera* anterior, la yrigoyenista, también se editaba en días sábados. El director del semanario forjista era Francisco Capelli y el redactor principal, Arturo Jauretche. Luego de lanzar el primer número los forjistas empapelaron la ciudad con un afiche anónimo y paródico, supuestamente escrito por un opositor y dirigido al lector radical: “El semanario *La Víspera* es el órgano del peludismo aplastado por Alvear, que intenta resurgir para traernos la demagogia obrerista y nacionalista que hizo las matanzas de la Semana Trágica y de la Patagonia. No la lea”. Algunos rencores no mueren nunca. Jauretche propondrá el lema: “Radicalizar a la Revolución y Revolucionar al Radicalismo”. Se refería al golpe de Estado de 1943 y a la Unión Cívica Radical, alquilada aún por los alvearistas. Ambas consignas estarán destinadas al fracaso. En marzo de 1945, y después de quince números, *La Víspera* fue clausurada por el gobierno del general Edelmiro J. Farrell. Quince años antes, y en Mendoza, Farrell le había perdonado la vida a un joven Arturo Jauretche. Ahora pretendía taparle la boca.

XXVI

Fue cosa de mezclar azufre en polvo, clorato de potasa y carbón vegetal, según las instrucciones de un tratado de química, y de introducirlo todo en un tarrito “de los que se usan para guardar gasa”. De un agujero en la tapa salía la mecha. O sea, una bomba. Y luego fue cosa de tomarse un tranvía e ir a ponerla. Pero, ¿dónde? La noticia es sensacional: una bomba estalla en la puerta de la casa del senador Alfredo Palacios. Pronto caería preso Leandro Ibáñez Levalle, estudiante universitario de veintidós años. Su deposición ante la policía es notable: confiesa ser el autor del atentado y de la bomba en sí misma, pero dice que su objetivo no era el socialista Palacios sino el radical Barón Biza. Había ido hasta la mansión del millonario jacobino en Plaza Francia a depositar la bomba, pero al ver tanta “pesquisa” dando vueltas por el lugar se asustó y tomó un automóvil “colectivo” hacia Belgrano aunque descendió en Plaza Italia. Entonces se acordó de que Palacios vivía en la vecindad y hacia esa casa encaminó sus pasos. Nada personal contra Palacios, hombre al que Ibáñez Levalle “admiraba y con quien no tenía ningún motivo

de encono”. Pero aun así dejó la bomba en su puerta. Dijo de él mismo que pertenecía a “la categoría de los radicales pacifistas” y que “el señor Barón Biza se ha distinguido siempre por sus ideas subversivas” y también “antipatrióticas”. Como días antes Barón Biza había hecho pública una carta abierta y desafiante dirigida al presidente Justo por causa de la suspensión del “Raid de las Catorce Provincias”, a Ibáñez Levalle le había parecido que “dicho señor era partidario de la violencia”. Para contrarrestarlo, no se le ocurrió mejor idea que ponerle una bomba. Nunca quedó en claro si el aprendiz de química era un “enajenado mental” que se expresaba incoherentemente o un fanático conservador enviado por alguien a colocar el explosivo. Lo cierto es que el socialista Alfredo Palacios había ganado la senaduría por Buenos Aires en ausencia de los radicales. También es cierto que en *La Víspera* se habían publicado instrucciones para fabricar bombas. El anuncio periodístico del atentado a Barón Biza incluyó su necrológica, una noticia algo apresurada, sin dejar de ser, en el largo plazo, profética.

XXVII

Dos meses antes de su primer intento de sublevar el litoral el teniente coronel Roberto Bosch le dirigió una carta al escritor Macedonio Fernández con la siguiente pregunta: “En camisa de once varas recurro al maestro (que es usted) para que me dilucide este problema, según su paladar: ¿cuál es el fundamento metafísico de una gota de rocío?”. Curioso guerrero el que es capaz de plantearse una cuestión tan exquisita antes de emprender la batalla. Pero los recuerdos de la trágica rebelión serán la duradera sombra de Bosch. En su correspondencia con Macedonio Fernández, que duraría por mucho tiempo, le dice: “Le agradezco íntimamente el hecho de su remisiva sobre lo que dice ‘el día de usted’, refiriéndose a la conmemoración de mis muertos del 29 de diciembre de 1933, pues tengo sobre los mismos deuda y admiración eternas. Los que conmigo anden, en política, no lucrarán jamás: por eso es que proclamo, a sabiendas, a éstos: mis héroes de Paso de los Libres, muertos, casi en mis brazos, todos”. Las últimas sublevaciones de 1933 fueron el estertor final de la tradición revolucionaria del Partido Radical. Ya nunca se repetirían. Lo que Cattáneo, Bosch, Pomar y Barón Biza se proponían era inviable en una época en que la Unión Cívica Radical ya no tenía “causa” sino que era efecto del sistema político al que se había, Alvear mediante, acomodado. Mucho antes el presidente Carlos Pellegrini había dicho que el

radicalismo, si se le quitaba su temperamento insurreccional, perdería sus garras. Iba a ser otro partido más.

La suerte posterior de los revolucionarios será diversa. Gregorio Pomar será elegido diputado nacional en 1946, previo exilio de nueve años, y Atilio Cattáneo lo será hasta su expulsión de la Cámara en diciembre de 1949. Roberto Bosch también sobrellevó un exilio de una década. Años antes, cuando el partido recién acababa de abandonar la “abstención electoral activa”, varios militares yrigoyenistas, entre ellos Bosch, Pomar y Cattáneo, fundaron una logia secreta, y llegaron a ser medio centenar. El teniente Argentino Auchter, dado de baja después del golpe de Estado de Uriburu y muy comprometido en las sublevaciones sabattinistas y en la planeada por Cattáneo, será elegido gobernador de Córdoba en 1946 como candidato del Partido Laborista, y el capitán José María Frontera, que había participado en el complot del general Severo Toranzo, se unió al ejército republicano español en 1937. Entre los que se dejaron absorber por la savia estancada del Partido Radical también florecerán algunos legisladores. Otros serán sombras de sí mismos, como Víctor Juan Guillot, denunciado por aceptar una coima, y quien, deshonorado, se pegó un tiro.

En la misma carta a Macedonio Fernández, el teniente coronel Bosch reafirma sus viejos ideales: “Eso será, a mi juicio, la Patria por venir: una concepción libre y digna entre sus hombres, cualesquiera sean las actividades de sus trabajos, porque holgaría el ocio del trabajo y la política”. El hombre seguía obsesionado en ideales de servicio público que ya estaban percutidos. En su respuesta, Macedonio Fernández le dice: “Es un hecho que de los tiempos en que Yrigoyen comenzaba a hoy la creencia en la democracia y los partidos se ha desalentado mucho, y hoy se espera más de la limitación del poder público que de la forma de elegirlo; la verdadera libertad es muy poca cosa si se la reduce al voto, y la verdadera conveniencia del voto es más moral que política: es la fraternización nacional en un acto libre y de todos, igual para todos”. Pero en el terreno de las fuerzas en conflicto la igualdad no es posible. A muchos militares que participaron del golpe del 6 de septiembre de 1930 se les entregó por entonces la Cruz de Hierro, condecoración de retintín germánico creada a propósito. De los otros, sus enemigos, los yrigoyenistas rojos, sólo se escuchó el ay de los vencidos.

XXVIII

Sucedió cuando estaba en prisión. Las calles de Buenos Aires amanecieron empapeladas de afiches. Pesadas letras en rojo atravesadas por un puñal: “Pronto aparecerá *El derecho de matar* de Barón Biza”. Toda una campaña publicitaria que tanto alertó a los posibles lectores como al jefe de la policía. A pedido suyo, la justicia ordenó secuestrar de la imprenta la edición entera, pero un periodista que se hizo de un ejemplar avisó que se trataba de un “alegato cívico-lésbico”.

EL VIUDO

I

¿Pensaría por entonces en su propia posteridad? Era un hombre de apenas treinta años y aún no habían acontecido los sucesos por los que sería bien conocido en el próximo futuro: la edición de libros polémicos, “pornográficos”, y la lucha contra los gobiernos de los generales Uriburu y Justo. Por el momento era viudo y millonario, y quiso homenajear a su esposa perdida. Cuando Barón Biza imaginó el colosal monumento funerario que sería construido en Alta Gracia, quizás se diera cuenta de que su suerte póstuma quedaría encadenada a la historia de ese mausoleo. Si así lo hubiera pensado, se habría equivocado en el plazo inmediato pero no en el tiempo largo. Porque cuando ya nadie recuerde los hechos de sangre, las muertes, la infamia, sólo quedará ese monumento deteriorándose en el centro de una provincia argentina.

El viajero que se acerque al punto intermedio entre las ciudades de Córdoba y Alta Gracia contemplará entonces una extraña e inesperada construcción a la vera de la ruta. Es un Taj Mahal. O un puñal de cemento apuntando al cielo. El arquitecto que construyó el monumento fúnebre se llamaba —apropiadamente— Fausto Newton y tenía instrucciones del viudo de erigir el mausoleo con forma vertical de ala de avión y más alto que el Obelisco porteño. Hoy, bajo ciento setenta toneladas de cemento y al final de cuatrocientos seis escalones interiores, Myriam Stefford cumple veintiséis años eternamente. Muy cerca, bajo un olivo, yace muerto quien fue su consorte en vida, resucitando una vez más la historia de los amantes de todos los tiempos. Detrás del fastidioso y redundante discurso misógino se adivina en Barón Biza un cosmos romántico desesperado, el ciclo patético del enamorado que transcurre entre la pasión ciega y la inevitable desilusión. Pero no era este Romeo un ingenuo y no existe redención sencilla para los seres desaforados.

II

En Buenos Aires, Mariano de Vedia y Mitre, uno de los golpistas contra Yrigoyen, había sido nombrado intendente de la ciudad. Antes, a poco de sucedido el golpe de Estado, había estado al frente del Ministerio de Justicia y en 1932 asumió el cargo máximo del municipio. Era la antípoda política de Barón Biza. Por entonces, la construcción de la avenida 9 de Julio, céntrica y tajante, traía aparejado el problema de la ordenación del tránsito en las tres avenidas que inevitablemente se encontrarían: Corrientes, Diagonal Norte y 9 de Julio. Para desligar ese nudo se planeó una plaza circular y el arquitecto Alberto Prebisch, por cierto amigo de Fausto Newton, sugirió incluir en el proyecto un monumento de índole abstracta con el fin de eludir las presiones políticas en favor de próceres o de líderes partidarios fallecidos. La forma obeliscal fue idea de Atilio Dell’Oro Maini, secretario de Hacienda de la intendencia. El proceso de erección fue inusualmente rápido. Las obras comenzaron, por decreto, el 3 de febrero de 1936 y el enorme monolito quedó inaugurado el 23 de mayo de ese mismo año, con 67 metros de altura. Nueve meses antes, en Alta Gracia, cien obreros polacos habían excavado quince metros en la tierra a fin de depositar los cimientos de lo que sería el mausoleo más alto de la Argentina. Tendría 82 metros de altura. Buenos Aires cumplía por entonces cuatrocientos años, pero Barón Biza había ganado la pulseada. Un capricho individual de rango romano sobresalía por sobre la voluntad del Estado. Un cuarto de siglo más tarde, cuando Barón Biza tome posesión del Obelisco a título de concesionario municipal, impondrá el nombre de Fausto Newton, el constructor de la tumba de Myriam Stefford, a uno de los pasajes subterráneos que cruzan bajo el pene de la ciudad.

III

Alta Gracia, fundada en el año 1588, era, a comienzos del siglo xx, un pueblo habitado por lugareños y por tísicos. Lugar de vacaciones para las clases altas cordobesa y porteña, y pabellón de curaciones. En 1943, cuando ya faltaba poco tiempo para que vendiera la estancia de nombre “Myriam Stefford”, Barón Biza insertó en su libro *Punto final* la descripción de un pueblo llamado Alta Cumbre, un obvio eufemismo por Alta Gracia: “Diríase un pueblo pintado de dorado. Visto así de lejos o al pasar, producía una impresión de beatitud y paz. El agua bienhechora daba sangre a las plantas y la nieve ciertos años, cual inmaculado manto de armiño, depositaba en las

entrañas de la tierra el jugo vital para los primeros calores del estío, el sol era límpido y amante parecía besar las corolas de las flores en una concepción del fruto. Por dos meses al año, el pueblo se engalanaba para recibir a los veraneantes, despertaba aliñándose, se bañaba. Entonces sus habitantes jugaban a los señores y a las damas. Los bailes de año nuevo, complicada parodia de moderna fiesta versallesca, tenían el sabor simiesco de las clásicas tierras de aguas calientes. Después, durante el resto del año, rumiaban lo obtenido en emociones o ganancias, desaparecía la sonrisa y se quedaban con su odio, tosiendo, tosiendo, esperando el próximo estío”.

IV

Primero se lanzó una colada de cemento hasta cubrir seis metros del enorme hueco, dejando a la vista los “pelitos” de hierro destinados a encastrarse con la siguiente masa de concreto, una vez enfriada la base. Se supone que justamente a esa profundidad, en el corazón de los cimientos, hiberna el cofre que resguarda, en su interior, las mitológicas joyas de Myriam Stefford. Un candado habría clausurado esa “caja fuerte” en una ceremonia a la que asistieron unos pocos y de inmediato toneladas de cemento separaron a los eventuales profanadores de tumbas de su presa. Para mayor seguridad se habría depositado dinamita junto al cofre. ¿Es eso posible? Se cuenta en Alta Gracia que en el año 1975 un cuerpo de zapadores del ejército habría inspeccionado la tumba, llegando a la conclusión de que la base se asienta sobre explosivos. Quién sabe.

Escribo “se supone” y “habría”. La única forma de saber cuánta verdad encierra esta historia sería tirar abajo el monumento. Sería la última profanación de todas. En la época de la construcción se publicó una fotografía del recipiente en el que supuestamente fueron encapsulados el oro y los brillantes. Un tubo de cristal cerrado al vacío. Dentro del vidrio, perlas, diamantes y rubíes, junto con un pergamino. Todo enclaustrado en un cofre de sesenta centímetros de largo y que fue empotrado en los cimientos. En el pergamino se lee: “Había llegado a estas tierras de la milenaria y montañosa Suiza; era esencialmente femenina y presentaba la dualidad interesante de la hora nerviosa de su época. Sus veintiséis años le hicieron prometer que cumpliría un largo raid y lo cumplió hasta donde pudo, es decir, hasta donde se podía, hasta la muerte”. Si las joyas están verdaderamente sepultadas bajo tierra, entonces han estado brillando para nadie desde hace décadas, el resplandor de una estrella naciente que todavía tardará mucho tiempo en

aflorar a la superficie. O bien no, quizás sólo algunas de esas joyas sean realmente preciosas, y el resto réplicas o complementos para antebrazos de la Casa Gutmann, de menor valor que las originales compradas en su momento en la casa Cartier de París.

La obra, iniciada el 26 de agosto de 1935, en el cuarto aniversario de la tragedia, tardó un año exacto en ser culminada. Se inauguró el 30 de agosto de 1936 y asistieron delegaciones de aviadores de todo el país. También hubo vuelos rasantes sobre el monumento. Un año antes, la primera palada de tierra había sido dada por Amadeo Sabattini, un radical de principios y recientemente elegido gobernador de Córdoba, correligionario de Barón Biza además y en alguna medida su mentor político. No sabía entonces Amadeo Sabattini que con esa palada estaba enterrando a la esposa muerta de su futuro yerno.

V

¿Fue respeto o expiación? Durante un tiempo, luego del accidente, tanto Barón Biza como los amigos de Myriam Stefford recibieron anónimos en los que se acusaba al viudo de haber quitado una chaveta del avión a propósito. De allí que se extendiera el rumor de que el millonario excéntrico intentaba pagar una gran culpa erigiendo el monumento, tal cual ocurría en el medioevo. El deudo contraatacó con un opúsculo titulado *Gusanolandia*, o bien *Guzanos* [sic] (*Tragedia Aeronáutica*), donde a su vez denunciaba un hipotético sabotaje. Pero aunque algunos periodistas citaron supuestos párrafos del folleto, su existencia es improbable. El argumento de *Guzanos*, según Barón Biza, era el siguiente: “En breve, el más sensacional libro de la época, en él se ponen en descubierto por primera vez los entretelones de la miseria de la aviación nacional conjuntamente con la pobreza espiritual de ciertos hombres del gobierno. Hondo drama social en donde una heroína es sacrificada al egoísmo del ambiente”. Todavía en 1943 anunció que se publicaría en forma póstuma al autor. Esas acres sospechas, sumadas a chismoseríos sobre la relación entre Fuchs y la Stefford, fueron cediendo y la inauguración del mausoleo terminó por disolverlas.

VI

La tumba está abandonada y la rodea un aire tétrico, pero a mitad de la década de 1930 debía parecer un portento. Por un tiempo se constituyó en atracción turística, era tenida por “monumento al amor”. En ocasiones se juntaban hasta quinientas personas a su rescoldo, quienes solían llevarse postales del mausoleo. En el vértice del monumento había un faro destinado a orientar aviones e iluminar grandes distancias, pero nunca fue usado. También se planeó que la punta pudiera ser utilizada como torre de amarre de zeppelines que nunca llegaron. La torre está coronada por dos ventanas a las que se accede a través de cuatrocientos escalones internos dispuestos en caracol. La construcción entera fue barnizada con un estucado de mica para que brillara. Debía ser imponente. Después de todo, ciento setenta toneladas de hormigón habían sido vertidas sobre el inmenso esqueleto de hierro. En las paredes externas hay, actualmente, dedicatorias amorosas y nombres de enamorados, y también carteles de cartón que repiten, todos, un mismo agradecimiento: “Gracias Myriam por el favor concedido”.

La entrada está obturada por una pesada puerta negra de grueso espesor, y además por una segunda chapa de hierro que, según algunos, habría sido comprada a un sobreviviente del *Graf Spee*, el destructor alemán que se hundió en el Río de la Plata durante la Segunda Guerra Mundial. En el hierro sobresalen, en relieve, las letras que dan forma al nombre de la aviadora caída y por el ojo de la cerradura transmigran hacia fuera y hacia dentro miles y miles de abejas. Ya en el acceso, hay una inscripción: “Maldito sea el que profane esta tumba”. En la bóveda, donde está la sepultura misma de Myriam Stefford, una nueva inscripción en la pared: “¡Silencio! Viajero: rinde homenaje a la mujer que en su audacia quiso llegar a las águilas”. En un rincón de la cripta, el timón y restos de las alas del avión. Las paredes de la tumba son de granito negro, el mismo mineral de la losa sepulcral. En uno de los muros hay un tragaluz conformado por dos ranuras, de un metro por treinta centímetros, una horizontal y otra vertical, que componen una cruz. Las ranuras están caladas hacia dentro de tal forma que a una cierta hora del día dos rayos de luz se depositan tenue y momentáneamente sobre la losa negra del ataúd. Así ha sucedido por décadas y décadas.

VII

En el año 1932 una familia emparentada con Barón Biza se instaló en Alta Gracia. Eran los Guevara Lynch. Ernesto, uno de los hijos, era asmático y en ese pueblo de 15.000 habitantes crecerá, irá a la escuela y se curará un poco.

De grande será médico, viajero, revolucionario, y al fin mártir. Era y es y seguirá siendo conocido como el Che Guevara.

En 1916 Emma Barón, hermana de Barón Biza, se casó con Vicente Barrios Guevara, de profesión médico veterinario, quien, por cierto, colaboró en las páginas de la revista *Charleston*. Juan del Carmen Barrios, padre de Vicente, había contraído matrimonio con Laura Guevara primero y después con Cándida Guevara, hermana de la anterior. Los Guevara son originarios de Mendoza, a decir verdad descendientes de los primeros conquistadores que allí llegaron. El abuelo de Laura y Cándida se llamaba Manuel Guevara y vivió a mediados del siglo XIX. En enero de 1849 dos de sus hermanos, Juan Antonio y José Gorgorio, viajaron a California desde el puerto de Valparaíso. Quizá, siendo antirrosistas, el destierro los llevó tan lejos o quizá deseaban probar suerte en la “fiebre del oro” de California. Una cosa y la otra no eran incompatibles: revolucionarios europeos derrotados también llegaron a San Francisco. Y también arribaron ambiciosos, ilusos y los que debían esforzarse cada día para arrancarle una pocas pepitas a la tierra, y seguir subsistiendo.

Y fueron muchos los que partieron del litoral chileno hacia la costa oeste de los Estados Unidos. Uno de tantos se llamaba Joaquín Murieta. Era chileno y era buscador de oro, y fue azotado por una banda de norteamericanos y su mujer violada y asesinada, y entonces se hizo bandolero y protector de los latinoamericanos ofendidos y su afán de venganza se trocó en diatriba contra la injusticia social. Enseguida se puso precio de mil dólares a su cabeza pero él cotizó el doble para quien matara a sus perseguidores, y al fin el Capitán de Caballería Harry Love lo mató y lo decapitó. Joaquín Murieta pasó por esta tierra a la manera de los meteoros.

Los hermanos Guevara permanecieron dos años en los placeres auríferos de California. Ignoro si volvieron enriquecidos pero Juan Antonio, al menos, volvió con una esposa llamada Concepción Castro. Esta mujer es la bisabuela del Che Guevara. Igualmente californiano era el abuelo del Che, Roberto Guevara, pues nació en San Diego. Asimismo norteamericana era la otra abuela del Che Guevara apellidada Lynch. Su padre, Francisco Lynch, también se había radicado en San Francisco en busca del filón prometido, y allí se quedó por treinta años, y prosperó. La filiación yrigoyenista de Barón Biza tuvo su equivalencia en la familia Guevara Lynch, porque Juan Martín de la Serna, abuelo materno del revolucionario argentino y suicida además, se unió en 1890 a las huestes de Leandro N. Alem en la así llamada “Revolución del Parque”.

Ernesto Guevara era un niño de cinco años cuando llegó a Alta Gracia luego de que su familia peregrinara por diversos lugares en busca de un clima propicio. Se quedarán allí por once años, hasta 1943, que fue también el año en que Barón Biza vendió su estancia y se fue de la zona. En Alta Gracia Ernesto Guevara concurrió a la Escuela San Martín, de primero a cuarto grado, aunque no a las clases de religión. Una de sus maestras se llamaba Elba Rossi, que portaba el mismo apellido de Myriam Stefford. Cerca de la ciudad Barón Biza había hecho construir una escuela que llevaba el nombre de Catalina Biza, su madre. También hizo escribir en tamaño muy grande en el aula principal: “El producto de tu esfuerzo te pertenece: defiéndelo”. Pero mientras el radicalismo revolucionario y el arte fúnebre eran las obsesiones del millonario individualista, en la formación espiritual y política del Che Guevara tuvieron mayor incidencia los exiliados republicanos españoles, que también arribaron hasta ese pequeño pueblo cordobés.

VIII

En su tiempo, la decisión de erigir el monumento fue atribuida a la megalomanía de un rico. Pero lo mismo se podría decir de la voluntad que levantó del suelo a las antiguas pirámides o a las grandes catedrales. Una obra así sólo puede ser ponderada con la vara de la eternidad. Un periódico radical de izquierda de fines de los años treinta llamado *Lucha* publicó un análisis marxista del mausoleo que resulta ser un encomio y un réquiem: “Un monumento de envergadura eterna como éste no correspondía estrictamente a la mentalidad burguesa de 1935, porque la burguesía argentina había perdido el sentido de la trascendencia del gesto que debía rebasar los límites de su tiempo. Necesariamente debemos ubicar, pues, la mentalidad del creador de este faro que ya se envuelve en la leyenda en la época de lo romántico, un siglo antes de 1935, porque solamente teniendo un espíritu exaltado por la unción cósmica, que entonces se decía espíritu religioso, podía pretender evadirse en aquellos tiempos del mundo circundante para proyectarse hacia el futuro. La dinámica de ese espíritu cósmico, en aquel entonces, era ese complejo llamado amor. Camaradas: vosotros estáis al pie de un monumento alzado sobre el tiempo por un hombre enamorado”.

IX

Desde el monumento se ve la estancia que muchos años atrás perteneció a Barón Biza, de la que quedaron hoy unas 650 hectáreas. Originalmente eran muchas más. Hasta comienzos de la década de 1980 la familia Bemberg mantuvo la propiedad del campo, pero por entonces fue vendida a un grupo inversor italiano entre cuyos socios, según se dice, estaba la actriz Sofía Loren. De allí en más se sucederían propietarios, incluyendo a la empresa que se ocupaba de cobrar el peaje de la ruta que lleva a Alta Gracia. Por un tiempo estuvo abandonada. Pero allí está, y están las marcas de otros tiempos. Los azulejos de la entrada con las iniciales MS grabadas en ellos, la piscina de natación con barra de bar ad hoc donde un sirviente negro —“Mariano”— preparaba tragos, la madera de las ventanas de puro cedro, el enorme salón de fiestas, el bar americano enchapado en metal reflejante, las arañas de cristal. Debía haber mucho lujo y es una lástima que ya no estén las alfombras, las cortinas de terciopelo de color caramelo, las muchas estatuas de mujercitas desnudas. En las cercanías aún se conservan las máquinas molidoras donde se exprimía aceite de oliva, la sirena que llamaba al trabajo diario, el hangar donde se guardaba el avión, y también una plancha de hierro en forma de silueta de hombre de tamaño natural contra la cual Barón Biza practicaba tiro. En el horizonte, la tumba vertical de Myriam Stefford.

X

A cien metros del monumento hay una pirámide de piedra, de unos dos metros de alto, que en otro tiempo sostenía el motor del *Chingolo II*. También allí hay una inscripción: “¡Chingolo mío! Pajarito bueno, con alas de papel y corazón de acero”. Son palabras de Myriam Stefford. Hoy sólo queda el pedestal, pues el motor averiado y las placas conmemorativas ya no están. Cerca del monumento, bajo uno de los tantos olivos que le pertenecieron, yace Barón Biza. Antes que él, en 1938, Leopoldo Lugones —suicida— había rechazado el respeto del mundo: “Pido que me sepulten en tierra, sin cajón y sin ningún signo que me recuerde. Prohíbo que se dé mi nombre a ningún sitio público”. También él está enterrado en Córdoba, en Río Seco, su lugar de nacimiento. Pero la ausencia de lápida no garantiza el eclipse.

En 1943 Barón Biza vendió la estancia “Myriam Stefford” a Otto Bemberg, propietario de la mayor fábrica de cerveza del país. No obstante, el monumento quedó en su poder. Por años y años un cuidador pagado por Barón Biza se ocupó de alejar a los intrusos y de resguardar las treinta placas conmemorativas, los libros de visita y la tumba misma. Se llamaba Ramón

García y era jorobado, rengu y de baja estatura. Pero este Quasimodo, que décadas después del suicidio de Barón Biza aún seguía cuidando el monumento, no pudo evitar saqueos ni profanaciones. En 1951 el gobierno de Perón expropió a los Bemberg, pero Arturo Frondizi —que había sido abogado de Barón Biza— les devolverá las propiedades más adelante. Por entonces la estancia había recuperado su nombre original, Los Cerrillos, previo a la aparición de Myriam Stefford en la vida de Barón Biza. El nombre no deja de ser una elección macabra, pues el *Chingolo I* se había destrozado justamente en un paraje salteño homónimo. En otros tiempos y en uno de los cuartos de la escuela donada por Barón Biza se guardaban los restos del *Chingolo*, ya cadáver de hierro.

Una leyenda del lugar asevera que Barón Biza quería instalar una iglesia cerca del mausoleo y que la arquidiócesis cordobesa le exigió el traspaso del título de propiedad. O sea, una donación. Pero Barón Biza, despechado, se habría negado de plano y habría instalado, por el contrario, un infierno: una boite. Otra historia lugareña, menos fantasiosa y previsible, habla de una mujer que se lanzó al vacío desde la punta del monumento. Más cierta es la versión de que uno de los tantos profanadores de la tumba murió ahogado poco después de su intrusión. Luego de la venta de la estancia, Barón Biza únicamente volvió a Alta Gracia para visitar el monumento. Pero fue su última voluntad reposar allí, a la vera de la tumba de su primera esposa, a la espera del juicio final.

EL PORNÓGRAFO

I

La tapa, y su correspondiente ilustración, están impresas a tres colores: rojo, negro y plateado. Rojo era el color de la calavera, negro el de la sombra por ésta proyectada, plateado el de la guadaña. Roja la huella de sangre en la hoja de la guadaña, negros los huecos oculares, plateado el color de base. En la contratapa, un manchón rojo, una suerte de escupitajo de sangre, se extiende sobre un fondo brillante. El título, *El derecho de matar*, y el nombre del autor, Barón Biza, en rojo sobre plateado. Es imposible que el voluminoso tomo, del que se editaron 5.000 ejemplares, no atraiga la atención, especialmente si se tiene en cuenta que su tapa y contratapa han sido laminadas en plata auténtica. Bella edición. Parece destinada a perdurar, a ser exhibida en vitrinas. Pero ningún autor conoce la suerte de sus obras, que en este caso no fue la intrascendencia. En el destino de este libro estaba escrito que sería llevado a juicio, que el subsiguiente escándalo concedería al autor el papel escénico de pornógrafo y que al fin sería olvidado. Barón Biza lo había anticipado: “Todos los libros encuentran un rincón en las bibliotecas; el mío no lo encontrará nunca”.

El drama judicial que siguió a la edición transcurrió entre noviembre de 1933, cuando el libro fue secuestrado en la imprenta por una comisión policial, y abril de 1935, cuando el fallo del juez liberó a Barón Biza de culpa y cargo. Hasta ese momento Barón Biza era conocido públicamente como millonario con ideas de izquierda, como esposo consorte de una reina de la aviación caída en el país, como “financista” de las asonadas yrigoyenistas contra el presidente Justo, y como exiliado. De aquí en adelante podrá contar entre sus honras haber sido distinguido por la opinión pública con el estigma de “inmoralista”. Así, en tercera persona, explicó el autor su intención: “Habiéndolo concluido en una mazmorra del Palacio de Justicia, Barón Biza edita su libro *El derecho de matar*, obra literaria de categoría revolucionaria obrerista que plantea y critica las anormalidades de la sociedad capitalista, renunciando el autor a su clase de privilegio y asumiendo una posición

popular de lucha asentada en anhelos de Justicia Social”. Es decir, un libro de ideas. No lo consideró así la prensa: “Gran revuelo causó en la Capital la aparición del libro de Barón Biza por lo atrevido de sus teorías”, “el libro contiene torpes y repugnantes obscenidades”, “el autor recurre a expresiones incorrectas e injuriosas”, “en el libro se defiende el derecho de matar”, “es un libro antisocial”. Más adelante, Ulyses Petit de Murat, uno de los pocos escritores que alguna vez lo mencionaron, escribirá que *El derecho de matar* “es una mierda”. Barón Biza había declarado a un periodista: “¿Qué asusta en mi libro? ¿La verdad?”. Bien, no pasó inadvertido, nada de eso. Hizo ruido, más bien estrépito.

II

“Entre la recua humana que marcha a galope tendido hacia el matadero, yo también tengo mi marca”. No es mal comienzo para un libro. Y aunque antes del punto final pueda inventariarse un buen puñado de frases poderosas, la verdad es que también hay mucha palabra grandilocuente y de más. Tres son los protagonistas principales: Jorge Morganti, de treinta y cinco años, por cierto la misma edad de Barón Biza cuando el libro se publicó; su hermana Irma, más joven, muchacha coqueta, vivaz e inteligente; y Cleo, una mujer extranjera y sofisticada, aunque para los pueblerinos ella será “la mujerzuela”. El drama sucede en un paraje cordobés donde la familia posee una pequeña estancia, pero podría haber ocurrido en cualquier otro pueblo de la enorme extensión de tierras conocida como “la pampa gringa”, en el corazón geográfico y simbólico de la Argentina. El padre de Jorge Morganti, que se suicida en las primeras páginas, conocía “las quintaesenciadas noches de placer, allá por los barrios de Montmartre, en que el vicio se arrastra como pecadoras contumaces a los pies del Sacre Coeur, las casas de Yokohama y los cafetines de Singapore”. Era, el padre, “un digno asaltante de honras que no se detuvo ante el cuerpo de ébano de las nativas de Pernambuco, de Dakar, ni de Cab Town, ni tampoco ante las diminutas geishas, la noble prostituta de Oriente, o la baja ramera de China, embellecida y endiosada por la séptima u octava pipa de opio persa”. Se diría una novela de aventuras y en buena medida lo es, una historia de iniciación al mundo. El padre, un ser escéptico y tormentoso, antes de quitarse la vida profetiza y advierte al hijo: “Tú has de ser como yo, descontentadizo, violento, insaciable. Mi consejo: ¡vence a la vida antes de que ella te venza! Sacrifica, antes de ser sacrificado”. Y con un salmo misógino y percutor, se despide: “La madre es santidad, la mujer es

delito; la madre es espíritu, la mujer es materia; la madre es virtud, la mujer es pecado”.

III

El comienzo de la década de 1930 coincidió con la era de los gobiernos fraudulentos y de buenas cosechas literarias. Entre las obras que resultan significativas se cuentan *La patria fuerte*, de Leopoldo Lugones, *Vidas de muertos*, de Ignacio B. Anzoátegui, *Los lanzallamas*, de Roberto Arlt, *El hombre que está solo y espera*, de Raúl Scalabrini Ortiz, *Política para intelectuales*, de Julio Barcos, *Radiografía de la pampa*, de Ezequiel Martínez Estrada, *Espantapájaros*, de Oliverio Girondo, *En la penumbra de la historia argentina*, de Carlos Ibarguren, *La tierra maldita*, de Lobodón Garra, *El radicalismo de mañana*, de Ricardo Rojas, *La Argentina y el imperialismo británico*, de los hermanos Irazusta, y *Vidas proletarias*, de Elías Castelnuovo. No sólo eso: Antonio Berni pinta *Manifestación*, Enrique Santos Discépolo estrena *Cambalache*, y Jorge Luis Borges publica *Historia universal de la infamia*. Todo en cuatro años. El libro de Barón Biza podría haberse integrado a una serie de obras que denunciaban las lacras del sistema capitalista y la venalidad de ricos y de políticos. Sin embargo, muy de otra cosa fue acusado, de infringir el artículo 128 del Código Penal: “Será reprimido con prisión de quince días a un año el que publicare, fabricare o reprodujere libros, escritos, imágenes y objetos obscenos”. A su libelo de agitación política le endosaron el sambenito de pornografía.

Aunque los diarios destacaron cierto aire de venganza política como causa de su encarcelamiento, fue el cargo por inmoralidad el que perduró en la consideración pública de su obra. El autor dijo a los diarios: “Si los que escribimos tuviéramos que emitir nuestras ideas con el Código Penal a la vista, no podríamos dejarnos llevar por la fantasía”. Pero la historia de la literatura perseguida y censurada es larga. También en la Argentina. Por la misma época fue bien conocido en Europa el caso de Radclyffe Hall, autora de *The Well of Loneliness*, llevada a juicio por describir el prohibido mundo de las “venusinas”. Y en el mismo año de 1933, cuando se publicó *El derecho de matar*, James Joyce, autor del *Ulises*, ganaba su propio caso en los estrados judiciales. Lo que estaba en juego en estas persecuciones no remitía tanto a la lucha por la libertad de expresión sino al enfrentamiento de frontera que termina definiendo los límites del pudor y los del impudor, y eso en una época en que el sexo comenzaba a ser tomado por aleph que permitía develar

pasado, presente y futuro de la personalidad. Y aunque se haya dicho que incluso las novelas sentimentales de Corín Tellado son las de una “inocente pornógrafa”, en la Buenos Aires de entonces se estilaban el eufemismo hipócrita y la ablación de la realidad, tanto que el intendente Mariano de Vedia y Mitre, el erector del Obelisco, había prohibido el uso de la palabra “puta” en las representaciones teatrales.

IV

“No tendría más de veinticuatro años, de cabellos blondos, de grandes y rasgados ojos grises; ojos con destellos de pecado y cocaína; ojos que tenían un algo de Satán y un algo de Dios, engarzados en profundas ojeras, pinceladas de insomnio”. Esta es Cleo, llegada a ese lugar de Córdoba con la salud desgarrada y en busca de mejores aires. Pero si buscaba oxígeno, encontró vahos de infierno, el de pueblo chico. Cleo había nacido en Moscú y ya a los doce años fue violada por su hermano mayor, y luego por su padre. Después de la Revolución Rusa huye a Occidente, trabaja como sirvienta de un burgués y deviene su amante, luego sirvienta de un sacerdote e ídem, luego un “magnate egipciano” le hizo dar la vuelta al mundo hasta que en Biarritz conoció a un argentino, cocainómano, quien le transmitió el vicio y de un salto ya estamos en la tuberculosis: “Huella de rouge en su primer beso con la muerte”. De esta historia de tumbos y caídas Cleo había sacado la conclusión de que la sociedad es un inmenso mercado. El argumento es el de los folletines de sexo y miseria, muy comunes por aquella época, también en la prensa diaria. Cleo es mundana y sofisticada, “su aspecto era el de una de esas heroínas de novela moderna, un poco romántica, un poco artificial, un poco perversa, que aman el éter, la nafta, el haschisch y las aberraciones de la gran Cleopatra”. De esta mujer se enamora Jorge, el protagonista, y perdidamente. Su boca “tenía ese rictus, embustero, delicioso y un poco canalla de todas las bocas nacidas para mentir y besar”. De modo que el joven inexperto y la mujer de mundo unen sus corazones, y sus cuerpos. Pero en el pueblo todos corren a cerrar puertas y ventanas, pues una mujer que se pasea con “seda parisién” y a quien se ha visto usando un kimono supone un refinamiento inaceptable en el centro geográfico del país. El olor de la hembra en celo se les hacía irrespirable, y la maledicencia y el comentario reptaban tras los pasos de la extranjera. A medida que Jorge se emborracha de erotismo por su “muñeca de carne” la estanzuela va quedando a cargo de los peones y todo se va barranca abajo. Las fuerzas vivas de la ciudad toman cartas en el asunto:

“Bandidos de Rolls-Royce y señoras alquiladas, socios de los jockeys y de los yachts, de los clubes de armas y de escribas, socios del jefe de policía ladrón y del tahúr pequero”, todos tienen un solo grito en la mirada: “¡Fuera del pueblo!”. Se van del pueblo. Son Cleo de Saint-Ibet y Jorge Morganti.

V

Cuando el libro fue publicado, a fines de 1933, Barón Biza saturó la ciudad con afiches de promoción. “¡Un libro sensacional! Su autor fue perseguido, encarcelado y procesado por la policía argentina. Adquiera hoy mismo el suyo”. A la vez, contrató la marquesina de un par de librerías a modo de cartel publicitario permanente. A fines de 1934 pero con fecha de enero de 1935 *El derecho de matar* es editado nuevamente, ya sin lujos, y su tirada es excepcional, 50.000 ejemplares, sellados uno y cada uno con la firma personal del autor. Era posible editarlo, pues el juicio por inmoralidad incumbía solamente a los límites de la ciudad de Buenos Aires. Más allá: el Riachuelo, el país entero, todo el continente. En total saldrían seis ediciones del libro y la “mala publicidad” garantizada por el jefe de policía de la ciudad, quien originó el proceso, logrará que se vendan cantidades extraordinarias en varios países de Sudamérica. Según el autor, tan sólo en el primer año de edición se vendieron 200.000 copias. El libro se vendía a 0,95 centavos de peso. Barón Biza no sólo pagó avisos en diarios y carteles en la vía pública, también recurrió a la publicidad cinematográfica. Nada extraordinario hay en ello, la cultura del cinematógrafo estaba bien instalada en Buenos Aires y Barón Biza no se andaba con melindres de literato moralista, como tampoco los había tenido Oliverio Gironde —por cierto, sobrino del dictador Uriburu— cuando propagó las bondades de su libro *Veinte poemas para ser leídos en el tranvía* mediante un inmenso muñeco de cartón policromado subido al techo de un coche de alquiler. Además, Myriam Stefford, su musa caída, había sido estrella de la pantalla.

Pero por causa de la reedición vuelve a ser detenido bajo la acusación renovada de inmoralidad. Enfrenta la situación con una huelga de hambre, la tercera de su vida, que mantiene durante 216 horas, según su propia contabilidad. Se lo liberó bajo fianza y a la espera del veredicto del juez a cargo del proceso, el doctor Raúl Barrera Nicholson, quien se veía frente a un caso disputado en el que la parte acusadora calificaba la obra de “pornográfica” y la defensa alegaba que se trataba de un libro de “alta filosofía” y de “beneficio social”. La fiscalía pretendía hacer de Barón Biza

un monstruo amoral, con el solapado fin de ensuciar, además, la causa yrigoyenista, en tanto el abogado enaltecía al autor como un hombre que defendía sus ideas. De ésta, Barón Biza saldrá absuelto, pero a la larga los perseguidores consiguieron su propósito, pues de allí en adelante la mala fama será la sombra de su vida. A su vez, Barón Biza, que buscaba salir airoso del juicio, no consideraba que su libro fuera obsceno ni tampoco “ideológico”, como lo llamaríamos hoy. Al salir de la cárcel había dicho a un “reporter”: “La verdad no debe cubrirse ni con la niebla”.

No sólo peleaba por su libro; la opinión pública le importaba en sí misma. Algunas excentricidades editoriales suyas responden a ese interés, tal como haber pagado la publicación de la defensa jurídica y del fallo absolutorio del juez en los diarios, en varias páginas, y que integraría, a manera de prefacio, a las nuevas ediciones del libro. Otras veces publicó folletos, o bien los anunció, y también solicitadas, en defensa de su posición, aun cuando tratasen de asuntos que a poca gente interesaran. Y cuando se dirigía al gran público no escatimaba al lector infinitas e innecesarias minucias. Pero quizá ciertos detalles sí importen, particularmente aquellas escenas de su novela en que la política y el sexo adquieren talla de anécdota escandalosa, porque su inspiración literaria no sólo provenía del éter, también de acontecimientos sonados de la época. Barón Biza declaró a un diario: “Cualquier pasaje de mi libro que haya llamado la atención puedo probar que no es sino la reproducción de escenas reales. Algunas de ellas han sido relatadas con hartura de detalles por los diarios de esta Capital y he creído prudente no dar nombres propios”.

VI

Río de Janeiro. A esta gema urbana, mitad civilización, mitad naturaleza, llegaron Cleo y Jorge, y al principio todas las puertas se les abrían a su paso y todos los placeres estaban a su disposición: “Embriaguez de teatro, borrachera de dancing, bullicio nacarado sobre el tapete verde, éxtasis de cine, risas de champagne, cascadas de besos, toda una naturaleza con sus tres reinos de dicha, de pasión y de orgía”. Pero, poco a poco, se les angostan las reservas, el frívolo medio ambiente que los rodea se vuelve enrarecido y al fin expulsor, pronto llegan los días secos, se quedan sin un peso, y eso en un hotel de mala muerte. Y así van tirando, desolados, en tierra ajena, sin el auxilio posible de amigos o conocidos. “Las calles se extendían interminables

a manera de ataúdes abiertos”. Están en las últimas, en el invierno de sus ilusiones.

Un día, extenuado y sin otro camino por delante, Jorge Morganti se rebaja a pedir limosna a la salida de un “dancing” y justamente allí se encuentra con una amistad de las épocas de buena farra a quien solicita no dejarlo rodar hasta el abismo. La respuesta del hombre pudiente es un latigazo, de los que se asestan a los parias: “¿Acaso la razón de tener impone la obligación de dar? El verbo dar no existe en la gramática de la vida y sólo lo inventaron y lo conjugan los que, como tú, lo necesitan”. Al hombre de fortuna no le basta con el desprecio por el caído y acto seguido recurre al basureo: “Una mujer que acepta quedarse a tu lado, sufrir hambre, sabiendo que eres incapaz de explotarla, de lucrar con su belleza, de utilizar esa especie de fondo de reserva que la naturaleza ha depositado en ella para el caso de bancarrota en la vida; ese ser no merece llamarse hembra. Y tú prefieres mendigar para que los dos coman. ¡Tú no mereces ser macho! Tú eres un producto indigno de los de tu raza, de tus mayores, de los que vivieron en las cavernas, de los que para defender su vida y la de su hembra llamaban en su auxilio a la muerte y mataban... ¡Tú eres un espermatozoide inútil en la vagina de la humanidad!”.

Hay personas que desconocen que no siempre conviene acorralar a un perro de la calle contra una esquina. Habían sido demasiadas palabras como para dejarlas pasar. Jorge Morganti se abalanzó sobre el cuello del antagonista y sus dedos “modelaron en la carne de su garganta una estatua de justicia”. Haciéndolo, se une a la estirpe de los cainitas. En este punto crucial del relato el protagonista lanza un intenso alegato en favor de su acto homicida, la reivindicación de las leyes de la necesidad frente a la indiferencia del poderoso. La sinfonía filosófica de Friedrich Nietzsche resuena en esas palabras, un Nietzsche mal leído y peor repetido, pero un Nietzsche posible, gladiador, boxístico, darwinista, igual que al comienzo, cuando los hombres de las cavernas sólo se llamaban Caín y Abel: “¡El pasado manda!”. De modo que la afirmación de sí es la lombriz solitaria del espíritu que engulle y evacua las razones de moral sin mayores retorcijones de estómago. “Yo no me defiendo, yo me justifico”: esto dice el protagonista. Una vez terminado el discurso Jorge Morganti le quita la billetera al muerto, que en todo sentido le abultaba, recupera fuerzas junto a Cleo, y después compran un pasaje para Buenos Aires. En el barco que los regresa al país Jorge reencuentra a José Antonio, un amigo de la infancia que ha hecho carrera en política, y eso en un tiempo que sería conocido como la “Década Infame”. Le ofrece trabajo como asesor en un ministerio del que él es un alto funcionario.

VII

“Yo acepto que giman y se arrastren los que nunca dieron nada, los inútiles, los marchitos, los resecos, los que no tienen ni siquiera la fuerza de cuajar en un injerto, los que su vida no es otra cosa que un muy mal escrito poema trunco, los que sabiéndose residuos siguen viviendo y como no tienen ni aun la mísera potencia de resistir contra la corriente se abrazan a la reja del albañal que los traga. Que caigan ellos que nunca fueron nada, ellos que ocupan inútil e injustamente el lugar que le corresponde a otro en el espacio; que se derrumben como levadura estéril, que se borren como puntos trágicos, como puntos débiles, como puntos muertos... pero que no caiga yo que soy un germen de vida, una nota de fuerza en el pentagrama del músculo, un motor que se ofrece, que quiere y debe llenar su ciclo funcionando... ¡Que no caiga yo que soy una antorcha encendida en la noche de los inútiles!”.

VIII

Mientras Barón Biza estuvo detenido y en huelga de hambre, le hizo compañía una señorita, miss Ivy Piercey, escritora inglesa que pasaba por Buenos Aires camino a Bolivia, desde donde pretendía llegar al frente de batalla de la Guerra del Chaco. Pero se quedó aquí. Había publicado un libro, *Yo y Sud América*, le habían conchabado una corresponsalía a término en Asunción del Paraguay, y estaba presente cuando la partida policial arrestó a Barón Biza por causa de *El derecho de matar*. Inmediatamente da un par de reportajes en defensa del reo. Dice que con sus propios ojos ha visto en las librerías porteñas ediciones en castellano de *El amante de Lady Chatterley*, de D. H. Lawrence, de por sí un caso célebre en cuestiones de impudicia, y por lo tanto “no puede creerse que para los extranjeros exista tanta generosidad y que se llegue a juzgar a un escritor argentino en forma tan abiertamente opuesta a la tenida en cuenta para considerar las obras de aquéllos”. Además, en el reportaje de la revista *Caras y Caretas*, miss Ivy Piercey anuncia que Barón Biza, momentáneamente preso, le había dado su “palabra de casamiento”. Tal promesa quedaría incumplida.

IX

En el mismo año en que Barón Biza publicó *El derecho de matar* nació en Bolivia un hombre que más adelante sería pintor de caballete. Lo bautizaron en el registro civil con el nombre de Benjamín Mendoza y Amor, y pasarían treinta años antes de que el artista del altiplano cruzara caminos con el escritor trotamundos.

X

Barón Biza había leído a Friedrich Nietzsche y había leído a Arthur Schopenhauer, pues no es difícil reconocer astillas sueltas de estos filósofos diseminadas en sus propias e interminables peroratas. ¿Era muy lector? Su hijo me contó que no había tantos libros en la biblioteca de su padre, exceptuando un sector de erotismo, conformado por ediciones selectas y lujosas compradas en Europa. Pero Barón Biza acusa otra influencia, menos perceptible, muy poco frecuentada y, en su caso, pregnante. Había leído al filósofo alemán Max Stirner.

Pocos son los filósofos significativos que no han dejado prole en el pensamiento. Es raro que a su muerte no proliferen discípulos, continuadores o redescubridores. Pero algunos autores llegan a la cita antes de tiempo, o son excesivamente refractarios a los ámbitos de pares, o bien han sido incompetentes para promocionarse a sí mismos. Y no han faltado los que fueron perseguidos por la mala suerte. En Max Stirner cuajaron tres imperfecciones: se divorció de su maestro Friedrich Hegel con toda la furia; carecía de red económica o relacional que amortiguara la caída; escribió un solo libro que nadie leyó.

En verdad se llamaba Johann Caspar Schmidt y no Max Stirner, apodo por el que es deficientemente recordado en la historia de la filosofía y conmemorado, por el contrario, entre los que han tomado partido por las ideas libertarias. Stirner, sin dudas, ha sido el más curioso de todos los teóricos asociados al anarquismo, ideal al que nunca le han sido mezquinadas las personalidades extravagantes o tremebundas. Su vida se resume en desorden, inconstancia y desdicha a la vez que queda condensada en el título de su solitario libro: *El Único y su propiedad*. Esta obra, que gozó de un momento de fosforescencia fugaz en 1844, habría restado en el lóbrego adormecimiento de las bibliotecas públicas de no ser porque John Henry Mackay, un poeta individualista escocés, la expuso nuevamente a la luz hacia 1890, medio siglo después de ser publicada.

¿Qué sabemos de Max Stirner? Que nació en 1806 y que fue sucesivamente huérfano por parte de padre, desapercibido estudiante de filosofía, cultor de una módica existencia bohemia salpimentada de bravatas extremistas, obligado cuidador de una madre asolada por la demencia, profesor de un colegio de señoritas, microempresario fracasado y, al fin, un sobreviviente que obtenía un escaso sustento gestionando asuntos por cuenta de terceros y que encima fue encarcelado brevemente a causa de deudas acumuladas, acabando oscuramente, sin llegar a viejo, tuberculoso y en la miseria, y eso en 1856. Son los datos de una vida fallida y patética. La única claridad en esta penumbra la abrió la publicación de su enorme libro de cuatrocientas páginas que pudo burlar, con algunas dificultades, la censura, pero que también le restó el pan de todos los días pues por su causa lo echaron de la escuela donde era profesor. Luego, silencio, omisión, olvido.

El período en que Stirner redactó su libro —en definitiva, el escaso tiempo en que escribió y pensó— transcurrió en una taberna. Más precisamente en una vinería que era propiedad de un tal señor Hippel y cuyo nombre quedaría en la historia asociado a ciertos clientes que la frecuentaban, un grupo de jóvenes filósofos radicalizados que se hacían llamar “los libres” y que gustaban de enzarzarse en interminables debates. Sus nombres: Bauer, Ruge, Marx, Engels y el propio Stirner. Friedrich Engels parece haber sido el autor del sobrenombre de Stirner (“frontudo”, hombre con frente prominente). Entre ellos había una mujer, una “emancipada”, quien sería momentáneamente esposa de Stirner. Eran jóvenes, disponían de tiempo, alardeaban de su extremismo verbal y estaban hartos de la influencia que el fantasma de Hegel ejercía sobre sus pares y sobre ellos mismos. Más que ninguno sería Stirner quien dejaría atrás el espectro. Poco tiempo después el grupo se dispersó, en buena medida por causa del agravamiento de las persecuciones políticas en Alemania. Todo este tiempo de creatividad del hegelianismo de izquierda duró lo que un fósforo prendido, pero encendió varios regueros de pólvora.

XI

El derecho de matar es un buen título, resonante y antinómico. Tanto suena a folletín sentimental como a justificación de la vindicta. Un título así garantizaba algo de impacto. No obstante, hubo antecesores en el país. Un sainete de Rafael Cabrera, en un acto y tres cuadros, publicado en 1918, y un drama en dos actos de Augusto Novelli, de 1920, llevaban por título *El*

derecho de matar. Y en el mismo año en que Barón Biza publicó su libro otro autor hacía lo mismo con el suyo y optando por el mismo título. Era Ariosto Licurzi, profesor de medicina legal en la Universidad Nacional de Córdoba, un defensor de la eutanasia como medio de liberar al paciente de sus padecimientos. Licurzi, además, había publicado antes *La muerte liberadora* y *Psicología sexual de las solteronas*. Y antes aún, en 1926, una mujer notable llamada Magda Portal, peruana y revolucionaria, publicó su propio *El derecho de matar* en La Paz, Bolivia. Eran cuentos de denuncia de la condición social de campesinos y obreros y el libro también lo firmaba Serafín Delmar, su esposo y padre de su hija. Magda Portal profesó ideas radicales, padeció cárcel y exilio muchas veces, escribió libros de poesía y defendió los derechos de la mujer; ella es una más de los cientos de hombres y mujeres de izquierda que también fueron poco convencionales e independientes y a los que no muchos han estudiado. Serafín Delmar pasará diez años en prisión y la hija de ambos se suicidó al descubrir que su amado ya estaba enlazado en matrimonio. El ensayista peruano José Carlos Mariátegui, que solía alabar a Magda Portal, calificó al título de ese libro, acertadamente, de “anarcoide y nihilista”. ¿Pudo Barón Biza haber conocido estos libros? Ciertamente conocía el ambiente del teatro y tenía estancia en Córdoba, el mismo lugar de residencia que Licurzi, y también había estado en el Perú y en Bolivia hacia 1928. Imposible saberlo. En todo caso tenía el título en mente y quizás ya terminado el libro al menos ocho años antes de su publicación. En su propia revista *Charleston*, en 1926, se anunció que Barón Biza partía para Europa en busca de editor para “su último libro, *El derecho de matar*, novela realista, a la que pronosticamos —por conocer algunos capítulos— polémicas y lucha”. ¿Por qué tardó tanto en mandarlo a imprenta?

XII

La historia de Irma, la hermana de Jorge Morganti, sigue el ciclo de la caída una vez perdida la situación idílica inicial. Luego de que Jorge y Cleo se fueran del pueblo, la estanzuela hipotecada fue pasto de la usura y al fin se la queda el comisario del pueblo, quien además ambicionaba la mano, y el resto del cuerpo, de Irma. Su madre muere de pena, y el cielo sobre Irma se vuelve amenazador. Le queda la salida “honorable” del casamiento, pero ella no es tonta: “Sería horrible la vida a su lado, esa capital de provincia, con sus iglesias, su sociedad con olor a sacristía, vulgar, hipócrita, los hijos que él exigiría aun a costa de mi sufrimiento y la deformación de mi cuerpo, la

monotonía de esos días iguales, en donde mi obligación radicaría en alimentarlo bien y cuidar su ropa. Noches de soledad en que pasado su entusiasmo carnal, las perdería en el club, en el café o en el prostíbulo”. De por sí Irma es una muchacha soñadora y deseosa de ir a la ciudad. A Buenos Aires, entonces.

Pero las metrópolis pueden adquirir el tamaño de un pañuelo cuando se carece de amparo o trabajo. De modo que Irma fue rodando por la vida, entregándose para pagar deudas y al fin recibíendose de “cocotte”. De prostituta fina: “Me criaron para ser una señora, profesión que cuando no se consigue un puesto, queda sólo el otro, ser ladrona del bienestar de las que lo encontraron”. Una más de las miles de mujeres que se hacinaban en los burdeles porteños y rosarinos. La mala vida no era un tema desconocido y tanto las ansias de profilaxis de los socialistas como las denuncias de la prensa la habían transformado en una cuestión álgida. Ocho años antes, en 1926, se había dado a conocer *Versos de una...*, un ramillete de poemas escritos por una supuesta muchacha ucraniana prostituida en Rosario llamada Clara Beter, falso nombre de guerra que disimulaba el del periodista César Tiempo, a la vez seudónimo de Israel Zeitlin. El libro trajo aparejado un breve escándalo. Y al año siguiente, en 1927, el parisino Albert Londres publicó *El camino de Buenos Aires*, obra de revelación de la trata de blancas que había prosperado en la Argentina. La prensa anarquista venía denunciando esa lacra desde mucho antes.

El corazón de Irma no ha salido indemne de su paso por sucesivos molinillos de carne, ahora está blindada, se ha vuelto dura como un diamante: “La fregona, la prostituta o la mujer honesta, en el coito, somos idénticas. La diferencia proviene no de ellas, sino de ustedes. Sois los primeros en desear que nos convirtamos en vuestra máquina de placer, y una vez que lo habéis conseguido nos mostráis a vuestras esposas o hijas con el horror que señalaban a los leprosos en el medioevo”. En las callecitas de Buenos Aires habían prendido, sin solución de continuidad, brotes del lupanar.

XIII

¿Había un motivo oculto en el proceso seguido a Barón Biza? ¿Era un modo de desprestigiar al sector jacobino de los radicales vinculando sexo y política en la persona del “financista” de sus conspiraciones? ¿O la venganza era de índole más personal? Tiempo antes, el jefe de policía coronel Luis Jorge García había hecho allanar el domicilio y las oficinas de Barón Biza por

supuesta contravención a la Ley de Juegos, evidentemente una excusa para hostigarlo. De inmediato el ofendido publicó una solicitada e inició una demanda judicial con el fin de denunciar la persecución de que era objeto. El coronel Luis Jorge García había sido el jefe de una logia secreta y golpista y había sido recompensado por la dictadura con el manejo de la policía. Pero si su objetivo era desacreditar al autor y al libro sólo consiguió echar más leña al fuego, pues el caso se volvió más llamativo ante la opinión pública y el libro, famoso y buscado e incluso pirateado. El enfrentamiento entre el radical rojo y el jefe de la policía parecía destinado a resolverse en un duelo, pero no sucedió así, pues Barón Biza fue a dar entre rejas. Pero en marzo de 1935, y ya en Córdoba, Barón Biza desafió a duelo al coronel Patricio Sorondo, fascista y director de balística de la Policía Científica, “por haber vertido conceptos agraviantes a la persona del teniente coronel Pomar”. El padrino del retador, Carlos Pizarro Crespo, quien llegaría a ser diputado nacional pocos años más tarde, comunicó al retado las severas condiciones de la justa: “A pistola, a treinta, veinte y diez pasos, lugar Estancia Myriam Stefford, Alta Gracia, Córdoba”. Ignoro si el duelo tuvo lugar, pero un árbitro fue elegido por ambas partes. Casi veinte años más tarde Barón Biza retaría a duelo a otro jefe de la policía, esta vez peronista, el general Arturo Bertollo.

XIV

“La ciudad en eterna construcción, la futura rival de la del hemisferio norte, agita nerviosa su mano de gitana, el echarpe de sus riquezas, coloreado con los tonos de las razas que pueblan la tierra. En cada rostro hay un deseo y en cada pecho una ambición. Viven sus hombres de hoy bajo la misma presión angustiosa de los que murieron ayer y sus corazones laten con idéntico ritmo. La mayor parte nacieron en ella, pero sus caras trasuntan la ansiedad del inmigrante, el prurito de lucro que brillaba en la faz de los abuelos años ha, cuando se lanzaron por las calles de Buenos Aires, en miserable caravana de andrajosos, mineros hambrientos de oro y de olvido. Sociedad cosmopolita en la que unos cuantos dopados por el dinero que acumularon sus mayores en ardua lucha con la miseria, vis à vis con el centavo y el indio, han llegado a formarse un árbol genealógico y establecer una aristocracia... principio de toda aristocracia americana. Aristocracia especial, aristocracia de aluvión, amasada con la turbia levadura de los desechos de tercera y cuyas raíces tienen por punto de arranque establos normandos, fogones de Sierra Morena u obscuras botiglierías sicilianas. Urbe que tiene la característica de vivir como

las aldeas africanas, al compás del eco de la vieja y corrompida Europa. Imitando malamente sus gestos y aprovechando sus saldos; satélite jupiteriano con pretensiones de astro. Urbe poblada con los excrementos de la decrepita civilización latina. Urbe que tiene pretensiones de cabeza y que sólo es vagina para los imperialismos extranjeros. Urbe de desheredados, cubierta por obras falsificadas de estatuas de mal gusto, que muestra impúdica, y adora los becerros de oro de sus héroes impuestos por la necesidad. (...) Urbe que pudo haber sido noble estandarte de la humanidad doliente, redención de la vieja raza y crisol de las aspiraciones, y que malamente desvió el heredero directo del emigrante, que vino en las primeras entregas que el mar nos hizo, en las primeras remesas humanas que a nuestras playas volcaron las olas, que llegó escondido, sin billete, sin equipaje. Es el mercader que, disfrazado junto al trabajador, entona en las fábricas, enseña en las calles, sostiene en las cámaras, su canción de farsante. Mezcla de profeta y meretriz, con sonoridades de sirena, entona la canción que brinda aventuras y preña esperanzas. Canción que el dolorido pueblo sigue y seguirá siempre; canción tras cuyo sonido se lucha por la patria y se venden sus hombres, se pactan las guerras y se conceden sus riquezas. Canción que muestra caminos abiertos imposibles de recorrer, pero que para el pueblo serán siempre caminos abiertos. Montaña dorada en cuyo pináculo se encierra el tesoro, montaña inaccesible, pero montaña de riquezas al fin... Y así los pueblos sedientos, que buscan y buscarán al 'hombre' sobre el desierto miserable de sus vidas, aplacan la sed de justicia en las aguas mentidas de su espejismo. Así mantendrá, mientras el pueblo no reaccione, con sus discursos, con sus proyectos, con sus constituciones, en la noria al obrero imprescindible que produzca el importe del traje que ha de cubrir a sus malas hembras. Dinero de pueblo, esperanzas de pueblo, sacrificios de pueblo se verán, mientras él exista, defraudados. Y aquí, como en todas las ciudades, su figura se proyecta desde el amplio boulevard hasta el rincón anónimo de una callejuela trunca de un barrio infeliz. Por él, naciones hermanas gimen bajo el yugo imperialista, vendidas como cansadas prostitutas; por él, nuestro país, al que alguien escondiendo su despecho llamó la 'canasta de pan', escucha el grito desgarrador de sus hijos hambrientos, y por él, nuestro país ofrece a los ojos del mundo el espectáculo triste de nuestro mercado, en el que más fácilmente se coloca esa máquina de placer que a diario nos vuelca el puerto: la trata de blancas. Esa industria francesa más fructífera que los perfumes y los trapos. Es el producto que todos los pueblos, que todas las ciudades, que todos los ambientes conocen, y que tiene, como ciertos animales extraños, la rara

propiedad de fecundarse a sí mismo. ¡Ah!, el día que el pueblo haga de partera de justicia y que los abra para que así nazca la verdad, entre el ropaje de intereses personales que los cubre. El día que se arranque la careta al hombre que nació sin esqueleto, porque puede amoldarse a cualquier recipiente y que para llegar a la cúspide de sus ambiciones mercenarias, arrastrándose, perdió las piernas: el doctorado en política”.

XV

No todos los periódicos lo condenaron. La prensa de los radicales de izquierda asumió la defensa: “Barón Biza hunde el escalpelo en el cuerpo de una sociedad enferma, grita la verdad sin eufemismos de ninguna clase. Ante sus páginas vibrantes de rebeldía y protestas, tiemblan los pusilánimes, se estremecen los hipócritas y ensayan gestos de desprecio los falsos místicos”. Nada de impudicias entonces, él habría sido el desenmascarador de la comedia de la moral y las buenas costumbres, y el abogado de los condenados de la tierra. En su propio periódico, *La Víspera*, se dice que “el delito de Barón Biza es haber dicho la verdad, esa verdad que todos sabemos y que muy pocos son capaces de proclamar”. Pero, ¿cuál era el contenido de esa verdad? El autor se explayó: “He simbolizado en mi libro, y ello no puede sonrojar a nadie, el poder de la voz del sexo, esa voz de la naturaleza, la más poderosa, la más brutal de nuestro instinto”.

O bien millonario excéntrico que denuncia a su clase social y revela la alianza establecida entre sexo y política, o bien un inmoral. Ésas eran las opciones, así estaban repartidas las cartas. Le tocó el papel de villano en la obra y por treinta años el nombre de Barón Biza será sinónimo de “literatura pornográfica”, un pedestal del que fue destronado en la década de 1960 por el director de cine Armando Bo. Por entonces Barón Biza estaba domiciliado bajo tierra. No obstante, si se deja de lado el estilo agresivo, es cierto que la intención de Barón Biza era la del moralizador. Es el libro de un hombre asqueado que no soportaba que los argentinos pretendieran soslayar el origen espurio de la década infame. Quería poner el dedo en la llaga. Según el diario *La Palanca*, “su prosa fustiga y señala la sangrienta y a la vez histriónica representación e indica una vez más en el tinglado a los muñecos fatales de la innoble farsa”. Pues bien, era famoso, aunque no respetado. Como beneficio marginal, su nombre literario quedó asentado en los diarios de una vez por todas, desapareciendo las confusiones que por momentos le otorgaban un aire de misterio: Raúl Barón de Bisa, Barín Visa, el Barón de Bisa, Barón Bizza.

Pero no hay desnudos. Si por pornografía se entiende mostrar o describir en su extensión la minucia del furor uterino en su encuentro con las urgencias del genital opuesto, nanay del paraguay, nada por aquí y nada por allá. Se menciona, claro está, el “coito” y el “clítoris” y a chicas de vida ligera tanto como se quitan varios velos a las vergüenzas humanas, pero es eso, poner en locución pública ciertas verdades que solían ser barridas bajo la alfombra. Y el lenguaje no ayuda, es antediluviano; la pornografía posible para aquella época, casi metafísica. Supongo que frases como ésta debían hacer presa de los lectores: “El escote atrevido, casi siempre exagerado, dejaba al descubierto el nacimiento de sus senos, ánforas de alabastro tibio, que se adivinaban macizos tras la tenue seda”. O bien: “La axila de aquella mujer fue para mí, esa noche, como un fetiche”. Pero, mayormente, “las tibias palomas nacaradas de sus senos” y la “turgente redondez” y una larga enumeración de cursilerías. Todo empalagoso y caduco. Nada debe envejecer tanto como la retórica erótica de cada época: el lenguaje de la intimidad de una generación dada viene con fecha de vencimiento y peor todavía cuando la literatura intenta reflejarlo. Aunque cabe considerar que, en letra de molde, ciertas palabras pudendas podían sonar desafiantes, como golpes de fusta propinados al lector fisgón.

XVI

La filosofía de Stirner, desarrollada ardorosa y largamente en *El Único y su propiedad*, consiste en una defensa cerrada de la personalidad enfrentada a la sociedad y al Estado. Todo Stirner está resumido en esta idea: que una persona ha de llegar a ser ella misma y reconocer lo que le es propio y asumir que nada hay por encima de esa “propiedad” y poner en tensión todo aquello que no constituye “lo propio de sí mismo” para hacer evidente lo que es afín a la autonomía individual y lo que le es perjudicial o peligroso. La única propiedad verdadera de una persona es, entonces, ella misma, pero, paradójicamente, para serlo auténticamente es preciso proceder a su apropiación. Stirner llega inevitablemente a la conclusión de que el Estado es adversario del individuo, que la institución jerárquica, por su propia esencia, es contraria a la voluntad personal. La piedra de toque de la autarquía reside en el carácter, esa sustancia que podemos moldear y tallar. Es la educación del sí mismo. Y con esa autoeducación se descubre el enorme poder que está en germen en cada hombre y en cada mujer. Este es el principio irrevocable sobre el que Max Stirner construye su fortaleza argumental.

El libro no es otra cosa que un “canto” a la libertad escrito bajo la forma de tratado de filosofía de inédita radicalidad pero cuya caja de resonancia era la época en sí misma. El imperativo categórico individualista estaba en el aire de los tiempos y Stirner lo captó intuitivamente mucho antes que otros. Sus ideas pueden ser entendidas, además, como antecedentes habitualmente no reconocidas de las de Friedrich Nietzsche y del existencialismo posterior. En suma, Stirner fue el solipsista del anarquismo, quien descubrió algo evidente: que toda persona, en última instancia, es única. Pero de esta asunción él sacó conclusiones ontológicas y políticas extremas.

El resto de la obra de Stirner son migajas. No escribió casi nada más, si se exceptúan un libro ocasional destinado a ganar algún dinero y unos pocos ensayos. Uno de ellos es *El falso principio de nuestra educación*, escrito por pedido de Karl Marx y publicado casi en mitad del siglo XIX. La especificación de fecha no es caprichosa, ya promediaba el cuarto creciente de la época de la escolarización masiva. La saga de la escuela pública fue promovida como combate a muerte contra el “flagelo del analfabetismo”, pero Stirner no creía que alfabetización equivaliera a educación de hombres libres. Hasta entonces había consistido en la formación estamental del “gusto” y de las maneras cortesanas, o bien en la especialización de unos pocos en oficios específicos. O modo de adquirir habilidades intelectuales aptas para gestionar las relaciones entre grandes señores o adquisición de maestría en un arte a partir del saber de alguien ya experto en la materia. La ilustración, a su vez, promocionó la educación como medio para formatear ciudadanos libres emancipados de la tutela religiosa y de las presiones autocráticas.

Pero la igualdad entre seres emancipados del “antiguo régimen” no es el proyecto de Stirner. Es la igualdad no con los demás sino consigo mismo lo que le concernía. “La libertad del querer”, vía regia de la modelación del sí mismo, trascendía las filosofías de la conciencia. Para las dos escuelas pedagógicas que Stirner critica, la humanista y la pragmática, la una preocupada por la formación clásica y la otra por dotar a los ciudadanos de saberes cívicos y conocimientos útiles para “ganarse la vida”, la educación no es otra cosa que acumulación de información y, aunque aparentan ser posiciones enfrentadas, son equivalentes. En Stirner, por el contrario, la educación es modo de personalización del saber, medio para la formación de la personalidad, facilitación de las metamorfosis del Ser, por cuanto el ser humano es una crisálida perpetua.

El libro no hizo muchas olas. Solamente Marx y Engels, sus compañeros de andanzas juveniles, ya distanciados de Stirner, lo leyeron con atención y

no les gustó nada de nada. Se propusieron refutarlo y dedicaron tiempo y esfuerzo a hacerlo. Pero su manuscrito, titulado *San Max*, restaría inédito hasta 1932, cuando se publicó junto a las “Tesis sobre Feuerbach” en un volumen que en castellano es conocido como *La sagrada familia*. Nadie más lo leería sistemáticamente hasta comienzos del siglo xx. Apenas los anarcoindividualistas se ocuparon de *El Único y su propiedad*. Tres de ellos vivirán en la Argentina. Jorge Luis Borges lo leyó en Ginebra; Severino Di Giovanni, en un pueblo de los Abruzzos; Barón Biza, presumiblemente, en París. Los tres viajarán a Buenos Aires en distintos momentos de la década de 1920. Extravagante trío: un conservador anarquista —así se definió Borges a sí mismo alguna vez—, un idealista de la violencia —así bautizó a Di Giovanni su biógrafo, Osvaldo Bayer—, un yrigoyenista revolucionario. Severino Di Giovanni se ocupó del áspero Stirner en *Cúlmine*, su propia revista publicada en los años veinte en Buenos Aires, en tanto Guillermo de Torre dijo que su cuñado Borges había llegado a Barcelona desde Ginebra “pertrechado de Stirner”. Es verosímil, pues también había leído por entonces a Nietzsche y a Schopenhauer y probablemente también al conspirador y revolucionario Auguste Blanqui. Con los cuatro juntos alguien menos juicioso que Borges hubiera hecho estallar la santabárbara. No tan casualmente, tanto Di Giovanni como Barón Biza serían encerrados en la Penitenciaría Nacional casi en la misma época. Su primer prologuista, Barón de la Parra, había escrito que “una de las características más pronunciadas de Raúl Barón Biza es su egotismo” y Ego se llama el personaje principal de *Punto final*, su segunda novela. En alemán, *El Único...* se tituló *Das Ego*.

XVII

Varias manos, casi garras, lo señalan en forma conminatoria. A él, a Barón Biza. Esta imagen está impresa en su ex libris, el sello que se adhiere a los libros de la biblioteca personal. Por lo general el motivo de un ex libris sugiere atributos de la personalidad de su propietario o eventos que hayan marcado su vida. En su caso, la persecución y la paranoia están allí grabadas, blanco sobre negro. Un segundo ex libris de Barón Biza fue publicado en la página final de *Todo estaba sucio*, su última novela. En él, un hombre vendado estira la mano para alcanzar una pluma sumergida en un tintero. El hombre está detrás de un enorme libro abierto con las páginas en blanco, exceptuando una A mayúscula en la página izquierda de donde caen lágrimas o gotas de sangre. De un tajo en la página derecha mana un arroyuelo de

sangre o de tinta. En primer plano, una guadaña cuya punta está ensangrentada.

XVIII

“El enemigo del hombre es la rotativa, la taberna, el comité y el circo”. Puesto así, parece el preámbulo del programa de un partido político. Pero la política se corresponde con un mundo de pusilánimes, de propagadores de la moral. Además, el político “es el hermano Judas”, su precio es bajo. En cuanto al político decente, es una ilusión necia, y la justicia no puede ser equitativa porque es ciega pero no sorda. Estas tesis, mezcla de Marx, Bakunin y Nietzsche, compendian una filosofía política particular, una arenga refractaria de clase alta con audiencia potencial, todo aderezado con euforia ególatra y un curioso redentorismo socialista y sexual. Barón Biza descarna la cuestión: vivimos en un ataúd rodeados por el infinito, el crimen es el lazo social y en el sótano de toda honra hay cadáveres. En la tierra se es lobo u oveja y no hay terceras manadas: la soledad no es soportable. Al fuerte se lo respeta, se le hace frente o se le huye, y éstas son las opciones verdaderas que acosan al animal político. Al pico de la cima se llega a título de perro faldero o sobornando al guardián: al oro no se le exige pedigree. El precio de la ética es el hambre y un hambriento no es respetable. En fin, la sociedad es metástasis y la “glándula atrofiada de la personalidad” encoge a la especie. El problema no reside en que el mundo esté enfermo, sino en que no tiene cura. Resta Dios, pero es políglota y apoya a todos los bandos.

La vida, entonces, no conoce otro código que el del instinto. La ley es su opuesto, un pergeño de los privilegiados que desde siempre han esquilmado a las mayorías. Pero en el origen de cualquier fortuna hay episodios inconfesables. Inevitablemente, se proviene de la soldadesca o del aluvión que sigue sus pasos. La educación no es otra cosa que fiscalización del deseo, pues el ser humano es un animal acuciado por el sexo y el estómago. ¿La historia?: “Héroes, estatuas, placas, todo mentira”. ¿El trabajo?: “El obrero actual no es sino un pobre esclavo disfrazado de hombre libre, su alquiler se paga con lo justo para que mantenga sus fuerzas y cubra sus carnes; muerto uno, cien lo reemplazan”. Existe la revolución obrera, sí, pero está destinada a ser traicionada, siempre teniendo en cuenta que Barón Biza se interesa menos por el mecanismo de la toma del poder y mucho más por el carácter huracanado y purificador del hecho revolucionario. “Destruyamos los prejuicios morales y estúpidos que nos vienen de más allá del medioevo,

destruyamos nuestras leyes y nuestros dioses si para nuestro bienestar fuera necesario”. Y luego agrega un lema digno del anarquismo: “Hay que destruir mucho, quizás todo, para empezar a reconstruir, hay que dar el salto violento”. Por momentos el libro entero asume la forma de un largo salmo negro y misántropo.

XIX

En tanto el proceso seguía su curso Barón Biza se entrometía en la interna de los radicales, activando para el sector intransigente, cuyo líder, el doctor Amadeo Sabattini, era candidato a gobernador de Córdoba. Por un tiempo se puso a soliviantar a los ya recalcitrados y a las almas jóvenes voceando una plataforma jacobina, “con soluciones obreras”. Entonces, briosamente, participa del comité de los residentes radicales cordobeses en Buenos Aires, visita a Marcelo Torcuato de Alvear para saluciones rituales en ocasión de su cumpleaños, inaugura un comité de la Juventud Radical que lleva su propio nombre y viaja a Salta y Tucumán con el fin de apoyar las “listas rojas” del partido en esas provincias. O sea, trabaja de político, haciendo, en la gira proselitista, lo que se corresponde con el oficio: dar discursos, firmar solicitadas, auspiciar listas para las elecciones internas del partido, prometer la adquisición de una propiedad para dedicarla a vivienda de gente pobre, auxiliar a un joven accidentado en la ruta, etcétera. Un diario partidario así lo describe: “Altivo, tal vez más que altivo, Barón Biza es el prototipo del que no transige con los términos medios. Su espíritu, amoldado para el fogueo, para la lucha fuerte, sólo se siente en su estado cuando hay que discutir una idea, sostener un concepto que trasunte rebeldía y justicia”. Otro diario lo recibe en provincias con este titular: “Barón Biza alborota el cotorro”. Se lo tenía por líder de la juventud y por hombre capaz de gastar una fortuna en la lucha cívica. Él se definía a sí mismo: “Soy un soldado de la Unión Cívica Radical”. En la ciudad de Salta, mil quinientas personas se acercaron a escucharlo pero en mitad del acto un hombre se encaramó en el escenario y comenzó a vivir al general Uriburu; la concurrencia respondió con voces a favor de Yrigoyen y dos o tres matones a sueldo repartieron manotazos y puñetazos, y pronto la policía cargó contra la multitud con sables desenvainados y varios fueron llevados a la rastra. Uno de los presentes, el diputado nacional José María Saravia, desenfundó su revólver con el fin de amedrentar a los vigilantes y hacer respetar sus fueros. Así era la cosa en el norte argentino: los mítines políticos parecían del lejano oeste y la retórica

inflamada era contestada con manoplas y cosacos, para no mencionar el fraude electoral que en ese año 1934 se escenificaría en esa provincia.

XX

“Miles vivimos del trabajo de millones, los menos explotan a los más, y éstos, los más fuertes, los que roturan la tierra, los que mueven las máquinas, los que fabrican el látigo, pasan hambre y frío, aunque su esfuerzo les dé con creces con qué llenarse y con qué cubrirse. No desconocen su fuerza, no desconocen sus derechos, y aún respetan los nuestros; ¿de qué pasta de mártires están hechos? Saben que la razón es de ellos y la mendigan, saben que esa minúscula caravana de la que formo parte, de políticos, especuladores, militares, sacerdotes, todos nosotros los descendientes directos de aquellos asaltantes de caminos, huiríamos con sólo ver avanzar unidos de las manos los unos de los otros. Huiríamos aterrorizados con sólo mostrarnos las marcas que dejó el látigo en sus cuerpos, los mutilados de las fábricas, los hambrientos, los inválidos de la guerra, los niños pálidos, demacrados, enfermos y malditos; saben que podrían arrojarnos desde el más bello y orgulloso rascacielo, para enseñar a reír a sus hijos tristes. (...) El día en que los hombres organicen la fiesta del pueblo, que apilen todos nuestros credos religiosos y políticos, todas las virtudes de nuestras mujeres, todas las honestidades de nuestras hijas y junten los uniformes de charreteras doradas de los generales y de los porteros de teatro; los diplomas de gobernadores y los nombramientos de barrenderos; las sociedades de beneficencia y los prostíbulos, y los purifiquen por medio del fuego y la sangre. Cuando los niños que no tuvieron leche ni pan suficiente para desarrollarse fuertes y sanos contemplen el espectáculo, cuando las mujeres con los vientres llenos de espermatozoides levanten la cabeza sin temor entre la muchedumbre, cuando las manos callosas apilen en la fiesta las mitras religiosas y las empuñaduras de las espadas. Cuando los hombres se den cuenta de que fueron llevados a las guerras para defender el petróleo o el estaño disfrazados de soldados de la libertad”.

XXI

Misantropía y misoginia, en Barón Biza, de principio a fin. Pero de allí no se desprende la pornografía, como forma u obsesión, sino la cuestión de “la

carne”. El hombre es para él un ser en degradación, su caída no puede ser amortiguada. La vida humana está determinada por los humores del cuerpo, en las mujeres por las agitaciones de sus continuos períodos de celo, en los hombres por la fragilidad de la hombría de bien. Es la “ley de las glándulas” y el corolario es cantado: la naturaleza pone a la moral a sus pies. Adán y Eva no son culpables: es el deseo mismo el criminal. Si supiéramos dónde está su guarida podríamos hacernos una libidotomía. Pero en una sociedad restrictiva, el sexo —vía de acceso a la verdad humana— deviene cubil sórdido en lugar de templo de placeres: “La humanidad sigue siendo un enorme presidio donde todos se masturban”. De allí que su descripción de la vida frívola y corrupta de la casta política y de la clase alta constituya un fresco de la tendencia espiritual de una sociedad minada. Grande ha de haber sido la desilusión que lo condujo a desear que sus contemporáneos hundieran el hocico en el mundo excrementicio en que medraban. Esto en lo que concierne a Barón Biza. El lector es siempre un fisgón henchido de curiosidad, puesto que esos libros resultaban ser la pornografía posible de esa época.

Para Barón Biza la urgencia del coito se antepone a la de la reflexión, incluso a la del estómago. Y como cada sexo anhela acoplarse, la idea de un contrato sadiano, una suerte de pacto de prostitución universal, toma forma en el libro como necesidad humana y como solución lógica a los desarreglos emocionales causados por la sociabilidad mojigata: “Toma mi cuerpo, haz de él lo que quieras, no temas profanarlo”. De modo que todo el poder de Cristo es impotente ante el falo y la vagina; ni siquiera la droga habilita su olvido. Pero lo que en su época molestó tanto no fue algún que otro párrafo picante de *El derecho de matar* sino la voluntad de su autor de poner en voz pública los tabúes y las perversiones de la vida social, mucho más si acompañados de azotes blasfemos.

Jorge Morganti, el protagonista de su novela, había sido enviado a un colegio religioso como alumno pupilo. La descripción del internado no es desemejante a la de un presidio correccional: “Fue allí donde me enseñaron a leer, a rezar, a mentir y a masturbarme”. He aquí la primera mala palabra: “masturbación”. Le seguirán el adulterio, la prostitución, el aborto, el lesbianismo, el incesto, la zoofilia, la necrofilia y así sucesivamente. Hay más y en la primera página: “Los desolantes silencios de los oscuros dormitorios que sólo interrumpían el eco lento de los pasos de una figura negra que escrutaba entre las tinieblas, con quién sabe qué designios, los semidesnudos cuerpecitos blancos”. Es el acoso sexual de menores por parte sacerdotal. Y hay aun más, una cita galante y prohibida en el cementerio, una dama de

beneficencia poseída por un extraño sobre el ataúd de un familiar: “Somos como una enorme carcajada ante los preceptos sociales y divinos”. Y todavía más: “Odio a los perros, desde que supe por los libros de medicina que más de una virgen se había entregado a ellos, los odio por la impunidad que ante la ley gozan”. El folletín melodramático va deslizándose hacia el catálogo de degradaciones pasando por una analítica fúnebre del alma humana.

Del primero al último libro una sucesión fastidiosa de esposos engañados, amigos corruptos, esposas histéricas y mujeres fatales abruma, asquea e insensibiliza al lector. Siempre la menstruación es el pasaporte al libertinaje, ella es inconfiable y despiadada y él, patético o bien traidor. La mujer es “reina” o “dueña” o “diosa” o “madre” o “novia” e invariablemente “puta”. En su mito bíblico, Adán y Eva eran adversarios jurados en el paraíso. La suya es la vieja teoría de la “lucha de los sexos”, una idea conservadora a la que en su caso se le adosa un discurso de emancipación. En principio, una repulsa del matrimonio en el estilo anticlerical que los anarquistas ya habían voceado a comienzos del siglo xx: “El crimen más grande que la Iglesia ha podido cometer y la humanidad soporta es la unión de dos seres para toda la vida —su única vida— desconociendo si una epidermis no rechaza a la otra”. Y en caso de que el amor idílico haya florecido en su origen, es inevitable que más adelante se transforme en un afecto siniestro.

Por momentos sus llamados a conquistar la libertad sexual pretenden armonizar la realidad social del cuerpo con la verdad de la naturaleza. Otras veces parece pregonar la emancipación de las mujeres con el fin de posibilitar una lucha en igualdad de condiciones. “Al defender el derecho del coito no defiende sino el derecho de la mujer. ¿Es que la mujer no tiene fuerza para rebelarse y gritar al mundo su derecho sexual, el más poderoso, el más justo, el más legal de los derechos?”. Pero en general se eyaculan denuestos misóginos y a mansalva: “La mujer es un ser maldito, remanso eterno donde la perversidad gira en torno de su mismo centro”. O bien: “La mujer es una vil competidora de salarios y arrasa con los nobles principios del confort que merece el proletariado”. Y también: “Cuando en el mundo avance el feminismo los hombres de fortuna estarán exentos de pena”. Falsedad y lujuria son atributos femeninos, su única virtud es la simulación. La prostituta se paga al contado y la mujer honesta, a plazos. Las santurronas son peores, “pornográficas cerebrales”. En fin, que la mujer es mitad araña, mitad abeja reina. Y así sigue, no acaba nunca.

XXII

Mientras Barón Biza esperaba la resolución de su caso judicial, tres guionistas se pusieron a adaptar *El derecho de matar* para su estreno en el Teatro Argentino el día 7 de marzo de 1936. Paralelamente, la revista *Argentores* publicaba la versión adaptada en su colección semanal. El diario *La Nación* cubrió el estreno de la obra: “Toda esta fábula puede tener un fondo humano y hasta puede encerrar una intención loable. Pero uno y otro desaparecen ante una confusión ideológica. Los personajes se enredan en teorías filosóficas y sociológicas sin análisis y sin ponderación. El orden que desean imponer a la sociedad deberían disponerlo, primero, en sus cabezas”. Y debía ser así, pues la adaptación, a cargo de Marcos Bronenberg, Mario Bellini y Ricardo Ruiz, es declamativa y sentimentaloides, y téngase en cuenta que los adaptadores insertaron intermedios con el fin de que ciertos personajes abstractos dialogaran entre sí: la Voz, el Juez, la Verdad, el Autor, la Juventud, el Instinto, el Sentido Común, la Solterona, la Voluntad, más un simpático borrachín que llevaba “Mister Gin” por todo nombre. No obstante, la obra, dividida en veintidós cuadros, no carecía de interés político y atractivo voyeurista, pues resultaba ser una denuncia del gobierno en ejercicio como una incitación a los sentidos del espectador. La acción argumental suponía desnudos por parte de dos actrices que difícilmente hayan sido vistos. Es curioso que la versión para tablas fuera tan fallida si se tiene en cuenta que ese mismo año Bronenberg había realizado el guión de *Puente Alsina*, película de gran éxito. Y por cierto, al año siguiente, en 1937, Marcos Bronenberg contrataría a una muchacha de dieciocho años para integrar el elenco de *No hay suegra como la mía*. La joven se llamaba Eva Duarte y su personaje no decía una sola palabra en toda la obra. Diez años más tarde sería aclamada por millones porque ella ya era millones.

XXIII

La mayoría de los autores suelen ser condescendientes con sus lectores. Barón Biza —que en esto sigue a Nietzsche— no concedía un peaje abaratado a los suyos. Sus arrebatos son los del autarca. A pesar de que había editado ya un libro de cuentos y otros folletos dispersos quizás considerara que éste era su primer libro verdadero, el que le habilitaría un ingreso impetuoso en la historia de las letras argentinas. Su corazón, sus tripas, al desnudo. Por eso se presenta al lector: “He nacido rebelde, revolucionario, como otros nacen

proxenetas o cornudos”. Y trascartón decide ir a por lo más alto: el prefacio de *El derecho de matar* es una carta pública dirigida “a su santidad el Papa Pío XI”. Le aclara que el libro es el resultado de su “fe herida” y que le fue dictado por los dioses de lo innoble y lo grotesco: “Son palabras salvajes que rugen realidades y que copiaron sus bramidos a la tormenta del Gólgota”. Lo cierto es que se arroga ante el Papa ser sacerdote de sí mismo y embajador de sus propias ideas.

El hombre se compara a sí mismo con un Cristo y no es la única equivalencia buscada: en el frontispicio interno del libro hay un texto manuscrito, de puño y letra suyos, con la forma de una cruz. Es un caligrama que anuncia el próximo vía crucis del libro, o bien un gesto blasfemo. En el argumento del libro, el padre de Jorge Morganti aconsejaba a su hijo: “Y si alguna vez te enfrentas a Dios, trátale de igual a igual, de hombre a hombre, de canalla a canalla”. Quizás por eso Barón Biza anuncia el próximo envío de su libro al Vaticano con portada revestida en plata para que los porteros lo dejen pasar. Toda una declaración de anticlericalismo en un libro cuya historia se desarrolla al comienzo en la provincia de Córdoba, plagada de calles y plazas con nombres de obispos, presbíteros y monseñores.

Luego de ajustar cuentas con el pontífice va en busca del lector: “No necesito tu aplauso, no temo a tu brazo, ni me hace falta tu dinero. Estoy más allá del oro y de la fama; más allá de esa fe que te hace creer sincera la caricia de tu hembra y la mano de tu amigo”. A su libro, escrito con la yerra del sexo, lo imagina con pubis y senos erguidos, emergido “desde el fondo oscuro del protoplasma”. A los lectores les exige coraje, les pronostica el contagio a quienes frecuenten esas páginas, les aclara que ha sido escrito “para los haraposos, para los hijos de nadie, para los mal nacidos, para los que tienen por cabecera el tarro de basura, para los que no tienen Dios, ni hembra”. Ni los endebletes ni los periodistas ni los hombres de ciencia ni los jueces ni los “policíacos” ni los “invertidos” son compradores bienvenidos para un libro en el que hay “cátedra de muerte, tribuna de revolución, escuela de crimen, remansos de odio, crimen y sadismo”. ¿Estuvo el libro a la altura de estas prevenciones y amenazas? Literariamente, no; públicamente, sí.

XXIV

“Barón Biza es un gran argentinista”. Es lo que dice de Barón Biza su abogado, Néstor Aparicio, en el alegato jurídico con que procuraba conseguir la absolución de su cliente. Aparicio había sido diputado, y había sido

arrestado y enviado a la isla de Tierra del Fuego, de donde se fugó hacia Punta Arenas, Chile. Volvió con la amnistía. Ya había defendido a Barón Biza en ocasión de la prohibición de *La Víspera*, el periódico yrigoyenista, y nuevamente se preocupó por presentar este caso como un atropello a la libertad de expresión que se sumaba a una persecución política del autor por causa de sus ideas. Para el abogado *El derecho de matar* era una obra “edificante” y animada por un propósito de bien, el de exponer las lacras de la humanidad con ánimo de repudio y a la vez curativo. Aun más, Barón Biza estaría encarnando una “cruzada justa y redentora”. Su cliente, en cuestiones de opinión, tendría pocas pulgas: “Barón Biza no tiene reservas para censurar a los ricos y a los pobres, a la burguesía y al proletariado, a las monarquías como al soviét, a cada uno según su conducta”. Barón Biza, fusilero que disparaba en trescientos sesenta grados a su alrededor, se habría propuesto describir un “cuadro de flaquezas” hasta hacerlo execrable. “Un libro moralizador, de sana crítica social, bien escrito, con gran fondo filosófico”. No todas estas afirmaciones del abogado son verdaderas.

¿Y qué hay de la ofensa al pudor, la piedra del escándalo? Según su abogado, Barón Biza no habría tenido por objetivo “excitar la perversión ni propagar la inmoralidad para adiestrar en ella a sus lectores, acicateando sus sentidos en una sobreexcitación patológica”. En efecto, es una crítica literaria acertada, coincidente con la opinión del autor, quien consideraba su libro una “obra de tesis francamente izquierdista”. Por las dudas, el abogado no se privó de recordarle al tribunal que “en las antiguas escrituras de la Iglesia se cuentan pasajes de movido realismo”. Pero inmediatamente vuelve al eje de la libertad de expresión y trae a colación los casos célebres de Charles Baudelaire, Gustave Flaubert y Oscar Wilde. Eso, para la época moderna, y de allí a la eternidad. Y así se suceden la mala prensa o los problemas que en sus tiempos enfrentaron Ovidio, Plutarco, Suetonio, Gargantúa y Pantagruel y el *Decamerón*, sin exceptuar al *Lazarillo de Tormes*. Al fin, en abril de 1935, el juez Barrera Nicholson absolvió a Barón Biza de culpa y cargo: “Que examinado el texto del libro u obra inculpada debe reconocerse que el autor ha usado de términos, expresiones y conceptos un tanto crudos en ciertos pasajes de la misma aunque en otros denota un propósito de exaltación y elevación moral que está en desacuerdo con aquéllas”. A falta de hombres de letras o de comentaristas de sección cultural, el juez y el abogado fungieron a modo de críticos literarios. También de custodios de una libertad amenazada: “Nuestros constituyentes prefirieron la amplitud del derecho concedido a la restricción peligrosa del mismo”. El fallo jurídico se publicó en los diarios de

la Capital, pero si Barón Biza pensaba que allí terminaban sus problemas con la censura, se equivocaba. Se volverían a repetir diez años más tarde.

XXV

Una de las tantas frases del libro le servirá de epígrafe de su próxima novela: “La pornografía en los libros está en proporción a la degeneración del cerebro lector”. Eso sucederá en 1943.

XXVI

Una vez que Jorge Morganti se instaló en Buenos Aires junto a Cleo, el amigo reencontrado en el barco le consigue un buen puesto ministerial y a su lado inicia una pronunciada curva ascendente hacia las bambalinas del poder. El protagonista dice de sí mismo haberse enrolado “en la fila de los delincuentes sin uniforme carcelario”, es decir en el tráfico de influencias, la malversación de fondos públicos y el uso de la información reservada para multiplicar ganancias privadas en la Bolsa de Comercio. Ha realizado el ciclo de aprendizaje del canalla, ya adora el becerro de oro. Poco más tarde, diversas maniobras políticas conducen a sendos amigos al primero y segundo puestos del ministerio. La Casa Rosada, el Plaza Hotel y el Teatro Colón se transforman en estaciones privilegiadas de una cinta sin fin, tanto como los gastos en alhajas y armiños para Cleo, y en una mansión para ambos. El siguiente paso consiste en traicionar a su amigo José Antonio y, así, ascender en el escalafón.

Una noche, en una “fiesta de garçonnières”, una orgía de las que organizan “los delincuentes de frac para tramar sus asaltos”, es decir “los que convierten a mi país en una fazenda negra”, Morganti se encuentra con una muchacha de carne cansada que resulta ser su hermana Irma, quien tiempo atrás se había visto forzada a comerciar con su cuerpo. En una escena melodramática los hermanos se funden en un abrazo, y Jorge se la lleva a su casa, donde Irma reencuentra a Cleo, quien pone empeño en proteger a la muchacha mancillada. El protagonista las describe, no sin un dejo de celos: “Esas dos mujeres jóvenes y bellas eran como un juramento contra mi sexo, era el triunfo de la hembra sobre el macho, del clítoris sobre el pene”. Y en tanto el varón sigue escalando peldaños de la política las dos chicas se hacen grandes amigas.

Un día cualquiera Morganti retorna anticipadamente a su casa, y al acercarse al dormitorio escucha gemidos. “Inconscientemente tanteé mi revólver”. Aquí, el deseo de matar se superpone sobre prejuicios ancestrales, y a los ya largos alegatos anteriores a favor de una visión misantrópica de mundo agrega una intensa plegaria de macho contrariado: “Corrí de golpe la puerta, al fondo en el lecho, Cleo desnuda, la cabeza echada hacia atrás, con sus pechos erguidos y excitados como cuando yo la poseía, abiertas sus piernas y entre ellas otro cuerpo desnudo”. Era el de su hermana Irma. La rueda de la fortuna se desploma y el encantamiento se descompone. “Dos mujeres se han ayuntado, mi ley de macho me obliga a matarlas, se han entregado una a la otra, mi revólver como un Dios maléfico me está excitando a ello”. Jorge Morganti cavila, indeciso, entre matarse o matarlas.

XXVII

Un antiguo mandato prohíbe levantar la mano sobre uno mismo, al igual que sobre otras personas. Al suicida se le negaba, en otra época, sepultura en camposanto y en buena parte del mundo sigue siendo una acción penada por la ley. La más arcaica y profunda sabiduría animal que aún nos habita desaconseja ese desenlace. En Barón Biza, en cambio, el suicidio es obsesión temática. En principio, una cuestión de coraje, un gesto de duelista: “No hay que temerle a la muerte, si ella no llega oportunamente, hay que salirle al encuentro”. Es, también, una contingencia posible de la vida: “Antes de que te humillen, ¡mata!, y antes que sentir vergüenza de ti mismo, ¡mátate!”. Al fin, supone la reivindicación radical del individualismo: “El suicida está más allá del castigo de la justicia y de la ira de los dioses”.

XXVIII

“¡Yo quisiera destruir este mundo, más aún, todo este universo, que sólo existe para mí, porque yo existo! Soy más fuerte que Dios, voy a destruir, destruyéndome, a esta agrupación de espermatozoides desarrollados”. Es el final de *El derecho de matar*.

EL INTRANSIGENTE

I

Un hombre viaja a toda velocidad en un automóvil de alquiler desde La Falda hasta Villa María. Doscientos cincuenta kilómetros separan un pueblo de otro. El hombre va armado hasta los dientes. En doscientos cincuenta kilómetros se puede rumiar y reflexionar mucho, poquito o nada. Una pistola Colt 45 y tres cargadores abultan los bolsillos del saco de ese hombre. Atrás, en La Falda, había quedado su casa veraniega, y en Villa María, más adelante en el camino, se encontraba la residencia del padre de su esposa. Llevaba treinta y dos balas consigo. Su suegro, ex gobernador de la provincia y líder nacional del Partido Radical, había dado refugio a Clotilde, quien ya pisaba fuerte en política. Una sola bala basta para matar. Clotilde había llegado cinco días antes, desde La Falda, cansada de que su esposo le recriminara su agitada vida política y que la sospechara apañada y fomentada por quien fuera mandatario provincial. Pero más tarde, y en ese mismo día, aquel hombre alegaría que había ido hasta Villa María “con intención suicida” y no homicida. En la casa también estaba Alberto, hermano de Clotilde, su cuñado, y médico al igual que su suegro. Eran las dos y media de la tarde. Una vez arrestado el hombre confesará a la policía haber actuado bajo los efectos de una “depresión moral”. En uno de los titulares del día siguiente se leería “Tiroteo en casa de los Sabbatini”. El hombre de la pistola en el bolsillo del saco pretendía entrevistarse con su esposa, pero ante la resistencia de su cuñado Alberto a dejarlo ingresar en la casa se inició una pelea a trompadas en el vestíbulo. En un principio la carátula judicial lo acusaba de “tentativa de homicidio calificado”. Repentinamente, un cuñado extrajo la Colt “Caballito” calibre 45 y le disparó dos veces al otro cuñado, hiriéndolo en la ingle. Un periodista de *Crítica* describió al agresor: “Está desorientado y vencido por las desviaciones a las que lo llevaron su vanidad y su ambición”. Pero la pistola cambió de manos y esta vez dos balas fueron para el dueño del arma de fuego. Luego, con la empuñadura, un cuñado remachó a golpes la cabeza del otro, si es que no fue Amadeo Sabbatini, su suegro, quien lo hizo. Al rato cayó la

policía. El mismo diario rotularía el caso como “El misterioso hecho de sangre del cuarto rosa”. Alberto Sabattini declaró en la causa que su hermana había sido apuntada con el revólver por el esposo y que entonces había intervenido con el fin de auxiliarla. Ambos contendientes quedaron heridos de bala y fueron llevados al hospital, aunque sólo uno de ellos sería hospedado de inmediato en la cárcel de Villa María y por varios meses. Curioso: la cárcel esa había sido inaugurada por el suegro, durante su período de gobierno. Este suceso de página policial aconteció el 29 de octubre de 1950 y el hombre que había tocado el timbre en la casa de los Sabattini era Barón Biza, quien, al declarar ante el juez, dijo tener cincuenta años de edad y tener por profesión “la escritura”.

“El empresario del ruido nos ha dado otra función”. Así tituló otro diario, presuponiendo que el escándalo había sido provocado a propósito, con el único móvil de atraer la atención de periodistas y de la opinión pública. Y otro diario: “El desaprensivo protagonista del episodio policial de Villa María ultraja una vez más a la moral y suscita en la conciencia pública un movimiento de franco repudio; Barón Biza, panegirista de la inmoralidad, ha vuelto a las andadas”. En verdad, quedó exento de ellas por un buen rato, pues mientras se llevaba adelante la causa permaneció detenido con prisión preventiva. En el entretiem po no se privó de realizar su clásica huelga de hambre ni de contratar un automóvil con megáfono ad hoc con el fin de ir anunciando a la población la extensión de su protesta, día por día. La cuestión es que consiguió que la carátula de la causa se modificara leve y significativamente de “tentativa de homicidio” a “supuesto autor de lesiones graves”, y entonces lo largaron. En esa ocasión, escribió un periodista: “La vida de Barón Biza se desarrolla en una folletinesca existencia. *El Derecho de Matar y Punto Muerto* [sic] le dieron una triste celebridad. En sus páginas campea un escalofriante cinismo, pintando la vida y animando supuestos seres humanos, propios de una repugnante pesadilla. Barón Biza no es un autor atormentado ni un revolucionario en el que estallan sus rebeldías contra el orden social de la hora, sino una mente tortuosa, desbordada, en procura de cauces por los que pudieran salir contenidas y bajas pasiones”.

II

“SEÑOR COMERCIANTE: es un libro para GANAR DINERO en pocos días. PUNTO FINAL. Obra escrita por la pluma inimitable de BARÓN BIZA, el discutido autor

de EL DERECHO DE MATAR. Dado el tiraje limitado de PUNTO FINAL, de más está advertir que se agotará enseguida, sobre todo si se tiene en cuenta que se trata de una obra mucho más audaz, valiente y arriesgada que la anterior. HAGA INMEDIATAMENTE SU PEDIDO. Si lo posterga quizás sea tarde cuando los precise para sus clientes. Esté seguro de que lo abrumarán pidiéndole este libro. Porque PUNTO FINAL encierra tras la puerta de su carátula uno de los dramas más extraños y apasionantes que ha podido concebir la mente de un escritor contemporáneo. PRESENTACIÓN ELEGANTÍSIMA. Tapa impresa en tricromía, envuelta en papel celofán, con un cartelito que advierte ‘inconveniente para menores’. AUDACIA REALISTA. ¿SERÁ SECUESTRADO? RESERVE SU EJEMPLAR. LIBRO SENSACIONAL. La propaganda COLOSAL que acostumbra a hacer BARÓN BIZA antes de la aparición de cualquier obra suya ha sido CUADRUPLICADA. El plan de publicidad que se está llevando a cabo es el siguiente: AVISOS PUBLICADOS PERIÓDICAMENTE en los diarios El Mundo, La Nación, Crítica, Noticias Gráficas y otros de menor propulsión; AVISOS DIARIOS PASADOS EN CADENA por Radio Splendid, Radio Belgrano, Radio Argentina, Radio Callao, Radio Mitre y otras de no menor jerarquía; COLAS EN COLORES en los cines Broadway, Suipacha, Ideal, Metropolitan, Ocean, Monumental, Ópera y otros de tanta importancia como los enumerados; AFICHES MURALES colocados en todos los subterráneos y calles de mayor tránsito de la METRÓPOLIS”.

Pues bien, así se presentó en sociedad la segunda novela de Barón Biza. Sin embargo, y antes de que el libro llegara a las mesas de exhibición, la Dirección Nacional de Radiocomunicaciones decidió interrumpir la propaganda radiotelefónica, quizás alarmada por su contenido o por la fama equívoca del autor. A su vez Barón Biza denunció, mediante una solicitada en los diarios, ser víctima de un caso de “censura previa”. Y se justificó: “*Punto final* no es un libro inmoral, no es obsceno, no es antisocial, es en cambio viril, realista, humano, pues no fue escrito para pusilánimes o débiles de espíritu”. No serviría de nada: la chispa del escándalo ya estaba prendida, los periódicos tomaron cartas en el asunto, los recuerdos del proceso judicial anterior revivieron y el intendente de la ciudad de Buenos Aires encargó a una comisión asesora un análisis de la obra en cuestión. Barón Biza presintió la proximidad de un nuevo juicio por inmoralidad y entonces aclaró: “No soy un hambriento, mis actos no pueden ser guiados por el rencor de una vida de miseria. No combato para mí; como único beneficio de esta lucha, lo sé, sólo he de recibir los sinsabores de aquellos que se separan del rebaño”. A pesar de la prohibición de venta del libro en la Capital, era fácil conseguirlo. Sólo

había que cruzar el Riachuelo. Claro que entonces comenzó también en la provincia una campaña de hostigamiento contra la obra. Característicamente, *El Pueblo*, un diario católico, planteó el tema en su editorial: “El último libro de Barón Biza es el engendro de un cerebro enfermo en cuyas páginas se dan cita cuanto de más infame, canallesco, cínico, blasfemo, antisocial y miserable pueda escribir la más envilecida de las plumas. Sólo habría una definición que, acaso débil todavía, pueda dar una idea aproximada de la calidad de ese libro y del sujeto que lo escribió: es la obra de un degenerado en el más amplio sentido del vocablo”. Bueno, es una crítica literaria posible.

III

En una fotografía de la época se la ve joven, bonita, moderna, coqueta y vestida de aviadora. A su lado, la hélice y el motor de un avión. O bien ella acaba de bajar del asiento del piloto, o bien se dispone a levantar vuelo. La foto está tomada en la estancia de Alta Gracia, pues una enorme construcción se erige en segundo plano: el mausoleo de la primera mujer de su esposo. Un periodista adelantó la buena nueva: “Barón Biza acaba de encontrar para su alma transida de opulento romero el refugio cariñoso de otro corazón femenino, émulo del de aquella otra que se fue para siempre en una mañana gris”. Y como se hacía en los viejos tiempos, Barón Biza peregrinó hasta Villa María con el fin de solicitar la mano en matrimonio de la hija del doctor Amadeo Sabattini, gobernador electo de Córdoba. Ella tenía dieciséis años, él la aventajaba por la cifra de diecinueve años. Un diario regional hizo pública la noticia: “El viernes de la semana pasada quedó formalizado el compromiso matrimonial de la atrayente señorita Cotita Sabattini Saibene con el distinguido caballero Raúl Barón Biza, de la sociedad cordobesa”. En verdad, el enlace entre un Barón Biza y una Sabattini Saibene emblematicaba la unión entre los vástagos de una aristocracia ya asentada y los retoños de los colonizadores de la pampa gringa. Sin embargo, el casamiento ya se habría realizado antes, en Toledo, Departamento de Canelones, Uruguay, el 5 de marzo de 1936. Ella era menor de edad y él era viudo. ¿Por qué en el país vecino? Quizás la anuencia del padre no era completa o quizá sea cierta la versión de que Barón Biza la habría raptado del Colegio de las Mercedarias, con su consentimiento, y que únicamente regresaron cuando los padres de Clotilde aceptaron el hecho consumado. A los tres meses ya se habían separado por primera vez, situación recurrente de ahí en más. Tendrán tres hijos: Jorge, Carlos y María Cristina.

En otra foto, esta vez de 1945, de cuando Rosa Clotilde Sabattini tenía veintisiete años, está rodeada de correligionarias. Se trata del momento en que “un grupo de mujeres radicales le piden que se afilie a la Unión Cívica Radical”. A ella se la ve suelta, con vestido floreado y sonrisa irónica, y su figura poco y nada ameniza con los vejestorios copetudos, apergaminados y aún con miriñaque que la fueron a cortejar. Clotilde era distinta: una mujer al día, estudiosa, preparada, una intelectual, no un mueble de comité. Incluso practicó aviación, como Myriam Stefford, quien también se llamaba Rosa. Quizás ella representara la punta de un iceberg de mujeres universitarias, profesionales y filofeministas que no encajaban del todo en los partidos políticos de aquel tiempo. Pero fue a ella a la que aquellas mujeronas radichetas habían ido a buscar, era ella la “joven promesa” del partido. Ya a los quince años había dado su primer discurso público, en homenaje al ex presidente Marcelo Torcuato de Alvear, que estaba presente.

Clotilde Sabattini había nacido en Rosario el 29 de octubre de 1918. Era hija de Tomás Amadeo Sabattini, caudillo radical de la provincia de Córdoba, y de Rosa Saibene. De joven estudió para maestra normal y se recibió con medalla de oro otorgada por el Ministerio de Educación de la Nación por haber conseguido el promedio más alto de todo el país. Luego estudiaría historia en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y se licenciaría con diploma de honor. Y más adelante hará estudios en Suiza de pedagogía y sociología, en la Universidad de Friburgo, y también de derecho, en Montevideo y Buenos Aires. Y viajará por muchos países: Francia, Italia, Grecia, Estados Unidos, Canadá, Alemania, México, Perú, Chile, incluso el Medio Oriente. Conoció el mundo, conoció la cárcel, conoció el exilio y conoció el ostracismo.

IV

Ego es el personaje central de la novela y a su vez un álter ego de Barón Biza. La primera mitad de *Punto final* transcurre en un paquebote que conduce al joven apenas mayor de edad por varios puertos y ciudades del mundo. Ego tiene espíritu aventurero y los escrúpulos no son su lastre favorito. Convencido de que “ninguna mujer normal está físicamente satisfecha de su esposo”, se dedica a doblegarlas. Es un conquistador, un desflorador de hembras, y sin culpa, pues tanto está persuadido de que la sociedad no castiga el delito moral sino su déficit en cautela o bien su publicitación, como también supone que la mujer es insaciable por naturaleza. Estando a bordo se

entera de la muerte de su padre, noticia que lo vuelve instantáneamente millonario. La vida sonríe a Ego: cocktails, jazz, orquesta a bordo, smoking, pijamas de seda negra, esquí en Saint-Moritz, paseos en Rolls-Royce por la Costa Azul y un sinfín de “flirts” acometidos con la labia del Don Juan de todas las épocas, cursilería más cursilería menos: “La noche me dice que tú eres la mujer de mi vida” o “el brindis de nuestras epidermis” o “como palomas de picos rojos surgieron tus senos”. Quizás resultara ser un lenguaje afrodisíaco para sus contemporáneos. En su viaje alrededor del mundo Ego no reconoce otra ley social que la de la selva. Y así transcurren diez años vividos en “monstruosos transatlánticos, veloces trenes y lujosos autos”, una década de playboy internacional: “Ego vivió escupiendo desde su palco de la ópera sobre aquella sociedad podrida en la que le había tocado actuar. Él no tenía la culpa de haber nacido en ese grupo, y sólo se absolvía a sí mismo, despreciándolo. Los seguía porque habitaban los mejores hoteles, eran dueños de magníficas estancias y acompañaban a las mejores hembras”. A medida que va deviniendo en adulto Ego se transforma en usufructuario, y a la vez en crítico, de la comedia hipócrita de la seducción, en un descifrador del cofre espiritual femenino. ¿Y qué es lo que allí encuentra? Siempre lo mismo: que todas son iguales, que todas “razonan con los ovarios”, que la mujer es la negación del deber moral y de Dios. Ellas apenas le dejan una sensación postrera: el hastío de la insatisfacción, el “cansancio de la posesión”, que no es para él otra cosa que el acta de capitulación de la mujer.

V

La situación política en Córdoba durante la década de 1920 era de enfrentamiento y turbulencia. Las ideas de izquierda, incluso las jacobinas, se injertaban en terreno fértil. Desde fines del siglo XIX había anarquistas y socialistas en la provincia, organizados en sindicatos y grupos de afinidad los primeros y en un partido los otros. Pero una vez producida la Revolución Rusa, germinaron sectas cismáticas, acontecimientos desbocados y personajes excéntricos que ocuparon estrepitosamente el escenario en tanto los anarquistas se extinguían lentamente. Para los años treinta estos últimos apenas controlaban el Sindicato de Pasteleros y Confiteros. A su vez, la interna radical oponía los “peludistas”, seguidores de Yrigoyen, a los conservadores del partido. En sus márgenes, por izquierda, se había organizado desde 1916 un sector que promovía ideas radicalizadas, los así llamados “radicales rojos”, en cuyos actos se cantaba *La Marsellesa*, el himno

de Francia. Otro actor político, cuya influencia sería duradera, provenía de los grupos intelectuales y estudiantiles que habían tomado por asalto el rectorado de la Universidad Nacional de Córdoba y logrado desplazar la influencia de la Iglesia en los claustros. A esos acontecimientos sucedidos en el año 1918 se los conoció como la “Reforma Universitaria” y sus consecuencias están más o menos activas hasta nuestros días. Además, la provincia aún rememoraba los violentos incidentes ocurridos durante el así llamado “Grito de Alcorta”, una protesta de agricultores de 1912 que fue severamente reprimida y que supondría la aparición de la conciencia política de la pampa gringa. De allí en adelante el sur de la provincia lideraría la transición de la Córdoba tradicionalista y clerical a otra más laica y moderna, pues la proliferación de colonias de inmigrantes había cambiado la faz social y económica del sur cordobés e hizo surgir la inevitable colisión de intereses entre los chacareros y el patriciado, que destilaba aversión por los recién llegados. Esa clase alta era conservadora y católica, en tanto los inmigrantes italianos, los “gringos”, eran mayoritariamente garibaldinos, es decir liberales, socializantes y con notoria tendencia a protestar. Quizás por eso el gobierno radical decretó en 1928 que los días 20 de septiembre fueran feriado provincial, ya que ése fue el día y ése fue el mes en que las tropas republicanas arrebataron Roma al control del papado.

En todo el país la cuestión social y el drama obrero no eran temas agitados únicamente por huelguistas y reformadores sociales, también habían impregnado a la Unión Cívica Radical. Sendas y equivalentes escisiones por izquierda fueron lideradas exitosamente por Carlos Washington Lencinas, que fue gobernador de Mendoza y murió asesinado en un acto público en noviembre de 1929, y por los hermanos Federico y Aldo Cantoni, cuya provincia, San Juan, fue intervenida. Lencinas hizo votar “leyes obreras” pero el proyecto del “radicalismo rojo” en Mendoza se diluyó a la muerte de su líder, en tanto el “cantonismo” sanjuanino dio origen a la Unión Cívica Radical Bloquista, que con el tiempo devino en fuerza conservadora. Antes de eso, en la década de 1920, el gobierno populista y progresista de los Cantoni dio vuelta a su provincia. Uno de los menos conocidos de sus logros fue conceder el voto a las mujeres veinte años antes que en el resto del país. En cambio, en Córdoba, los “radicales rojos” escindidos cayeron electoralmente en la intrascendencia aunque conservaron alguna influencia en el partido a través de Amadeo Sabattini, quien había simpatizado con ese grupo en su juventud.

La política de la izquierda jacobina en la Córdoba de 1920 fluctuaba entre la participación electoral y el alzamiento en armas. Ni una ni otra estrategia le concedió triunfos, aunque sí alguna notoriedad local. En 1924 el albañil Miguel Burgas, del Partido Comunista cordobés, había conseguido una banca en la Cámara de Diputados de la provincia, y en los comicios de 1928 un partido político llamado Block Obrero-Campesino ganó en la ciudad de Villa Huidobro, asumiendo la intendencia por ocho meses hasta que la comuna fue intervenida por el gobierno provincial. Previamente habían bautizado con el nombre de Sacco y Vanzetti a la calle principal del pueblo amén de haber izado la bandera roja en la plaza central. En el mismo año en que el Partido Comunista conseguía su primer legislador, los “radicales rojos” intentaron forzar la intervención de la provincia mediante una insurrección contra el gobierno provincial, pero la rebelión concernió solamente a los pueblos de Canals y de Gould. Este grupo había fracasado en transformarse en opción popular fuera del partido, y pagaron la osadía y el desmadre con años de cárcel. Pero el suceso verdaderamente conmovedor de aquellos años fue el caso del “soviet de San Francisco”. En esa ciudad industrial, un exanarquista italiano, dueño de una fábrica de pastas, cuyo lema era “Nunca perdí una huelga como obrero y nunca perdí una huelga como patrón”, se enfrentó al comité de huelga, dominado por los comunistas. La inflexibilidad de unos y otros llevó la cosa a mayores, los pueblerinos dividieron opiniones, hubo enfrentamientos armados y la ciudad quedó por unos días en manos del comité, que se dedicó a emitir decretos y a tomar medidas más propias de la ira jacobina que animó a la Revolución Francesa que de los reclamos de reparto equitativo de la prosperidad de un pueblo chico, y todo terminó con muertos y con heridos.

Una derivación impensada de la Reforma Universitaria, aunque plausible si se tiene en cuenta el costado satírico que también animó a esa sublevación estudiantil, fue la elección de un diputado bromosódico al Parlamento Nacional por la Provincia de Córdoba. Sucedió en 1922. Enrique Badessich, un ser estafalario de origen tucumano, protagonizó esta chanza política destinada a tomar las elecciones con ánimo festivo pero que acabó triunfante, con legislador nacional y todo, aunque apenas por dieciocho días. Badessich había sido telegrafista en las islas Orcadas del Sur por tres años, lo que ya es bastante excentricidad para una sola vida, pero en 1920, recién asentado en Córdoba, se hizo conocido por presentarse a sí mismo como escritor y bromista a la vez. En fin, algo típico de la gente de esa provincia. En esos años publicó *El ósculo del crepúsculo* y también *Las pretensiones amorosas*,

obrita esta última de índole sicalíptica. En las elecciones de 1922, con el radicalismo automarginado de la elección provincial, los estudiantes de las facultades de medicina y de farmacia fundaron el Partido Bromo-Sódico Independiente, cuyo mascarón de proa era Badessich. El candidato hizo campaña incesante, participando en trescientos actos más bien teatrales, emitiendo discursos vagamente incoherentes y promoviendo como plan de gobierno instaurar el amor libre, forzar el acortamiento de los hábitos sacerdotales con el fin de abrigar a los pobres con el sobrante de tela, construir casas baratas únicamente para sus votantes, y además independizar a la República de Córdoba. De paso, trataba a la clase alta cordobesa como “zánganos de la colmena”. Pues bien, ante la hilaridad y la sorpresa general resultó que el candidato bromosódico y “cubista-dadaísta” había ganado una banca en el Parlamento Nacional. Lo habían votado los masones, los anticlericales y los estudiantes. Fue suficiente. Pero dieciocho días después la Comisión de Poderes de la Cámara de Diputados recomendó a los legisladores rechazar el diploma conseguido en las urnas con el fin de proteger “el decoro del cuerpo”. Sin embargo, Badessich, el diputado que no dejaron ser, volverá a ser noticia veinte años después, aunque efímeramente. Por el momento abandonará la vida de estudiantina y se hará un seguidor leal de Hipólito Yrigoyen, participando de la campaña electoral de 1928, donde lo atacaron con bombas de arsénico, y al fin incitando al asesinato del general Uriburu en 1932, causa de uno de sus tantos encarcelamientos.

VI

Tiempo después de la balacera en casa de Amadeo Sabattini un extraño folleto se hizo circular por toda Córdoba, y particularmente en la ciudad de Villa María. Está fechado en septiembre de 1951, carece de firma y se titula *Un proceso original*. En ese librito se relatan e interpretan para el gran público los acontecimientos del caso que los periódicos habían llamado “el misterio del cuarto rosa”, y se lo hace con lujo de detalles y con intención declaradamente imparcial pero sutilmente inclinada en favor de Barón Biza, por entonces encarcelado. ¿Lo escribió él o lo hizo un escriba a sueldo? Los capítulos se titulan: “¿Qué sucedió en casa de Amadeo Sabattini?”, “¿Fue atraído Barón Biza a una celada?”, “¿Trata Barón Biza de salvar a alguien?”, “¿Fue Barón Biza a suicidarse?”, “¿Es un demente Barón Biza?”. Esta última pregunta parece responderla el informe psiquiátrico incorporado a la causa: “Se trata de una persona coherente, lúcida, bien orientada, con plena

conciencia de la situación. No trata de simular ni disimular nada”. El psiquiatra que lo auscultó tuvo en cuenta que el acusado, supuestamente, se había enterado el día previo a la irrupción violenta en casa de su suegro de que padecía una dolencia del corazón y entonces concluye en su informe que “un hombre que nunca estuvo enfermo, que tiene horror al dolor físico, que cree tener una supervivencia limitada y con restricciones, se considera vencido; hiperemotivo, hace de ello una tragedia interior y empieza a tener pensamientos de corte hipocondríaco, llegando inclusive a querer eliminarse: su temperamento entra en efervescencia”. Bueno, todo muy bien, pero ¿treinta y dos balas para quitarse la vida no es un poco mucho?

El folleto tenía como objetivo influir en el proceso judicial. Estaba próxima la audiencia en que se dictaría sentencia, y por ello su autor despuntaba dudas e intrigas destinadas a desviar la atención de la persona de Barón Biza, a cuyas declaraciones en la causa la Cámara en lo Criminal y Correccional de Villa María había concedido un grado de credibilidad “mínimo o nulo”. En todo caso la intención de la publicación era justificarlo: “El lector tiene la palabra: ¿es culpable o inocente Barón Biza? Vox Populi, Vox Dei”. Mientras tanto, Alberto Sabattini, su rival en la lucha cuerpo a cuerpo, había sido proclamado candidato a diputado nacional, noticia que no lo dejó en paz pues Barón Biza descargaba en la persona de su cuñado la responsabilidad de haberlo metido en chirona tanto como la aversión creciente que sentía por la política en general y por la del comité en particular. No hacía mucho tiempo que se había dado de baja de la Unión Cívica Radical. En forma idiosincrásica, Barón Biza publicó una solicitada con el fin de fastidiar al hermano de su esposa. Luego, para llamar la atención sobre su “injusta” condición de presidiario, decidió hacer una huelga de hambre. Era la cuarta de su vida. La comunicación a la Cámara en lo Criminal y Correccional con la que anuncia su defección nutritiva incluye estas palabras: “Condénese a quien deba ser condenado pero désele la libertad a quien tiene derecho a ella. Y cuando ese derecho no se obtiene por fallas de los hombres o de los Códigos hay que conquistarlo como se conquista, desde los albores de la humanidad, todo derecho: hasta con la vida, si es necesario”. Y antes de iniciar el prometido holocausto de faquir obsequió libros, pelotas de fútbol y un aparato de radio a los presos. Igual, no sostuvo por mucho tiempo la dieta tajante a pesar de que había proclamado un final patético: “Y para que esta actitud no sea estéril, solicito se autorice a mi médico particular, Rufino Abaroa, y en beneficio de la ciencia, constatar el proceso de agotamiento físico de un hombre que muere por inanición”. Por cierto, el tal Rufino

Abaroa, médico él, sería el mismo que en agosto de 1938, en sus épocas de estudiante sabattinista, habría matado a dos integrantes de un grupo nacionalista durante un enfrentamiento armado en la Universidad de Córdoba.

Una larga pregunta incluida en el folleto resulta ser currículum de vida y un retrato que a la postre deviene siniestro: “¿Cabe preguntarnos, si quien se desprendiera de parte de sus bienes, para hacer bien; quien socialmente se rebelara contra su clase privilegiada; quien dejara a su paso por estas tierras de Córdoba la riqueza perenne de sus olivares; quien depositara junto a los restos de la amada muerta las valiosas joyas que luciera en vida; quien luchara en las filas democráticas sin más que la satisfacción del triunfo o la tristeza de la derrota; quien supiera llegar con hombría al campo del honor; quien no rehuyera al necesitado su ayuda; quien no registra en su pasado un solo antecedente judicial que le infame; quien pese a su agitada juventud se encamina serenamente al final de su vida en la formación de un hogar y lucha para que otros no lo derrumben; puede así, de pronto, transformarse en un criminal y atentar contra la vida y el futuro de aquellos que ama?”. Supuestamente él solo habría pretendido que fueran testigos de una escena criminal contra sí mismo. En la página final del folleto anónimo se anuncia un futuro libro de Barón Biza, *Telón*: “Una obra que interesa a todo hombre a toda mujer a todo abogado”. Era sobre el proceso judicial y nunca salió editada. En 1957 el proceso se cerró por prescripción de la causa.

VII

La organización narrativa de *Punto final* es bastante confusa: falsos comienzos, un prólogo firmado por otra persona o por él mismo, una “carta al hijo nacido”, una breve “utopía negativa”, un discurso recalcitrante e incendiario por parte de un escritor moribundo, además de apostillas anticapitalistas sembradas en cada capítulo e inserciones ocasionales de disquisiciones filosóficas. Los protagonistas del drama novelesco se llaman Alma, Vida y Virgen, que se suman a Ego, un seductor compulsivo, y a Michel Martin, escritor revolucionario de tendencia nihilista, personajes ambos que se repartían la personalidad del autor en partes alícuotas. El argumento es el de las novelas de iniciación al mundo, de aprendizaje de la decepción y de la ruindad en una etapa política del país en la cual la corrupción resultaba ser un gaje bienvenido del oficio político. Y tanto en numerosos detalles como en el delineamiento de los personajes masculinos el relato se superpone con la autobiografía. Como de costumbre, el propósito del

autor concierne a la redención de la humanidad: “Deja este libro frente al sol, expuesto a las lluvias, para que, como un pene, penetrando y disolviéndose en la madre tierra, sea simiente para un mundo en el que no exista el linyera que tú llevas en tu físico y yo en el espíritu”. Quizás por eso Barón Biza insertó en el comienzo una pesadilla, en la cual un fantasmagórico “Dictador del Mundo” ordena esterilizar a todo recién nacido y extirpar la “glándula de la personalidad” a los adultos mediante una intervención quirúrgica y con el fin de acabar con nuestra especie “cobarde y maldita”. Era la época en que la vasectomía y la lobotomía eran novedades de la ciencia médica. Entonces, esterilizar y olvidar por la fuerza, pues la capacidad reproductora de los seres humanos garantiza el desove de la vida que siempre es “perra y canalla” en tanto la esperanza no es más que una flor de cactus.

El mundo está repleto de gente que medra en la mentira. Son sus adversarios y Barón Biza los va identificando uno por uno: el crítico literario, “hombrecito de gafas aplazado en virilidad”; el académico, “lacayo y maricón de las comas”; las moralistas, “fisgonas morbosas”; el político, “prestidigitador con alma de clown”; la niña bien, “bartolinítica por culpa del mucamo”; los sacerdotes, “sicalípticos”; los generales, “ladrones”; las integrantes de sociedades de beneficencia, secretamente “ninfómanas”; el deportista amateur, “mezcla de caballo, toro, galgo, pez e imbécil”; y los jovenzuelos aristócratas, “espermatozoides inútiles”. Todos ellos son contrapuestos a los destinatarios ideales del libro: los vagabundos, las obreras, los linyeras, los prontuariados sociales y los condenados de la tierra. Pero no todo es bombarda lanzada contra poderes o porteros de edificio. Las páginas del libro ardían. La curiosidad del lector de entonces quedaba plenamente satisfecha en tanto el autor mencionaba, como al pasar, temática sexual que aún era territorio vedado o bien terreno de la ciencia: el adulterio por parte de ambos géneros y la iniciación sexual de niños ricos por parte de institutrices y la explotación sexual de la servidumbre femenina y “la posesión completa contra natura” y el contagio de enfermedades venéreas y el derrame de semen con fines no procreativos y el acoso sexual en los conventos y las aventuras con monjas y el sexo oral y el acoplamiento de perros de la calle y la masturbación femenina por medio de irrigadores o de bicicletas de asientos empinados y así sucesivamente, y siempre, por sobre todo otro tema, la enumeración de conquistas amorosas, hasta hartar al lector: “Y ésta y aquella otra y la de más allá”.

Amadeo Sabattini, hoy escasamente recordado, fue un hombre destacado de la historia política argentina y, de haberlo deseado verdaderamente, pudo incluso haber sido presidente de la Nación. En su tiempo su nombre era vitoreado, y el respeto ganado en vida por este hombre austero y retraído aún perdura en su provincia. La palabra que mejor captura el motivo de su renombre es “conducta”, que en política, por aquel tiempo, era algo tomado en serio. Significaba que la propia vida debía ser conducida como un ejemplo digno de ser emulado. Amadeo Sabattini había nacido en Buenos Aires en 1892 pero, luego de unos años en Rosario, vivió para siempre en Córdoba, más precisamente en Villa María, la ciudad próspera y progresista que era cabecera del espíritu de la “pampa gringa”, poblada por italianos en su mayoría. Sus propios padres eran inmigrantes. Su madre se llamaba Clotilde y así también se llamará su hija, que será esposa de Barón Biza. En Rosario y Córdoba estudió medicina, especializándose en ginecología. Su tesis de graduación llevaba por título “Medicación hipofisiaria y sueño crepuscular en obstetricia”. Es acerca del parto indoloro.

Estudiaba, y también andaba metido en política. Era yrigoyenista y esa estirpe no abundaba en Córdoba porque los orígenes del radicalismo local fueron conservadores, clericales, antipositivistas, oligárquicos y antiliberales. Así sucedió en su fundación, en 1890, y así siguió sucediendo por casi treinta años. Los hombres políticos representativos de la Unión Cívica Radical eran miembros de la aristocracia local y no se excluyeron sacerdotes ni presbíteros. Sabattini, en cambio, era un fiel representante de la mentalidad de los inmigrantes de la pampa gringa, un fruto de ese nuevo humus social. Por muchos años ofició de médico rural en el sur de la provincia, ganándose la confianza y el agradecimiento de chacareros y peones de campo. Por entonces un médico podía transformarse en un político respetado justamente a causa de su oficio. Curación y proselitismo dan por resultado un carisma de tipo moral. Sabattini no era un gran orador, tampoco un intelectual, era de los que tomaban mate con sus pacientes y aprendían a conocerlos y adoctrinarlos, y era, además, un hombre práctico y honesto, lo que ya es decir mucho en la política argentina. Le decían “peludo chico”, en concordancia, algo asimétrica, con Hipólito Yrigoyen, el peludo mayor. De la vida y el ideario del ex presidente había aprendido Sabattini el arte de la política, particularmente la que tiende a la conspiración. También había heredado del viejo caudillo la actitud “personalista”, tanto como el convencimiento de que

el radicalismo era el núcleo espiritual de los argentinos, idea equivalente a la que agitará el peronismo años después.

En la Córdoba de esos días la lucha cívica no era cosa de señoritas: un enfrentamiento armado entre radicales y conservadores en el pueblo de Santa Rosa dejó cinco muertos y veinte heridos durante la campaña electoral de 1928. Y en la de 1935, otro enfrentamiento en el pueblo de Plaza de las Mercedes se cobró la vida de siete policías, además de dos radicales. Uno de los que participaron de esta última balacera por el bando sabattinista se llamaba Santiago del Castillo y cinco años después llegará a ser gobernador de Córdoba. Otro participante fue Argentino Auchter, quien también será gobernador de Córdoba, en 1946. Para fines de la década de 1920 los yrigoyenistas habían logrado tomar control del radicalismo provincial, habiendo sometido o expulsando el rezago conservador que lo había hegemonizado por décadas. De allí en adelante el ascenso de la estrella política de Amadeo Sabattini fue imparable. Su partido ganó las elecciones provinciales de 1928, pero el golpe de Estado del general Uriburu desbarató todo el esfuerzo de años. Sabattini debió alternar las estadías en su pequeño pueblo con encarcelamientos y exilios. Muerto Yrigoyen, se transformó en el líder de la intransigencia partidaria frente al régimen del general Agustín P. Justo.

Una vez que en 1935 los radicales levantaron la abstención electoral, Sabattini se transformó en el candidato del partido a la gobernación. Fueron comicios difíciles, con actos masivos y tensiones callejeras que tendían a resolverse con duelos de a varios. Una campaña política es costosa, sobre todo para un partido de la oposición, pero Sabattini tenía un as en la manga, Barón Biza, su próximo yerno, que financió la publicidad electoral. No sólo eso, hizo propaganda en favor de su suegro por medio de un avión que llevaba escrito el nombre del candidato en las alas. Y a fines de 1935 Sabattini venció a los conservadores, representados por José Aguirre Cámara, que era de Alta Gracia, y por primera vez el tradicionalismo de la provincia perdió la gobernación. Cuando asumió el puesto, en mayo de 1936, lo hizo sin traje de etiqueta y sin galera, jurando únicamente “por la patria y por mi honor” ante las protestas de la bancada conservadora. En cuestiones religiosas el gobernador era librepensador y probablemente masón, es decir ateo.

Fue, el suyo, un gobierno honrado en una época descreída. Hizo obra pública, levantó escuelas, inició la construcción de diques. Su lema de campaña había sido “agua para el norte, caminos para el sur y escuelas en todas partes” e incluso había prometido instalar “chacras colectivas estatales”.

Y algo de ello hubo. Sabattini implantó el impuesto progresivo a las tierras improductivas, promovió “leyes obreras”, posibilitó la realización de referéndums municipales y legalizó al Partido Comunista en la provincia, que lo había apoyado electoralmente. Asimismo, decretó que la fecha del 1º de mayo se transformara en descanso obligatorio. También creó la Dirección de Hidráulica y la Comisión de Turismo, necesidades obvias de una provincia surcada por ríos y arroyos. Su administración fue eufemismo por austeridad republicana. Las anécdotas abundan. Una sola: que el gobernador se aparecía por los hospitales públicos y en caso de no encontrar médicos de guardia se ponía a atender pacientes él mismo. Es casuística que ornamentaba su leyenda.

Era carismático, pero el suyo era el carisma del mudo, porque el retraimiento y el silencio eran su placenta. Lo sucedió en el cargo Santiago del Castillo, colaborador e incondicional suyo. Sendos gobiernos sabattinistas fueron moscas blancas en la mugre política del país y estuvieron orientados por un ideario en el que resaltaban un nacionalismo agrario, un democratismo convencido y un vago socialismo cooperativista conocido como “georgismo” que conformaba a su base social: los chacareros, los estudiantes y el cordón obrero de la ciudad de Córdoba. Honestidad y reformismo moderado: éstos fueron sus lemas y sus logros. Y en ningún momento Sabattini transigió con el gobierno del general Justo: ni una sola vez en cuatro años se apareció por la Casa Rosada.

IX

Pero Amadeo Sabattini era, en política, un tanto cenobita. En 1928 había declinado la candidatura a vicegobernador por su partido; en 1941 declinó el ofrecimiento del general Juan Bautista Molina, jefe nacionalista, de ser su candidato eventual a la vicepresidencia del país en caso de triunfar un golpe de Estado contra el presidente Castillo; también rehusó la invitación para acompañar a Honorio Pueyrredón en el mismo puesto, hecha en 1942; y a fines de 1945 desdeñó la propuesta de la Unión Democrática de ser candidato a vicepresidente de José Tamborini tanto como la de Juan Domingo Perón de ocupar el mismo honor pero por el partido opuesto; y también se negó a la presidencia de facto que le ofreció el general Eduardo Ávalos, hombre fuerte del régimen, en octubre de 1945; y asimismo, en 1951, rechazó la oferta de ser el candidato presidencial de su partido; y al fin, en 1958, esquivó la candidatura presidencial que nuevamente le había sido ofrecida por la Unión

Cívica Radical. Y después murió, el 29 de febrero de 1960. La única función pública significativa que asumió en su vida fue el cargo de gobernador de la provincia de Córdoba.

X

Alma es la segunda protagonista de la novela, por orden de aparición. En verdad el personaje se llama Alma Hoffman, y ese apellido es también el apellido materno de la primera esposa de Barón Biza, Myriam Stefford, y ambas comparten, además, la nacionalidad suiza: “Tenía aspecto de chicuela, de colegiala un poco canallesca, un poco audaz”. Alma está unida en matrimonio con un hombre rico y mayor, siendo ella misma diez años más grande que Ego. También tiene una hija llamada Vida. Fue durante un largo crucero marítimo cuando la mujer casada y el joven egocéntrico se conocieron, y en un baile de soirée celebrado a bordo coquetearon. Pero en las novelas de Barón Biza el rouge y el dancing son la antesala de la perdición. Por la noche, en un gesto insolente y osado, Ego se entromete en la cabina del matrimonio dormido y fuerza a Alma en silencio mientras el marido descansa en otra cucheta. Alma, paralizada por la sorpresa y el terror, lo deja hacer en la esperanza de que se retire rápido. Una vez saciado, Ego regresa a su camarote. En el epígrafe del libro se lee esta sentencia: “Ya que la vida lo quiso, de hoy en adelante seré tan canalla como el mejor de los hombres”. Está firmada por “El Autor”.

XI

El informe de la Comisión Asesora de la Municipalidad de Buenos Aires al intendente Carlos Alberto Pueyrredón no podía ser más claro y rotundo: “*Punto final* es un libro totalmente inmoral. Casi no hay una página en que el autor no incurra en expresiones y descripciones de la más baja pornografía. En él se solaza la destrucción de todos los valores fundamentales: el hogar, el honor, la familia, la religión, la institución del matrimonio, etcétera. Dice blasfemias de todo género contra el ministerio católico, expresión de los más torpes instintos en un proceso de trama novelística que encubre una tácita reversión de cada uno de los mandamientos cristianos. Unido todo ello a su escaso valor literario, resulta así una obra de crudo realismo, de profunda grosería, que justifica ampliamente la calificación de inmoral que se

propone”. El fiscal del caso afirmó que el libro constituía “un verdadero atentado al pudor” y nuevamente le abrocharon el artículo 128 del Código Penal: “Inmoralidad”. Esta vez su escudero en cuestión de leyes será el doctor Aristóbulo Aráoz de Lamadrid, antiguo miembro de la Reforma Universitaria, quien inmediatamente alegó ante el juez que Barón Biza “es hijo de un hogar ejemplar y actualmente jefe de una familia que puede exhibir con orgullo burgués”. Y no sólo eso, pues a pesar de tantos “errores de apreciación” sobre su defendido, este mismo sería, en verdad, un ciudadano ejemplar: estudioso, viajero, empresario, filántropo, político, revolucionario, y también escritor, actividad por la que había terminado en ese estrado. Considerando estos datos enaltecedores el abogado opina que “la torpeza del delito que se le imputa no se amolda a la idiosincrasia bosquejada”. Sí, claro, bosquejada por él.

Pero los buenos antecedentes del autor voceados por su abogado no servían para exculpar el contenido argumental cuestionado. De modo que Aristóbulo Aráoz de Lamadrid optó por tratar el caso contra su cliente como un atentado a la libertad de expresión al igual que lo había hecho su antecesor Néstor Aparicio en el juicio de 1934 seguido a *El derecho de matar*. El abogado concede que el lenguaje de Barón Biza resulta ser un tanto “lírico-crudo”, pero éste sería el medio para poder expresar “una teoría revolucionaria de la vida”. Además, el hombre de leyes considera a Barón Biza, al que define “idealista, romántico y soñador”, como un especialista en lacras y miserias humanas asqueado con “la inmoralidad, la concupiscencia y la subversión” de las clases privilegiadas argentinas. Desplazando la acusación hacia el terreno de la libertad de expresión y la crítica política, Aráoz de Lamadrid intentaba poner en el centro de la discusión los fueros del escritor en relación con la moral promedio de la población, o bien con la de los jueces. Y por eso el abogado insiste en que su defendido no había intentado “excitar los instintos sexuales”, lo cual era rigurosamente cierto, sino denunciar con lenguaje subido de tono a una sociedad caduca. La distinción importaba pues un libro podía ser inmoral sin ser necesariamente obsceno. La obscenidad sería “la pompa de la deshonestidad” y la inmoralidad, un objetivo antisocial. Y a fin de cuentas, la cosa no era para tanto: Aristóbulo Aráoz de Lamadrid dice al juez que la ley no puede dedicarse a conformar “el pudor hipertrófico propio de determinados individuos educados en principios particularmente rígidos”. La causa se cerró, por prescripción de la acción penal, en diciembre de 1946.

En todas las novelas de Barón Biza la traición, femenina o masculina, tensa los hilos de la narración. Luego, la voluntad de venganza se corresponde

con la atmósfera paranoica del relato y con la envergadura de la confianza conculcada. Y como en sus novelas realidad y ficción suelen entremezclarse, una curiosa transposición literaria sucedió en *Punto final*, la de una persona de carne y hueso en personaje, a saber la de su antiguo abogado, el ex diputado Néstor Aparicio, en la figura de “Don Aparición”. Se trata de un amigo del protagonista Ego que planea matarlo luego de que éste le permitiera administrar sus bienes: “Fracasado en política, había conocido todos los partidos y aplaudido todas las ideologías; mal músico y peor picapleitos, habíase acercado a Ego, en la esperanza de subsistir”. En fin, pésimo recuerdo debe haberle quedado de aquel abogado a Barón Biza. Para este nuevo caso recurrió a uno de doble apellido. El alegato del nuevo defensor debió conformarlo pues en junio de 1943 contrató una página entera, tamaño sábana, del diario *Crítica*, con el fin de darlo a conocer al gran público, y en el mismo año lo editó bajo forma de folleto, y veinte años después todavía lo incluiría a manera de prefacio de su última novela. Para entonces Barón Biza estaba a punto de desatar una tragedia familiar antes de quitarse la vida él mismo, y su abogado, Aráoz de Lamadrid, quien había sido radical e intransigente, había devenido en miembro de la Corte Suprema de Justicia de la Nación nombrado en 1958 por el presidente Arturo Frondizi, quien a su vez había sido abogado de Barón Biza años antes.

XII

Ha transcurrido una década. En las pistas de esquí de Saint-Moritz Alma se reencuentra casualmente con Ego. Hace seis años que es viuda. Alma no guarda rencor por el episodio de forzamiento en la cabina del barco, ocurrida diez años antes. En su recuerdo refulge ahora la audacia masculina más que su irresponsabilidad o su egoísmo. Casi sin mediar palabra vuelven a convertirse en amantes. Pero junto con Alma también viaja Vida, su hija. Cuando Ego la vio por última vez era aún una niña. Ahora tiene quince años. Alma, la madre, una fruta en su esplendor, y Vida, su brote, un amanecer inevitable. En tanto Alma y Ego planean su casamiento todos viajan por Italia en Rolls-Royce. Pronto Ego se descubre enamorado de la adolescente, la hija de su amante. En verdad nunca antes había sentido esa emoción. Sólo conocía los diplomas de aventurero y de libertino. A su vez Vida había caído rendida, enamorándose del amante de su propia madre y eso con el vigor ciego de una muchacha inexperta. Un día, se entrega a los labios de Ego en público, se deja besar y también besa, hasta que un grito seco de Alma, recién llegada a la

escena, derriba el encanto: “¡Perra!”. Ego se retira y deja que el drama sentimental se despliegue por completo. Sigue una agria discusión entre madre e hija, una disputa por el mismo hombre, hasta que Vida, conmocionada, se acerca excesivamente a un precipicio, y cae. Alma, la madre, desesperada, también se arroja al vacío. Más tarde, al enterarse de los sucesos, Ego prosigue viaje convencido de que había sido un doble suicidio, una suerte de holocausto cometido en homenaje suyo.

XIII

Por aquel tiempo existía un consenso general acerca de la honestidad y la capacidad de Amadeo Sabattini. Era el gobernador de Córdoba y el líder de la corriente yrigoyenista intransigente de la Unión Cívica Radical. Y era, en su provincia, imbatible. Ocurre a veces que un hombre político tiene casi todos los ases en una mano, y ésa era la situación de Amadeo Sabattini a mediados de la década de 1930. Pero resulta que el gobernador tenía un yerno, más bien notorio, y los problemas que le provocaba valían por los de toda la oposición. Se trata de Barón Biza, quien decía de sí mismo: “Yo he sido revolucionario, no político”. A poco de asumido el cargo, el esposo de su hija dio a conocer una carta pública dirigida al suegro. Dos años antes había pagado la propaganda electoral de su campaña política; ahora le tiraba con munición gruesa: “Vino usted a solicitarme apoyo moral, físico y financiero. Moral, cuando necesitó un periódico valiente de profunda austeridad cívica, *La Víspera*, cuyos artículos me llevaron a la cárcel. Físico, cuando en la lejana frontera del litoral luchaba con un grupo de valientes por una patria más grande y mejor. Financiero, cuando Vuestra Excelencia me aseguró que era necesario el dinero para conquistar una provincia en ‘la que se pudiera hacer pie’. El tiempo me ha probado que lo único que deseaba Vuestra Excelencia era un cómodo y bien rentado asiento de gobernador. Mi radicalismo, radicalismo de pueblo, no es su radicalismo, señor gobernador, un radicalismo servil, tibio, genuflexo, como el que quiere imponer al pueblo de esta provincia”. Encima la carta la hizo publicar en *El Día*, diario de los opositores.

¿Por qué escribió esa carta? Quizás por decepción política o por deudas impagas de campaña, o bien por una promesa que restó incumplida. Barón Biza alegaba que Sabattini se había comprometido a trasladar el monumento-faro a Myriam Stefford al erario provincial. En efecto, Sabattini había depositado la primera palada de tierra al iniciarse la erección del mausoleo:

“Sepa usted que el monumento que le agradaba ayer y le molesta hoy no podrá ocultarlo con su pañuelo ni taparlo con sus manos”. Una vez publicada la carta Barón Biza fue arrestado dos veces, y con violencia, por mal estacionamiento de su automóvil Rolls-Royce. ¿Un amedrentamiento?: “El señor gobernador sabe que no puede intimidarme, lo conozco mortal y físicamente en paños menores”. Y aun más, Barón Biza deja traslucir que alguna vez retó a duelo a su suegro: “Caballerescamente en una ocasión negó a batirse dándome amplias satisfacciones. Le queda, como último recurso, la ayuda de algún matoncito, de aquellos que llevan el retrato de Su Excelencia en el ojal del saco”. Tal cual: eran familia política uno del otro. Se diría que se habían quemado todos los puentes entre ellos, al menos los políticos, pero no sería así. A pesar de la andanada verbal del yerno, el suegro volvería a convocarlo diez años después para dirigir un diario que le fuera adicto en Capital.

Otras veces, los desafueros del yerno, o más bien los fueros que se arrogaba, afectaban públicamente al líder radical aunque los tiros fueran para el lado de un tercero cualquiera. El 21 de marzo de 1941 el ingeniero agrónomo Jacobo Marina, administrador de la estancia “Myriam Stefford”, le abolló la cabeza a Barón Biza con once golpes de cachiporra luego de un intercambio violento de palabras. El administrador Marina diría más luego que “Barón Biza se negaba a pagarme y por eso lo agredí”, aunque en lo inmediato había huido del lugar. Los diarios reconstruyeron la escena a partir de las declaraciones del administrador: “Viendo en peligro su vida, Marina corrió al automóvil y, apoderándose de una carabina que allí guardaba, tuvo a raya a los peones, subió al coche y emprendió a toda velocidad una carrera hacia Alta Gracia, llegando a la comisaría, donde se constituyó en detención”. ¿Prefirió caer en manos de la policía antes de arriesgarse a seguir pegándole a Barón Biza?

Amadeo Sabattini y Barón Biza se habían conocido en Montevideo mientras ambos estaban refugiados y sin saber uno y otro que en el próximo futuro se transformarían en suegro y yerno. Así describió el encuentro Barón Biza: “Sería en el mes de febrero. La terraza de Carrasco iluminada ‘a giorno’. Noche de luna espléndida, donde el ruido de las olas se mezcla con la nota sentimental del bandoneón y las risas de las mujeres. Por las ventanas abiertas del casino llegaba el clásico ‘no va más’, repetido como un eco muy lejano. Soy llamado por un ‘groon’. Varios señores fuera del hotel desean hablarme y no querían dar su nombre. En las sombras de la arboleda, la blanca pechera de mi frac contrastaba más con la vestimenta modesta y hasta

de aspecto sospechoso de las personas que me habían solicitado. Mi mano, dentro del bolsillo del pantalón tanteaba impaciente una pequeña pistola. Se presentaron: el teniente coronel del Ejército Argentino Sabino Adalid y el doctor Amadeo Sabattini, presidente del comité de la provincia de Córdoba. Venían para que continuáramos la lucha empezada. ¡Presente!, les contesté”. Era el año 1932.

XIV

Y otra vez arremete contra las venusinas. A las causas de la preferencia de ciertas mujeres por congéneres del mismo sexo Barón Biza no las rastrea en el orden natural sino en la vida social. Serían consecuencia de la cohabitación en los internados para señoritas, en los conventos de monjas, en las cárceles y en los vestuarios de las “sociedades deportivas femeninas”. ¿Y por qué? Porque creía que los desarreglos ciudadanos y los males de la personalidad eran causados por la organización hipócrita de la vida social y por la represión de los instintos sexuales. En suma, la naturaleza manda, y ni la moral ni la religión pueden impedir que florezca y fructifique, aunque sí ponerle un bozal. Hacer del pene y la vagina lazarillos para la vida es, en las teorías de Barón Biza, una necesidad imperiosa de la naturaleza humana y una política terapéutica loable, pues de ello depende “la salud de las glándulas”. Y nuevamente las glándulas. Le gustaba recurrir a esa palabra, la consideraba muy explicativa, quizás porque sonaba a ciencia. ¡Las glándulas mandan! Por consiguiente el placer es salud y no ocasión para un aquelarre. Era, aquella, una época en que la abstinencia sexual femenina era mandamiento que no se quebrantaba sin pagar altos costos en términos de culpa y maledicencia. Pero la castidad mantenida en el tiempo resulta ser perjudicial, además de callejón sin salida, porque las “glándulas” nunca dejan de exigir su ración de goce. Y la consiguen, por derecha o por izquierda.

A la espera del matrimonio —el día del visado— toda señorita podría solazarse por mano propia o con sucedáneos de falos humanos, pero si estos menesteres no le bastaran, entonces Barón Biza pronostica una inevitable caída de la jovenzuela en la “inversión”. Y a pesar de que el autor consideraba al lesbianismo “la superación del espíritu, la elegancia y la suavidad en la caricia”, igual le teme y lo condena, por amenazar la propagación de la especie, en general, y por competir deslealmente con el macho, en particular. Justamente uno de los beneficios de la libertad sexual de las mujeres que pregona en las varias soflamas arrojadas sobre el argumento de sus novelas es

que disminuiría el libertinaje de las invertidas tanto como menguaría la prostitución. De modo que el problema de la libertad amorosa, que en los románticos, los anarquistas y los surrealistas suponía la efusión expedita de los sentimientos, la legítima e incontenible irrupción del deseo o un acto de emancipación realizado a conciencia o por orden del inconciente, en Barón Biza resulta ser una cuestión mal comprendida que atañe a las hormonas y a los instintos, además del pene y la vagina, y en la que la mente no actuaría sino como otra de las tantas glándulas subsidiarias del cuerpo: “El cerebro está íntimamente ligado a los testículos”. El redentorismo sexual de Barón Biza hace centro en las mujeres porque está convencido de que la solución no reside en una posible ley de divorcio o en la lucha contra la trata de blancas, sino en la igualdad social y moral de mujeres y hombres, “sacrificando a esa favorecida en la tómbola de la vida por el matrimonio, la señora”. El autor podría pasar por mormón de no ser por su ateísmo, o por polígamo, de no ser que no le interesaba la posesión permanente de la mujer sino, por el contrario, su desposesión.

XV

Michel Martin es un escritor revolucionario ya viejo al que Ego visita en un sanatorio. Hace muchos años que no se ven y el visitante se da cuenta de que el agonizante quiere arrojar sus últimas palabras al mundo. Lo que ese escritor tiene para decir es que todas las creencias son mentiras milenarias que han tomado posesión del cerebro humano, pero que él cree únicamente en “el imperativo de la naturaleza”. En un mundo así, donde se debe luchar por la vida, “toda arma está justificada”. Es la jurisprudencia de Caín, quien no habría hecho otra cosa que pelear por sus derechos: “El primer socialista”. Y en tanto la sociedad dispone de cada partícula individual para sus designios, el individuo debe decidir qué tipo de vínculo quiere establecer con ella. La religión, “paliativo para los débiles y los fracasados”, no sirve de orientación vital porque es una argucia de los impotentes para vengarse de las nuevas camadas generacionales: “Nada puede ser superior a la Naturaleza y la moral es su noche, te priva de toda luz”. No obstante, los triunfos de la libido son pasajeros ya que los seres humanos no son otra cosa que “una bolsa en movimiento de intestinos, llenos de gases, mucosidades y cadáveres a medio digerir”. La mugre termina degradando la vida.

Si existiera una posibilidad de regeneración, primero debería caer un diluvio universal: “Hay que destruir, romper, demoler, incendiar todo lo

creado hasta hoy en el orden moral”, ensañándose específicamente con todo aquello que infunda terror en el deseo. La revolución social, entonces, debe resolver el problema de la libertad amorosa: “La nueva generación debe declararse dueña absoluta de su cuerpo”. Es una esperanza, un “borrar del cerebro la idea de que el hombre puede explotar al hombre y comprar la hembra”. Mientras tanto, el matrimonio, que concede patente de decencia, “es la venta legalizada del amor que, como toda consecuencia, sólo deja una simple dilatación vaginal”. Es, a la vez, rutina y cepo para la mujer, que es polígama desde el vamos porque su sexualidad está regulada por la temperatura ambiente y por las urgencias de las glándulas. En el mundo del mañana de Barón Biza, una vez producida la emancipación sexual de la humanidad, “no habrá vírgenes o lo serán todas”.

Su ideal revolucionario es el vendaval purificador. “Llegará el Anticristo, el Superhombre, o los Esclavos cansados de gemir, de implorar. Llegará el día bíblico del juicio final, pero no será Dios el que pedirá cuentas a los muertos, sino los miserables, los campesinos hambrientos, y los obreros tuberculosos, a los dueños de las fábricas y sus cómplices gobernantes. Llegarán en esa noche, no humildes, sino con sus rostros rojos de ira, alumbrados por las teas incendiarias. Y delante de la horda será una prostituta quien les muestre el camino. ¡Y guay, entonces, de aquellos los hijos de los millonarios! ¡Y guay de aquellos, los hartos de golosinas y juguetes!”. Por cierto, y como al pasar, el escritor nihilista Michel Martin confiesa a Ego haber asesinado a su mujer, “con alevosía, premeditación y ensañamiento”, sin que nadie lo notara y en venganza por sucesivas infidelidades. Y ya cercano su fin, le dice a Ego que no piensa someterse al azar de la evolución de su enfermedad ni al designio de un dios: “Me adelanto a las Parcas tendiéndoles mi mano”.

XVI

El golpe de Estado del 4 de junio de 1943 trastrocó los planes de todos, tanto conservadores como radicales, nacionalistas como comunistas. Los acontecimientos fueron impulsando a los generales Arturo Rawson, Pedro Pablo Ramírez y Edelmiro Julián Farrell hasta la presidencia del país, y también derribaron, uno tras otro, a cada uno de ellos, en sucesivas eyecciones y a lo largo de dos años. En verdad, al principio, la expulsión de la casa de gobierno del presidente Ramón S. Castillo, antiguo funcionario de la dictadura de Uriburu, fue bienvenida por muchos, pues suponía la ruina del régimen político instaurado en 1930, pero los nuevos ocupantes pronto serían

tildados de “fascistas” por la mayor parte del espectro político argentino. Sin embargo el ex gobernador sabattinista de Córdoba, Santiago del Castillo, asumió un importante puesto en el gobierno del general Ramírez quien, por cierto, había participado del golpe de Estado dado a Hipólito Yrigoyen trece años antes y había sido ministro de Guerra del derrocado Castillo. Otro que asumió un puesto notorio era el coronel Juan Domingo Perón. El tiempo que transcurrió entre el 4 de junio de 1943 y el 17 de octubre de 1945, un tiempo de aceleración histórica, constituirá el “momento” de Amadeo Sabattini y no fueron pocos quienes lo imaginaban como próximo presidente. Pero será un momento que no le pertenecerá únicamente a él, también a Perón. Además, y a pesar de estar en inmejorable posición para unificar amplios sectores populares a partir de la excelente fama del ex gobernador de Córdoba, la verdad es que los sabattinistas estaban desorientados y, para colmar la copa de la incertidumbre, al “jefe moral” no se le ocurrió mejor idea que “refugiarse” en el Uruguay por largos meses, hasta marzo de 1945. Quizás necesitaba intimidad por causa de problemas sentimentales, pero estaba poniendo distancia de acontecimientos que harían historia.

Cuando en 1943 el general Arturo Rawson asumió la presidencia por la fuerza, se dirigió a sus seguidores desde el balcón de la Casa Rosada, y cuando pocos días después el general Pedro Pablo Ramírez ocupó el mismo cargo, forzando su camino al poder, también entusiasmó a su tropa civil desde ese mismo balcón. Así de idílicos son los comienzos. Dos años más tarde el nuevo régimen tambaleaba. En marzo de 1944 el teniente coronel Tomás A. Ducó, un nacionalista, intentó un golpe de Estado, pero terminó confinado en la isla Martín García. En abril del mismo año fue el turno del general retirado Adolfo Espíndola, de tendencia liberal. En septiembre de 1945 el ex presidente general Arturo Rawson fracasó en su intento de insurreccionar al ejército, y todavía en el mes de octubre el almirante Héctor Vernengo Lima no pudo sublevar la escuadra de los ríos.

Así las cosas, el 9 de octubre de 1945 el general Eduardo Ávalos, uno de los “hombres fuertes” que sostenían el gobierno militar, se acantonó en la base de Campo de Mayo y logró que el presidente Farrell destituyera de su cargo ministerial a Juan Domingo Perón, su adversario, y lo encaralara en la isla Martín García, que en otro tiempo había albergado a Yrigoyen. Desde hacía algún tiempo Sabattini estaba al tanto de las intenciones del general Ávalos y no desaconsejó su arriesgada jugada de ajedrez. Lo que este “hombre fuerte” pretendía, al igual que buena parte de la oficialidad, era una salida al nudo político del que ellos mismos habían tironeado; una solución

“nacional” pero sin Perón. Pero en tanto Perón promocionaba a su propio candidato —él mismo—, ellos carecían de un hombre creíble, alguien popular que aceptara hacerse cargo del gobierno. Ese hombre debía provenir de las filas radicales y Amadeo Sabattini era, indudablemente, el heredero legítimo de la saga yrigoyenista. El día 11 de octubre, convocado por el general Ávalos, Sabattini viaja a Buenos Aires. En verdad, también Perón había lanzado amarras hacia el líder cordobés, pero la reunión que ambos mantuvieron a mediados de 1944 no condujo a nada, a pesar de que el militar le había ofrecido la candidatura vicepresidencial al civil. Según Perón, Sabattini había resultado ser “impermeable”.

Arturo Jauretche había iniciado una amistad política con Perón hacia julio de 1943 y pronto se persuadió de que ese hombre debía transformarse en el mandamás providencial del país. Sin embargo, durante esa tensa y crucial semana de octubre de 1945, quien iba a inyectar amor y odio en la historia nacional parecía ser un muerto político. En la tarde del 11 de octubre Jauretche, convencido de que Perón había sido puesto fuera de juego, intentó persuadir a Sabattini de aceptar el ofrecimiento del general Ávalos. El encuentro entre los dos viejos luchadores sucedió en la mansión de Barón Biza de la calle Quintana. Jauretche era en ese momento presidente de FORJA, el influyente grupo intelectual que había nacido yrigoyenista pero estaba destinado a desfallecer peronista. De hecho, el grupo se disolvería próximamente, en noviembre, y la presidencia de Jauretche fue la última de todas. El documento de autodisolución llevó por lema “Patria, Pan y Poder al Pueblo” y en él se asume que ellos, fieles seguidores del ideario revolucionario de los radicales, habían sido sólo un tránsito, el que transcurre desde la caída de Yrigoyen hasta la proclamación popular de Juan Domingo Perón en la Plaza de Mayo el 17 de octubre de 1945. El eclipse, entonces, fue padecido por Amadeo Sabattini.

Un momento de indecisión puede clausurar todo porvenir político, y eso le ocurrió a Sabattini el 11 de octubre de 1945 en la mansión de Barón Biza, su yerno, mientras Jauretche esperaba la respuesta en una sala contigua. Sabattini vaciló, prefirió consultar, temió a la reacción de su partido, que sólo aceptaba la entrega del poder a la Corte Suprema de Justicia, y al fin desistió del ofrecimiento. Su propio partido, en buena medida, le había bajado el pulgar. Una semana más tarde será el turno de la apoteosis peronista. Tiempo después, Jauretche le escribió a Amadeo Sabattini: “Sepa, Dr. Sabattini, que la oportunidad ha pasado al lado suyo y usted no la agarró por la única trenza que tiene. Ya no hay otra alternativa para el país que Perón o la oligarquía.

Nosotros nos vamos con Perón. No le extrañe que el pueblo haga lo mismo. Hemos jugado a la vieja política la última carta, que era usted. Y usted no la ha entendido. Usted está terminado políticamente y me despido con dolor de usted, porque nunca más lo volveré a ver”.

Mientras estaban sucediendo acontecimientos, en la calle o tras bambalinas, que transformarían a la Argentina por muchas décadas, en la mañana del 15 de octubre de 1945 Enrique Badessich, que había sido brevemente diputado bromosódico en 1922, se presentó en Tribunales con algunos seguidores de juerga con el fin de solicitar un hábeas corpus en beneficio del coronel Juan Domingo Perón, detenido en la isla Martín García. Los diarios del día siguiente se hicieron eco burlón de la noticia pero ni el chacotero ni los periodistas cómplices de la cachada se imaginaron que dos días después trescientas mil personas iban a presenciar la aparición del mesías redivivo en el balcón mismo de la Casa Rosada.

XVII

Virgen es una chica francesa de origen campesino, educada religiosamente y ya trabajadora desde la adolescencia. Un día cualquiera Ego pasa por su pequeña ciudad y mantiene una breve aventura con ella, cuyas consecuencias son dejarla “semillada con un espermatozoide sudamericano”. Otra consecuencia es la expulsión de Virgen de la casa paterna y por ende del pueblo. Entonces, peregrina a París, donde una amiga, Margot, le brinda refugio y le consigue trabajo en una tienda. Además, se reencuentra con Ego. Las cosas tienden a arreglarse. Virgen descubre que es posible ser feliz una vez que las estrecheces morales pueblerinas quedan atrás. Un día, en verdad una noche, de regreso de una salida de copas, ambas amigas se entregan mutuamente la una a la otra, transformando la buhardilla en que vivían en el “santuario de sus placeres”. Ego se ve forzado a aceptar el “ménage a trois”. Luego llega el día en que Ego se asquea de una vida cuyos puntos cardinales eran “hembras y juego, alcohol e inmundicia” y le propone a Virgen viajar a su país, la Argentina, a cuya llegada descubre que de su herencia poco ha quedado, apenas una estancia pequeña en un lugar llamado Alta Cumbre: “Un pueblo enfermo, en el que sus habitantes tosían de noche, ladrando a una luna imaginaria”. El nombre de la ciudad no es muy distinto del de Alta Gracia, en Córdoba, donde Barón Biza tenía su estancia y donde cientos de tuberculosos reposaban en los sanatorios del lugar. Con enorme esfuerzo Ego y Virgen, que está embarazada, aran el campo y siembran los surcos con la esperanza de

que la próxima cosecha permita devolver el dinero adelantado por un usurero. Pero a una sequía persistente en la zona se superpone una invasión de langostas, como si fueran resabios de las plagas que asolaron Egipto. Sobre el final, llegan las lluvias, lo que supone la salvación de la cosecha, justo en el momento en que Virgen da a luz. El nacimiento del hijo redime una vida falsa y el agua salvadora reconcilia a Ego con la naturaleza. La metamorfosis del protagonista, de conquistador del mundo en chacarero, reproduce la transformación de la sociedad cordobesa luego de medio siglo de inmigración, de aristócrata en plebeya. *Punto final* culmina como una historia de frontera, de frontera agrícola.

XVIII

La situación de los radicales luego del triunfo electoral peronista de febrero de 1946 no era nada envidiable. Habían quedado knock-out, trastabillaban en desconcierto, y encima la dirigencia partidaria no estaba dispuesta a ceder los puestos de comando a sus críticos internos. Julio Barcos pudo decir por entonces que el radicalismo se había transformado en un sarcófago. En verdad, el partido estaba expiando la política de aquiescencia alvearista con el régimen depuesto en 1943. Y eso en todo el país. Incluso Córdoba, que había sido tan fiel, había sido perdida. El teniente retirado Argentino Auchter era el nuevo gobernador de esa provincia. Años antes había sido yrigoyenista y por esa mácula lo habían confinado en la cárcel de Ushuaia, la más austral del mundo. Ahora confluía con el peronismo a través de la así llamada Unión Cívica Radical Junta Renovadora, una escisión nacionalista del partido conformada por muchos dirigentes del sector intransigente.

Por rara coincidencia de opositores, tanto Marcelo Torcuato de Alvear como Agustín Pedro Justo, ex presidentes y probables contendientes electorales, habían fallecido en menos de un año, en 1942 y 1943. Quedaba el campo orégano para nuevos líderes. En diciembre de 1945 el sector mayoritario del Partido Radical, denominado “unionista”, había decidido concurrir a comicios junto a los conservadores y los partidos socialista y comunista en un frente común contra Juan Domingo Perón: la así llamada Unión Democrática. Pero una vez que se hizo evidente el alud de votos en favor del candidato peronista, que era Perón, el sector intransigente exigiría, a lo largo del año 1946, las cabezas de los responsables de la derrota. No les sería tan fácil decapitarlos.

La fundación del Movimiento de Intransigencia y Renovación, en abril de 1945, donde confluyeron el viejo yrigoyenismo con nuevos dirigentes jóvenes como Ricardo Balbín y Arturo Frondizi, tenía por objetivo “limpiar la casa” y orientar el partido hacia la masa popular que los había soslayado en beneficio de un advenedizo. Pero los carcamanes de la dirección partidaria lograron impedir la renovación por un par de años más. Ello recién sucederá en 1948, cuando la intransigencia tome el control del aparato partidario, siendo el bando intransigente orientado a su vez por la fracción sabattinista. Los “galeritas” habían sido, al fin, desplazados. Pero era un triunfo pírrico pues, aunque los yrigoyenistas conducían el partido, el partido ya no era “la conciencia mística” del país. Lo era el peronismo. Barón Biza se integró a la intransigencia radical en noviembre de 1945, firmando sus documentos políticos. Y por entonces el sector sabattinista se expresaba a través de un semanario financiado por Barón Biza cuyo título, *No*, ya era toda una declaración de principios.

En agosto de 1946 Barón Biza se afilió nuevamente a la Unión Cívica Radical. Era la tercera vez que lo hacía y de paso, en ese mismo mes, fundó y dirigió *La Semana Radical*, un periódico partidario que pretendía representar al bando intransigente y más específicamente promover una figura de recambio político, su propio suegro. La tirada del emprendimiento alcanzaba los grandes números: 30.000 ejemplares. Eran tiempos de crisis, lectores inquietos no faltaban y Barón Biza ambicionaba bombear ideas sanguíneas en un organismo anémico. Y por eso mismo el periódico abunda menos en noticias sobre el régimen peronista que en información destinada mayormente a la interna radical: panegíricos, el “quién es quién” dentro del partido, homenajes, fotos de líderes, esbozos de historia de las gestas radicales, minucias de la actividad parroquial y obuses lanzados contra el sector moderado de la UCR. El lenguaje es iracundo, satírico y algo desparpajado. Tampoco mucho: téngase en cuenta que la solemnidad de los radicales ya venía impuesta en la ficha de afiliación. Su editor responsable únicamente pondría la firma en un breve suelto del primer número del semanario, del que llegaron a editarse veintidós: “Treinta años de lucha, con privaciones de su libertad, largos exilios y renunciamentos a cargos políticos y administrativos avalan su intransigencia del pasado, del presente y del futuro”. Y abajo: “R. Barón Biza”.

Quizás, a partir de su periódico, Barón Biza soñaba con un regreso triunfal a la escena política, colaborando en la oxigenación del radicalismo. En esos meses viajó por varias provincias con el fin de tomar contacto con

grupos afines, infructuosamente, y mientras tanto su esposa lo reemplazó en la dirección del periódico. El semanario incluía mucha información sobre la situación de la mujer en el partido, en el país, y en el mundo. Una ráfaga de feminismo, poco habitual, se hace llamativa. Ocurre que durante esos meses se discutía en el Parlamento el derecho a voto para la mujer. Escribían en el semanario Arturo Frondizi y también su hermano Silvio Frondizi, que publicó un interminable informe de índole marxista sobre la situación política argentina. Asimismo disponía de una columna de opinión el doctor Aráoz de Lamadrid, su abogado defensor en el juicio por inmoralidad, quien apoyaba el enjuiciamiento peronista a la Corte Suprema de Justicia, de la cual él será integrante diez años más tarde. En cambio la suerte de Silvio Frondizi será ominosa, pues en septiembre de 1974 fue asesinado junto a su yerno, de cincuenta balazos, y por fascistas. Tres años antes, su sobrino Diego Ruy Frondizi había caído en un enfrentamiento. Pero a pesar de la sangre joven y de los columnistas “modernos y profesionales”, la comprensión del momento histórico que estaba experimentando la Argentina era pobre. Así, los primeros logros obreros del nuevo gobierno eran “migajas”; la idea de sindicato peronista, “mussoliniana”; su tipo de gobierno, “una demagogia negativa iletrada”; la democracia realmente existente, “un unicato”; las recientes revisiones médicas a escolares en los colegios, “un atentado a su rubor y candidez”; la estatización de los teléfonos, “un negociado”; el feriado del 17 de octubre, “el día del candombe y la mazorca”; Perón mismo, “un pseudoapóstol”; y la base social del gobierno, “una fuerza caótica en pleno fermento de descomposición”. De todos modos la causa del cierre de *La Semana Radical* fue la decepción del director ante la imposibilidad de desplazar a la cúpula partidaria.

XIX

Al culminar *Punto final* Barón Biza inserta el lugar y la fecha en que inició y dio fin al libro: “Estancia Myriam Stefford, 1940 – Yacht Aloha, 1941”. Fue en Córdoba entonces, y cerca de la tumba de su primera esposa, donde lo comenzó. Por entonces se dedicaba a sembrar olivos, en número de cien mil, y a cosechar sus frutos. Había pasado de rentista a empresario y a su emprendimiento le puso por nombre Myriam Stefford S.A. Compañía Industrial Olivícola. Lo hizo a conciencia, viajando a los Estados Unidos para interiorizarse en el tema. Allí, en la estancia, se plantaba, se regaba, se podaba, se recolectaba el fruto manualmente, tanto la variedad Arauco como

la Manzanilla, luego se lo trituraba, se lo pasaba por la moledora, se descremaba el aceite del agua, y al fin se almacenaba el resultante en tanques.

No sólo eso: Barón Biza amplió sus intereses, dedicándose por un tiempo a la explotación de minas de wolframio, scheelita y bismuto. La Segunda Guerra Mundial había impulsado el precio de estos minerales al cielo y se los podía encontrar bajo la superficie cordobesa. Más modestamente, también tuvo una pequeña editorial cuya tarea exclusiva consistía en imprimir y vender *Punto final*, libro firmado por su propio dueño. Se llamaba Editorial de Barón Biza. La primera edición es de 1943 y venía ilustrada. La tirada de 30.000 ejemplares era excepcional y sería distribuida por toda América Latina: el eco del juicio anterior por inmoralidad había llegado lejos. Habrá dos ediciones más en los siguientes años, a las que se suma una más en calidad de pirata.

En la sobrecubierta del libro resalta una ilustración, la imagen de una mujer entreabriendo una puerta, y una vez transpuesta la portada y portadilla hay una apelación: “Lector, al tomar mi libro, lávate las manos”. Supongo que no incluyó el pedido con la intención de repeler compradores, pues los lectores le importaban, de modo que contrató la marquesina de la bien conocida librería Palumbo a modo de cartel propagandístico. El prólogo está firmado por un tal Max Hoxber, quizás un alias suyo. Después de todo, a poco de comenzar el libro, el autor aclara: “Yo también usé careta en el carnaval de la vida”. La edición incluía una publicidad y un adelanto de su próxima novela, *Lepra*, nunca publicada, si es que la escribió, aun cuando la anunciara “ya en prensa”. Según su propio autor, iba a ser “la novela más vigorosa de Barón Biza”, y además vendría en edición “limitada, de lujo, dedicada y con firma manuscrita”. Se adelantan un par de páginas del contenido: “Si a ti, poderoso señor, te hubieran dado como a mí, un corazón. Si al marchar de la vida te lo hubieran pisoteado, convirtiéndolo en piltrafa, si te hubieran salivado el rostro y torturado la carne, si te hubieran hecho el presente de una ilusión para tener sólo el placer de arrebatarla, si te hubieran dado un instinto y negado el derecho de seguirlo. ¡Si a ti, omnipotente señor, dueño de los vientos y las estrellas, te hubieran dado como a mí un corazón!”. En fin, refunfuñaduras.

¿Y qué hizo después de *Punto final*? Vendió la estancia de Alta Gracia, quizá liquidó todos sus bienes en el país hacia el comienzo de la primera presidencia de Perón, y habría vivido en Europa a fines de la década de 1940. Y, al parecer, también residió en su yate, pues allí data el punto final de su novela. La embarcación, de porte muy grande, se llamaba *Aloha*, que no sólo

remite al saludo hawaiano sino también a un compuesto medicinal de su abuelo tucumano, y justamente en el año de 1942 Barón Biza había obtenido permiso del Yacht Club Argentino para enarbolar la bandera de guerra argentina en lo alto del mástil de su yate, a modo de capricho autárquico o de aviso explícito de un estado de ánimo permanente.

XX

A fines de 1946 el Congreso de la Nación debatió el proyecto de concesión del voto a la mujer presentado por el gobierno peronista. Hasta ese momento el electorado femenino únicamente votaba en la provincia de San Juan y ni siquiera en la propia Unión Cívica Radical existía igualdad de sexos. Y aunque todo el espectro político acordaba en aprobar la ley propuesta, los énfasis eran distintos. Clotilde Sabattini, a pesar de su juventud, ya daba conferencias y participaba de los equipos técnicos del Partido Radical: el Comité Universitario Femenino y el Instituto de Investigaciones Sociales. Unos años más tarde, en 1949, se celebró el Primer Congreso Nacional Femenino de la Unión Cívica Radical y Clotilde será elegida, a sus treinta años, su presidenta. De todos modos, al acto lo cerró un orador de la raza masculina: Ricardo Balbín, apodado “el Chino”.

“La mujer en la política” era el nombre de la columna periódica que la “Profesora Rosa Clotilde Sabattini de Barón Biza” firmaba en *La Semana Radical*. En esas colaboraciones se cuenta la historia de las luchas de la mujer por sus derechos y se realiza un análisis de la condición social femenina con actitud pedagógica y tono profesoral, no sólo con misticismo partidario. Clotilde suponía que la mujer introduciría en la política argentina “la dignificación del hombre por vía de la persuasión, nunca por la violencia” y por eso su ideal de acción para las congéneres es el de un “feminismo bien entendido”, combinación de una dosis de espiritualismo con una teoría evolucionista y social de la historia humana. La mujer sería propietaria de “elevados ideales” y el error de las sufragistas iracundas habría sido “su indumentaria, sus gestos, métodos y procedimientos, que sólo tuvieron un resultado: despertar el temor de conceder esos derechos”. Para la profesora Sabattini es una grave equivocación presuponer que el sexo es un campo de batalla: “Hombres y mujeres son actores a veces, espectadores otras, del drama de la historia. La pareja humana es el sujeto real de la historia”.

Habían existido proyectos anteriores de conceder el sufragio a las mujeres presentados por diputados radicales: de 1919 es el de Rogelio Araya; de 1922,

de Juan José Frugoni; de 1925, de Leopoldo Bard; de 1929, de Belisario Albarracín, un bloquista de San Juan; de 1938, de Santiago Fassi; de 1939, de Bernardino Horne. Todos ellos tropezaron cuando fueron tratados sobre tablas. De 1946 es el proyecto de Ernesto Sanmartino. Pero ya era tarde. Eva Perón, presidenta de la comisión gubernamental Pro-Sufragio Femenino, los había madrugado con el auxilio de su esposo, el presidente de la Nación, a quien Clotilde calificaba de “Júpiter tronante”. Y mientras los peronistas fundaban la rama femenina de su partido, los radicales no tendrán una diputada mujer sino hasta 1973.

Eva Perón y Clotilde Sabattini tenían la misma edad, pues habían nacido con seis meses de diferencia, y aparecen en el mismo momento histórico, en partidos opuestos, siendo ambas muchachas con agallas. Eva se fue de su pueblo siguiendo a Agustín Magaldi, cantante de tangos, que le llevaba veintiún años, y Clotilde se enamoró de un hombre veinte años mayor que ella. Eva llegó a Buenos Aires en enero de 1935, con dieciséis años, desde Junín, y dos meses después Clotilde se casaba con Barón Biza: ella tenía diecisiete años.

XXI

Nadie suponía que un inocente acto de homenaje a doña Remedios de Escalada de San Martín terminaría con una redada en el Cementerio de la Recoleta y con la oradora principal encerrada en una cárcel para mujeres, y luego su esposo también, en la de hombres, después de retar a duelo al jefe de la policía con el fin de lavar la afrenta. Dado que gobierno y oposición se llevaban como perro y gato, y dado que los discursos en el cementerio habían tomado vuelo político, les cayó encima la comisión policial. Clotilde Sabattini y otras mujeres de los Centros Femeninos Radicales, ocho en total, fueron arrestadas, acusadas de infringir el edicto sobre reuniones públicas, y enviadas al Asilo San Miguel donde, por treinta días “irredimibles por multa”, compartieron suerte con congéneres “de mal vivir”. Sucedió el 6 de agosto de 1950, en el así llamado “Año del Libertador”.

De inmediato, Barón Biza envió sus padrinos de duelo al mismísimo despacho del jefe de la Policía Federal, general Arturo Bertollo. Nuevamente una cuestión caballeresca. Los padrinos resultaron ser los diputados nacionales Luis Dellepiane, uno de los fundadores de FORJA, y Oscar López Serrot, a su vez retado a duelo por el diputado peronista John William Cooke, y que se verán amenazados con la expulsión de la Cámara por avalar un

duelo. Pero el general Bertollo no sólo gambeteó la riesgosa invitación a batirse, además hizo detener a Barón Biza por gente de la sección Orden Político, lo procesó por “desacato al Jefe de Policía”, y lo encarceló en Villa Devoto. A pesar de los esfuerzos del diputado Arturo Frondizi, su abogado, Barón Biza fue condenado a dos meses de prisión de cumplimiento efectivo. Tiempo después se exiliará en Uruguay. El juez a cargo de su causa se llamaba Miguel Rivas Argüello y en 1955, al darse vuelta la taba, el hombre de toga partirá al exilio uruguayo en tanto el duelista retornaba triunfante.

El Partido Radical pidió a gritos la liberación de Clotilde Sabattini. También lo hizo la Agrupación Cultural Femenina puesto que la situación de Clotilde suponía “un agravio para honestas y respetables madres de familia”. De modo que el general Perón le concedió “la gracia de la libertad” en nombre de la Fundación de Ayuda Social Eva Perón, pero Clotilde no aceptó la concesión: “La libertad es mi derecho y no puede otorgárseme como dádiva”. Veinte años antes, la anarquista Salvadora Medina Onrubia había respondido lo mismo al ofrecimiento de libertad con que la convidó el general Uriburu. Para ese entonces, cuando promediaba el primer gobierno peronista, Clotilde ya era una opositora convencida. Años más tarde, a la caída de Perón, ella escribirá: “Córdoba, hoy la heroica, la que tomó la delantera de la rebelión, la que resistió, la que vio teñirse de púrpura generosa las blancas serranías”, y también: “En diez días se desmoronaron diez años de oprobio y rapiñas, y diez años en la vida de un pueblo son apenas dos líneas en el libro de su historia”. Clotilde se exilió en 1953 en Montevideo y quizás antes se haya enterado de la existencia del memorándum secreto Orden General N°1 (Prevención-Represión), firmado por el presidente Perón el 18 de abril de 1952, por el cual se sugería que “en caso de atentado contra el Presidente de la Nación se debe contestar con miles de atentados”, entre otros contra las personas de Ricardo Balbín, Clotilde Sabattini de Barón Biza, el anarquista Gerardo Andújar e incluso contra Félix Luna.

Barón Biza se instaló en Montevideo en noviembre de 1951. Al llegar a tierra uruguaya declaró a la prensa que pronto publicaría un libro, *Tras las rejas justicialistas de Perón*. Típico de él: reactivo y tremendista. En Uruguay residió en Montevideo y parece haber solicitado carta de ciudadanía uruguaya, quizás porque no imaginaba un derrumbe político tan rápido del “Primer Trabajador”. De los diez años de peronismo no guardará mejor recuerdo que de los transcurridos durante la Década Infame: “En cuanto a la Argentina, el pueblo sigue al corso”, es decir a Perón y Evita, pero “el profeta era falso y la virgen no era virgen”.

XXII

“De las investigaciones llevadas a cabo se ha logrado saber que este señor es de nacionalidad argentino, casado y de unos cincuenta y seis años de edad, y se afirma que está en el Uruguay en calidad de exiliado político desde hace aproximadamente unos seis años. Persona de vida compleja, difícil de entenderlo y ‘llevarlo’, de discusión agria y violenta como corresponde a personas de espíritus ácidos, este señor desde que ha comenzado sus negocios en Montevideo ha continuado su forma de actuar como se dice que lo hizo siempre: en la oposición violenta de las ideas y de las cosas. Este hombre era poseedor de una formidable fortuna en las provincias de San Juan y Mendoza, representadas en su casi totalidad en sus famosos viñedos y bodegas. En ese entonces el informado actuaba en política activa y para ese momento dicese que su fortuna (la del informado) ascendía a varios millones de pesos argentinos. Triunfante el movimiento revolucionario de 1943, el informado actuó en la más cerrada oposición al régimen, pero en forma paulatina fue retirando su fortuna destinándola a bancos uruguayos y americanos, hasta que juzgado el momento se exilió en Montevideo con su esposa. Se dice que viajó por todo el mundo y en Egipto entró en el negocio de la compra-venta de algodón, con suerte muy variable hasta que volvió a Montevideo y luego de las conversaciones de rigor ingresa al directorio de Pubaran S.A., dedicándose a la compra-venta de automóviles usados. Esta firma trabajó en forma activísima y al principio con excelentes resultados, hasta que finalmente los socios no andaban de acuerdo y el informado fue adquiriendo acciones, directa e indirectamente, hasta tener la casi totalidad del mazo accionario, pero —ironía— en minoría absoluta frente a un directorio legalmente constituido. Todo ello dio motivo a una sucesión de hechos, publicaciones en la prensa, acusaciones mutuas de los directores, hasta que por fin la Justicia le ha dado la razón. Los bancos entrevistados nos han dado cifras de capital y en forma genérica se dice que es persona de una solvencia multimillonaria, pero, tomando en base su carácter intolerante, ácido, es recomendable operar sobre de contado. Es cuanto se ha podido conocer hasta la fecha”.

Quien escribió este informe confidencial era un empleado de la Sociedad Uruguaya de Informes Comerciales, que contaba con corresponsales “en el interior y en el exterior”. La fecha era el 15 de febrero de 1955 y faltaban siete meses para el derrocamiento del general Perón. En verdad, el asunto de la sociedad comercial fundada en Montevideo pasó a mayores. En junio de 1955 los socios se pelearon públicamente a través de solicitadas, como

estocadas, hasta que Barón Biza retó a duelo a su socio, Gustavo Fusco, senador y ex ministro del Interior. “Una cuestión caballeresca”, según Barón Biza, que se resolvió o no se resolvió. La cosa continuó con cartas anónimas y con afiches difamatorios pegados en las paredes de Punta del Este. Eso lo habría obligado, según una carta quejosa enviada a Pedro Onetti, jefe de la Policía de Montevideo, “a hacer las publicaciones periodísticas pertinentes ofreciendo quinientos pesos de recompensa a quienes me indicaran el o los autores. En mi impotencia llegué hasta a imprimir volantes y a contratar durante semanas altoparlantes para que mis compatriotas y amigos que llegaran en sus yates a Punta del Este supieran que Barón Biza estaba defendiendo su buen nombre”.

Y más aún, le avisa al jefe de la policía montevideana que prontamente publicará un nuevo libro que se titularía *Interés 40%*. En ese libro Barón Biza diría “sin eufemismos, verdades que se callan por interés o cobardía, y su tema será la usura, las causas, los métodos y sus víctimas. En él daré los nombres y muchos apellidos de figuración aparente quedarán marcados. Voy a poner verdades muy amargas, pero verdades con mayúscula, que nadie cuando llegue el momento va a osar desmentir ni negar”. Pero la verdad es que el libro anunciado jamás fue editado.

EL INFAME

I

El 16 de agosto de 1964 hacía frío. A juzgar por las noticias periodísticas del día siguiente, esto es lo que había sucedido en Argentina y el mundo: la República de Chipre amanecía independiente al fin pero gobernada por un arzobispo; desde Washington, el presidente norteamericano Lyndon Baines Johnson proclamaba que en Vietnam sólo se usarían “armas comunes”; las fuerzas armadas de Indonesia atacaban a las fuerzas armadas de Malasia; en Rusia cumplía 159 años el hombre más viejo del mundo, un tal Chilari Muslimov; en España arrestaban al anarquista escocés Stuart Christie con un kilo de explosivos plásticos y un detonador en su poder destinados a dar muerte a Francisco “Generalísimo” Franco; Ricardo Balbín y Arturo Frondizi se peleaban por medio de comunicados en tanto el presidente de la Nación Argentina era el doctor Arturo Illia, y a su vez militantes universitarios desplegaban un enorme cartel en el centro con la leyenda “El Partido Comunista unido en defensa del legado del general San Martín”; River Plate y Boca Juniors empataban cero a cero en una tarde con llovizna; se anunciaba el próximo casamiento de los actores Alain Delon y Romy Schneider; los cambiadiscos se vendían como pan caliente; y en un departamento de la calle Esmeralda de la ciudad de Buenos Aires un hombre se quitaba la vida después de haber cometido un acto abyecto.

II

Los cismas fueron numerosos en la historia centenaria del Partido Radical, se diría una rutina que se correspondía, y hasta el día de hoy, con sus luchas intestinas, enconadas y aparatosas, como también lo son algunas partidas de bochas. Al tiempo de la caída de Perón los radicales se repartían entre “unionistas”, dirigidos por Miguel Zavala Ortiz, quien había participado del bombardeo a Plaza de Mayo de junio de 1955; “intransigentes nacionales”,

corriente interna conducida por Amadeo Sabattini; y el Movimiento de Intransigencia y Renovación, cuyos líderes eran Frondizi y Balbín. Sabattini había creado el Movimiento de Intransigencia Nacional con el fin de diferenciarse de las dos estrellas nacientes del universo radical. Ellos eran Arturo Frondizi, que sería presidente del país en 1958, y Ricardo Balbín, quien tendrá abonado el segundo puesto en la carrera presidencial hasta el final de su vida. Por entonces, el discurso en el Parlamento había suplantado a la oratoria callejera y a la táctica conspirativa como modos de darse a conocer ante la opinión pública y así prosperar en política. Y Frondizi y Balbín eran estrategias de la palabra, en tanto que Sabattini actuaba a través de silencios, enviados, apariciones, desapariciones y medias palabras. Así había procedido Hipólito Yrigoyen y eso se amoldaba a su personalidad.

A fines de 1956, y ante el llamado a elecciones para dos años después, se hizo imposible mantener la unidad. En enero de 1957 la Unión Cívica Radical se dividió. El sector frondicista, que pretendía superar la antinomia entre peronismo y antiperonismo, fundó la Unión Cívica Radical Intransigente, y los balbinistas, sabattinistas y unionistas, la Unión Cívica Radical del Pueblo. Clotilde Sabattini se fue con el bando de Frondizi en tanto el sector que acaudillaba su padre languidecerá luego de su muerte, ocurrida en 1960. El remanente sabattinista quedó al comando del ex gobernador Santiago del Castillo, candidato a vicepresidente de Balbín, quien devendrá un adherente a la revolución cubana, para sorpresa de muchos, quizás por influencia de su esposa, comunista ella. Pero al morir él, en 1962, lo que había sido un poderoso polo de atracción de la feligresía radical se dispersó.

III

“Es la obra que usted esperaba, que en lo más recóndito de su conciencia aprobará. Reserve su ejemplar”. El libro se llamaba *Todo estaba sucio*, la edición era barata, la tapa poco complicada y el título, por sí mismo, ya identificaba al autor. En la portadilla se leía, además, “Ilustró Benjamín Mendoza”, y el año de edición: MCMLXIII. Lo precede una advertencia: “*Todo estaba sucio* es una novela realista, cumplimos en señalar que su lectura no es recomendable a menores de edad, ni pusilánimes”. Los cinco mil ejemplares de tirada suponían una cifra elevada aun si se tiene en cuenta que habían transcurrido veinte años sin noticias editoriales de Barón Biza y que su figura tremebunda ya no frecuentaba las páginas de los diarios tan a menudo como antes. No faltaba mucho tiempo, un año apenas, para el infausto día en que

Barón Biza pusiera fin a su existencia de la peor forma y entonces el libro fuese retirado de circulación, transformándose en una rareza de librería de viejo. El lenguaje sigue sin prometer nada: “La brisa fue in crescendo y el follaje unió sus notas a la obertura del amanecer”, o bien “el aroma de la campiña invitaba a salir, correr, bailar una danza faunesca”. Pero si se dejan de lado la cursilería y el anacronismo el lector descubre que tiene entre manos un tratado machista y recalcitrante.

El libro comienza con una breve parodia de un conocido panfleto satírico de Jonathan Swift del año 1729, quien había propuesto que los irlandeses se comieran a sus numerosos hijos como modo de evitar la mendicidad pública y paliar el hambre de los adultos. A su vez, la irónica y modesta proposición de Barón Biza consiste en “hacer pan de los muertos” y con esto el autor se introduce de lleno en el problema incontenible de la superpoblación mundial, pronosticando el fin del planeta para el año 2000. No sólo eso: imagina que los seres humanos del futuro serán transformados “en abono, en alimento, en aceites industriales, para beneficio de los trusts y el progreso de la nación. Glándulas, espermatozoides, sangre; todo será clasificado y manipulado: el laboratorio hará inmortal al hombre”. Y de paso la ciencia se ocupará de controlar y anular sus instintos belicosos.

“No publiques este libro —me aconsejaron”. Así lo confiesa Barón Biza en el prólogo. E inmediatamente se dirige un discurso a sí mismo: “¿Vas a negar las vírgenes, los santos y hasta los dioses? ¿Vas a negar el amor, la amistad, la madre? ¿Vas a desnudar la verdad y exhibir las almas mugrientas y andrajosas? ¿A negarles la careta y el carnaval? ¿Qué les dejas para que puedan vivir sin llorar por lo que ya son?”. En cada una de las páginas había escupitajos de fracasado, según lo indicó el propio Barón Biza. Su hijo Jorge Barón, con mayor precisión, calificó al último libro de su padre como “un torrente de resentimiento”. En efecto, una plegaria del autor así lo advierte en las primeras páginas: “Te echarán del rebaño —me alejaré del rebaño; te obligarán a aullar como lobo —y aullaré como lobo”. La cuestión es que, con tanto preámbulo, ya vamos por la página setenta y todavía no hicieron su aparición los personajes de la novela.

Éstos son: José Antonio, Víctor y Roberto, amigos de infancia, y María del Carmen, la hija de una mucama que se volvió parte de la familia de Roberto. Y que, además, es renga. La familia de José Antonio es rica, no así la de Roberto, una asimetría que perdurará por mucho tiempo. Un día, José Antonio, adolescente aún, fuerza a María del Carmen, desflorándola. Roberto llega al final del suceso y atina apenas a ofrecer un abrazo y consuelo

momentáneos a las lágrimas de la chica. María del Carmen no olvidará nunca ese gesto protector. La vida separa a los tres muchachos. Roberto y María del Carmen pasan a vivir en la misma casa. Una tragedia mayor aguarda en el horizonte de Roberto, el suicidio de su hermano. Todo se desmorona y Roberto debe abandonar planes de estudio y buscarse un trabajo. Quien se lo ofrece, pocos años más tarde, es José Antonio, flamante heredero. La tarea, según el empleador, consiste en hacer nada, “nada más que hacer lo que yo te diga”.

IV

*“Aviones, lanchas y yachts
Y automóviles lujosos
Refinados caprichosos
Gustos de niño exigente.
Todo distes displicente
En un momento mejor.
De nada sirvió el amor
Brindado por mil mujeres
No pedistes pareceres*

*Te burlaste hasta de Dios.
Pendenciero bravucón
Tuviste fama de guapo
Y ya te queda un harapo
De lo que fue un corazón.
Por llenarlo de emoción
Lo jugastes en la vida
Como una ficha perdida
En el piso de un salón”.*

Una vida hecha del barro con que se amasan las leyendas difícilmente quedara sin registro sonoro. En 1940 adquirió la forma de tango para piano y banda, *Y qué te quedó, varón*, con letra de Francisco Urquiaga y música de Marcos Brizzio Córdoba. Este último hacía honor a su apellido, pues era cordobés auténtico y autor de los tangos *Mienten*, *Gallinita* y *¿Quién dijo miedo?* El tango estaba dedicado: “A Don Raúl Barón Biza, escritor de fibra, político sincero y pionero del progreso de las serranías cordobesas”. Unos años antes, Brizzio Córdoba componía y ejecutaba tangos para una orquesta de radioteatros cuyo pianista suplente era Raúl Felipe Lucini, que en 1952 llegaría a ser gobernador peronista de la provincia de Córdoba. Hubo otro tango compuesto por causa de Barón Biza, *Un café por cinco pesos*, en referencia al precio exorbitante de esa infusión que le fue solicitado con el

objetivo solapado de hacerlo abandonar un local al paso y que el millonario pagó como si nada. Y así termina aquel tango, mal:

*“Y qué te quedó, varón
De todo lo que ha pasado.
Un recuerdo prolongado
Que te invade el corazón.
Los años en sucesión
Se vengaron elocuentes
Surcos hondos en la frente
Grabaron tu pesadumbre
Y como una incertidumbre
A la suerte evocas hoy.*

*En el retiro obligado
De tu hacienda lugareña
Pareces la contraseña
De lo que fue tu pasado.
Sos un fósforo apagado
Y lo que fue llama un día
Quedó en la melancolía
De un amor no olvidado”.*

V

Se había preparado para el puesto concienzudamente, había estudiado los problemas de la educación, se había interiorizado en los nuevos métodos pedagógicos y era mujer de temple: el puesto era suyo. En junio de 1958 Clotilde Sabattini fue nombrada presidenta del Consejo Nacional de Educación. Fue la primera mujer argentina en disponer de un cargo gubernamental tan alto, con rango ministerial, y pronto desplegó su energía y capacidad para modificar el estado de las cosas, y conste que alguna vez diría de sí misma: “No tengo complejos, son propios de flojos, inferiores o desocupados voluntarios”. Durante su gestión se sancionó por ley el Estatuto del Docente, una mejora necesaria; y se promovió el doble turno escolar; y también la enseñanza de otro idioma; y se crearon las “escuelas piloto” y los programas de perfeccionamiento para maestros; y además se reglamentaron las cooperativas escolares. De suma importancia resultó ser el estatuto docente que, según aseveraba su hijo Jorge Barón, había “arrancado a miles de inocentes maestritas de las vicisitudes de los nombramientos a dedo y las garras peligrosas de los diputados donjuanescos”. También se ocupó de reincorporar a la docencia a 5.000 maestros que habían sido dados de baja en 1955 por aducir ideas peronistas. En junio de 1962 Clotilde Sabattini presentó

la renuncia, no sin antes ser condecorada por los gobiernos de Chile, Italia y Haití. Había sucedido que Arturo Frondizi, el presidente y correligionario suyo desde hacía quince años, su abogado también y padrino de su hija, había sido destituido por un pronunciamiento militar. En su carta de renuncia incluyó estas palabras: “Son los maestros argentinos a quienes les ha tocado en suerte la tarea de asegurar a la Nación su integridad moral”. Y por aquel tiempo Clotilde Sabattini había picado alto en la opinión pública, puesto que una encuesta encargada para saber quién era la “mujer del año en Argentina” reveló que “la Señora de Barón Biza” había concitado un 30% de las respuestas favorables; la Señora María Teresa Muñoz de Liceaga, diputada, un 14%; Isabel Sarli, mujer voluptuosa, un 10%; la periodista televisiva Pinky, un 8% compartido con la diputada Blanca Baigorria; y al fin Graciela Borges, actriz seria, se llevaba un 4% de los votos.

VI

Durante diez años Roberto será el compañero de viajes por el mundo de José Antonio, su secretario, su hombre de confianza, su enfermero, su valet, su proveedor de mujeres cuando era necesario y quien va lentamente volviéndose pudiente a través de sobrepagos ofrecidos por diversos comerciantes que pretendían vender mercancías a su patrón. Viajaron juntos por América y Francia e Italia y Grecia y España y Suiza y Escandinavia, y siempre, a la vera del camino, se abarrotaban de “mujeres, casinos, alcohol, jazz, boites, fiestas privadas en las que se pasaban ‘películas realistas’ y droga blanca”. En el mundo de José Antonio todo estaba sucio y nadie a su alrededor podía evitar salpicarse. Tampoco Roberto. Por cierto, todo esto sucede durante la década de 1920, un tiempo festivo, pues la población del Viejo Continente estaba deseosa de olvidar el horror de la Primera Guerra Mundial que, de paso, había arrollado con numerosos cerrojos morales. Mientras tanto María del Carmen promediaba sus estudios de medicina gracias a la ayuda monetaria que Roberto enviaba a casa desde lugares distantes. Ella no había dejado nunca de pensar en él, anulándose para otros hombres.

En Europa, Roberto había llegado al punto de la náusea dándose cuenta de que José Antonio se había transformado en piltrafa física y moral. Un intento de reposo y alejamiento en el campo con el fin de reponer la salud dañada termina malamente cuando llega de visita el malandra, el proveedor, el dealer, que no tarda en tentar a José Antonio con una “price de cocó”. De allí al

desastre en unas pocas horas. Roberto decide dejar atrás a José Antonio, compra un pasaje en barco desde Marsella a Buenos Aires y vuelve a la casa de campo para comunicar su decisión. Pero José Antonio está borracho y narcotizado junto con una muchacha belga llamada “Pon-Pon”, una turista de paso, y entonces Roberto pospone el comunicado hasta el día siguiente. En el transcurso de la noche, José Antonio, sin poder contenerse, golpea a la chica con un arma roma por causa de su negación a satisfacerlo y la mata, sin olvidarse de forzarla. Roberto, enterado del asesinato en la mañana siguiente, vacila entre denunciar a su amigo a la policía o ayudarlo a deshacerse del cadáver. Se decide por lo segundo. Luego parte para Buenos Aires aunque su destino final es Montevideo, donde viven su madre y María del Carmen. Inmediatamente antes, y a modo de agradecimiento y pago por su silencio cómplice, José Antonio le traspasa el título de propiedad de una estancia ubicada cerca del pueblo cordobés de Cruz del Sur.

VII

Y por enésima vez se las toma contra las lesbianas, las “garçons”, las “seudohombres”. Es una obsesión que le fue fiel de principio a fin. “La invertida generalmente se oculta tras una soltería que no nos explicamos, y hasta en mujeres casadas y con hijos. Al contrario de lo que se cree, la invertida no tiene por qué tener aspecto hombruno”. Como Barón Biza está convencido de que mandinga habita en el vientre de toda mujer, la “inversión” femenina puede ser despertada de un momento a otro puesto que “en menor o mayor grado” toda mujer la lleva dentro de sí. Además, la sodomía les está facilitada por sus costumbres, “como la de no llamar la atención”. Y encima se practica “en todas las clases sociales”. En fin, que la cuestión parece la cabeza y la cola capicúas del único problema en torno al cual gira la vida entera: el sexo.

A pesar de ello, ¡Barón Biza es un gran feminista! Eso dice él de sí mismo, atajándose: “Las mujeres no perdonaron al autor que las analizara en forma tan íntima y profunda, que recorriera las cortinas de sus alcobas y las exhibiera en forma tal que sólo les está reservada a los confesores o médicos. Pese a ello Barón Biza es un gran feminista. En sus libros siempre hay un aliento para aquella que quiere liberarse de lo superfluo y artificial”. En verdad, en sus libros no están ausentes los reclamos a favor de la libertad sexual de las mujeres: “Debemos permitir social y legalmente a toda mujer, soltera, viuda o divorciada, el libre uso de su sexo”, o bien, “los moralistas

deberán comprender que la libertad sexual y de concepción traerá también la libertad espiritual que acercará más pura y sinceramente al hombre y la mujer”. Más habituales son las filípicas dirigidas contra el matrimonio, al cual considera una claudicación y un pasaporte al infortunio, en particular para la mujer: “El lecho matrimonial es un potro de tormentos”. La convivencia transforma necesariamente a los tórtolos en un par de luchadores que se solazan en competencias de catch-as-catch-can. “La mujer que rechaza el acta matrimonial se adelanta a la sociedad del mañana: es la mujer del próximo siglo”. Toques feministas, sí, aunque cabe sospechar que su llamado a la “libertad de vientres” es menos emancipatorio que orgiástico, ya que su crítica de la comedia sexual hipócrita presupone a ésta obstáculo y desvío del imperioso llamado de la vagina al pene.

“¡Ah, las incomprendidas!”. Las mujeres “accionan de acuerdo al funcionamiento de su organismo”. Como consecuencia la voluptuosidad es más propia del mundo femenino, pero no es culpa suya sino de las glándulas que regulan su existencia. Desde el punto de vista de la especie ella vive para excitar el deseo del hombre: “Es su ley”. Y por ello la vulva femenina esconde un demonio aduanero y el acceso se paga con el alma. “El amor no es más que una reacción de hormonas”, la belleza femenina, “perecedera, apenas un señuelo”, y la cópula humana, “ocho tentáculos entremezclados, agitados epilépticamente en forma de monstruosa araña que agoniza”. Para colmar los males, las tablas descubiertas por el ginecólogo japonés Kiusaku Ogino otorgan a la mujer la posesión del secreto de los días fértiles y de los infértiles. En el tálamo nupcial ella puede ser dueña del mundo.

La evolución de la condición social de la mujer lo lleva a postular la aparición de un tipo femenino superador del conocido: “la Loba”. Están por todas partes, son Pandoras, y sus cajas diabólicas son en verdad una trampa de la naturaleza. En fin, el viejo tema suyo del hambre ovárica. “Las lobas ocuparán en un cercano futuro los puestos claves de la política y el comercio. ¡Y guay entonces de ti, si careces de cualidades que les atraigan! ¡Guay de los viejos impotentes!”. El hombre uncido al yugo femenino: he ahí su pesadilla. “En el mundo del mañana el hombre será convertido en esclavo por la hembra y así se cobrará los milenios que estuvo a su servicio”. Uno de sus personajes le deja en claro a un interlocutor: “Es nuestra era el siglo de la hembra; si nosotras sólo fuimos para ustedes placer y esclavas, ahora serán ustedes para nosotras nada más que una necesidad fisiológica; ¿no puede una mujer disparar un proyectil teledirigido?”.

Sin lugar a dudas, porque cincuenta años después, y en las mismas galerías subterráneas bajo el obelisco porteño que él se ocupaba de administrar cuando publicó estas ideas, se inauguró un evento artístico llamado “Barón Biza, Artista Conceptual”, que consistió de un cuadro o instalación alusiva a su vida, incluyendo una fotografía de su juventud, un retrato de Myriam Stefford, otro de Clotilde Sabattini, unos libros suyos, un revólver calibre 38, una botella de champagne en primer plano, y como fondo, un avión yéndose a pique. Durante la inauguración se hicieron presentes los mismísimos Barón Biza y Myriam Stefford, es decir sus personajes representados por dos personas vestidas de época, Myriam en atuendo blanco y Barón Biza ensombrerado y con abrigo forrado, cuello y solapas, con piel de nutria. Quienes fungieron a modo de Myriam Stefford y Barón Biza, ambos, eran mujeres.

VIII

Una vez en la Argentina Roberto se hace cargo de la estancia que le fue traspasada, la bautiza con el nombre de “Santa María del Carmen” y durante un par de años lucha denodadamente para hacer de la tierra reseca un campo de sembradío: instala un molino, compra caballos, cría ganado, siembra granos y cerca su propiedad con alambre de púa. Su estado de ánimo, en el tiempo que dedicó a preparar la tierra y apuntalar la estancia, era el de un penitente. Tanto esfuerzo no queda sin recompensa y al cabo Roberto se vuelve un hombre próspero e incluso un buen partido matrimonial. En tanto, María del Carmen, su compañera de juegos de infancia, ha obtenido el título de médica e instalado un consultorio.

Es por entonces que la “*beauté du diable*” hace aparición en la vida de Roberto: “Alta, delgada, armoniosamente formada, de cabello castaño oscuro con reflejos de incendio”. Se llama Aurelia y tiene quince años. Y esto sucede en el pueblo de Cruz del Sur que es, además, el nombre del diamante de 45 quilates que alguna vez Barón Biza obsequió a Myriam Stefford. El padre de Aurelia es el jefe político del lugar. Hasta ese momento ella ha languidecido entre el alumnado femenino internado en un convento. En ese “*harén sin sultán*”, algunas de las jovenzuelas “jugaban a los casados”. También Aurelia. Para la imaginación de una alumna pupila cuya pubertad transcurre entre disciplinas, muros y secreteos, el espécimen “hombre” resulta ser un fauno mitológico que, en el caso de Aurelia, se materializó bajo la forma de un senador amigo de la familia que la tomó por la fuerza.

Cuando se conocen Roberto le lleva veinte años a Aurelia, pero la atracción es inmediata. Ella quería liberarse de los dos claustros que había conocido hasta ese momento, la familia y el convento, y él deseaba formar un hogar y hacer fructificar la tierra como modo de redimir su complicidad en un crimen. Ambos se encontraron en ese minuto oscuro en que dos personas están dispuestas a enlazarse no importa lo que cueste y no importa quién se oponga, llamando amor correspondido a lo que no es otra cosa que una mutua “reacción de hormonas”. En fin, que la oposición familiar fue leve y Aurelia y Roberto se casaron y los primeros meses fueron “una fiesta de los sentidos”. Pero pronto llegan los meses de embarazo. Aurelia comprende tarde, y no sin rencor, que su libertad ha sido cancelada.

IX

No solamente Clotilde Sabattini asumió cargos en el gobierno de Arturo Frondizi, también Barón Biza, quien por un par de meses fue embajador sin cartera en misión diplomática a Hungría, país encapsulado tras la Cortina de Hierro. Viajó en octubre de 1958 y su objetivo consistía en la adquisición de material ferroviario. En la comitiva figuraba el ingeniero Fausto Newton, el mismo que había construido el monumento de Myriam Stefford un cuarto de siglo antes y que ahora era director de los Ferrocarriles del Estado. Se firmó un protocolo en Budapest, el viaje fue positivo. Sin embargo, quizás no fuera tan inocente ese viaje comercial a los países del Este. Apenas asumió el puesto de presidente, Frondizi mostró interés en estrechar las relaciones con la Unión Soviética, y esto en el contexto de la Guerra Fría, de modo que envió un delegado personal a Moscú, Isidro Odena, y luego al diputado José Liceaga, quienes también viajaron enmarcados en legaciones comerciales.

Pero Barón Biza no quedó en buenos términos con el gobierno de Arturo Frondizi, o así parece. A él parece referirse con esta frase de *Todo estaba sucio*: “¿Diputado? No conozco ninguno. Me revientan sus ínfulas de futuros presidentes”. Así las cosas, el 20 de mayo de 1959 hizo pública una carta abierta dirigida al presidente de la Nación. Poco antes, Barón Biza había llamado a una conferencia de prensa luego suspendida, pues Frondizi había aceptado concederle una audiencia. ¿Y cuáles eran sus cuitas? Lo acusaba de haber entregado puestos claves a las Fuerzas Armadas y de que, además, “muchos actos de vuestro gobierno en el orden interno y en especial en política exterior les marcaron rumbos contrarios a los tradicionales del Yrigoyenismo, bandera que usted levantó en su campaña presidencial”. Y

nuevamente amenaza con integrarse a las filas partisanas: “Los que desacordamos tenemos la obligación de enrolarnos de nuevo y continuar la lucha por ideales a los que servimos toda una vida”. La carta puede deberse a motivos doctrinarios, pero también a que fue dejado de lado por el gobierno, o por bronca acumulada. También hay que considerar los rumores de entonces acerca de Clotilde y Arturo Frondizi, supuestamente bien avenidos.

Cinco días después, en el feriado del 25 de Mayo de 1959, Barón Biza fue internado de urgencia en un sanatorio de la capital luego de haber ingerido una gran cantidad de barbitúricos. Ocurrió en la habitación de un hotel céntrico, el Continental. Pidió papel y lápiz, y escribió varias cartas, una de ellas para su esposa Clotilde, que llegó al poco tiempo, y tras constatar el estado de inconsciencia de Barón Biza se lo llevó a una clínica. Alguna vez escribió lo siguiente: “Si es verdad que para el vulgo es inadmisible que un hombre de la posición social y económica de Barón Biza pueda recurrir al suicidio como solución de su ‘fatiga de vivir’, es indudable que lo posibilita, ya que numerosos casos entre los aparentemente felices y poderosos, y no sólo entre los infortunados, de ese ‘tedium vitae’, son más comunes de lo que la gente imagina”. En todo caso, sobrevivió. Y apenas un mes después editó un folleto: “La gran mentira”. Se trata del prólogo y el epílogo de la novela que se publicará cuatro años después bajo el título *Todo estaba sucio*. En el folleto anuncia una nueva obra en preparación y nunca editada: *Los lobos te quieren manso*.

X

Inopinadamente se inserta en *Todo estaba sucio* un pedazo de otro libro que prometía enviar a imprenta, *Mis hermanos, los buitres*: “El politicastro tiene por sola razón de existir, trepar, subir, arrastrarse hasta la cumbre, llegar al poder. Para él no existe otra meta. No traiciona cuando traiciona; no miente cuando miente; no adula cuando adula; no promete cuando promete. Es su ley. Cumple su destino, como una maldición de la que no puede liberarse. Sus comienzos están en la mesa de café de un barrio cualquiera. Le consta que la vida es difícil, que el horario de oficina es estricto, que la paga es poca. Descubre una posibilidad de llegar charlando. Él hará que el horario del taller y la oficina sea menor, él obligará a las empresas a mejorar los jornales, él terminará con la policía torturadora y coimera; él hará respetar la soberanía, él cortará las uñas a los petroleros internacionales; él les obligará a comprarnos todo lo que nos sobra y vendernos todo lo que precisamos; él hará de su país

una potencia militar temida y respetada; él dará libertad de prensa y palabra; todos seremos felices y ricos. Pero tiene que llegar. Es entonces cuando la barra lo designa para ocupar un lugar en la larga lista de autoridades del subcomité político de la parroquia. Por primera vez ve el orgullo en los suyos, cuando les enseña su nombre impreso en vigésimo lugar de la lista. ¡Cuánto mejor se ve su nombre en letras de imprenta! El gerente le da licencia los sábados por la mañana para que atienda sus asuntos políticos (puede llegar —se dice). Rompe con la novia, pues su tiempo lo debe al país. Observa horas enteras frente al espejo roto y mugriento sus gestos de orador. Le sustrae dinero a la hermana, a la madre, para poder ser rumboso en el café. Obtiene prestado un grabador y escucha durante horas interminables sus peroratas revolucionarias, plagiadas de libros de discursos famosos. En la parroquia, el día de las elecciones internas, votan 219 afiliados —se votan a sí mismos—, pasa su nombre inadvertido y es electo. Tiene un cargo político. Puede pedir favores. En la oficina le aumentan el sueldo y le disminuyen el horario. La madre y la hermana le ofrecen sus ahorros para el nuevo traje. El tío —de mejor posición económica— lo invita una noche a cenar. Ha subido el primer escalón. La espera es larga. Las próximas elecciones están fijadas para dentro de dos años. Pero esto no lo afecta. Es joven, tiene tiempo. Se atreve a sentarse junto a los semi-capos y los aprueba humildemente, les miente multiplicando sus amigos afiliados, promete a todas las fracciones apoyarlas y las traiciona ordenando a sus pocos secuaces borrar los más capaces y peligrosos para su camino. Consigue un nombramiento de barrendero y otro de maestra. Su prestigio aumenta. ‘Cuando lleguemos —afirma— tú ocuparás el lugar que te corresponde’. Crea intereses en torno suyo. Ya tiene ‘barra’, casi secretarios ad honorem y que le prestan dinero para la impresión de volantes y afiches. Pronuncia en el comité frente a treinta personas su primer discurso. Habla de Yrigoyen —que sólo conoce en fotos—, de Alem el suicida, de San Martín... Ha leído *El príncipe*, *Mi lucha* y la historia de las revoluciones Rusa y Francesa, y aunque no las comprende, presiente que la historia se repite. Pasa horas y días en el pequeño cuarto de comité adulando. Le hace zancadillas al secretario del comité, y lo reemplaza. La elección se aproxima y sus ya numerosos amigos lo designan candidato a concejal por su parroquia. Llega. Ante el asombro y orgullo de sus familiares toma posesión de su banca en el Salón Dorado del palacio de la Intendencia. Su ex patrón lo invita a su casa, le presenta a su esposa, su hija soltera y le pide que trate de obtener una concesión que ‘les puede reportar a ambos fabulosas ganancias’. Le indica además cómo proceder con sus camaradas. Los atrae a varias

entrevistas en donde el whisky importado no se mide, les promete participación, garantizada por la palabra de su ex patrón y un amanecer cualquiera, con quórum mínimo es aprobada por los complicados. El reparto se cumple. Sus colegas lo admiran y ya no lo discuten. Compra a plazos un auto, que nunca pagará, pues el vendedor está en violación municipal y en réditos. Invita a salir con él a la hija de su ex patrón y termina en amores con la esposa de aquél. Si llegara a diputado, él podría obtenerle para la empresa la exclusiva de la venta de nafta a los aviones, en el aeroparque. Hacen números juntos. La multiplicación recuerda la bíblica de los peces. Pero hay que costear su campaña. La duda por la inversión se termina cuando la esposa y la hija lo apoyan. Y vuelve a triunfar. Ya es diputado nacional. Tiene privilegios e inmunidades. Se votan aumentos de dietas y viáticos y se obtiene la concesión de los carritos de la Costanera o puestos callejeros que se subalquilan a peso de oro adelantado. Su cuenta bancaria se traslada al Uruguay. Se hace invitar oficialmente por un país cualquiera y aprovecha para regresar con un valioso contrabando. Regalos para los ministros —dice sonriendo al vista aduanero”.

XI

Veinte años han transcurrido desde que Roberto y Víctor, el tercer muchacho del grupo de infancia, compartieran juegos infantiles. Ahora Víctor está preso en la cárcel de Villa Devoto por causa de sus actividades revolucionarias. Roberto le hace una visita y le inquiere con sorpresa por su condición, habiendo sido desde siempre un hijo de familia “bien”. La respuesta es nítida: “El hombre satisfecho es un cerdo”. La descripción del personaje no es otra cosa que un currículum político del autor: “Financió campañas políticas, revoluciones, repartió armas que con amargura comprobó que fueron pignoradas en casas de compra-venta; subvencionó periódicos partidarios, pensionó a madres e hijos de correligionarios prófugos, salvando así las honras de muchos que mañana llegarían a las Cámaras y los alfombrados despachos ministeriales; ayudó a escapar, ocultó perseguidos de todo color político, costó los trenes que llegaban repletos de la urbe para llorar por el líder muerto y cuando el partido necesitó que alguien enfrentara al poderoso general, jefe de policías bravas y asesinas, temblorosos y tartamudos, recurrieron a él”. En fin, después de tantos años Barón Biza seguía agriado por viejos rencores políticos. Víctor, tanto como José Antonio, e incluso Roberto, parecen desdoblamientos del autor.

XII

El día de su inauguración, en el año 1936, el Obelisco fue bendecido por Santiago Copello, que había sido elevado al rango púrpura poco tiempo antes. Se diría un buen augurio, aun cuando a comienzos de la década de 1940 el Concejo Deliberante de la ciudad resolvió demolerlo para hacer lugar a una estatua gigante en honor de Hipólito Yrigoyen. No obstante, el injerto prosperó y pronto reemplazó a la Pirámide de Mayo como mojón simbólico de la ciudad. Debajo del enorme monolito hay dos galerías subterráneas, denominadas “norte” y “sur”. Una vena y una arteria. Fueron inauguradas en 1949, pero diez años después se habían convertido poco menos que en un tugurio: refugio de vagabundos y depósito de materiales. Fue por entonces, en el inicio del gobierno de Arturo Frondizi, que Barón Biza ganó una licitación pública para administrar esas galerías situadas bajo la Avenida 9 de Julio.

¿Por qué quiso ganar esa concesión? Oportunidades de hacer dinero hay muchas en la ciudad. ¿Por qué justamente el Obelisco, contra cuya erección había competido con un monumento aun más imponente? ¿Venganza tardía contra Mariano de Vedia y Mitre, el intendente que lo mandó edificar? ¿Voluntad de manipulación del falo de Buenos Aires? ¿Y qué planeaba hacer con dichas galerías? Vio la posibilidad de transformarlas en un negocio y de recuperarlas como lugar de concurrencia y de consumo, al estilo de los pasajes parisinos que había conocido de joven. Pues bien, Barón Biza logró que se instalara una oficina de correos y teléfonos públicos y la caja de ahorro postal y dos librerías. Eso atrajo clientes y transeúntes. Al mismo tiempo, en sus oficinas, hizo colocar un asiento pequeño frente a su escritorio para que se sentaran sus entrevistados. Escenografía y amedrentación.

Conflictos no le faltaron. En octubre de 1962 un grupo de sus inquilinos llamó a una conferencia de prensa con el fin de solicitar la caducidad e intervención de la concesión. En el mismo año intercambió solicitudes públicas con el doctor Bernardo Velar de Irigoyen, ex ministro de Justicia y miembro de una comisión gubernamental que había investigado sus actividades. Terminó pidiendo excusas por la prensa. Hay gente que rememora un último encono que lo enfrentó al dueño de la joyería Ricciardi, por causa de la tasación de varios diamantes valiosos, marca Cartier, que habían pertenecido en vida a Myriam Stefford y de los que ahora, treinta años después, se desprendía. Barón Biza habría conchabado a un vendedor de panchos para que instalara su chiringuito frente a la joyería, con el fin de deslucirla. El vendedor ambulante allí estacionado fue corrido una semana

más tarde, al prosperar un pedido hecho por Ricciardi a las autoridades municipales, y entonces Barón Biza decidió enviar una caja de bombones a las oficinas de la joyería y una corona fúnebre a la casa de su dueño.

Entre los datos laterales de ese tiempo, cabe mencionar que lo habría atendido el psicoanalista Enrique Pichon Rivière; que en ese tiempo la secretaria personal de Barón Biza contrajo enlace matrimonial con Tristán Antonio Díaz Ocampo, más conocido por su nombre artístico de “Tristán”, incipiente actor de reparto del teatro de revista, más tarde conocido partenaire de varios capocómicos y eventualmente candidato a intendente de la ciudad de Pergamino por el partido peronista; y que también por ese tiempo solía aparecerse por la concesión un pintor boliviano llamado Benjamín Mendoza y Amor.

XIII

Ha pasado un año desde el día de la boda, ha nacido el hijo de Aurelia y Roberto, y la pareja ha decidido realizar un largo viaje de ocio por Europa. El niño queda al cuidado de María del Carmen, en Montevideo. El periplo comienza en Barcelona: pasearon, compraron y bailaron, y un mundo de “sedas, risas y brillantes” desconocido en su vida pueblerina deslumbra a Aurelia. Después se dirigieron a París, donde hace su aparición Renée Lepardon, ex modelo y compañera de juergas de Roberto y de José Antonio en otras épocas. Ella es mujer de mundo y durante varios días se dedica a aleccionar a la joven Aurelia, revelándole los secretos de la vida mundana, se diría “tallándola”. Su primera lección: “Lo único que realmente es nuestro es la belleza del cuerpo; es un capital, da renta y no paga impuesto”. Y sigue una retahíla de consejos y advertencias de vieja vizcacha o de amante entrenada en un mundo regido por hombres: la juventud debe ser aprovechada porque el espejo es inevitablemente sincero, ahora y siempre; de los partos hay que cuidarse pues deforman el cuerpo; de lo único que hay que arrepentirse es de los placeres no concedidos o no aceptados; y así sucesivamente. “La vida, para nosotras, es el hombre. Él significa alimento, abrigo, seguridad, placer. Lo importante es no llegar a vieja sin historia”.

Aurelia confiesa a Renée estar embarazada sin desearlo y sin que Roberto esté al tanto del tema. Renée, solidaria, la acompaña a visitar a un médico “barato, alcohólico y granujiento”. Mientras tanto, José Antonio, enterado de la visita de Roberto a París, escribe desde Venecia invitando a todos, casi ordenándolo, a pasar unos días de recreo y deleite en Italia. Allí, la

inexperiencia de Aurelia, y también la curiosidad, la impulsaron a aceptar un flirteo con José Antonio, el antiguo amigo y dueño de la vida de Roberto, una aventura a la que no se atrevió a negarse para no pasar por una “mojigata provinciana de Sud América”. ¿Qué había sucedido? Que Renée, amante de José Antonio, la había entregado como si fuera su “macqueraux”. Y aunque la posesión no se consuma, por resistencia de Aurelia, y aunque ella dirige su furia contra Renée, esta misma completa su educación: “Los millonarios son seres superiores y con problemas más importantes que el de la fidelidad, sentimiento inferior, de otras épocas y de sub-razas”. En ese mundo los cazadores furtivos no pagan por la presa. En el largo viaje de regreso en transatlántico Roberto se da cuenta de que el corazón de Aurelia ya no le responde. Lo trata como si él fuera un fastidio, como si ella se hubiera despabilado de un sueño amniótico, como si ambos hubieran hecho carne que su matrimonio había sido consecuencia de “un día de primavera hecho pimienta en la sangre”. Para el futuro sólo quedaba fatigar al amor, ejercer la tolerancia y administrar el odio.

XIV

Como si ya no hubiera colmado todos los casilleros improbables, encima era antisemita. No le faltaba ninguna pieza para dar forma a la figura del infame, puesto que así fue que quiso irse de este mundo: de la peor manera. Es la misma pestilencia de siempre, el discurso de odio dirigido esta vez no a las mujeres sino a los judíos. En los primeros libros no hay parrafadas antisemitas, aunque puede detectarse alguna huella larvada. Pero en *Todo estaba sucio* hay una larga diatriba antisemita, una emulación idiota de *Los protocolos de los sabios de Sion*, una interpretación de la conducta humana y de la historia en clave racista. Es más de lo mismo: abyección, resentimiento y estupidez. Por cierto, Barón Biza no olvida la cuestión de las mujeres, pues la lucha de los sexos resulta ser, para él, previa a la lucha de clases y a la de razas. Ridículamente, cree que las mujeres judías son más fieles a sus hombres que las cristianas por cuanto “la rápida eyaculación de los no circuncisos deja generalmente insatisfecha a la compañera y ello la predispone al histerismo y al divorcio”. Ironía póstuma: la calle de su mansión, en la cuadra de la avenida Quintana, fue rebautizada como Levene, apellido de criptojudío.

XV

Cuando Roberto y Aurelia vuelven de Europa recuperan la tenencia del bebé de un año que había quedado a cargo de María del Carmen, en Montevideo. Sin embargo, pronto se desata un conflicto de celos entre ambas mujeres, la dueña legal del niño y la madre sustituta, quienes se recriminan mutuamente descuidos e intenciones aviesas. En tanto Roberto descubre que de su caja de seguridad en el banco faltaban miles de pesos en títulos hipotecarios. Alguien los había retirado. Ha sido Aurelia, que confiesa habérselos entregado a su propio padre con el fin de subvencionar una campaña electoral en el pueblo de provincia. Ella no había intentado perjudicarlo, tan sólo ayudar a su familia. Pero el padre había perdido los comicios y el dinero ya no podía ser devuelto. Roberto se retira disgustado y esa noche se entrega al alcohol. Cuando regresa a la casa de María del Carmen, en estado lamentable, ésta lo atiende y consuela, y pronto se confunden uno en brazos del otro, y luego en posición aun más comprometida pero no consumada. Repentinamente Aurelia aparece por una puerta y tras arrastrar al casi desvanecido Roberto fuera de la habitación le sugiere despectivamente a su rival: “Cuando tengas ganas de hombre, gánalo; no lo robes”. Al regresar ambos a la estancia, en el pueblo de Cruz del Sur, Roberto descubre que está arruinado. Para colmo de males su matrimonio tambalea y una persistente sequía asuela la región por meses y por años. Mientras Aurelia pasa buena parte del tiempo en Buenos Aires, estudiando, Roberto lucha contra la tierra reseca y hunde sus pesares en las aguas movedizas del alcohol. Al fin, entre la espada y la pared, no le queda otro camino que hipotecar sus tierras a un usurero. Está acabado.

XVI

“En pocos años más llevaremos en las astronaves a otros mundos todas nuestras leyes, nuestros dioses, nuestras enfermedades, y las impondremos a sangre y fuego como en la conquista de América, África y Asia. ¡Guay entonces del Universo!”. Barón Biza deja en claro, desde el vamos, su apotegma máximo: que la humanidad es una peste, certeza de la que desprende el resto de sus verdades. El asco por los seres humanos no es un tema raro en la literatura, pero no abunda en la Argentina: “En la escala zoológica, el hombre y por adelantado la mujer pueden clasificarse entre las especies más repulsivas y antiestéticas”. Se diría que es cuestión de gustos, y de todos modos el disgusto no puede ser eterno: “La muerte la creó Dios para

que no lo maldijéramos por habernos dado la vida”. Bien, así las cosas, sólo queda la inmanencia, la nuda vida en la tierra, pero resulta que las tierras se fueron arando “en una infatigable explotación y robo, en un continuo aniquilar al indio, cuyo solar fue convertido en tierras de asalto, botín y saqueo y cuyas hembras, a más de tales, vieron doblados sus trabajos de bestias”. Pero la política existe, quizás el estado de cosas pueda ser revertido: “Los partidos políticos son ejércitos civiles dentro de los propios países que en vez de plomo usan como arma la promesa”. ¿No hay políticos decentes? Los hay, “son los eternos candidatos a los homenajes póstumos”. ¿Todo está perdido? No, queda la fuerza propia: “No tiene valor toda ley que te condene a vivir de rodillas cuando por ley natural tienes derecho a vivir de pie”. ¿Qué se puede hacer?: “Cuando te canses —porque te cansarás— te acercará a Caín, un Caín que marcha enarbolando un trapo rojo y lleva un poco de dinamita en su bolso”. ¿Y con respecto al lote nacional que nos tocó en suerte? Ah, eso es cosa distinta, porque a este país llegó el “Anticristo” y con “ambición de tiranuelo y sonrisa dentífrica”. O sea Belcebú, el Pocho, Juan Domingo Perón.

¿Los seres humanos?: “Fieras de sombrero y perras de taco alto con rouge en el hocico”; ¿la ley?: “La conveniencia del grupo más fuerte”; ¿la policía?: “Judas que disparan contra sus propios hermanos”; la posibilidad de subsistencia al nacer, dificultosa, puesto que “ya todo tiene un cerco, una cerradura, un dueño”; ¿los poderosos?: “Todo pueden comprarlo, mercarlo, destruirlo o ennoblecerlo”; ¿los moralistas?: “Lo son por falta de riqueza o por cobardía”; ¿la buena vecindad?: “El hombre es el enemigo natural del hombre”; ¿las alternativas?: “Ser parte de la jauría o del rebaño”; ¿las revoluciones?: “Desahogos de hambrientos que duran minutos”; ¿la democracia?: “Un permiso para criticar públicamente a los ricos sin consecuencias importantes”; ¿la nación argentina?: conformada por “aventureros o vagos, caballeros de la industria y mujerzuelas, intestinos de barcos, mugrientos residuos de bodegas, aristócratas castigados por su rey o por su padre”. ¿Y la especie?: “No puede descartarse la posibilidad de que en épocas remotísimas hayan aterrizado involuntariamente naves espaciales y que nosotros seamos sus descendientes”. Largo es el rosario de la misantropía.

XVII

Ya al borde de la desesperación, Roberto se entera de que José Antonio ha sido nombrado embajador por el nuevo gobierno. Le escribe y recibe un telegrama en respuesta: “Baja a Buenos Aires. Encuéntrame Plaza Hotel”. Como en los viejos tiempos, José Antonio es su carta de salvación. Al reencontrarse, Roberto descubre que su amigo se ha vuelto peronista a pesar de ser rico y de que su apellido revele la pertenencia a la clase oligárquica execrada por el régimen reciente. José Antonio lo actualiza: “Descamisado es una palabra simbólica, significa una bandera, la rebelión de los oprimidos contra los opresores. No es necesario que la camisa sea sucia y de algodón”. En definitiva, el nuevo Partido Justicialista es un efecto de aluvión y José Antonio es parte de la resaca. Él puede solucionarle el problema de la hipoteca fácilmente, pero Roberto ha de afiliarse al partido. A poco de suceder este encuentro y en una cena a la que también concurre Aurelia, José Antonio le ofrece a la mujer de Roberto una candidatura a diputada, teniendo en cuenta que ella sí es afiliada al partido y que éste andaba a la búsqueda de mujeres “capaces”. Aurelia acepta el ofrecimiento pero Roberto se niega a sacar el carnet salvador. Los lazos que alguna vez unieron a los esposos se sueltan, pero las consecuencias de tal asunción sobre Roberto suponen una devastación espiritual: “Fue como si a un carnero le crecieran garras y colmillos”. La incapacidad de aceptar la marchitez del amor y un enjambre de celos transformaron su corazón en caja de música desafinada. Un día Roberto recibe una nota de Aurelia que le anunciaba su pronta visita y cree leer en la misiva el rastro borroso de una carta escrita inmediatamente antes y dirigida a otro hombre. El esposo se ciega y únicamente piensa en truncar la vida de Aurelia. En la estancia, durante su estadía, Aurelia cae de la montura de un caballo y se hiere superficialmente, pero pronto desarrolla una infección peligrosa. Iracundo e irreflexivo, Roberto le retacea los medicamentos debidos a Aurelia, quien muere pocos días después: “Roberto se había cobrado un derecho de selva”. Luego del entierro, el viudo reciente se entera, por una confidencia del amante de su cuñada, que la carta aquella que él había atribuido a su esposa la había redactado en verdad la hermana. Enloquecido ante la revelación Roberto destroza una botella de alcohol sobre la cabeza de ese hombre. Va preso.

XVIII

Sucedió en un edificio de departamentos de la calle Esmeralda, el 16 de agosto de 1964, un día domingo, en casa de Barón Biza. Ya había caído la

tardecita. Clotilde Sabattini llegó junto a sus abogados. El tema del día era el divorcio vincular, aun cuando ellos ya estuvieran separados desde hacía cuatro años al menos. Atrás habían quedado las épocas de felicidad conyugal y las de desavenencias, atrás quedaron los tiempos en que habían criado a sus tres hijos, tres décadas habían transcurrido desde el día de la boda. Es el ciclo del eclipse que se corresponde con infinidad de matrimonios, aun cuando cada historia particular extraída de la estadística sea inconfundible, irrecuperable e irrepetible. Al día siguiente la fiera periodística mostró sus colmillos, no sin razón esta vez: “Barón Biza escribió con sangre su última página”, “Un hombre quebrado por una vida anormal”, “El adiós bárbaro de Barón Biza”. Tampoco se privaron del morbo: “Barón Biza era conocido como ebrio consuetudinario y toxicómano”. Cuando todo ocurrió Clotilde Sabattini tenía cuarenta y cinco años, era muy joven aún, y se parecía a Susan Hayward, actriz de carácter por entonces bien conocida. Alguna vez Barón Biza escribió: “Penetrar en las sombras, cuando uno lo mande y no cuando se lo manden. Liberarse de la muerte, chistándola...”. Pero esto le concernía a él solamente. En un momento dado de la reunión, Barón Biza se sirvió whisky. También había dejado escrito, años antes: “Debemos dejar a nuestros hijos más libertad de la que recibimos”. Pero eran solamente palabras. Quizás ya estuviera terminando la reunión cuando Barón Biza se acercó hasta Clotilde Sabattini y le arrojó el contenido líquido a la cara. Él era consciente de estar a punto de cometer un hecho irreversible, imperdonable e infame. Había puesto ácido corrosivo en el vaso de whisky.

XIX

El signo de la cruz se hace imprescindible como nunca pero es inalcanzable. El desánimo cunde por toda zona del cuerpo que aún mantenga alguna resistencia y entonces se es arrojado a cualquier lado hacia todos los lados hacia arriba hacia abajo contra todas las aristas de las cosas y también, inevitablemente, hacia las tinieblas. La mente estalla y se disemina como un alud candente que todo lo corroe a su paso, garganta, pulmón, estómago, sexo, simbólicamente hablando, pero también a dentellazos. Se lucha en forma denodada para seguir creyendo, para seguir amando, para seguir incluso aullando de amor en el vacío, pero toda petición es rechazada. La expulsión es siempre hacia un valle de lágrimas. Y encima la jauría de fotógrafos y periodistas babeando por anticipado por su tajada de crónica roja. Una septicemia espiritual generalizada toma el cuerpo, los postigos y las

cortinas del corazón se desploman y este mismo se comprime y arruga como un ají morrón que ya no tuviera valor nutricional alguno. Es la consecuencia de una decisión cruel injertada en el ánimo al igual que lo haría una sanguijuela que se apostara a la espera del momento de debilidad máxima del desconcertado huésped, el instante en que ya no es capaz de defenderse del avieso anfitrión. Entonces, una piedra de hielo se abre paso por el esternón y se aloja en el centro de gravedad del cuerpo y tanto pasa de lo más gélido al ardor máximo como del falso reposo a la agitación más inconducente. Una piedra filosa que nunca dejará de ser el contrapeso de los días aparentemente ligeros y de las noches que simulan ser clementes.

XX

En los tribunales el fiscal pide una pena severa para castigar la agresión de Roberto, quien había dejado malherido al hombre que le había puesto al desnudo el horror del acto mortífero cometido contra su propia esposa. Pero como la justicia es ciega pero no sorda se atienden las influencias de su amigo José Antonio y pronto disfruta Roberto de las ventajas de permanecer en la enfermería de la prisión y después, de la libertad condicional. Inmediatamente antes Roberto comparte celda con un preso recién llegado, quien se presenta de esta manera: “Yo fui concesionario municipal”. Y así cuenta su triste historia este nuevo personaje, por cuya voz habla el auténtico Barón Biza: “Me presenté y obtuve, por mejor postor, en licitación pública realizada en el Banco Municipal, la explotación de un pasaje que estaba abandonado desde su construcción, hace ya veinticinco años, y que servía de refugio de pordioseros y malandras”. Pero —sigue el relato— luego de la caída del gobierno se había formado una comisión investigadora de supuestos “negociados” y lo acusaron de que a su contrato de concesión le faltaban “una coma aquí y un acento allá”. Esa comisión, formada por “cuatro o seis viejos, posiblemente impotentes y resentidos por su edad”, usó a su persona con el fin de salpicar de barro a los gobernantes depuestos. Bien, el hombre no deja nunca de refunfuñar. Una vez en libertad condicional Roberto decide huir al Uruguay y rehacer su vida en compañía de María del Carmen. Pero muy pronto esta opción se le revela necia: su propia alma no era más que un guiñapo. Llegando a Montevideo, el alcohol, “el último amigo del hombre”, ya ha hecho mella definitiva en su cuerpo y Roberto deriva sin ton ni son por la costanera de la ciudad. Por la noche se encuentra con un policía que

malinterpreta un movimiento en falso suyo, disparándole entonces, y matándolo.

XXI

Primero habría probado con estricnina, un alcaloide que se extrae de la nuez vómica y del haba de San Ignacio y que es, por cierto, un veneno muy activo, pero falló, y vomitó el contenido. Luego, Barón Biza se encerró en el dormitorio de su departamento. Se sirvió un whisky, quizás para animar al valor. Ya habían pasado varias horas desde la horrible violencia cometida contra su esposa. Era el final. Se recostó sobre la cama, vestido con una robe de chambre adornada con caireles de seda, con el vaso aún en la mano, y así se fue al otro mundo, precedido por el estruendo y fulgor del disparo de un revólver 38 largo. Fue su última eyaculación. Y quizás sea cierto el rumor de que el comisario Magdaleno, a cargo del operativo de forzar las puertas del departamento, se encontró con el retrato gigante de una sonriente Myriam Stefford que cubría toda la pared. Al otro día, un periódico informó lo siguiente: “La pieza teatral denominada ‘Raúl Barón Biza’, una especie de sainete teñido de sangre, escrita, protagonizada y financiada por Raúl Barón Biza, ha terminado. Cayó el telón sobre la obra”.

XXII

“¿Cuántas veces vuelve una cara? ¿Cuántas veces vuelven muchas caras juntas? ¿Cuántos niveles de caras soporta la memoria?”. Estas preguntas orientaron a Jorge Barón durante el derrotero argumental de su novela *El desierto y su semilla*, del año 1998, a fin de poder contar el vía crucis de su familia. Porque quien quiso ser “guerrero caído en su ley” fue más bien el señor hindú que obliga a su viuda a inmolarse consigo. La novela cuenta la historia posterior a la agresión que Eligia sufrió por parte de Arón, tales los nombres de sus personajes. El narrador se hace llamar Mario Gageac, pero Gageac es el nombre del castillo, y de la región donde está emplazado, de la que proviene la familia Barón. En el libro se cuenta con minuciosidad y delicadeza el rumbo seguido por Eligia luego de que sus manos y rostro fueran carcomidos por el ácido, tanto como la dignidad con que sobrellevó su padecimiento. Y se presenta, como entre sombras chinescas, una visión compleja y desconcertada de Arón, el padre del narrador: “El viejo había sido

violento, cruel, furioso, pero hizo las cosas con pasión, se había jugado por ideas, había gastado fortunas en combatir a los dictadores, después de malgastar otras mayores en putas europeas”. Todos los oficios y vicisitudes asumidos por los protagonistas de la novela de Jorge Barón tienen inmediata intimidad con el cuerpo: cirujanos plásticos, enfermeras, prostitutas, pacientes postrados en sanatorios, propietarios de casas de pompas fúnebres, el cadáver embalsamado de Eva Perón. Es ésta una obra singular y notable que se integra a los pocos libros argentinos que interrogaron el drama de la carne. Cabe destacar la restitución al lenguaje escrito del cocoliche, ese “diálogo entre el saber y el no saber”, que Jorge Barón realizó en su libro. La novela finaliza sopesando los pesares y las fuerzas del narrador. También especifica que una de las motivaciones del suicidio paterno consistía en “demostrarle a Dios cuánto había fracasado con su persona”. A medida que avanza el relato, y transcurre el tiempo de reestablecimiento de Eligia en Milán, el alma de Mario Gageac, hijo de esa pareja que había vivido en un “apasionado divorcio infinito”, se va enrareciendo, criando furia contra el “humanismo sonriente” imperante en todos lados y encarnando en sí mismo la imagen rota del pasado, presente y porvenir de una tragedia.

XXIII

La historia posterior a los acontecimientos verdaderos es triste. Clotilde Sabattini residió en Italia, en Milán, entre 1965 y 1970, acompañada por Jorge Barón, curándose el rostro en la medida de lo posible. Mientras tanto, bajo tierra, en el cementerio mayor de la misma ciudad, yacía el cadáver embalsamado de Eva Perón, enterrado en secreto en el año 1957 bajo el nombre de María Maggi de Magistris y con el rostro dañado con saña por desconocidos, que bien pudo ser obra de hombres de la Marina o del Servicio de Informaciones del Ejército. Recién en 1971 le fue devuelto el cadáver de Eva Perón a su viudo, en Madrid. Años antes Clotilde y Eva habían sido enemigas políticas, pero las paradojas de la historia argentina se habían intensificado mucho hacia 1973, cuando Clotilde Sabattini colaboró en la campaña electoral que llevó al peronismo a la presidencia. Su partido, el desarrollismo, apoyaba ahora al viejo enemigo político de su familia con la fórmula del Frente Justicialista de Liberación. En aquel comicio, Ileana Sabattini, hermana de Clotilde, fue electa legisladora provincial, en Córdoba, pero por el radicalismo.

Acerca de la relación que mantuvieron sus padres escribió Jorge Barón: “La violencia se presenta en nuestras vidas como una sorpresa inmerecida, excepcional. La crónica recoge momentos sangrientos de la vida de mis padres —los momentos culminantes de una tragedia— y quedan entre líneas los días con amor pero sin historia. Las cartas cálidas de los primeros años, los largos esfuerzos posteriores que ellos hicieron para recomponer los primeros tiempos felices. Hay un film de Truffaut que tiene como lema ‘ni contigo ni sin ti’. Éste debe de haber sido el espíritu que se apoderó de Raúl Barón Biza y Clotilde Sabattini en los momentos finales de su matrimonio. La separación es un hecho impensable cuando sólo hay amor; es el recurso más fácil cuando sólo hay odio. Pero la separación es un engorroso desgarramiento personal cuando el amor y el odio son un mismo y confundido elemento pasional en nuestro corazón”. Extraordinariamente, Cupido es el símbolo del vitriolo en la Alquimia.

Pero el 25 de octubre de 1978 Clotilde Sabattini se arrojó al vacío desde el mismo departamento donde había sufrido la agresión y vivido sus últimos años, y el 24 de junio de 1988 su hija María Cristina Barón se quitó la vida, y el 9 de septiembre del año 2001 su hijo Jorge Barón también se lanzó al abismo.

XXIV

Un día después de la violencia sufrida por Clotilde Sabattini y del suicidio de Barón Biza, una noticia periodística informó lo siguiente: “En el hospital camina nervioso, sin detenerse casi nunca, un muchacho de 20 años, uno de los tres hijos de este matrimonio deshecho con rara violencia. Con la barba crecida y los ojos desorbitados, trata de comprender algo en ese drama absurdo que ha caído como un martillazo sobre la vida de su familia”. Era Jorge Barón. Cuando alguien comete un acto espantoso el drama pasa de inmediato a posesión de los sobrevivientes. Cuando ese drama último instala entre los próximos —y entre los contemporáneos— el estigma perpetuo de lo imperdonable, la herida no cicatriza jamás. Quien se va a ultratumba con un acto de desprecio, y despreciable además, abandona a los suyos una herencia ininteligible. Jorge Barón comprendió que había sucedido un acontecimiento inaudito y gigantesco, algo parecido al apagamiento instantáneo de un sol o al descentramiento súbito de una personalidad. Sobre el final de su vida buscó cauterizar, o bien auscultar, la herida de haber aprendido tan temprano que la carne es un laberinto.

Sobre su dolor, escribirá: “He luchado con mi historia familiar, con la manera en que debo acomodar los hechos para seguir viviendo. Procuré durante muchos años no decir una palabra sobre el tema. Después traté de espantar fantasmas girando con lupa y escalpelo en torno de viejos episodios. Ahora sé que no hay nada que acomodar, ni ocultar ni exhibir. Que cada amor conserva sus huellas propias, en las que están impresos, más allá de las palabras, los sentimientos: que éstos sólo son contradictorios para las palabras, pero que permanecen firmes, poderosos e inexplicables mucho después de que morimos”. Cuando escribió su novela Jorge Barón logró eludir la doble tentación del patetismo y del psicoanálisis. La hizo seca, meditativa, interrogante. Pero allí incluyó esta frase: “La tormenta de Arón jadea en mí”, siendo Arón, reconociblemente, Barón Biza.

Era una tormenta de zarpazos y puntapiés, de aldabonazos enloquecidos sobre un gong de carne inerte, de millones de glóbulos sanguíneos estallados como minas antipersonales, de órganos descalabrados aullando como perros encadenados a los que se acabara de seccionar una pata, como perros de la carne. Ay Job, el eremita involuntario. Barón Biza había escrito en su último libro: “¡Piedad por los que van a venir, por lo que aún no son! ¡Piedad para ellos, hasta que fuertes y vigorosos puedan llorar y negarte!”. Pero él reclamaba lo que no fue capaz de dar. Su hijo, recordando a sus progenitores, declaró: “Mi padre, un ser desconcertante al que quiero; mi madre, un ser maravilloso al que adoro”. Esto dijo Jorge Barón en el año 1999. Quiera Dios tenerlo en su santa gloria, y apaciguarlo, por los siglos de los siglos.

EL MAGNICIDA

I

En el aeropuerto de Manila, ciudad capital de la República de las Filipinas, un hombre aguardaba ansiosamente la llegada de un avión. Junto a él también esperaban una comitiva oficial, dignatarios de la Iglesia, fotógrafos de las principales agencias de noticias del mundo, curiosos y muchos creyentes. Eran tiempos en que no era tan difícil acercarse a los poderosos. El hombre, al que cabe suponer estremecido hasta el hueso y excitado por la vaga conciencia de su próxima metamorfosis en personaje famoso, o bien infame, disimulaba sus intenciones mediante un falso hábito sacerdotal y un crucifijo en la mano. Pero bajo la toga aferraba un cuchillo, un kriss malayo, cuya hoja curva de acero medía treinta y dos centímetros. Luego se comprobaría que la daga tenía una inscripción: “Balas, supersticiones, banderas, reinos, basura, ejércitos y mediocridades”. Eran las nueve de la mañana del 27 de noviembre del año 1970.

II

Había nacido un 31 de marzo de 1933 en La Paz, Bolivia. Quizás es lo más cerca del cielo que se pueda nacer. En la adolescencia descubrió que era surrealista. Descubrió también que le era posible pintar con ambas manos aunque todavía no barruntaba que la suerte no iba a ser pródiga con su vocación. Creció callado y poco dado, taciturno quizás. De estatura corta, su fisonomía exponía la viva imagen de un nacional del altiplano y nada en él anunciaba a un futuro magnicida. Ansiaba viajar: la Argentina en primer lugar, los Estados Unidos y el extremo Oriente después. Llegaría a dar la vuelta al mundo, pero su jornada quedó en suspenso al alcanzar los treinta y seis años, y el regreso sería en cadenas. Le había llevado la mitad de la vida llegar tan lejos, y tan lejos también de la gloria artística como cercano a los títulos catástrofe de primera plana de periódico.

Todavía en La Paz había trabajado para la USIS, el servicio norteamericano de información. Años después no faltarían suspicaces que le encontraran al atentado una conexión con la CIA. En 1959 abandonó Bolivia y se dirigió a Brasil, como representante de su país en la V Bienal de Arte de São Paulo. Fue por entonces que decidió instalarse en la Argentina. En Buenos Aires, al principio, pudo mostrar su obra: en 1962 expuso en una sala del Concejo Deliberante de la Ciudad de Buenos Aires, pintó también en el Hotel Llao Llao de Bariloche, y exhibió sus obras en la tradicional galería de arte Witcomb. Pero la mala época llegó, y parecía constante. Intentó vender sus cuadros en el barrio de San Telmo, vivió en locales vacíos de la calle Corrientes, y al fin no tuvo más remedio que esbozar retratos de las clientas de una peluquería de la Recoleta para vender en el acto. Y a cambio de comida pintó obras en las paredes de un restaurante aledaño al teatro Ópera.

En la historia de las vanguardias estéticas del siglo XIX también hay capítulos reservados para la penuria y la mala nutrición, pero aquellos pintores estaban seguros de lo que estaban forjando en sus telas y la esperanza del reconocimiento público, incluso póstumo, nunca los abandonó. En Buenos Aires nadie se interesó por el pintor surrealista del altiplano. Apenas un crítico de arte se ocupó de él, y para desestimarle de un plumazo. En mayo de 1963 dejó la Argentina. Algunos amigos tendría, pues por entonces un retrato suyo fue publicado en la revista satírico-política *Tía Vicenta*. Junto a la foto se lee: “Parte sin dolor hacia New York el pintor surrealista boliviano Benjamín Mendoza y Amor. Buen viaje, demonio, y que vendas muchos cuadros”. De allí en adelante vivió en los Estados Unidos, Japón, Hong Kong y Taiwán. Antes de instalarse en el archipiélago de las islas Filipinas llegó a exponer en la Unión Soviética y en Hawai, vaya uno a saber cómo. Casi diez años antes, en febrero de 1961, Benjamín Mendoza y Amor había pasado un mes en Mar del Plata pintando un par de murales para pagar el hotel en que se alojó. El hotel se llamaba “Manila”.

III

El avión aterrizado en Manila venía desde Dacca, capital de Bangla Desh, última etapa de una gira iniciada una semana antes. Cuando el pasajero principal se asomó por la escalerilla vio a tres mil personas vitoreándolo y escuchó repicar las campanas de todas las iglesias de la ciudad. Estaban doblando por él. El hombre disfrazado de sacerdote se le aproximó

lentamente, aprovechando descuidos, fervores ajenos y un deficiente servicio de seguridad, hasta ubicarse en la vecindad de la máxima encarnación del poder temporal. Luego, lanzó el brazo a modo de zarpa pero el cuchillazo apenas pudo hendir el aire, dejando sorprendida a la presa y desacomodado al victimario, consciente de haber fallado apenas por centímetros. Había tratado de asesinar al papa Paulo VI. Aun así, logró golpear levemente al pontífice en el pecho antes de que un prelado se interpusiera en su camino. No habría segunda oportunidad: en un instante decenas de hombres lo sepultaron bajo un túmulo de músculos y amenazas, algunas dichas en su propio lenguaje, el castellano, que también se habla en las islas Filipinas. Benjamín Mendoza y Amor, artista sin suerte, recorrió un largo trecho desde las alturas bolivianas hasta el Océano Pacífico con el fin de cometer un magnicidio, el primer intento de su tipo en cien años, contra el representante de Dios en la Tierra. Al día siguiente los diarios de todo el mundo dedicaron la primera plana al atentado fallido y también al frustrado asesino, un oscuro pintor repentinamente elevado desde la intrascendencia hasta esa celebridad que sólo perdura en tanto y en cuanto la noticia no se oxide en la letra de molde. Por cierto, sus cuadros también llegaron a la primera plana, al menos durante un par de días.

IV

En 1962 y en Buenos Aires, Benjamín Mendoza y Amor había pintado un cuadro con imágenes terribles y lo había llamado *El alba de los tiranos*. Guerra, destrucción, muerte, esclavitud, miseria, y el poder, que tenía un bloque de hielo por corazón. Había sido preparado a pedido de un comprador al que ya antes había vendido otras obras suyas y a quien le prepararía las ilustraciones de su último libro. Era Barón Biza. Es probable, casi seguro, que el pintor supiera o se enterara de que su cliente era o había sido millonario y que arrastraba tras de sí una fama oscura de hombre violento y ateo, y que en otros tiempos había publicado dos novelas que, una vez llevadas a juicio, le valieron el mote de “pornógrafo” y ahora tenía lista una nueva titulada *Todo estaba sucio*, que fue publicada un año antes de su fallecimiento por mano propia. En la portadilla del libro se informa “Ilustró Benjamín Mendoza”, y en el epígrafe, “Que mi tumba no tenga nombre, ni flores, ni cruz”. Tal voluntad sería cumplida.

Son diez dibujos en blanco y negro, alegóricos algunos y otros ilustrativos de frases tomadas del argumento del libro y transcritas bajo cada uno de los

dibujos, componiendo un diálogo entre escritor y artista. Se ven precipicios, árboles y seres sufridos; un hombre atravesando una alambrada de púas para alcanzar un libro; una mujer quitándose un cinturón de castidad; unos zapatos de taco alto sobre una silla; otra mujer, desnuda, haciendo el gesto de silencio con el dedo índice; un hombre y una mujer expulsados del paraíso; y al fin un martillo tosco, una flecha indígena y un cáliz sobre el que levita una hostia. La temática religiosa, matizada de anticlericalismo, abunda. Y fue entre 1962 y 1963 cuando Benjamín Mendoza y Amor visitaba las oficinas de Barón Biza, ubicadas en un piso quince y cercanas a los pasillos subterráneos que atraviesan la Avenida 9 de Julio, para tomar café y ofrecer sus cuadros.

V

Una derivación grotesca del atentado ocurrió cuando el presidente filipino, el dictador Ferdinand Marcos, se atribuyó haber impedido el magnicidio con un certero golpe de karate propinado al falso sacerdote boliviano. Pero no era verdad: las fotografías lo muestran muy lejos de los acontecimientos. Con moderada irritación, la cancillería vaticana envió una declaración a la prensa especificando que la persona que paró el golpe abrazándose a Mendoza y Amor había sido el coreano Sou Kwan (“Stephen”) Kim, arzobispo de Seúl y cardenal de San Felice da Cantalice a Centocelle. Curiosamente, el único en corroborar la versión de Marcos fue el propio Benjamín Mendoza y Amor.

VI

Benjamín Mendoza y Amor confesó ante Serafín Fausto, subjefe de policía de las Filipinas, motivaciones distintas: “Que hacía mucho tiempo que deseaba matar al Papa porque él alentaba la superstición por el mundo, y que luego seguiría con el presidente norteamericano Richard Nixon”; “Que nunca quiso dañar al Papa sino darle muerte, no físicamente sino de forma surrealista”. Quizás fue a causa de esta última declaración que Paulo VI lo perdonó, como suelen hacerlo sus santidades. Eso está especificado en la etiqueta del Estado Vaticano, pero no en la del tribunal filipino que lo juzgó. El juez Pedro Bautista condenó a Benjamín Mendoza y Amor a cuatro años de prisión por tentativa de asesinato, pena cumplida casi en su totalidad. El artista ingresó a la prisión con dos palomas, una en cada mano. Un año antes del atentado el pintor errante había expuesto óleos y acuarelas en el Museo Nacional de las

Filipinas y también en la Biblioteca Nacional de ese país. No consiguió vender ni un solo cuadro. Pero a poco de ocurrido el frustrado intento de asesinato se vendieron cien obras suyas y por un tiempo la cotización alcanzó los cientos y los miles de dólares. Esta vez había sido reconocido: el arte-atentado disfrutó de un breve momento de gloria en el mercado.

VII

El intento de asesinato de un papa fue tapa mundial, unanimidad de la que no quedó excluida la Argentina. A los jefes de redacción de los diarios locales no se les pasó por alto la estadía de Benjamín Mendoza y Amor en la ciudad de Buenos Aires pero se les traspapeló la conexión local, el encuentro entre dos personalidades tan perturbadas como irredimibles. Quien luego quiso ser parricida en grado sumo había mantenido una relación clientelar con el millonario ateo, excéntrico e intratable. En 1962 Mendoza y Amor expuso *El alba de los tiranos* en la Galería Witcomb. Tuvo que solicitarlo en préstamo a Barón Biza, pues el cuadro ya no le pertenecía. Varios años después un periodista de la revista amarillista *Así* sería el único en vincular al pintor desconocido con el escritor maldito: “Entre las pinturas expuestas por Mendoza en esa galería figuraba *El alba de los tiranos*, que había sido comprado con anterioridad por el señor Barón Biza, y que ahora que Mendoza es célebre lo puso de nuevo en venta. Seguramente Barón Biza piensa recuperar con creces —por la triste fama que cubrió de golpe al artista— la suma que le costó el cuadro”. Pero eso ya no era posible: Barón Biza llevaba seis años bajo tierra.

Décadas antes, Barón Biza había publicado una carta dirigida al papa Pío XI, uno de los cercanos antecesores de Paulo VI, a manera de prefacio áspero y blasfemo de su libro *El derecho de matar*. Entre las muchas ilustraciones de aquel libro procesado resalta la de una mujer disfrazada de pontífice o “papisa” y otra en la que una mujer está crucificada sobre una montaña de dinero. El anticlericalismo fue una de las grandes pasiones políticas del siglo XIX. Era una de las aristas filosas del tridente laico, y luego de potenciarse por última vez por medio del tumultuoso géiser del surrealismo, se fue limando hasta transformarse inadvertidamente en la atmósfera de la vida relacional de la actualidad. Todavía en la década de 1970 la Iglesia era un actor político de primera magnitud, pero su capacidad de fiscalizar moralmente a la población había menguado drásticamente. También los últimos fulgores del surrealismo emanaban de brasas que ya no

crepitaban. Pero esa mala nueva no había llegado a Bolivia. En otras obras de Mendoza y Amor se multiplican los cuchillos, los patíbulo, las plantas carnívoras y las formas oníricas, tanto como el motivo anticlerical, uno de los platos fuertes de los surrealistas, que ya habían aderezado Niki de Saint Phalle, Clovis Trouille y Luis Buñuel. En uno de sus óleos el Papa está sentado sobre el diablo y en otro, llamado “Jesucristo y la ira”, se ve al salvador junto a una mujer desnuda. No es improbable que Benjamín Mendoza y Amor haya leído *El derecho de matar* y ojeado las ilustraciones que precedieron a las suyas propias de *Todo estaba sucio*. Quizás para inspirarse.

VIII

No hay mucha información acerca de las relaciones de Benjamín Mendoza y Amor con el mundo del arte. Un hombre parco de carácter y que había residido intermitentemente en tantos lugares quizás careciera de amistades y relaciones duraderas. Una de sus pocas amigas en Manila se llamaba, curiosamente, Caroline Kennedy. En Buenos Aires, al correr la noticia, la mayoría de quienes lo habían conocido se llamó a silencio aunque dos o tres entrometidos que lo trataron brevemente se prodigaron en anécdotas insignificantes. Luego, silencio. No obstante, hubo vindicadores de Benjamín Mendoza y Amor, una defensoría natural y de oficio asumida por los surrealistas, anticlericales por convicción e incendiarios por vocación. En 1973 la revista *Arsenal*, del grupo surrealista de Chicago, defendió al pintor boliviano en un artículo titulado “Guerra contra el Papa” y en el cual se celebraba el “gesto gracioso” de Mendoza y Amor como “el acto más puro de audacia individual”. Dos años antes el mismo grupo había editado un panfleto intransigente, “Hacia el Segundo Incendio de Chicago”, que el filósofo Herbert Marcuse consideró “uno de los raros ejemplos de cómo el humor demente puede transformarse en una verdad política radical”. Pero ni en las cumbres más empinadas de sus sueños podría haber imaginado aquel ser del altiplano que alguien postularía la necesidad de un monumento para su persona, lo que puede tomarse como llamamiento blasfemante o como santa carcajada.

Así culminaba el libelo: “La destrucción de la Iglesia de San Pedro debería comenzar en Navidad, acompañada de fuegos artificiales eróticos, la puesta en escena de *Ernestina*, del Marqués de Sade, y la proyección de *Animal Crackers*, de los Hermanos Marx. Le será enviada una invitación a

Charles Mingus, quien, esperamos, ejecutará su *Pithecantropus Erectus* contra un fondo de llamas crepitantes. En las cercanías, una selección de obras surrealistas violentamente antirreligiosas girará lentamente sobre una calesita construida especialmente para la ocasión. Entre la multitud de celebrantes quizás se divisen los meandros caprichosos de un avestruz, algunos canguros, un rinoceronte, numerosos búhos y quizás un oso perezoso gigante de la Patagonia. Una abundancia de granadas, mangos, naranjas, bifes de solomillo y los vinos más finos estarán disponibles para cualquiera. Sobre las ruinas y cenizas de esta iglesia ridícula el Grupo Surrealista propone erigir un enorme monumento en honor de nuestro camarada Benjamín Mendoza y Amor. Este monumento, imposible de describir salvo en su bosquejo general, será construido a partir de ladrillos fabricados con crucifijos derretidos y otros artefactos cristianos (biblias, rosarios, reliquias, iconos, medallones, etcétera), rociados todos ellos con la pintura roja más brillante. Contendrá muchas y muy diferentes habitaciones, cada cual dedicada a una figura ejemplar (tales como Sade, Flora Tristán, Melville, Swinburne, Nietzsche, Sandor Ferenczi, Peetie Wheatstraw, Rosa Luxemburgo, Benjamin Péret). La habitación de Melville, por ejemplo, incluirá un vasto acuario, dentro del cual *La Última Cena*, de Leonardo da Vinci, suspendida al revés, proveerá de un inmejorable telón de fondo para la navegación del pez diablo y de la mantarraya. Este monumento, para su función simbólica específica, exigirá del sistemático desenraizamiento de todo vestigio de superstición religiosa y del reenforzamiento concurrente de las capacidades imaginativas concretas. Arriba de su entrada habrá una larga placa, cubierta en pieles, en donde letras fosforescentes expondrán el santo y seña inmortal enunciado por André Breton: *Dios es un cerdo*".

IX

En 1974 Benjamín Mendoza y Amor puso los pies fuera de la prisión filipina de Quezón City y de inmediato fue deportado a su país natal. El avión en que regresó a Bolivia hizo escala en Tahití y fue justamente en ese brote del paraíso donde Mendoza y Amor se encontró casualmente con un argentino famoso, o infame, según se mire, que también había estado en las Filipinas días antes. Este hombre viajaba por Oriente acompañado de una mujer despanpanante que veinte años antes había sido elegida "Miss Argentina". A mediados de la década de 1970 no era muy probable que dos personas relacionadas con la Argentina coincidieran sin cita previa en el aeropuerto de

Papeete, capital de Tahití, menos aún que una de ellas fuera un malogrado magnicida y el otro un pornógrafo asediado por la censura. Ya en Buenos Aires, este último daría una entrevista y contaría lo siguiente: “¿Sabés a quién conocí cuando tomé el avión que me trajo de Tahití a Lima? A Mendoza y Amor, ese pintor que hace unos años atentó contra la vida de Paulo VI en Manila. Estaba herido, le chorreaba sangre de la barriga y me preguntó si no tenía algún calmante. Hurgué en todos los bolsillos pero ni una aspirina encontré. Mendoza viajaba custodiado por policías de civil. En tono confidencial le pregunté por qué había cometido aquella barbaridad, y me respondió que fue un arranque de locura. Traté de comprenderlo, sin juzgarlo. Yo soy cristiano. Y sé que como ser humano ese hombre merece castigo y también respeto. Pero te juro que me sentí mal, muy mal. Mal por él, mal por la incomprensión que de pronto nos envuelve y contagia; me sentí mal, enojado conmigo mismo”. El hombre que salía en defensa de Benjamín Mendoza y Amor había tenido un padre afiliado al radicalismo yrigoyenista y él mismo había sido sucesivamente jugador profesional de básquet, actor de cierta fama, director de cine después, y siempre, siempre, siempre, el que había llenado la pantalla de cine con carne de hembra. Se llamaba Armando Bo y hubo un tiempo en que él y los 90 centímetros de busto, 58 de cintura y 90 de caderas de su musa Isabel Sarli eran innombrables.

MI RECONOCIMIENTO

Muchas personas auxiliaron la escritura de este libro, comenzando por Jorge Barón. Recuerdo que Telma Luzzani me prestó ayuda cuando apenas me había interesado por el tema; que Cristina Macjus, Laura Zommer, Saula Benavente y Daniela Mignelli me consiguieron viejas fotocopias; que Pablo Pérez, Jessica Suárez, Ricardo Aronskind, Juan Pablo Liefeld, Rodrigo Fernández Labriola, Susana Yappert, Juan Carlos Otaño, Fernanda Juárez, Alejandro Covello y José Manuel Rojo me acercaron datos importantes; que Adriana Puiggrós me facilitó un álbum de viaje difícil de encontrar; que Guillermo Korn me instruyó acerca de los hombres de ideas que actuaron en aquel tiempo; que Inés Nores me hizo conocer la estancia de Barón Biza en Córdoba; que Micaela Krolovetzky me sugirió el arte de montar y desmontar los capítulos; que Jorge Viera me propuso ideas sensatas y precisas; que Martín Porolli me sacó de apuros informáticos semana de por medio; que Eduardo Escales y Maby Cabello hicieron un viaje hasta un pueblo olvidado y me trajeron fotografías de un monolito implantado en el desierto; que Pablo Cozzani me alentó muchas veces a que terminara de contar esta historia; que Roberto Ferrero, gentil historiador, me ayudó con datos y relatos de la provincia de Córdoba; que Margarita Martínez, María Moreno y Flavia Costa revisaron el manuscrito con delicada atención; que Vanina Escales leyó estos capítulos con dedicación; que Héctor Schmucler y Abril Schmucler me llevaron hasta Alta Gracia durante un día de sol que parecía eterno; que Mariana Creo y Ana Dusman cuidaron este libro; y que Tomás Abraham y Luis Chitarroni me impulsaron a escribirlo hace mucho tiempo atrás. Agradezco —mucho— a Ana Laura Pérez el estímulo y el cuidado.

NOTAS A LOS CAPÍTULOS

El lector a quien hastien las pruebas y la minucia puede prescindir de estas notas con todo provecho

NOTAS AL CAPÍTULO “EL HIJO”

Jorge Barón nació el 21 de mayo de 1942 y fue el segundo hijo de Raúl Barón Biza y Clotilde Sabattini. Solía escribir regularmente en el suplemento cultural de *La Voz del Interior*, el diario más importante y tradicional de Córdoba, habitualmente sobre arte, pero también en el suplemento “Radar” de *Página/12*, en “Cultura y Nación” de *Clarín*, y en la revista *Arte al Día*, de la cual fue subdirector por espacio de un año. Su traducción de *El indiferente*, de Marcel Proust, fue publicada en 1987 por la Editorial Rosenberg-Rita y también incluía notas suyas. Entre 1986 y 1991 fue jefe de redacción de *La Revista*. Según me contó Jorge Barón, en algún número de esa publicación había insertado fotografías del álbum familiar. Las clases universitarias de Jorge Barón se dictaron en el marco de la materia Movimientos Estéticos y Cultura Argentina, en la Carrera de Ciencias de la Información de la Universidad Nacional de Córdoba. Era miembro de la Asociación Argentina de Críticos de Arte y del Círculo Sindical de la Prensa de Córdoba. Sus estudios primarios los hizo en la St. Ignatius Schule (Friburgo, Suiza), la Escuela Mateo Molina (La Falda, Córdoba), y la Deutsche Schule (Montevideo, Uruguay); y los secundarios los comenzó en el colegio de Montevideo, los continuó en el Liceo La Falda y los terminó en el Colegio Sarmiento, ya en Buenos Aires. Vivió dos años en Suiza, dos en Italia, en la ciudad de Milán, seis meses en Nueva York, un año en diversas ciudades de Europa, un año en Rosario, cuatro años en La Falda, ocho años en la ciudad de Córdoba y seis meses en la localidad de Mburucuyá, en la provincia de Corrientes. En la década de 1980 Jorge Barón fue guionista y director de cuatro películas de breve extensión. La novela *El desierto y su semilla*, presentada a la primera edición del Premio Planeta de literatura argentina inédita del año 1997, sin ser seleccionada, fue editada en el año 1998 por la

editorial Simurg y reeditada un año después. El programa de televisión unitario que fue dedicado a su novela se propagó por Canal “a” el día 30 de octubre de 1998 y se llamaba “El fantasma”. Sobre la novela de Jorge Barón se publicaron varias reseñas críticas en diarios y revistas, destacándose los artículos de Shila Vilker (“Descarne”), de 1999, en la revista *El Ojo Furioso*, y el de Sylvia Saítta (“Paisaje de dolor”), de 1998, en la revista *Los Inrockuptibles*. Además de su novela Jorge Barón también publicó, en 1999, *Los cordobeses en el fin del milenio*, en coautoría con Rosita Halac, una serie de crónicas de la vida cotidiana en su provincia. Luego de su muerte, tanto Daniel Link (“Un edipo demasiado grande”) como María Moreno (“A quien la fatalidad hizo que la muerte lo alcanzara cuando la planeaba”) publicaron sendos ensayos en el suplemento cultural de *Página/12* y en la revista *Mil Palabras*. A su vez, Silvio Mattoni le dedicó una poesía, “El suicida”, publicada en *La Voz del Interior* del 5 de septiembre de 2002, fecha en que el suplemento cultural de ese diario estuvo íntegramente dedicado a Jorge Barón, al igual que sucedió con la edición del mismo suplemento del día 7 de septiembre de 2006. El programa de televisión “Memoria” fue pasado al aire el día 9 de noviembre de 1998. No debería sorprender del todo la aparición de Jorge Barón en ese programa conducido por “Chiche” Gelblung, pues ambos se conocían de transitar redacciones en común. La revista del diario *Clarín* para la cual Jorge Barón escribió la semblanza de Isidoro Cañones salía los días jueves y su columna se publicó el 8 de julio de 1971 bajo el título “Personaje trágico”. La fotografía de Jorge Barón joven fue publicada en el diario *Página/12* el 16 de septiembre de 2001. También se editó, en el año 2004, un libro en Unquillo, Córdoba, *El frágil esplendor de la semilla. Periodismo y literatura en la obra de Jorge Barón Biza*, escrito por Juan Carlos González, en su homenaje. El libro, pequeño, incluye un prólogo de Antonio Oviedo y un poema final del autor titulado “Ecce Homo”. El escritor Marcelo Scelso, primo de Jorge Barón, escribió que “durante su residencia de ocho años en Córdoba, su autoridad de crítico de arte internacional, su sapiencia de periodista y sus condiciones innatas para la docencia no fueron aprovechadas por las universidades, ni por las instituciones provinciales o municipales”. En el diario *Página/12*, a comienzos del año 2007, se publicó un artículo de Jorge Saccomanno sobre Jorge Barón Biza (“El hijo del desierto”) que contiene algunas intuiciones certeras y una buena cantidad de datos erróneos, que afectan las interpretaciones propuestas. La novela inédita que quedó inconclusa se llamaría “La mujer en lo alto”. La revista digital *El Interpretador* publicó varios ensayos dedicados al análisis de *El desierto y su*

semilla: “El hijo”, por Nora Avaro; “Los amores imposibles proustianos: la madre, la seducción. La recepción de José Bianco y Jorge Barón Biza”, por Alejandra Bertucci y María Luján Ferrari; y “Dar la cara. Rostridad y relato materno en *El desierto y su semilla* de Jorge Barón Biza”, por Nora Domínguez. De *El desierto y su semilla* se realizó una traducción al francés, publicada en el año 2011 por la Editorial Attila, bajo el título *Le désert et sa semence*, con traducción de Denis y Robert Amutio. Esa edición incluye una ilustración de Lorenzo Mattotti y un postfacio de Daniel Link. El libro *Los colores de un siglo. Grandes obras de la pintura de Córdoba*, que incluye biografías preparadas por Jorge Barón, fue publicado por la Fundación Benito Roggio en 1998, y reeditado por Ediciones Letras y Bibliotecas, también en Córdoba, en el 2011, en la colección “Voces en el Centenario”, con prólogo de Antonio Oviedo. Las obras fueron seleccionadas por Mercedes Morra Ferrer. En el caso de *Los cordobeses en el fin del milenio*, preparado con Rosita Halac, se publicó en Ediciones del Boulevard. Se trata de una recopilación de notas periodísticas aparecidas, entre otros, en los diarios *La Voz del Interior* y *Página/12 Córdoba*, y en las revistas *La Luciérnaga* y *Adiario*, durante la década de 1990. Además, Jorge Barón escribió el prólogo (“La poesía de Horacio Sotelo”) al libro *Corazón de pájaro*, de Horacio Sotelo, en Editorial Grafos, Córdoba, 2003. La revista *Artefacto. Pensamientos sobre la Técnica* dedicó el dossier de su número 6, del año 2001, a los artículos de crítica de arte de Jorge Barón (“Acerca de la belleza”). Se incluyó también un artículo de Marcelo Scelso sobre Jorge Barón. Existe una tesis dedicada a Jorge Barón, *Los rostros de la escritura. Una lectura de El desierto y su semilla*, de María Soledad Boero, del año 2000, presentada en la Escuela de Letras de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba. Asimismo, María Soledad Boero escribió dos artículos sobre Jorge Barón: “Sobre rostros caídos. La construcción de una estética en *El desierto y su semilla* de Jorge Barón Biza”, en *Cartaphilus. Revista de Investigación y Crítica Estética*, editada en el año 2008, y “Los misterios del rostro. Notas sobre *El desierto y su semilla* de Jorge Barón Biza”, en *Revista Iberoamericana*, número 227, de abril y junio de 2009. Entre otros artículos publicados sobre Jorge Barón, se cuentan “*El desierto y su semilla* de Jorge Barón Biza o el derecho de escribir”, de Sylvia de Saítta, en revista *Entrepasados* número 14, de 1998; “Lazarillo redimido. *El desierto y su semilla*”, de Martín Malharro, en el primer número de la revista *Pretextos*, Córdoba, de septiembre de 1998; “Un creador se libera”, de Claudio Lo-Menzo, en diario *Ámbito Financiero*, del 16

de septiembre de 1998; “Las leyes del dolor”, de Carlos Schilling, en diario *La Voz del Interior*, del 8 de octubre de 1998; “El desierto y su semilla”, de Ariel Dillon, en revista *El Ciudadano*, Rosario, de octubre de 1998; “De Fogwill a Lewis Carroll: los autores que marcaron el rumbo”, de Leonardo Tarifeño, en revista *Rolling Stone* número 9, de diciembre 1998; “Cayó sobre su rostro”, de Hinde Pomeraniec, en diario *Clarín*, del 11 de abril de 1999; “El desierto y su semilla”, de Claudio Zeiger, en suplemento “Radarlibros” del diario *Página/12*, del 15 de agosto de 1999; “No palabras”, de Carlos Schilling, en revista *Tramas*, Córdoba, 1999; “Una premonición”, de Edgardo Litvinoff, en diario *La Voz del Interior*, del 10 de septiembre de 2001; “Un Edipo demasiado grande”, de Daniel Link, en suplemento “Radarlibros” del diario *Página/12*, del 16 de septiembre de 2001; “La memoria incesante”, sin dato de autor, en el suplemento “Cultura” del diario *El País* de Montevideo, de marzo del 2002; “Seré sólo un texto”, de Carlos Gazzera, en *La Voz del Interior*, del 5 de septiembre de 2002, y en el mismo día y suplemento, también “El hombre que sabía mirar”, de Selma Cohen, “Invención de sí mismo”, de María Soledad Boero, el mencionado “El suicida” (poema), de Silvio Mattoni, reproducido luego en el libro *Poemas sentimentales*, de la Editorial Siesta, “La frontera entre los reinos”, de Demián Orosz, “Esa semilla”, de Rogelio Demarchi, “Un ritmo de vacíos y tensiones”, de Antonio Oviedo, “Lo que nos queda”, de Gustavo Pablos, y “Vidas privadas, cuerpos públicos”, de Andrea Guiu; “A quien la fatalidad hizo que la muerte lo alcanzara cuando la planeaba”, de María Moreno, ya mencionado, en revista *Otra Parte* número 3, Buenos Aires, 2004; “Un nombre y un desierto”, de Candelaria de Olmos, en *La Voz del Interior*, del 7 de septiembre de 2006, y en el mismo día y suplemento también “*La mujer en lo alto*, una novela inédita” y “Una historia más fuerte que su protagonista”, de Edgardo Litvinoff; “La mujer sin rostro”, de Diego Rojas, en revista *Veintitrés*, del 22 de febrero de 2007; “Los dramaturgos se asoman a la historia de Jorge Barón Biza”, de Beatriz Molinari, en *La Voz del Interior*, del 2 de marzo de 2008; “Lo bello y lo triste”, de Claudio Zeiger, en suplemento “Radarlibros” del diario *Página/12*, del 6 de junio de 2010; “La legitimidad del texto”, en *Revista Ñ*, del 16 de junio de 2010; “Jorge Barón Biza y el oficio del que escribe con sangre”, de Jimena Arnolfi, en diario *Miradas al Sur*, del 31 de julio de 2010; “La melancolía aristocrática”, en diario *La Prensa*, del 19 de diciembre de 2010; “Un melancólico alegre”, sin dato de autor, en diario *Río Negro*, del 24 de diciembre de 2010; “La tragedia del arte”, de Miguel Zeballos, en revista *Veintitrés* número 659, del 17 de febrero de 2011;

“Historia de un hombre solo”, de Javier Quintá, en revista *Deodoro* número 11, de agosto de 2011; “Jorge Barón Biza: pinta tu aldea”, de Antonio Oviedo, en *Diario de Feria*, Córdoba, de septiembre de 2011; “Un hombre culto en una Argentina fugaz”, de Diego Samiguel, en *La Voz del Interior*, del 4 de septiembre de 2011, y en el mismo día y suplemento, “Un texto, una memoria”, de María Paulinelli y “Después de todas las muertes”, por Gustavo Navarro Horñiacek; y “Maldición eterna”, de Juan Pablo Bertazza, en *Página/12*, Suplemento “Radar/Libros”, del 4 de marzo de 2012. En francés se publicaron estos comentarios: “*Le désert et sa semence*, de Jorge Barón Biza”, por Mikaël Demets, en revista *Laccoudoir*, del 25 de agosto de 2011; tres reseñas sin título específico, de Aurélie Julia, en la *Revue des Deux Mondes*; de Alexandre Mare, en revista *Artpress*, y de Manuel Hirbec, en *Librairie à l’Armitière*, de Yvetôt, todas ellas en el 2011. También, “*Le désert et sa semence*, de Jorge Barón Biza”, de Grégoire Courtois, en revista *Obliques*, Auxerres, 2011. En el año 2013, la revista *Zigurat*, publicada por la Carrera de Ciencias de la Comunicación de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, le dedicó un dossier en su número 7, que fue preparado por Fernanda Juárez, y que incluyó un artículo de María Paulinelli (“Donde todo está permitido”), y dos de Fernanda Juárez (“En carne viva” y “La clase (o la lírica y el asma)”, quien también preparó una bibliografía completa de Jorge Barón. A poco de morir Jorge Barón, en la primavera del 2001, la revista virtual *El Ojo Furioso* dedicó su número 9 a su memoria. En su libro *Vísperas*, publicado por Ferreira Editor, en Córdoba, en el 2008, Antonio Oviedo hace una mención específica a Jorge Barón. Con respecto a la novela inédita e inconclusa de Jorge Barón, supuestamente titulada *Una mujer en lo alto*, el diario *La Voz del Interior* del 7 de septiembre del año 2006 publicó lo siguiente: “Se trata de una novela de iniciación, explica Marta Graciela Terrera, periodista del diario *El Liberal* de Santiago del Estero y ex pareja de Barón Biza. *Una mujer en lo alto* comienza en 1956, cuando el narrador tiene escasos 14 años, con una aventura que arranca en Buenos Aires (donde en la década del 50 estaban prohibidos los prostíbulos) y continúa con un grupo de amigos siguiendo la ruta hacia el norte. El libro, explica Terrera, ‘transcurre en pueblos que encuentran en ese camino que debía terminar en Córdoba, buscando lugares que le posibiliten la iniciación sexual, hasta llegar al sur de la provincia de Santiago del Estero, a Ojo de Agua. En ese camino se encuentran con mujeres que por distintos motivos se escabullen y el protagonista no logra llevar a cabo el objetivo propuesto’. En opinión de Terrera, en ese texto Barón Biza emplea ‘una ironía muchas veces

reconocible, y en ocasiones enfatizada hasta la crueldad, en especial cuando trata a las «niñas de familia» prohibidas en aquella época. Los protagonistas son un grupo de jóvenes, casi niños, de la clase alta porteña, que parten en un automóvil, regalo del padre de uno de ellos, hacia una aventura en la que el autor aprovecha para postular o describir su concepción de las mujeres marginadas por varios motivos’. ‘Jorge tenía terminada esta novela en mayo de 1999, la fecha que figura en el texto es ficción, y en todo caso fue escrita en lo que para él era ya el «recuerdo del futuro», cuando seguramente tenía pensado no estar’, afirma su ex pareja”. Un detalle: al momento de la publicación de la traducción de *El indiferente* de Marcel Proust, realizada por Jorge Barón, Enrique Pezzoni estaba realizando la suya propia, que quedó abandonada. *El desierto y su semilla* tuvo tres ediciones en la misma editorial, Simurg, las dos primeras en el año 1998 y la última en 2007. También en el año 2007 hubo una edición española del libro, en la casa de publicaciones 451 Editores. La cuarta edición se publicó en otra editorial, Eterna Cadencia, en el año 2013, con prólogo de Nora Avaro. Por cierto, el título con el que Jorge Barón presentó la novela al concurso Planeta fue *Leyes de un silencio*. En el año 2010 se publicó una selección de artículos y crónicas de Jorge Barón bajo el título *Por dentro todo está permitido. Reseñas, retratos y ensayos*, seleccionados y prologados por Martín Albornoz (“El rapto de la belleza”), en la Editorial Caja Negra y con un epílogo a cargo de Marcelo Scelso (“Se llamaba Jorge Barón y era escritor”). Del 2010 también es la edición de *Proyecto Barón Biza. Descendencia y caída*, libro que incluye una obra de teatro de Eduardo Rivetto, Diego López y Soledad González basada en la novela *El desierto y su semilla*, dos ensayos de María Soledad Boero (“La potencia de una escritura” y “*El desierto y su semilla* o la composición de una zona”) y un recuerdo de Jorge Barón relatado por Fernanda Juárez (“La visita”). Fue publicado en Córdoba por Ediciones Recovecos en su Colección “Escena y Acción – Narrativas Argentinas”. Se hacen referencias a su persona en un artículo de Laura Ramos (“El crimen doméstico de Barón Biza y Bourgeois”) publicado en diario *Clarín* del 13 de marzo de 2011. El último artículo que Jorge Barón publicó en vida se tituló, llamativa y premonitoriamente, “Cuando la realidad irrumpe” (reseña del libro *Días de arena*, de Guillermo Lescano), y ello fue en *La Voz del Interior* del 6 de septiembre de 2001. El 9 de septiembre de 2011 se realizó un homenaje a Jorge Barón organizado por la cátedra Movimientos Estéticos y Cultura Argentina de la Escuela de Ciencias de la Información de la Universidad Nacional de Córdoba, en el que participaron Antonio Oviedo, Fernanda

Juárez, Marcelo Scelso, Carlos Gazzera, Ana Tissera, Daniela Reynoso y Edgardo Litvinoff. Un ensayo biográfico sobre Jorge Barón, “Jorge Barón Biza, el hombre del subsuelo”, escrito por Alan Pauls, fue publicado en el libro *Los malditos*, compilado por Leila Guerriero, y editado en 2011 por las Ediciones de la Universidad Diego Portales, de Santiago de Chile. Jorge Barón hablaba los idiomas inglés e italiano, y también conocía el francés, el alemán y el portugués.

NOTAS AL CAPÍTULO “EL PADRE”

Se consultó *El Diario* de Gualeguaychú. Existió otro escritor previo a Barón Biza que había adoptado un seudónimo semejante: Barón de Arriba, nacido en Buenos Aires en 1850. Todavía adolescente ingresó en la policía como meritorio, institución a la que renunció pocos años después. Luego se dedicó al periodismo y sus artículos los reunió en un libro que tituló *Risa amarga*. Publicó otro titulado *Grandezas chicas*. También escribió obras de teatro, entre otras *Cuestión femenina* y *Pro divorcio*. Murió en Buenos Aires en 1926, el mismo año en que Barón Biza publicó *Risas, lágrimas y sedas*, su primer libro. La novela *Gente grande*, de Alberto Perrone, fue inspirada en la historia de Barón Biza. A su vez Sylvia Saítta, en 1998, publicó un artículo sobre Barón Biza en la revista de historia *Entrepasados*, refiriéndose a la novela de Jorge Barón, a la vez que analiza la vida de su padre, a quien califica de “Marqués de Sade porteño”. La nota de Alberto Laiseca fue publicada en el diario *Ámbito Financiero*, en 1995. Una de las escasas excepciones periodísticas sobre Barón Biza, por lo informada y bien construida, fue un programa de televisión que le dedicó el Canal ATC, preparado por Pablo Cozzani. Los escritores con quienes podría ser emparentada la obra de Barón Biza son variados, y son muchos, como Mario Mariani y Vargas Vila, y particularmente entre aquellos que se enrolaron en una corriente estética de fines del siglo XIX conocida como “decadentismo”. Sirva este ejemplo por muchos otros, el del marqués Antonio de Hoyos y Vinent, español, novelista, anarquista y homosexual. Nacido en 1885 e hijo de un diplomático, se educó en un ambiente cosmopolita y manifestó muy rápidamente aversión por su clase social, aunque nunca dejó de usar monóculo. Estos son los títulos de algunas obras suyas: *El monstruo*, *Vidas arbitrarias*, *Los cascabeles de Madame Locura*, *Las ciudades malditas*, *El secreto de la vida y de la muerte*, *El comunismo a través de los bajos fondos madrileños*, *Mors in vita* y *Aromas de nardo indiano que mata y de ovonia*

que enloquece. Por haber sido miembro de la Federación Anarquista Ibérica y por haber escrito en el periódico libertario *El Sindicalista* fue condenado a prisión tras el triunfo de Francisco Franco, y allí murió, entre rejas, quizás en 1940. El aire de familia temático y biográfico se remonta también a un antecesor cercano: el italiano Gabriele D'Annunzio, un escritor algo excéntrico que decía poseer el cráneo más bello de la humanidad y cuyos argumentos exagerados no escatimaban atmósferas nocturnas ni andanzas sexuales, y que asimismo fue nietzscheano, duelista y afín a los gestos dramáticos, en particular en el campo de batalla de la política, que le habilitó el ingreso al parlamento italiano en 1899 por la derecha, autoeyectándose de allí por la izquierda. Su palabra fue alguna vez censurada en su país natal en tanto el Imperio ofrecía una recompensa por su cabeza, y también fue conquistador impenitente de mujeres en el tiempo que le dejaba su pasión por la aviación y por las quijotadas, pues lideró la ocupación de la ciudad de Fiume en 1919 y eso por dieciocho meses, y allí formó gobierno con poetas, empresarios, periodistas norteamericanos, anarquistas sueltos, escritores belgas, un par de protofascistas y algunos líderes sindicalistas. El adjetivo “sicalíptico” (del griego *sykon*, que designa tanto al higo como a la vulva, y del también griego *aleiptikós*, que alude a lo excitante) comenzó a ser utilizado, habitualmente con ánimo desdeñoso, a comienzos del siglo xx. Así definió el término su inventor, Félix Limendoux: “Sicalíptico es para nosotros, y lo será para ustedes de aquí en adelante, todo aquello que significa el punto intermedio entre lo moral artístico y el desenfado sin arte; sin ser lo primero en absoluto, no llega a lo segundo, sin embargo; mantenerse en un justo límite y guardando un equilibrio ‘inverosímil’ para no provocar la indignación y el anatema de los pusilánimes ni merecer el desdén de los que buscan excitantes poderosos para su gusto estragado”. Véase “La novela sicalíptica y la iniciación de la lectora”, de Gabriela Pozzi, en revista *Taller* Número 1, de julio de 1996. El escritor español Enrique Vila-Matas se ocupó de Barón Biza en un par de notas algo disparatadas y peor informadas: “Argentina. Carta desde Barcelona”, en revista *Letras Libres*, Madrid, de abril de 2002; y “Enigmas variados”, en *El País de Cataluña*, Barcelona, de junio de 2006. Cabe reconocerle que debe haber sido el primer español en interesarse por Barón Biza. También el escritor y filósofo cordobés Diego Tatián le dedicó un ensayo, “La sombra del libertino”, en el libro *El lado oscuro*, editado en Córdoba en el año 2004. El párrafo de Barón Biza incluido en la sección VI pertenece a *Todo estaba sucio*. Alguna vez Carlos Correas mencionó a Barón Biza como un “outsider” de la literatura argentina, en *La*

operación Masotta, del año 1991. Otro de los pocos escritores que mencionaron a Barón Biza fue Omar Viñole, en su libro *El hombre que se depiló la ingle*: “Zootécnicamente considerado, el escritor puede dar de catorce a treinta litros de leche. Por ejemplo, Lugones (el papá) es de treinta litros. César Carrizo, de unos once litros. Barón Biza, de seis a siete litros. Conviene considerar que las calidades lactíferas de este autor del ‘derecho de matar’ depende de los pastos y las aguas”. También Josefina Ludmer, ya más recientemente, menciona a Barón Biza en su libro *El cuerpo del delito*. En el año 1996 se dio una charla sobre la obra de Barón Biza en el Instituto de Literatura Argentina de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, en un ciclo de conferencias organizado por su director, David Viñas. El primer homenaje oficial que se ha hecho de la obra de Barón Biza, pequeño pero significativo, fue la inclusión de *El derecho de matar* entre cuarenta libros fundamentales que están expuestos permanentemente en una vitrina del Museo del Libro y de la Lengua, dependiente de la Biblioteca Nacional. Hacia el año 2012 apareció una banda de rock cuyo nombre es “Barón Biza”. Difícil saber cuál era el cine de propiedad de Wilfrid Barón, en el barrio de Constitución. Había varios, todos ellos desaparecidos: El “Coliseo”, en Bernardo de Irigoyen al 500, ya demolido; el “Buen Orden”, en Bernardo de Irigoyen al 1500, también demolido; el “Gran Sud”, en Bernardo de Irigoyen al 1600, luego transformado en un local para negocios; el “Constitución”, en Bernardo de Irigoyen al 1414, luego cerrado y alquilado a la Iglesia “Jesús es mi Salvador”, hoy ya abandonado y destinado a la demolición; el “Solís”, en Bernardo de Irigoyen 1433, ya pasado por la piqueta, y el “Lima”, en Lima al 700, también demolido. En el libro de Magdalena Ruiz Guiñazú *Secretos de familia*, publicado en el año 2010 por la editorial Sudamericana, se le dedica un capítulo a Barón Biza. Originalmente había sido un capítulo de una serie de programas televisivos sobre historias trágicas de familias argentinas. En abril de 2013 la galería de arte Metrónomo, sita en el Pasaje Obelisco Norte, que alguna vez administró Barón Biza, inauguró una exposición a él dedicada, con el nombre “Barón Biza. Artista Conceptual”. A fines del año 2007 se publicó el libro de Candelaria de la Sota, *El escritor maldito*, biografía de Barón Biza, en la editorial Vergara. Un familiar indirecto de Barón Biza, Jorge Marcelo Scelso, está desaparecido desde el 6 de septiembre de 1976. Era militante del Ejército Revolucionario del Pueblo.

Para datos sobre Wilfrid Barón consúltense el tomo primero del *Nuevo Diccionario Biográfico Argentino*, de Vicente Osvaldo Cutolo, de Editorial Elche, y también *Hombres del día. 1917. Who's Who in Argentina*, de la Casa Editorial Sociedad Inteligencia Sud Americana. Los datos genealógicos están tomados de un trabajo esmerado y exhaustivo de Carlos Barrios Barón sobre las familias Barón y Biza. Otros datos han sido extraídos de las revistas *Fray Mocho*, *La Novela Semanal* y *Caras y Caretas*. También del *Boletín Salesiano*. Han sido consultados los diarios *La Razón*, *La Reforma* de General Pico, *Los Andes* de Mendoza, *La Gaceta* de Tucumán, *La Nación*, *La Prensa* y *Sud América*. El apellido Biza aparece en las notas periodísticas, y también en algún acta judicial, escrito como Bisa o Visa o Bizza. Más adelante los apellidos de Myriam Stefford y de Barón Biza aparecerán en los diarios con diversas variantes. Un hermano de Jean-Victor Baron también emigrará hacia la Argentina. Se llamaba Jean, a secas, e instaló una “boulangerie” en Córdoba. La mansión de Wilfrid Barón en Buenos Aires quedaba en las calles Viamonte y Paraná, y ya no existe más: ahora hay un hotel en esa esquina. En Colonia Barón hay un busto de Wilfrid Barón, el fundador del pueblo, quien fue homenajeado en vida por el gobierno nacional con toponimia propia. El pueblo de Colonia Barón, que hoy tiene 3.000 habitantes, fue fundado en 1915, luego de un loteo de tierras pertenecientes a Wilfrid Barón y Eduardo Castex. Después de unos años Colonia Barón se diferenció de otras dos colonias a las que también había llegado el ferrocarril, Villa Mirasol y Colonia San José, pues anteriormente toda la zona era conocida bajo el nombre de Colonia Mirasol. El propio Wilfrid Barón donó las tierras para fomentar la llegada del tren. Asimismo, el hospital del pueblo lleva el nombre “Vilfrid” Barón. Véase el libro *Colonia Barón*, de Elpidio Pérez. La familia Barón también era dueña de una amplia propiedad localizada en Lomas de Zamora, que luego fue pasada al municipio, y es hoy conocida como “Parque Barón”. Una versión cuenta que Wilfrid Barón habría hecho fortuna no solamente con negocios inmobiliarios y de loteo de tierras, sino también con una casa de préstamos. Ulyses Petit de Murat se hace eco de ello en su libro de memorias *La noche de mi ciudad*, de 1979, y también de una acusación por estupro contra Raúl Barón Biza. Dos escuelas fueron bautizadas con el nombre de Catalina Biza, en Colonia Barón y en Los Cerrillos, cerca de Alta Gracia. ¿Cuánto dinero suponía esa herencia? Si la herencia era de 25 millones de pesos del año 1925, la cifra equivale a 212.000 salarios de un obrero, pues el salario mensual medio de los obreros industriales de aquella época era de 118 pesos. Por entonces, cien dólares se cotizaban a 246,64

pesos, es decir que recibió 10.136.000 dólares de aquella época, pero en dólares contantes y sonantes del día de hoy la cantidad se decuplica, alcanzando los cien millones de dólares.

NOTAS AL CAPÍTULO “EL RENTISTA”

Las declaraciones y notas periodísticas pertenecen a los diarios *La República*, *La Argentina* y *Crítica*, y a la revista *Caras y Caretas*. Para el viaje a Rusia véase el libro *Crucero a Rusia del Cap Polonio. Julio-Octubre 1926*, publicado bajo la dirección de Luis Luchia Puig. En 1925 el *Cap Polonio* había traído a Albert Einstein a Buenos Aires, pasajero que le dio fama local al barco, pero a éste ya antes, en 1921, le había sido dedicado un tango, *Cap Polonio*, cuyo autor fue Adolfo Rosquellas. Un periodista, José Tomás Sojo (hijo), publicó en *La Razón* crónicas del crucero. Agradezco también la deferencia de Oscar Puiggrós, en conversación telefónica del 14 de mayo de 2004. Por cierto, cuarenta años después del viaje a Rusia Rodolfo Puiggrós escribiría un libro titulado *El yrigoyenismo*, en el cual define al líder radical como “argentinófilo”. Luis Luchia Puig usa indistintamente las palabras “anarquismo” y “comunismo” a modo de sinónimos. En todo caso, el “anarco-bolcheviquismo” no era tan inusual en el período confuso que siguió a la Revolución Rusa y no fueron pocos quienes creían que allí comenzaba a realizarse el sueño de una sociedad sin Estado, aunque las intenciones de Lenin, Trotsky y Stalin fueran muy otras. Luchia Puig concluye: “No es comunismo, es socialismo de Estado”. Más adelante, Luchia Puig y su hermano editarán las revistas *Estrada* y *Esquiú*. De *Charleston* solamente se editaron tres números, entre junio y agosto de 1926. Sus medidas eran irregulares: 32 centímetros de alto por 22 de ancho. El papel en que estaba impresa era lujoso y la portada, una tapa calada. Max Osbert era el redactor de la publicación, aunque quizás se tratara de un seudónimo. En la revista se publicó un cuento de Pitigrilli, “Ultraje al pudor”. También un artículo sobre Florencio Parravicini, una nota sobre el futbolista Jorge Brown y dibujos del caricaturista Columba. En uno de los números se incluye el cuento “La ingratitud”, de Catulle Méndez, cuyos temas son la traición y la mujer fatal. Dos detalles interesantes: una crítica a la Conquista del Desierto y una mención al anarquista Rafael Barrett en el editorial. Durante las actuaciones de Josephine Baker en Buenos Aires se le exigió renunciar a la falda circular de bananas que la había hecho famosa en París en beneficio de velos más púdicos, seguramente decepcionantes. Por entonces, Oscar Alemán, un

argentino, era primera guitarra en la orquesta de Josephine Baker. *Risas, lágrimas y sedas*, el primer libro de Barón Biza, tuvo una tirada de 5.000 ejemplares y de 20 en papel ilustración y encuadernación lujosa. Eran 160 páginas. Cinco de los cuentos (“El sol ladrón”, “La confesión”, “Parábola”, “El debut” y “La modistilla”) habían sido anticipados en el folleto *De la vida inquieta*. La descripción de la modistilla que acaba en el music hall es la misma con que Barón Biza alabará a Myriam Stefford en *Charleston*. A su vez, el cuento “El debut” anticipa el argumento de *El derecho de matar*. Uno de los relatos, “El abrazo”, fue publicado por *El Diario* de Valdivia, Chile, el 2 de enero de 1923. El breve comentario de *Risas, lágrimas y sedas* aparecido en el suplemento cultural de *La Nación* del 30 de noviembre de 1924 fue la primera noticia pública acerca de Barón Biza en la Argentina. Las obras publicadas por Barón Biza y que son anteriores a *El derecho de matar*, de 1933, son las siguientes: *Del ensueño* (fragmentos), en España, 1918, o bien 1917; *Alma y carne de mujer* (novela), en Chile, 1923; *De la vida inquieta* (cuentos), en Buenos Aires, 1922 o 1924; *Margot* (novela), en Chile, 1923. Entre las anunciadas en preparación y nunca publicadas: en 1924 anunció *Manón* (novela) y también *Ídolos de barro* (cuentos), por cierto un título de raigambre nietzscheana; en 1934 informó sobre *Guzanos* [sic] (*tragedia aeronáutica*); en 1943 publicitó *Lepra*; en 1951 declaró que publicaría *Tras las rejas justicialistas de Perón*; en 1955 avisó un libro a titularse *Interés 40%*; en 1959 publicitó *Los lobos te quieren manso*; y un año antes de suicidarse, en 1963, aún prometía enviar a imprenta *Yo fui concesionario municipal (historia increíble)* y *Mis hermanos los buitres (política)*. El párrafo de Barón Biza incluido en la sección VI pertenece a *Porqué me hice revolucionario*.

NOTAS AL CAPÍTULO “EL ENAMORADO”

Las noticias y declaraciones han sido tomadas de los diarios *La Prensa*, *Crítica*, *Jornada*, *Tribuna*, *Córdoba*, *Noticias*, *La Nación*, *La Razón*, *Noticias Gráficas*, *Tucumán*, *La Provincia* de San Juan, *Diario Nuevo* de San Juan y *La Voz del Interior* de Córdoba; y de las revistas *Caras y Caretas*, *Atlántida*, *Charleston*, *Lido*, *Estampa*, *El Hogar*, *Mundo Argentino*, *Última Hora*, *El Riel Porteño*, *Cine-Revista*, *Camino de las Sierras* y *Revista Nueva*. En su libro *Mujeres deportistas*, de 1994, Liliana Morelli dedicó un capítulo a Myriam Stefford. También aparecen descripciones de ella en *Porqué me hice revolucionario*, del propio Barón Biza, y en la revista *Todo es Historia* de

agosto de 1996. Existe un libro publicado en Alta Gracia por Hugo Di Pasquale, en edición de autor, en que se novela la historia de la aviadora: *El último vuelo de Miriam [sic] Stefford*, editado en el 2003. Las fotografías descriptas de Myriam Stefford me fueron proporcionadas por Jorge Barón, al igual que las de la mansión de Plaza Francia localizada en la avenida Quintana 936. Hoy la calle ha sido rebautizada Levene, quizás porque se trata de una sola cuadra, entre Pueyrredón y Agote. El mobiliario del dormitorio de la mansión puede verse en exhibición en el Museo de la Ciudad de Buenos Aires, en Alsina y Defensa. La residencia de Juan Domingo Perón y Eva Duarte estaba localizada en Avenida del Libertador y Austria. Las confusiones con respecto al nombre y la nacionalidad de Myriam Stefford continuaron por mucho tiempo. Todavía en el año 2001 un periódico la menciona como Rosa “Margarita” Rossi, y con el tiempo le atribuirían diversas cartas de ciudadanía: norteamericana, alemana, suiza, italiana y austríaca. Por cierto, los que han escrito sobre ella, periodistas mayormente, han construido una ensalada con fechas y acontecimientos erróneos. Además, algunos diarios tratan a Myriam Stefford de condesa y de baronesa, y a Barón Biza lo confundían a veces con el “Barón de Biza”. Quizás Myriam Stefford haya adquirido su mascota, el leopardo Gaucho, con intención de emular a Josephine Baker, quien en 1930 se había conseguido un leopardo llamado “Petit”. La anécdota siniestra del llamado de teléfono en vísperas del inicio del Raid de las Catorce Provincias también aparece mencionada en *Porqué me hice revolucionario*. El periodista Luis Pozzo Ardizzi publicó *La moral de Don Filántropo*, *El crimen de la Broadcasting* y *Adelante señores: bar automático. ¡Hoy, inauguración, hoy! Y también Y... viva la muerte*, escrito en colaboración con Segundo Gauna, asimismo amigo de Myriam Stefford. Cabe mencionar que el avión de repuesto *Chingolo II* ya había tenido un percance en Córdoba antes de arribar a Salta con el fin de permitir a la aviadora continuar con su periplo aéreo. Hace pocos años la Dirección de Aeronáutica de la Provincia de San Juan propuso bautizar con el nombre de Myriam Stefford el aeropuerto de Valle Fértil, que nunca se construyó. Los restos mortales de Myriam Stefford reposaron en el panteón de la familia Barón del cementerio de la Recoleta hasta noviembre de 1935, cuando fueron trasladados a Alta Gracia. Luego de su muerte, al menos dos poesías fueron publicadas en su homenaje, a cargo de Rogelio Giudice y de Eduardo María del Campo. El primero fue el autor del tango “Hipólito Yrigoyen”. Y en la revista *El Hogar* hay una ilustración de Myriam Stefford realizada por Fritz Werner. En Francia la evocó Raymond Latour en la revista *Paris-Midi* de

mayo de 1932. La aviadora Carola Lorenzini, fallecida en un accidente aéreo el 23 de noviembre de 1941, también tuvo un entierro multitudinario. Dos años antes había participado en la película *Alas de mi Patria*. Agradezco los datos proporcionados por María Angélica Medina en conversación telefónica del 1º de marzo de 2004, tanto como los que me acercaron Maby Cabello y Susana Yappert. La frase que está cincelada en el monolito de diez metros de altura que se erigió en Marayes, donde se desplomó el avión de Myriam Stefford (“Un bel morire tutta la vita onora”) es de Petrarca. Hoy se conoce ese lugar cercano a Marayes con el nombre de Paraje Las Chacras, pero en la época se lo mencionaba como Playa de la Aguadita. A partir del año 1983 la zona donde está emplazado el mausoleo de Myriam Stefford, cerca de Alta Gracia, en Córdoba, pasó a llamarse Los Cedros, nombre de una pequeña comuna que fue formándose lentamente. La escuela Catalina Biza de Barón, fundada por su hijo Raúl Barón Biza y que antes estaba ubicada muy cerca del monumento, ha sido trasladada a ese poblado de ochocientos habitantes. La princesa Faucigny Lucinge, que estuvo en el casamiento de Barón Biza, es mencionada por Jorge Luis Borges en el cuento “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius”, incluido en *Ficciones*, publicado en 1944. ¿Y el príncipe Ruspoli, uno de los invitados al casamiento de Barón Biza y Myriam Stefford, habrá sido el mismo hombre con atuendo de camarlengo papal que recibió a Eva Perón en el Vaticano durante la gira europea de 1947? ¿Cuál habrá sido la razón que tuvo Myriam Stefford para elegir ese apellido a modo de alias artístico? En todo caso la palabra “stefford”, en inglés, resulta ser un apellido que proviene de la figura de “Stephen”, un mártir cristiano, y que significa “corona” y también “guirnalda”. En un capítulo de su libro *Amores argentinos. Secretos y verdades de dieciséis pasiones célebres*, de 1998, Jorge Camarasa cuenta la historia de Barón Biza y Myriam Stefford. Existe una película sobre Myriam Stefford, estrenada en Córdoba en el año 2011, llamada *Chingolo. El último vuelo de Myriam Stefford*, dirigido por José Frattini, y con actuación de Anabella Frattini como Myriam Stefford y Daniel Liviadotis como Barón Biza. Otra película sobre Myriam Stefford en preparación, en Córdoba, se titula *Agosto final*, con guión y dirección de Eduardo Sánchez. Las características técnicas del avión de Myriam Stefford son las siguientes: biplaza de ala baja con doble comando, dotado de un motor Siemens de 80 caballos de fuerza, con envergadura de 12 metros, longitud de 7 metros y 2 de altura. Podía cargar 600 kilogramos de peso, y viajaba a velocidad crucero de 135 kilómetros por hora. Al momento de su muerte, el ingeniero Ludwig Fuchs, aquí conocido como Luis Fuchs, revistaba como secretario del Centro

de Aviación Civil. En la Galería Güemes de la calle Florida, donde se veló el cuerpo de Myrion Stefford, vivía el escritor y aviador Antoine de Saint Exupéry, autor de *El principito*. Miss Ivy Piercey, efímera novia de Barón Biza, había sido nombrada corresponsal del diario *Última Hora* para cubrir las alternativas de la Guerra del Chaco y se proponía llegar a Asunción del Paraguay en avión. El propio gobierno británico solicitó a su homólogo paraguayo que impidiera la llegada de Miss Piercey al país.

NOTAS AL CAPÍTULO “EL REVOLUCIONARIO”

Se han tomado datos y declaraciones de los diarios *Noticias Gráficas*, *Crítica*, *Córdoba*, *Última Hora*, *Democracia*, *La Argentina*, *La Palanca*, *La Flecha* de San Miguel de Tucumán, *La República Ilustrada* de Montevideo, *El País* de Montevideo, *El Ideal* de Montevideo, *La Provincia* de Montevideo, *A Farol* de Juiz de Fora, *Jornal do Commercio* de Juiz de Fora, *Gazeta Comercial* de Juiz de Fora y *A Noite* de Río de Janeiro. También del semanario *La Víspera*, del cual se editaron más de veinte números. Otros diarios uruguayos y brasileños son citados extensamente por Barón Biza en *Porqué me hice revolucionario*. El testimonio de Néstor Aparicio sobre su estadía en la Penitenciaría Nacional y en Tierra del Fuego fue publicado por el editor Manuel Gleizer en 1932 bajo el título *Los prisioneros del Chaco y la evasión de Tierra del Fuego*. El teniente coronel Atilio Cattáneo escribió dos libros de memorias, *Entre rejas*, de 1939, y *Plan 1932: el concurrencismo y la revolución*, de 1959. En ambos Cattáneo critica la Ley de Residencia, que posibilitaba la expulsión de anarquistas. El otro testimonio de importancia es el de Raúl Luzuriaga, *Centinela de la libertad. Historia documental de una época*, publicado en Buenos Aires en 1940, probablemente en edición de autor. Cabe destacar que la esposa de Luzuriaga fue encarcelada por seis meses en represalia por su fuga. César Tcach, en su libro *Amadeo Sabattini. La nación y la isla*, afirma que Atilio Cattáneo se refugió en la estancia de Barón Biza en Córdoba luego del fracaso de su conspiración de 1932, pero esto no es posible pues Cattáneo fue arrestado en Buenos Aires de inmediato. El libro de Arturo Jauretche *El paso de los libres* tuvo varias ediciones. La primera, con prólogo de Jorge Luis Borges, es de 1934; la segunda, con introducción de Jorge Abelardo Ramos y sin el prólogo de Borges, se publicó en 1960, y ya la referencia al último domicilio de Trotsky en México en el nombre de la editorial —Coyoacán— advierte sobre la deriva interpretativa de la obra; y la tercera edición, de 1974, en Peña Lillo, incluyó los dos

prólogos. Barón Biza parece saber acerca de los versos de Jauretche pues alude a ellos en *Porqué me hice revolucionario*. Más datos sobre los alzamientos contra Uriburu y Justo pueden ser leídos en una entrevista a Jauretche (“La última montonera radical”) a cargo de Diana Alicia Tussie y Andrés Federman, en la revista *Todo es Historia* de agosto de 1974; en el artículo de José Rafael López Rosas (“La revolución radical de 1933”) en *Todo es Historia* de diciembre de 1975; en el de Miguel Unamuno (“La primera gran represión”) en *Todo es Historia* de febrero de 1988; en el de Miguel Ángel Villalba (“La revolución radical de 1933 en Paso de los Libres”) en *Todo es Historia* de junio de 1993; y en el de Andrés René Rousseaux (“La ‘patriada’ radical de 1933 en el río Uruguay”) en *Todo es Historia* de enero de 1997. Miguel Unamuno, que fue director del Archivo General de la Nación, tiene el mérito de haber desenterrado y reivindicado muchos libros y libelos escritos contra la dictadura de Uriburu, y entre ellos menciona *Porqué me hice revolucionario*. Por cierto, entre los condenados a prisión por lo de Paso de los Libres había un tal Félix Luna. Sobre los hermanos Kennedy puede consultarse el libro de Yamandú Rodríguez, *Los Kennedy*, publicado sin dato de editorial en Montevideo y en diciembre de 1934; y el de Jorge Repiso, *Los Kennedy. Tres hermanos que casi cambiaron la historia*, en Editorial Emecé. Más detalles sobre estas rebeliones pueden ser encontrados en la vida de Arturo Jauretche escrita por Norberto Galasso, *Biografía de un argentino*, publicada en Rosario, en 1997; y en las memorias de Carlos Ibarguren, *La historia que he vivido*, de 1955. Sobre FORJA véase el libro de Miguel Ángel Scenna, *Una aventura argentina*, de 1972, y el de Arturo Jauretche, *FORJA y la década infame*, del año 1962. Cabe aclarar que entre 1935 y 1940 era obligatorio para los miembros de FORJA ser asimismo afiliados a la Unión Cívica Radical. El entonces capitán Juan Domingo Perón participó activamente en el golpe de Estado contra el presidente Hipólito Yrigoyen. De hecho, fue uno de los primeros en llegar a la Casa Rosada y sobre el estribo del automóvil que conducía al general Uriburu. Véase “Algunos apuntes en borrador sobre lo que yo vi, de la preparación y realización de la revolución del 6 de septiembre de 1930. Contribución personal a la historia de la revolución”, firmado por el capitán Perón e incluido a modo de apéndice en *Memorias sobre la revolución del 6 de septiembre de 1930*, del general José María Sarobe, Ediciones Gure, Buenos Aires, 1957. Se trata de una publicación póstuma, pues Sarobe había muerto en 1946, fecha de redacción de sus memorias. Los destinos que ocupaban algunos de los principales conspiradores antes de su detención o baja del

ejército eran los siguientes: el teniente coronel Gregorio Pomar era el jefe de la 3ª División de Ejército; el coronel Francisco Bosch revistaba en la 2ª División de Ejército (Campo de Mayo), y en la 1ª División de Ejército en Capital estaba el teniente coronel Roberto Bosch. La estancia de Bonpland, donde aún se homenajea a los caídos en la intentona de Paso de los Libres, pertenecía a Tito Bonpland, que se había unido a las fuerzas del teniente coronel Bosch y por eso el único monumento a los caídos en las batallas de Paso de los Libres y San Joaquín está en un lugar privado. El teniente Juan Carlos Franco, que había defendido al anarquista Severino Di Giovanni, participó del complot de Severo Toranzo de 1932. Un último chispazo emitido por los militares yrigoyenistas sucederá en 1935, cuando el alférez Alberto Sautu Riestra amotinó tropas de la marina en Puerto Nuevo. El manifiesto de la ADA fue publicado por el diario *Democracia* en septiembre de 1933. Sobre los militares organizados en la logia Corda Frates véase el artículo de Rogelio García Lupo en diario *Clarín* del 3 de septiembre del año 2000. Existió otra logia llamada Corda Frates en la historia argentina, aunque de signo contrario. Sus integrantes se habían comprometido secretamente a mantener el control ideológico y político de la Universidad de Córdoba, y de hecho lo hicieron hasta la rebelión reformista de 1919. Mientras Barón Biza permaneció bajo confinamiento en Brasil fue defendido por un importante periodista llamado Costa Rego, editor jefe del *Correio da Manhã*. En Río de Janeiro Barón Biza resistía el confinamiento pero no dejaba de llevar una vida mundana: “Esa noche, primer sábado de Carnaval, se realizaba el más grande baile del año en el Gloria Hotel. Fui con mi salvoconducto en el bolsillo y acompañado por el coronel Benjamín Vargas, hermano del presidente del Brasil”. La dificultad de obtener asilo político en Uruguay se debía a que el 31 de marzo de 1933 había tenido lugar el primer golpe de Estado del siglo xx en el vecino país, encabezado por Gabriel Terra. Ante el hecho de fuerza, Baltasar Brum, ex presidente del Uruguay, se atrincheró en su casa, se tiroteó con policías, y una vez asumido que no habría resistencia popular al golpe, salió de su casa y se suicidó a la vista de vecinos, uniformados y periodistas. Por aquel entonces se dieron a conocer varias cartas públicas, o bien se las hizo circular clandestinamente, en respuesta al golpe de Estado del general Uriburu. Manuel Carlés, amigo de Uriburu y jefe de la Liga Patriótica Argentina, le escribió dos cartas serenas y punzantes que le valieron la prohibición de dar conferencias en lugares públicos. También Salvadora Medina Onrubia había escrito una carta muy dura a Uriburu desde la cárcel del Buen Pastor. Y también escribió la suya el dirigente radical Horacio

Oyhanarte, quien trató a Uriburu de “asesino, coimero, torturador y fraudulento”. Un dato olvidado: el general Francisco Fasola Castaño, que había sido subjefe de Estado Mayor del gobierno de Yrigoyen y era conocido por sus charlas radiofónicas de índole nacionalista tituladas “La Argentina para los argentinos”, retó a duelo al presidente Justo, que no sólo declinó el gesto sino que también ordenó darlo de baja, y además le prohibió usar uniforme. Más adelante Fasola Castaño será uno de los maestros de Perón, quien lo cita a menudo. Miguel Jantus, un esbirro de Uriburu y Justo, y que a poco del golpe de Estado se le ocurrió enjuiciar a Hipólito Yrigoyen, es el mismo juez que envió a cientos de personas a la Penitenciaría Nacional, el que condenó al teniente coronel Cattáneo y quien juzgó a *La Víspera*, castigando a su director con año y medio de prisión. No le bastó: en 1937 concedió una pena relativamente leve al matón a sueldo que asesinó al senador Enzo Bordabehere en el Congreso Nacional, condena luego aumentada por la Cámara Federal. Cattáneo estuvo en prisión entre julio de 1931 y febrero de 1932 y entre diciembre de 1932 y septiembre de 1934. Por esta época Barón Biza solía dar como propia la dirección del Centro de Aviación Civil, en Victoria al 1900, sin saber que en diciembre de 1946 dicha calle sería rebautizada como Hipólito Yrigoyen. Las relaciones entre anarquistas y radicales luego del golpe de Estado del 6 de septiembre de 1930 están resumidas en este párrafo del primer tomo de *Memorias de un luchador social*, del ácrata Laureano Riera Díaz: “Los radicales lo esperaban todo de lo que pudieran hacer los hermanos Kennedy, Pomar y Toranzo, hombres de las fuerzas armadas. Pero el gran conspirador don Hipólito Yrigoyen ya no estaba. Debilitados por el sensualismo del poder, carecían de hombres de base, que fueron y seguirán siendo siempre los que sacan las castañas del fuego. Nosotros los teníamos. Había con los radicales algunos puntos de coincidencia: el pleno restablecimiento de las libertades públicas, consagradas por la Constitución y la costumbre a nivel popular. Ellos querían retomar el poder del que fueron desplazados por la fuerza y el fraude. Nosotros queríamos la liberación de los presos sociales y el derecho a seguir editando nuestras publicaciones, a seguir actuando en el seno de la clase obrera y a forjar, sobre las ruinas y experiencias del pasado, un sindicalismo orgánico, vertebrado e independiente”. Fue en aquellos tiempos cuando cien presos anarquistas fundaron, en la cárcel de Villa Devoto, la Federación Anarco-Comunista Argentina (FACA), que en 1955 se transformaría en Federación Libertaria Argentina (FLA) hasta el día de hoy. Por cierto, entre tantas otras actividades de esos años que se le han atribuido a Barón Biza también figura

un supuesto periódico llamado *El Puño*. Las frases de Barón Biza incluidas en la sección XIII y en la sección XXII pertenecen a *Porqué me hice revolucionario*. El gobernador de la provincia de Buenos Aires mencionado en la sección XIII se llamaba Federico Martínez de Hoz. El hombre que arrestó a Barón Biza en octubre de 1933, en Córdoba, fue el subcomisario Gustavo “Tuto” Ferrer. Por cierto, la represión a los expedicionarios radicales que quisieron ocupar la ciudad de Paso de los Libres, en la provincia de Corrientes, fue homenajeada al concedérsele, por parte argentina, el nombre de General Agustín P. Justo al puente internacional que une el país con el Brasil a través de la ciudad de Uruguayana. Luego del derrocamiento del presidente Hipólito Yrigoyen, varios pueblos que habían sido bautizados con su nombre fueron forzados a cambiar la toponimia. Entre los militares de tendencias antioligárquicas de los países vecinos cabe mencionar también a los líderes del “febrerismo” paraguayo y a los generales Busch y Toro en Bolivia. Sobre los hermanos Kennedy, también existe una obra de teatro, *Los Kennedy*, de Alan Robinson. Sintomáticamente, en la película *La República Perdida*, crónica histórica oficial del radicalismo, ni se mencionan las sublevaciones yrigoyenistas.

NOTAS AL CAPÍTULO “EL VIUDO”

Se han consultado los diarios *La Prensa*, *Lucha*, *Crítica*, *Jornada*, *Córdoba*, *Noticias*, *La Nación*, *La Razón*, *Noticias Gráficas* y *La Voz del Interior* de Córdoba. Asimismo, las revistas *Caras y Caretas*, *Atlántida*, *Mundo Argentino*, *Última Hora*, *Nuevo Sumario*, *Abriendo Caminos* y *Revista Nueva*. Ludwig Fuchs fue enterrado en un nicho arrendado por Barón Biza y años más tarde sus restos mortales fueron trasladados al Cementerio Alemán, en la Chacarita. El panteón que perteneció a Barón Biza hoy pertenece a la familia Viñas. Curiosa o extraordinariamente, se trataría de una rama relacionada con el escritor David Viñas, puesto que Alberto Viñas, primo del padre de David e Ismael Viñas, y además funcionario de Uriburu, está allí. Los restos mortales de Myriam Stefford yacieron por cuatro años en la Recoleta, en el panteón de la familia de Wilfrid Barón (originalmente en sección 19, sepulturas 37-38; hoy en tablón / manzana 48, sepulturas 1 a 3). Allí estuvieron hasta el 22 de noviembre de 1935, fecha en que fueron trasladados a Alta Gracia. Ese panteón había sido adquirido en 1916 a la familia Passano y estuvo a nombre de los Barón hasta 1937. Un relato de Jorge Barón, quizás verdadero, del entierro de los restos cremados de Barón

Biza en las inmediaciones del monumento a Myriam Stefford se encuentra en la revista cordobesa *El Banquete*, en el número 2. El relato se llama “Leyes de un silencio” y son mencionados Arón, nombre del personaje que desata la tragedia en *El desierto y su semilla*, del propio Jorge Barón, y Cloé, anagrama del nombre del personaje femenino —Cleo— en *El derecho de matar*, de Barón Biza. La estancia “Myriam Stefford”, antes y después llamada “Los Cerrillos” (coincidencia del destino, pues tal es el nombre del lugar de Salta donde cayó el primero de los aviones *Chingolo*), se encuentra en la Ruta 5, entre Córdoba y Alta Gracia, en el kilómetro 17. Sobre el vínculo familiar entre el Che Guevara y Barón Biza consúltase el árbol genealógico de la familia Barón preparado por Carlos Barrios Barón, y también *Mi hijo el Che*, de Ernesto Guevara Lynch. También puede consultarse el árbol genealógico del Che Guevara que está en exhibición en Villa Nydia, su casa de infancia en Alta Gracia, hoy un museo. Acerca de Joaquín Murieta puede leerse el libro de Pablo Neruda *Vida, fulgor y muerte de Joaquín Murieta*. También existe una canción sobre este chileno olvidado cantada por Mercedes Sosa. En carta a Pedro Onetti, jefe de la policía de la ciudad de Montevideo, de fines de 1955, Barón Biza afirma que el valor de las joyas enterradas en el mausoleo asciende a “más de un millón de pesos uruguayos” de ese momento. A fines de la década de 1950 Barón Biza vendió varias joyas a la casa Ricciardi, de Buenos Aires, con la cual tuvo después desavenencias públicas y judiciales. La torre-mausoleo está coronada por dos ventanas a las que se accede por una escalera. Desde lo más alto se ve Alta Gracia, pero también la ciudad de Córdoba y las serranías llamadas “chicas”. En el interior de la cripta había varias placas, hoy robadas, además de tres cuadros y libros para que los visitantes estamparan su firma. Todo ha desaparecido. En 1989 fue profanada por enésima vez. En la estancia “Myriam Stefford”, ya en poder de la familia Bemberg, pasó la directora de cine María Luisa Bemberg —feminista, además— varios veranos de su infancia. En septiembre de 1955, durante el golpe de Estado, el mausoleo fue tomado y usado como atalaya por militares leales a Perón. En 1975 se remataron los muebles de la estancia. En 1980 o 1981 la finca estaba en manos de una empresa italiana y hacia 1987 el mausoleo fue clausurado. Para el año 2001 el predio del monumento estaba en poder de la empresa Caminos de las Sierras, que detentaba la concesión del cobro de peaje de la ruta que conduce de Córdoba a Alta Gracia y cuyo accionista mayoritario era la empresa Impregilo. Pero no es claro que la empresa tuviera derechos legales de administración de las diez hectáreas de terreno donde se alza la tumba de Myriam Stefford. Esa concesión fue

recuperada provisoriamente por el gobierno de la Provincia de Córdoba en febrero del año 2010. No obstante, dos años antes, en mayo del 2008, Caminos de las Sierras había vendido ese predio a la firma Inversora Las Peñas S.A., cuyo accionista mayoritario es Delta, una empresa constructora. En junio del 2010, Santiago Magán, hijo de María Cristina Barón Sabattini y nieto de Barón Biza, inició juicio a esta empresa por entender que la tumba en sí misma nunca había sido puesta en venta por su abuelo. En el año 2000 un diputado cordobés del partido Unión Vecinal propuso al Poder Ejecutivo provincial declarar al monumento “de interés turístico”, pero la idea no prosperó. La escuela “Catalina Biza”, de Alta Gracia, está mencionada en *Punto final*. Por cierto, la lista de monumentos de rango faraónico que fueron proyectados en este país es escueta sin dejar de ser desmesurada: un mausoleo gigante de 143 metros de altura para Eva Perón, una cruz de porte sensacional a ser implantada en el medio del Río de la Plata, una estatua colosal del “descamisado”, y el así llamado “Altar de la Patria”. En apariencia la heredera del monumento funerario fue María Cristina Barón Sabattini, hija de Clotilde y Barón Biza. El predio del monumento es de 3147 metros, unas 10 hectáreas. La estancia que perteneció a Barón Biza hoy totaliza 640 hectáreas, pero antes eran muchas más, quizás hasta 2.000. La legislatura cordobesa, a fines de noviembre de 2015, se preparaba para votar la expropiación del monumento funerario en la ruta de Alta Gracia para transformarlo en un parque temático dedicado a Barón Biza y Myriam Stefford.

NOTAS AL CAPÍTULO “EL PORNÓGRAFO”

Fueron consultados los periódicos *La Palanca*, *República Ilustrada*, *La Víspera*, *La Nación*, *Última Hora*, *Tribuna Libre*, *Crítica*, *La Flecha* de Tucumán y *Nueva Era* de Salta. La primera edición de *El derecho de matar* lleva por fecha el año de 1933 y la tirada era de 5.000 ejemplares. De una segunda edición se tiraron 25.000 ejemplares. Y de una tercera edición, de 1935, el tiraje fue de 50.000 libros. En todas las ediciones se mantuvieron las ilustraciones, aunque una de ellas, de las más blasfemas, no fue incluida en la segunda edición. Del libro existe una edición pirata, o bien clandestina, y quizás más de una. En 1949 Ediciones Biyou lo reeditó, con o sin permiso. En este caso tiene sobrecubierta con ilustración naif —una pareja besándose— y el color de la tapa es blanco y rojo. Difícil saber si la edición pirata fue obra de corsarios profesionales de la letra de molde o si fue alentada por el propio autor. De la novela de Barón Biza se realizó una adaptación teatral a cargo de

Marcos Bronenberg, Mario Bellini y Ricardo Ruiz, texto publicado por la revista *Argentores* en su número 95 del 12 de marzo de 1936, en cuarenta páginas. Algunos de los actores de la puesta teatral harán algo de carrera en el cine (Rosa Volpe, José Casamayor, Martín Zabalúa y Darío Cossier). Martín Zabalúa fue padre del también actor Martín “Tincho” Zabala. En *Mientras el cuerpo aguante*, la biografía de Luis Sandrini escrita por su viuda Malvina Pastorino, se afirma que aquel, muy joven, habría actuado en la versión teatral estrenada en San Pedro de *El derecho de matar*, pero es algo improbable, salvo que se haya tratado de una puesta realizada motu proprio. También es cierto que Sandrini había actuado antes en obras de Marcos Bronenberg. Curiosamente, en 1968, Luis Sandrini actuaría junto a Tincho Zabala en la película *Kuma Ching*, filmada en Hong-Kong. El dato de Eva Perón y la obra de Marcos Bronenberg se encuentra en la biografía escrita por Marysa Navarro, *Evita*. Por la época, el libro de Barón Biza fue mencionado en la prensa con diversas variantes: a veces como “El derecho *a* matar”, otras como “El *deseo* de matar” y también como “El *deber* de matar”. Esto ya había sucedido antes con otro libro suyo, bautizado por los periodistas como “Alma y carne de *muñeca*” y “Alma y carne de *muñecas*”, cuando el título original había sido *Alma y carne de mujer*, y sucedería más adelante también con *Punto final*, alguna vez mencionado como “Punto muerto”. Además, *El derecho de matar* aparece mencionado en un cuento del escritor cordobés Andrés Dapuez. Más adelante habrá otro Jorge Morganti, con grado de capitán, en la política argentina, miembro de la logia Anael de José López Rega. La historia de la censura y de los procesos judiciales por “obscenidad literaria” en el país aún no está contada de forma unitaria. Una respuesta mordaz a la prohibición de la palabra “puta” en los espectáculos teatrales de Buenos Aires estuvo a cargo de Ulyses Petit de Murat en la revista *Contra* de julio de 1933: véase su “Elogio de la palabra ‘puta’”. Hubo más casos de censura teatral durante la intendencia de Mariano de Vedia y Mitre, por cierto él mismo escritor, y traductor de *La balada de la cárcel de Reading*, del procesado y condenado Oscar Wilde. Entre los “escándalos” posteriores se cuentan el causado por la publicación de un cuento de Carlos Correas a fines de la década de 1950; el del libro *Nanina*, de Germán García, en la de 1960; el del cuento “Evita vive”, de Néstor Perlongher, en la de 1980; y el de la novela *El anatomista*, de Federico Andahazi, casi a fines del siglo xx. Por aquella época fue llevada a juicio una revista “erótico-cándida” hoy olvidada: *Medianoche*. Ocurrió lo mismo con la revista *Caricatura*, de la misma índole que la anterior. La presencia de Max Stirner en la biblioteca de Barón Biza es

atestiguada por Jorge Barón en su libro *El desierto y su semilla*, en página 43 y en página 223. ¿Qué edición de *El Único y su propiedad*, de Max Stirner, habrá leído Barón Biza? La única en castellano es del año 1901, traducida por Pedro Dorado Montero y con sello de La España Moderna. En 1904 se reeditó con el sello de Sempere. Por entonces se agotaron dos ediciones de 10.000 ejemplares destinadas no sólo al público español sino al latinoamericano también. Recién en 1976 sería reeditada en México, por Juan Pablos Editor. O quizás lo leyó en francés durante su estadía en Europa. O en inglés. La traducción francesa es de 1900, y la inglesa de 1907. Hay otra edición, en plena guerra civil española, de 1937, publicada por la revista anarco-individualista *Nosotros*, con prólogo de Miguel Giménez Igualada, una edición selecta y limitada. La refutación de Marx y Engels a la obra de Stirner llamada “San Max” restaría inédita hasta 1932, habiendo sido encontrada unos años antes en un archivo de la socialdemocracia alemana. Será publicada junto a las “Tesis sobre Feuerbach” y a críticas ácidas destinadas a Bruno Bauer, Karl Grün, Georg Kuhlmann y Ludwig Feuerbach en un volumen que en castellano es conocido como *La sagrada familia*. El libro contiene 686 páginas, de las cuales 420 están dedicadas a ensañarse con Stirner. Los dos ex libris de Barón Biza mencionados fueron incluidos al final de sus novelas *Punto final* y *Todo estaba sucio*, respectivamente en 1943 y 1963. *El derecho de matar* de Ariosto Licurzi llevaba por subtítulo “De la eutanasia a la pena de muerte” y fue editado por El Ateneo. El sainete de Rafael Cabrera fue publicado por La Novela Cómica Porteña en 1918 y el drama de Augusto Novelli, por Moro & Tello en 1920, en su colección de teatro popular. José Carlos Mariátegui dedica varias páginas de su *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* a Magda Portal, una de las fundadoras de la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), partido político peruano que en un tiempo mantuvo correspondencia de ideas con la Unión Cívica Radical argentina. Jorge Barón suponía que la causa de la tardanza en publicar *El derecho de matar*, supuestamente concluido en 1926 y editado en 1933, habría sido Catalina Biza, la madre de Barón Biza, quien hubiera tomado a mal la publicación. Curiosamente, Barón Biza fue defendido por el periódico nacionalista *Bandera Argentina*. En la gira a Tucumán y Salta lo acompañó Oscar Guzzetti, presentado como “su secretario”, quien había estado preso por causa de *La Víspera*, de la cual era su director. La justificación de Jorge Morganti, protagonista de *El derecho de matar*, luego de ahorcar y robar a su víctima, es la siguiente: “Formo parte integrante de la humanidad. Me asiste el mismo derecho a la vida que a los demás. Antes de ser criminal llegué

incluso a ser mendigo porque la sociedad no quiso que yo fuese un hombre de bien. Ese hombre que acabo de estrangular encarna para mí la sociedad. No solamente me negó el pan que la adversidad me hacía solicitar con el humillante ademán de un pordiosero, sino que estampó en mi cuerpo el sello de su fuerza. Bofetón cobarde porque fue dado con el convencimiento de que caería sobre un débil, sobre un indefenso. Ese hombre cuya vida acabo yo de arrancar pertenecía a las clases de los potentados. Era el propietario de alguna de las fábricas donde fui tantas veces a ofrecer mis energías a cambio de un mendrugo de pan y de donde me arrojaron con el fardo de mis miserias y mis dolores sin escuchar mis lamentos, sin oír mis súplicas, sin fijarse siquiera en el libro abierto de mi rostro pálido por las vigiliass y donde el hambre había escrito la más penosa, la más triste de sus prosas”. En el juicio, el abogado Néstor Aparicio trajo a colación, a modo de apoyatura, los nombres de Ralph Waldo Emerson y José Ingenieros, y casos jurídicos previos como los de una novela titulada *La prostituta*, y otra, *La pálida*, y otra, *Camila*. También, casi inverosímilmente, el caso de Henri Barbusse, autor de *El fuego y el infierno*. Y los casos de Notari, autor de *Quelle signore*; de Victor Margueritte, autor de *La garçonne* (en castellano publicada bajo el título “La machona”) y de Mario Mariani, autor de *Las adolescentes*. Además, Aparicio, el abogado, cita *Pobre Cristo*, de Mario Mariani, quizás haciéndose cargo de los parecidos de estilo y temáticos entre ambos autores. El libro de Mariani se vendía en las librerías con esta impresión en sobrecubierta: “Obra satírica y demoledora de un revolucionarismo sincero y eficaz contra el estado actual tejiendo las bases de un posible ideal futuro”. El abogado percibió la “gemelidad” entre Mariani y Barón Biza. También hace notar los parecidos entre Barón Biza y Vargas Vila, autor colombiano de temática sensualista: BB y VV. El juez Barrera Nicholson no se quedó atrás y contraatacó con casos famosos: Margueritte, *La Carina*; Lawrence, *El amante de Lady Chatterley*; y Joyce, *Ulises*. Y además menciona contemporáneos: Pitigrilli, Felipe Trigo, Joaquín Belda. Sobre el tema del suicidio, se publicó en el número 3 de *Charleston*, de agosto de 1926, este relato: “Después de unas horas de ardiente y rebuscada lujuria, que vacía el cerebro y electriza la médula; después de la borrachera alcohólica que pone brumas en la mente, fuego en la garganta y asco en el estómago; después del aniquilamiento deleitoso de los alcaloides, que dejan en los nervios roídos un ansia siempre creciente de mayores y más intensas sensaciones, es cuando el ‘tedium vitae’ se posesiona del irreflexivo y abúlico gozador, es cuando en su pensamiento se incrusta con irresistible fuerza el clavo candente de la obsesión suicida”. O bien léase esta parrafada de *El*

derecho de matar: “Aquel viejo que avanza arrastrando su miseria hacia el banco de la plaza, sin otro afecto que los propios recuerdos, ¿qué otra ruta le queda para separarse de la roña en que los hombres y la vida lo transformaron? El obrero pálido, famélico, que al llegar al puerto, esperando que en lontananza descubra el barco que pondrá a su trágica prosa, ¿qué otra ruta a seguir, sino ésta de las aguas sucísimas del puerto? La adolescente, la virgen que despierta a la vida junto al efebo que no puede poseerla, junto al macho que no puede desgarrar su himen, no puede mordisquearle los senos, ¿qué otro gesto más bello, qué otro escupitajo a nuestras leyes y morales, que después de haberse entregado, después de haber gozado el minuto, haber vivido su instante, no darles el placer de su desprecio e insultos y penetrar en la noche eterna, en el inmenso silencio...?”. Los párrafos de Barón Biza incluidos en las secciones VI, VII, XIV, XX y XXVIII pertenecen a *El derecho de matar*. Mario Mariani, por cierto, residió un tiempo en Argentina, donde se publicaron obras suyas, pero también pasó años en Uruguay, Brasil, Suiza, Francia y Bélgica, luego de haberse exiliado de la Italia de Mussolini en 1926. Otra vuelta de tuerca lo familiariza con Barón Biza: al regresar a su país natal, en 1949, Mario Mariani fundó, junto al marxista heterodoxo Bruno Rizzi y algunos anarquistas, el movimiento político conocido bajo el nombre de “Contracorrente”, de existencia efímera. Germán García también menciona *El derecho de matar* en su libro *Nanina*, de 1967, novela que, por cierto, debió sobrellevar un proceso judicial por supuesta inmoralidad. Existió un mundo de ediciones de temática erótica en la Argentina, todas ellas clandestinas o apenas toleradas o de circulación precaria y que hoy quizás sea imposible reponer, ediciones de baja calidad, a veces mimeografiadas, destinadas a las clases populares, con nombres sugestivos o inequívocos tales como “Picardía”, “El Metesiete”, “Vida Nocturna” o “Fantasía”, a las que se agregan las revistas de fotonovelas eróticas, de estilo “atrevidas”, y también las revistas que incluían chicas “en pose”, tales como *Medianoche* y *Caricatura*, y no deben excluirse de esta serie las revistas y librillos que, bajo el pretexto de ilustración científica, exponían el misterio del origen del mundo al lector curioso. La revista *El Interpretador*, publicada bajo forma informática, dedicó a Barón Biza algunos artículos referidos a su novela *El derecho de matar*: “El ejercicio de la tragedia”, por Javier Fernández y Juan Leotta; “Sobre pistolas y muñecas de carne”, de Paula Torricella, quien señala acertadamente que en ese libro se cuestiona el sistema sexual entero y sus roles; y “La sombra del libertino”, por Diego Tatián (ya publicado en el año

2004), en el cual se enfatiza la pertenencia de la novela de Barón Biza a la tradición literaria libertina.

NOTAS AL CAPÍTULO “EL INTRANSIGENTE”

Se consultaron los diarios *El País* de Córdoba, *El Plata* de Montevideo, *Crítica*, *La Razón*, *Córdoba*, *El Pueblo*, *La Prensa* y *La Nación*, y también la colección completa del semanario *La Semana Radical*. Cabe destacar que este periódico hizo un continuo reclamo al Parlamento para que se derogara la Ley 4.144, llamada “Ley de Residencia”, aprobada en 1902 con el fin de expulsar a sindicalistas y anarquistas de nacionalidad extranjera. El artículo 128 del Código Penal por el cual se persiguió judicialmente a Barón Biza dos veces fue proyectado originalmente en 1906 y convertido en ley en 1921. La “pampa gringa” también incluye los departamentos del sur de la provincia de Santa Fe. Sobre el “lencinismo” y el “cantonismo” véase el libro de Celso Rodríguez *Lencinas y Cantoni. El populismo cuyano en tiempos de Yrigoyen*, del año 1979. Un “radical rojo” de Córdoba, José Lencinas, era hermano de Carlos Washington Lencinas, líder de la fracción roja del yrigoyenismo mendocino. El jefe de los “radicales rojos” de Córdoba era Alberto Durrieu y en su programa político se planteaba la necesidad de democratizar el orden de la producción y de educar a la clase obrera. Una influencia curiosa sobre el grupo provenía de la Sociedad Georgista, que por entonces promovía en Córdoba las teorías del economista norteamericano Henry George, difusor del derecho de todos a sembrar y cosechar los frutos de la tierra, proponiendo entonces su redistribución y un impuesto único para ella y, eventualmente, la propiedad colectiva de la naturaleza. El georgismo no desaparecerá con la debacle electoral de los “radicales rojos”, pues todavía en 1930 y 1940, durante los gobiernos sabattinistas, habrá “georgistas” con alguna influencia en la administración pública cordobesa. De 1921 a 1926 existió el Partido Liberal Georgista y entre sus dirigentes se contaron Cándido Villalobos y el escritor Arturo Capdevila. Para un análisis de la clase alta cordobesa véase *Eclipse de una aristocracia*, de Juan Carlos Agulla, de 1968, y sobre la historia de la provincia en el período, léase *Historia de Córdoba* de Efraín Bischoff, de 1979. Sobre Enrique Badessich está publicado el artículo “El diputado bromosódico”, de Héctor J. Iñigo Carrera, en el libro colectivo *Los excéntricos*, de 1977. El partido vecinal llamado Block Obrero-Campesino, que ganó en 1928 las elecciones comunales del pueblo de Villa Huidobro, también conocido bajo el nombre de Cañada Verde, llevó a la

intendencia al obrero rural José Olmedo y elevó al rango de concejales a los pintores Ernesto González y Horacio Doratto, al repartidor de pan Casimiro Lupe y al carpintero Andrés López. El folleto “Barón Biza. Un proceso original” venía con tapa a dos colores, negro y rojo, e incluía un dibujo de un fiscal acusador que remedaba las caricaturas de Daumier. La solicitada de Barón Biza contra su cuñado Alberto Sabattini fue publicada el 21 de marzo de 1951 en el diario *Momento* de Villa María. El procurador que en 1950 le tomó a Barón Biza la declaración indagatoria se llamaba Bernabé Ferrer, quien siete años después será el juez encargado de la causa por el asesinato del abogado Marcos Satanowsky, que dio origen al libro de Rodolfo Walsh *El caso Satanowsky*. Entre otros datos autobiográficos incluidos en *Punto final*: el marqués de Pacinelle, que estuvo en su casamiento; el Palacio Daniele, donde fue su auténtica boda; y el Hotel Lido, donde se alojó hasta el día de su casamiento. Aristóbulo Aráoz de Lamadrid, su abogado defensor en el juicio por inmoralidad seguido contra la novela *Punto final*, es probablemente la misma persona que luego será integrante de la Corte Suprema de Justicia. Por la época no actuaba otro abogado conocido con el mismo apellido. El folleto *Defensa jurídica de Punto final. Novela de Barón Biza* fue editado en Buenos Aires en el año 1943 y está firmado por el Dr. A. Aráoz de Lamadrid. Acerca de los avatares políticos e ideológicos de la Unión Cívica Radical pueden consultarse los tres tomos que Gabriel del Mazo dedicó a la historia de su partido, *El radicalismo. Ensayo sobre su historia y doctrina*, y particularmente el que dedica al Movimiento de Intransigencia y Renovación, fechado en 1957. En este librito Barón Biza es mencionado apenas una vez, en una nota al pie, exactamente en la página 58. Este es un camafeo de Amadeo Sabattini, según el recuerdo de Eduardo César Angeloz, ex gobernador de Córdoba: “Era un hombre singular que se refugiaba mucho en su casa y hasta paseaba por la calle ataviado con una robe de chambre de franjas moradas y blancas. Hablaba poco. Un sábado por mes, al mediodía, hacía en su casa una reunión de comando a la que acudían dirigentes de todo el país. Transmitía indicaciones por medio de delegados de confianza”. Testimonio de Eduardo César Angeloz a María Sáenz Quesada incluido en su libro *La Revolución Libertadora*, del 2008. Sobre Amadeo Sabattini véase *Sabattini y la decadencia del yrigoyenismo*, de Roberto Ferrero, publicado en 1981, quien menciona a Barón Biza como propietario de la mansión en que se reunieron Sabattini y Jauretche; *Vida de Amadeo Sabattini*, de Ángel Vargas, de 1966; y de César Tcach, *Sabattini. La nación y la isla*, de 1999, donde Barón Biza es mencionado; y del mismo autor, *Sabattinismo y peronismo*.

Partidos políticos en Córdoba. 1943-1955, de 1991. También “Sabattini, el presidente que no fue”, de Horacio Guido, en la revista *Todo es Historia* de septiembre de 1969. Sobre la condición social del sur cordobés ha escrito Ezequiel Gallo en *La pampa gringa*, de 1983. Según César Tcach, en su libro sobre Sabattini, el diario norteamericano *The New York Herald Tribune* anunció en 1945 la fórmula Perón-Sabattini para los comicios del año siguiente pero el líder cordobés desmintió el arreglo a través de su yerno Barón Biza. Muchos de los que en su tiempo fueron seguidores o simpatizantes del bando sabattinista ocuparán cargos públicos importantes: Celestino Gelsi llegará a ser gobernador de la provincia de Tucumán en 1958; Arturo Illia, antes de ser presidente de la Nación entre 1963 y 1966, había sido vicegobernador de Córdoba entre 1940 y 1943; Santiago del Castillo fue candidato a vicepresidente en 1958; Horacio Guzmán será gobernador frondicista de Jujuy en 1958; Ramón Asís será vicegobernador de Córdoba en 1946, pero por el Partido Laborista; Arturo Zanichelli será gobernador de Córdoba en 1958 por el partido de Frondizi; Oscar Alende será gobernador de la provincia de Buenos Aires en 1958 y más adelante fundador y líder del Partido Intransigente; Gregorio Martínez será embajador en el Uruguay durante el primer gobierno de Perón; Eduardo Gamond será candidato a vicepresidente del país en 1973; Federico de Uña, que había sido simpatizante del anarquismo en su juventud y luego sabattinista, será vicegobernador peronista de Córdoba en 1952 y por esa época aún seguía siendo el máximo dirigente de la Unión Obrera del Dulce y Anexos; Oscar Albrieu será el último ministro del Interior de Perón; y Arturo Frondizi será elegido presidente de la Nación en 1958. Eduardo César Angeloz, que será gobernador de Córdoba tres veces y candidato a presidente de la Nación en 1989 por la Unión Cívica Radical, fue en su juventud un sabattinista. Juan José Hernández Arregui, que también vivió en Villa María, el pueblo de Sabattini, abandonará el radicalismo en 1947 y devendrá un ideólogo del nacionalismo de izquierda. Oscar Albrieu intentó, en 1955, poco antes del golpe de Estado del General Lonardi, un acuerdo con Sabattini para impedir el levantamiento militar, pero no hubo eco. Su interlocutor sabattinista era Rufino Abaroa, quien había sido médico de Barón Biza. Luego de caído Juan Domingo Perón, Albrieu será encarcelado y sometido a simulacros de fusilamiento. Por cierto, el ex gobernador frondicista de Córdoba Arturo Zanichelli, radical sabattinista en su tiempo, fue suegro de José Manuel de la Sota, tres veces gobernador peronista de Córdoba. Hasta no hace mucho tiempo, década de 1980, el Movimiento de Afirmación Yrigoyenista del

senador chaqueño Luis León seguía considerándose custodio de los principios del yrigoyenismo, y todavía en la década de 1990 existía en Córdoba la línea interna de la Unión Cívica Radical llamada Movimiento Sabattinista, que contaba con alguna intendencia. Sobre Arturo Jauretche véase, de Norberto Galasso, *Biografía de un argentino*. Galasso también menciona la reunión de Jauretche y Sabattini en la casa de Barón Biza. Por cierto, Perón no sólo intentó convencer a Sabattini de ser su candidato a vicepresidente, también lo hizo con Horacio Oyhanarte, de la Unión Cívica Radical. Todavía a comienzos de 1946 Perón le seguiría ofreciendo a Sabattini la vicepresidencia de su fórmula presidencial a través de varios contactos, entre ellos Julián Sancerni Giménez, patrón radical de la circunscripción Palermo de la Capital, pero el líder cordobés, aunque dudando, rechazó la oferta. La opinión del ex anarquista Julio Barcos sobre la situación política de la Unión Cívica Radical se encuentra en su folleto “Para el radicalismo reformarse es vivir”, de 1947. Entre los “forjistas” que actuarán junto al peronismo en cargos importantes se cuentan Hipólito Paz, canciller, Héctor Maya, gobernador de la provincia de Entre Ríos, y Juan Alvarado, gobernador de San Juan. Cabe recordar que en la provincia de Salta Lucio Cornejo Linares llegó a gobernador por la Unión Cívica Radical Yrigoyenista que apoyaba a Juan Domingo Perón en el orden nacional. Hortensio Quijano, quien sería vicepresidente de Perón, había sido designado ministro del Interior del general Farrell en agosto de 1945, siendo inmediatamente expulsado de la Unión Cívica Radical. Entre los directores de la Myriam Stefford S.A. Compañía Industrial Olivícola se contaban Néstor Aparicio, que había sido abogado de Barón Biza en el primer juicio por inmoralidad, y Fausto Newton, el constructor del mausoleo. Hay una noticia periodística con fotografía en la que se ve a todos ellos observando desfilar los vehículos, a motor y a sangre, que había en el establecimiento, en número de setenta y cinco. En declaraciones periodísticas Barón Biza dice que plantaba olivos para que el país dejara de depender de la importación de aceite. Sobre la historia y la condición de las mujeres de la Unión Cívica Radical puede consultarse *Las mujeres en el radicalismo argentino*, de Edit Rosalía Gallo, del año 2001. El dato del supuesto plan peronista para eliminar opositores, incluyendo a Clotilde Sabattini, lo hizo conocer Hugo Gambini en “Hace cincuenta años se dio una orden de represión feroz, hoy poco conocida” y “Las órdenes secretas de Perón”, artículos publicados en el diario *La Nación* del 5 y del 27 de mayo de 2002. La primera edición de *Punto final* incluía ilustraciones de A. Rosendo. La tapa: una puerta entreabierta, en sobrecubierta. El libro lleva como pie de imprenta Editorial de Barón Biza.

También se incluye el ex libris del autor. La segunda edición también es de 1943 y el tiraje era nuevamente de 30.000 ejemplares en papel pluma y 50 en papel extra-strong, fuera de comercio. La tercera edición es de 1945 y tiene ilustración distinta en la tapa: una mujer abriendo una puerta desde el interior de una casa, pero carece de las imágenes del ilustrador Rosendo. La cuarta edición puede ser pirata, una copia de la tercera. Tampoco incluye las ilustraciones. El yate de Barón Biza tenía 15,50 de eslora y 3,40 de manga. El primer número de *La Semana Radical* salió a la calle el 2 de agosto de 1946 y el último, el número 22, el 6 de enero de 1947. Hubo otros periódicos que representaron al bando sabattinista: *Debate*, *Lucha*, *Intransigencia*, *Provincias Unidas* y *Paralelo 32°*. El periódico *Intransigencia* se fundó en 1944, *Provincias Unidas* apareció en septiembre de 1945, hasta agosto de 1947, y *Lucha*, de 1935 a 1937. Existe una carta de ciudadanía uruguaya de Barón Biza del 26 de octubre de 1955, número 47624. Cabe recordar que el golpe de Estado de junio de 1943 no se saldó sin víctimas: treinta muertos y cien heridos, casi todos frente a la Escuela de Mecánica de la Armada. A fines de octubre de 1945 se escinde un grupo de dirigentes radicales (Hortensio Quijano, Armando Antille, Alejandro Leloir), quienes formarían la Unión Cívica Radical Junta Restauradora, luego llamada UCR Junta Renovadora, que confluirá con el Partido Laborista en apoyo a Perón para los comicios de 1946. Muchos forjistas se integraron al sector partidario comandado por Hortensio Quijano, que sería el próximo vicepresidente del país, y otros al grupo liderado por Ernesto Palacio llamado Unión Revolucionaria, que también apoyaría a Perón. El grupo Gorro Frigio, liderado por Diego Luis Molinari, quien había sido secretario de Relaciones Exteriores de Yrigoyen, también se unirá a las huestes peronistas. Bernardino Horne, quien había presentado un proyecto de ley para habilitar el voto femenino, se hará peronista más adelante. El teniente yrigoyenista Juan Carlos Montes será el hombre que introducirá al coronel Juan Domingo Perón en el GOU. Barón Biza dio dinero para la causa republicana española en el exilio a través de la Comisión de Ayuda al Pueblo Español (CAPE), que en Córdoba habían organizado anarquistas de la ciudad de Río Segundo. El párrafo de Barón Biza incluido en la sección XIII pertenece a *Porqué me hice revolucionario*. Clotilde Sabattini hizo estudios secundarios como alumna pupila del Colegio de las Mercedarias, en Córdoba, pero los culminó en el Colegio Alejandro Carbó, donde se recibió de maestra normal, con medalla de oro. “Coty” era el apodo con que Barón Biza bautizó a Clotilde Sabattini a partir de “Cotita”, con el que era conocida en su familia. Amadeo Sabattini sucedió en la

gobernación a Pedro J. Frías, último gobernador conservador que tuvo Córdoba, habiéndole ganado los comicios a José Aguirre Cámara, del Partido Demócrata. El folleto “Defensa jurídica de *Punto final*. Novela de Barón Biza” fue editado en Buenos Aires en el año 1943 y está firmado por el Dr. A. Aráoz de Lamadrid. Quizás Ernesto Grisolia, el periodista que escribía en el periódico *La Semana Radical*, dirigido por Barón Biza, fuera pariente de Eva Perón, de los Grisolia de Chivilcoy. Estela Grisolia era la esposa legítima de Juan Duarte, padre de Eva Perón. Su hermano Juan Grisolia fue intendente de Chivilcoy en la década de 1920. Años antes, el diario *El Pueblo*, que atacó a *Punto final* de Barón Biza, había acusado al más bien conservador Manuel Gálvez de haber escrito, con *La maestra normal*, un libro “pornográfico”. Y por cierto, los sabattinistas cordobeses estuvieron muy activos, en tanto apoyo civil, cuando sucedió el golpe de Estado triunfante del general Lonardi contra Juan Domingo Perón. Sobre Clotilde Sabattini pueden consultarse el libro *Las mujeres en el radicalismo argentino. 1980-1991*, de Edit Rosalía Gallo, editado en Buenos Aires por EUDEBA en el año 2001, y el artículo de Gabriela Borioli, “El amor tiene cara de Barón”, publicado en la revista *Ciudad X* Número 9, en Córdoba, marzo del año 2011. El nombre original del Partido Bromo-Sódico Independiente era Partido Liberal Progresista. Luego de la caída del gobierno de Arturo Frondizi se realizó un congreso partidario que culminó en cisma. El sector que respondía al ex presidente fundó el Movimiento de Integración y Desarrollo (MID), en tanto la mayoría, liderada por Oscar Alende, ex gobernador de la Provincia de Buenos Aires, se hizo cargo de conducir la Unión Cívica Radical Intransigente (UCRI), hasta que en 1972 la justicia obligó a cambiar el nombre partidario, optándose por el de Partido Intransigente (PI), que siguió defendiendo, a la distancia, el yrigoyenismo clásico. En relación con las elecciones para la gobernación de Córdoba realizadas en 1935 y ganadas por Amadeo Sabattini se filmó una película titulada *Hipólito*, estrenada en noviembre de 2011, dirigida por Teodoro Ciampagna, con actuaciones de Tomás Gianola, Luis Brandoni y Enrique Liporace. El nombre de la casa perteneciente a Barón Biza en La Falda era “Lantana” y más adelante lo cambiaría por “Coyllur”.

NOTAS AL CAPÍTULO “EL INFAME”

Se consultaron los diarios *La Nación*, *La Prensa*, *Noticias Gráficas*, *Clarín*, *Crónica*, *El Mundo*, y la revista *Así*. La encuesta sobre “la mujer del año” fue preparada por el Instituto Argentino de Opinión Pública. Entre otros

datos autobiográficos incorporados a la narración de la última novela de Barón Biza se cuentan los siguientes: viajes por ciudades que había visitado de joven; que el protagonista embarca en el *Luttecia*, que alguna vez transportó al autor; que José Antonio posee viñedos y bodegas y bosques en el Chaco; que tenía un valet negro llamado Mariano; que Víctor es reclutado por un viejo revolucionario en Carrasco, el mismo lugar donde Barón Biza fue buscado por Amadeo Sabattini; que en Venecia se hospedan en el Royal Daniele, donde se realizó la boda de Myriam Stefford y Barón Biza; la mención de la revista del Hotel Lido, en Venecia, donde fue publicada una foto de Myriam Stefford y otra de Barón Biza; los viajes en el *Conte Verde*, un barco que alguna vez lo había llevado de viaje. *El desierto y su semilla* está dedicado a la doctora Silvia Bermann, hija de Gregorio Bermann, uno de los fundadores de la Reforma Universitaria, en cuya clínica psiquiátrica estuvo Jorge Barón internado. También está dedicado a María Luisa Pando de Sabattini, tía suya. Entre otros datos verdaderos sobre Barón Biza incluidos en *El desierto y su semilla* se cuentan: una proclama firmada por Barón Biza (el manifiesto de ADA); que el personaje Arón le llevaba veinte años a Eligia; que el padre de Mario Gageac construyó un mausoleo a su primera mujer. Eligia, el personaje de la novela, resulta ser un anagrama de Ligeia, personaje del cuento homónimo de Edgar Allan Poe, una mujer de rostro irregular impulsada por una “voluntad que no muere”. Giuseppe Arcimboldo, autor de *El jurista*, el cuadro que ilustra la tapa de la novela de Jorge Barón, nació en Milán en 1527 y allí murió, en 1593, en la misma ciudad en que tanto Clotilde Sabattini como Eva Perón yacerían siglos después, una en un hospital y la otra bajo tierra. Un informe sobre el rostro dañado de Eva Perón se puede consultar en un documental preparado por Miguel Bonasso, Ana de Skalon y Tristán Bauer en 1997 para el Channel Four de Inglaterra. Existe un retrato de Clotilde Sabattini realizado por la pintora y poetisa rosarina Emilia Bertolé, quien además pintó tres retratos distintos de Hipólito Yrigoyen. Agradezco los testimonios de Eugenio Pallarés Jordá, del 8 de febrero de 2004; el de Leonardo Bertoni, del 11 de febrero de 2004; el de Tristán Antonio Díaz Ocampo, del 29 de marzo de 2004; el de Martha Taiana de López Serrot, del 8 de febrero de 2004; el de Osvaldo Berrio, del 28 de agosto de 1997; y el de Cristina Fernández, en carta del 9 de julio de 1998. Luego del derrocamiento del presidente Arturo Frondizi, en marzo de 1962, su partido se romperá en tres partes: el Movimiento de Integración y Desarrollo, liderado por el propio ex presidente; el Partido Intransigente, cuyo líder fue Oscar Alende; y Línea Popular, del santafesino Silvestre Begnis. Las consultas psicoanalíticas a

Enrique Pichon Rivière me fueron mencionadas por Jorge Barón en carta personal. El intento de suicidio de Barón Biza por medio de la estricnina fue mencionado por Jorge Barón en el programa de televisión “Memoria”. Sobre la novela de Jorge Barón, escribió Daniel Link: “Literatura extraña, capaz de mezclar los tonos de una autobiografía macabra con las disonancias de la experimentación lingüística”; y escribió María Moreno que el estilo de Jorge Barón revelaba “discreción extrema, vacilación estudiosa y decisión provisoria”. Los párrafos de Jorge Barón incluidos en la sección XXIII fueron publicados en el diario *Clarín*, en el contexto de una investigación realizada por Enrique Sdrech. Emilia Bertolé parece haber conocido a Barón Biza. Hay fotografía de ambos en una fiesta. Además, un poema sin firma titulado “Versos a Miriam [sic] Stefford” parece ser de su autoría. El folleto “La gran mentira” fue editado por Barón Biza en el año 1959 con sello de Editorial Caymi. Un relato de Jorge Barón (“Leyes de un silencio”) publicado en la revista cordobesa *El Banquete*, en su número 2, de 1998, recrea ficcionalmente los avatares del entierro de las cenizas de Barón Biza en Alta Gracia. Hace algunos años, el escritor Andrés Rivera, domiciliado en Córdoba, también eligió el título *Punto final* para una de sus novelas. Cristina Barón había nacido en el año 1951. Cuando se quitó la vida tenía treinta y siete años de edad.

NOTAS AL CAPÍTULO “EL MAGNICIDA”

Las noticias de este capítulo han sido tomadas de los diarios *La Opinión*, *Clarín*, *La Nación*, *La Prensa*, *La Razón* y *Crónica*. Y también de las revistas *Siete Días*, *Time*, *Semana Gráfica*, *Gente* y *Así*. Existe una novela sobre el tema, *No disparen contra el Papa*, del escritor boliviano Néstor Taboada Terán, publicada en Cochabamba en 1989. Se trata de una historia ambientada en el clima de la Guerra Fría y abona la teoría de un complot dirigido por la CIA para matar a Paulo VI. El hotel Manila en Mar del Plata aún existe pero el mural pintado por Mendoza y Amor ya no está. Probablemente ha sido cubierto por otro mural que lleva la firma de “Magnani”. Los textos surrealistas fueron publicados en la revista *Arsenal*, en 1973, y en el libro *The forecast is hot!*, recopilación de textos del Grupo Surrealista de Chicago, de 1997. Las ilustraciones de Benjamín Mendoza y Amor para *Todo estaba sucio*, de Barón Biza, están fechadas en 1962. Son diez dibujos. Quien sí intentó matar al Papa disfrazado, aunque éste fuera un sacerdote auténtico, fue el español Juan Fernández Krohn, y eso sucedió en Fátima, Portugal, en 1982,

y la frustrada víctima fue Juan Pablo II. La entrevista a Armando Bo acerca de Benjamín Mendoza y Amor fue publicada por la revista *Siete Días* el 29 de septiembre de 1974. Por cierto, Armando Bo había trabajado junto a Eva Perón en *La cabalgata del circo*, película filmada en 1945, en la que hacía de su enamorado secreto. A su vez, Isabel Sarli, quien pronto sería actriz de películas eróticas de bajo presupuesto, fue elegida Miss Argentina del año 1955. El presidente de la Nación, Juan Domingo Perón, la recibió en la Casa Rosada. Le habría dicho: “Usted es la más importante de mis embajadores”. El nombre completo del pintor boliviano es Benjamín Mendoza y Amor Flores. El cardenal Stephen Sou Kwan Kim, ex obispo de Masan y Arzobispo de Seúl, fue nombrado cardenal de San Felice da Cantalice a Centocelle en 1969 por el papa Paulo VI. En ese momento era el miembro más joven del consistorio de cardenales.

ACREDITACIÓN DE LAS FOTOGRAFÍAS

La fotografía de Barón Biza joven fue publicada en el diario *La Palanca*, en 1934. La fotografía de Myriam Stefford con vestido Chanel fue publicada en la revista *Charleston*, en agosto de 1926. La fotografía de Myriam Stefford posando con las joyas que le había regalado Barón Biza, incluyendo el diamante “Cruz del Sur” de 45 quilates, fue publicada en la revista *Mundo Argentino*, en agosto de 1936. La fotografía de Myriam Stefford en traje de aviadora apareció en el diario *Crítica*, en marzo de 1931. La fotografía del mausoleo en Alta Gracia, provincia de Córdoba, fue publicada en la revista *Mundo Argentino*, en agosto de 1936. La fotografía de Clotilde Sabattini junto a un busto de Hipólito Yrigoyen pertenece a una estampa editada por la UCR. La fotografía de Clotilde Sabattini junto a un avión y con la tumba-monumento a Myriam Stefford al fondo, la de Barón Biza y su Rolls-Royce junto a Myriam Stefford montada a caballo, y la de Barón Biza en sus últimos años me fueron proporcionadas por Jorge Barón. La fotografía de Jorge Barón fue publicada en el diario *Página/12* en septiembre del año 2001.

ÍNDICE TEMÁTICO

EL HIJO

Un caballero. Una carta al dorso de una fotocopia. El archivo de Jorge Barón. Periodismo y literatura. La publicación de *El desierto y su semilla*, su primer y único libro. Descenso a la cripta del mausoleo. Silueta del padre bajo otro nombre. Planes sin futuro. El final.

EL PADRE

Uno de los escritores menos leídos de la actualidad. Fue muchas cosas. ¿Por qué Barón Biza? Fantasma de librería de viejo. Anecdótico. Las tres novelas. Autoría negra y ediciones de autor. Treinta segundos de “Sucesos Argentinos”. Fama de hombre violento e intratable. Derrochar una fortuna. Personalidad. Sus temas. Un noctívago. La crítica con fauces. Los “radicales rojos”, sin reivindicación. Método.

EL POTENTADO

Wilfrid Barón, hombre de negocios. Catalina Biza, mujer devota. La fortuna familiar: campos, títulos de renta, propiedades, especulación inmobiliaria en las pampas y una mansión. La donación del Colegio Wilfrid Barón de los Santos Ángeles a los Padres Salesianos. La herencia: veinticinco millones de pesos de 1926.

EL RENTISTA

Las señas personales. Autorretrato. Un argentino en París. Ricos, escritores y farristas. Juventud dorada, fiestas de contrabandistas y el asesinato de “Don Serio”. El “Embajador de la Recoleta”. El primer libro: *Risas, lágrimas y sedas*. El folleto “De la vida inquieta”. Melodrama cruel y eterno femenino. El crucero del *Cap Polonio* a Rusia de 1926. Trescientos

cincuenta capitalistas a bordo y diez semanas de buena vida. Corresponsal de *La Argentina*. Ingreso al misterioso país de los soviets. Una entrevista con el camarada Tchitcherin. Los disidentes del barco: Rodolfo Puiggrós y Barón Biza. Marx y Lenin, calles de estancia. *Charleston*, “revista ultramoderna”, una publicación sobre el mundo de las bataclanas. Un modelo Chanel confeccionado con pétalos de seda. René Barón, el hermano, en Hollywood y junto a las estrellas.

EL ENAMORADO

Camafeo de Myriam Stefford. Películas mudas y raids aéreos. El encuentro con Barón Biza. Una boda en Venecia. Viajes a la Argentina. Un rostro de *Caras y Caretas*. Vida de estancia y vida en el aire. La casa “Bauhaus” en Plaza Francia. Un diamante de cuarenta y cinco quilates. Historia del desdichado Togu. La conquista del cielo. Exhibiciones aeronáuticas: antecedentes en el país. El “Raid de las Catorce Provincias”. El *Chingolo*. Una maldición por teléfono. Corresponsal de *Jornada* y diario de vuelo. Aterrizajes de emergencia y capotaje en Salta. El *Chingolo II*. Reinicio del viaje. Caída en picada y muerte de Myriam Stefford en la pampa de Marayes. Un monolito en el desierto sanjuanino y una multitud en el Cementerio de la Recoleta. El premio “Myriam Stefford”. Carola Lorenzini y María Angélica Medina, las sucesoras. Una dedicatoria final.

EL REVOLUCIONARIO

El golpe de Estado del 6 de septiembre de 1930. Los radicales y el jardín de los senderos que se bifurcan. El yrigoyenismo revolucionario: crónica de sus gestas. Las revueltas radicales de los años 1931 y 1933: Pomar, Bosch, Cattáneo, los hermanos Kennedy y Barón Biza. La publicación de *Porqué me hice revolucionario*. Tiroteo y muerte en la jura del general Uriburu. Amadeo Sabattini y la resistencia en Córdoba. Un grito a voz en cuello de Arturo Jauretche. Carta de un general a otro. Blasfemia y política. El general Severo Toranzo. El plan del teniente coronel Atilio Cattáneo. Encarcelamiento en la Penitenciaría Nacional. Champán del mejor. Torturado por Leopoldo Lugones (h). Los hermanos Kennedy, perseguidos por tierra, agua y aire. El Comando del Litoral y el teniente coronel Gregorio Pomar. La Asociación Democrática Argentina. El paso de los libres por el río Uruguay: muerte en Corrientes. Agonía de Hipólito Yrigoyen. Un tren repleto de colados. La alvearización

del radicalismo. *El paso de los libres*, de Arturo Jauretche: gauchesca y memoria. Botellas de fuego estallan en las manos de Raúl Luzuriaga. Enfrentamiento de Barón Biza con la Legión Cívica Argentina. Decretos de la Fuerza Revolucionaria Cívica Radical. La oficialidad de izquierda y la dictadura. Editor del diario *La Víspera*. Prohibición y juicio. Escape a Montevideo e internamiento en el Brasil. Atrincherado en un hotel de lujo. En huelga de hambre. Fuga al Uruguay. Las raíces yrigoyenistas de FORJA. Cartas abiertas a tres presidentes. La cuestión del derecho de asilo. *La Víspera* de Jauretche. Un atentado a Alfredo Palacios o a Barón Biza. Un intercambio de cartas con Macedonio Fernández. La suerte de los vencidos. “Pronto aparecerá *El derecho de matar* de Barón Biza”.

EL VIUDO

Veintiséis años eternamente. Construcción del monumento funerario en Alta Gracia en paralelo a la erección del Obelisco porteño. Un Taj Mahal en la ruta. Las joyas de Myriam Stefford enterradas en los cimientos y protegidas con dinamita. Una maldición grabada a la entrada de la cripta. Historia posterior de la tumba y el monumento. Sucesivas profanaciones. *Guzanos*. Ernesto Guevara Lynch, familiar de Barón Biza. A mil dólares la cabeza del chileno Joaquín Murieta. Una opinión marxista.

EL PORNÓGRAFO

Un libro laminado en plata. Primer escándalo literario: la publicación de *El derecho de matar* en 1933. Tiradas descomunales. Fama equívoca. El drama judicial: de noviembre de 1933 a abril de 1935. El ditirambo refractario de un millonario. Ilustraciones blasfemas y ediciones de lujo. Historia de Jorge Morganti y de su padre. Años de buena vendimia literaria. El artículo 128 del Código Penal: la edición de obras obscenas. ¿Qué tipo de libro? Temas: la década infame, la trata de blancas, lesbianismo e incesto, el sexo como problema negado, la corrupción de los políticos y de la clase alta. Historia de Cleo, mujer de mundo. Páginas pagas y opinión pública. Jorge y Cleo en Río de Janeiro, buena vida y mala muerte. Miss Ivy Piercey, novia efímera. Natalicio de Benjamín Mendoza y Amor. La vida patética de Max Stirner, filósofo individualista. Otros libros con el mismo título y de la misma época. Historia de Irma, la hermana menor: de señorita a cocotte. Venganzas políticas y retos a duelo. La Reina del Plata y la trata de blancas. Defensores

en la prensa. No hay desnudos. La pornografía posible para cada época. *El Único y su propiedad*. El ex libris de Barón Biza. Teoría de la sociedad: alto y bajo, débiles y fuertes. La vida social: cloaca y metástasis. Buenos Aires: foco infeccioso. Euforia ególatra y redentorismo sexual. Giras proselitistas. Misoginia y misantropía. El sexo en locución pública y rugidos anticlericales. Literatura inconfesable y fama de pornógrafo. Romanticismo invertido y argumentos sicalípticos. Un freudismo precario. La mujer: esclava del deseo. La lucha de los sexos, motor de la civilización. El estreno de *El derecho de matar* en teatro, en 1936. Una bula antipapal y una invocación al lector. El juicio por inmoralidad. El alegato de su abogado y la resolución del juez en 1935. Éxito de ventas. Ediciones clandestinas del libro. Final con mujeres y cavilación junto a un revólver. Un epígrafe para el futuro. El suicidio como tema de reflexión. El final de *El derecho de matar*.

EL INTRANSIGENTE

En taxi desde La Falda a Villa María. Una pistola Colt 45 y treinta y dos balas. Tiroteo en casa de los Sabattini. Duelo entre cuñados. “El empresario del ruido nos ha dado otra función”. La publicidad colosal de Barón Biza. Segundo escándalo literario: la publicación de *Punto final* en 1943. Barón Biza solicita la mano de Clotilde Sabattini en matrimonio, o bien la rapta. Un casamiento en el pueblo uruguayo de Toledo. Historia de Ego. Avatares de la izquierda cordobesa: los “radicales rojos”, la Reforma Universitaria, Sacco y Vanzetti calle principal del pueblo, un soviet en San Francisco, el diputado bromosódico independiente. Cárcel para Barón Biza: “tentativa de homicidio calificado”. La edición del folleto *Barón Biza. Un proceso original*. “Vox Populi, Vox Dei”. Nueva huelga de hambre. Autorretrato. El sexo, motor de la cultura. Amadeo Sabattini, médico rural y reformista moderado. Un gobierno honesto y austero. Sabattini, líder nacional del yrigoyenismo. Historia de Alma. El informe de la comisión asesora de la Municipalidad y el segundo juicio por inmoralidad. El alegato del defensor. Historia de Vida. Un yerno contrera. Once golpes de cachiporra en la cabeza de Barón Biza. Las venusinas y la salud de las “glándulas”. Historia de Michel Martin, escritor revolucionario. “¡Y guay, entonces, de aquellos los hijos de los millonarios!”. Sabattini y una oportunidad histórica. Un hábeas corpus bromosódico para el coronel Juan Domingo Perón. Historia de Virgen. “Myriam Stefford S.A. Compañía Industrial Olivícola”. Minas de wolframio, scheelita y bismuto. La convención radical de 1946: oficialismo versus intransigencia. Director del

semanario *La Semana Radical*, 1946-1947. Las actitudes de los radicales frente a Perón. Segundo exilio en Montevideo durante el peronismo. Barón Biza duelista. Clotilde y Eva. Redada policial en el Cementerio de la Recoleta. Un informe confidencial. Taxis con altoparlantes por la costanera de Punta del Este. Regreso a la caída de Perón. Una bandera de guerra sobre el yate *Aloha*.

EL INFAME

Historia de los cismas radicales. Sabattini y Frondizi: derrotero de la corriente intransigente. *Todo estaba sucio*: MCMLXIII. Los personajes del drama. *Y qué te quedó, varón*, el tango inspirado en su vida. Clotilde Sabattini: primera mujer argentina con rango de ministro. La fama de Clotilde eclipsa la de Barón Biza. La renuncia al cargo. Resumen de la obra realizada. “¡Barón Biza es un gran feminista!”. Seudohombres y lobas. Últimos contactos con la política: viaje oficial a los países del Este. Separación de los cónyuges. Carta pública a Frondizi e intento de suicidio. “Mis hermanos los buitres (política)”. Las catacumbas del Obelisco. Mentalidad de empresario. Conflictos con ex ministros e inquilinos. El antisemita. Largo es el rosario de la misantropía. El 16 de agosto de 1964. “El adiós bárbaro de Barón Biza”. La infamia. Estricnina y un revólver 38 largo. “¿Cuántas veces vuelve una cara?”. *El desierto y su semilla*, novela de Jorge Barón. Viaje a Milán: convalecencia y reestablecimiento. Eva Perón bajo tierra. Muerte de Clotilde Sabattini. Cupido, símbolo alquímico del vitriolo. Una tumba sin cruz.

EL MAGNICIDA

Un kriss malayo bajo latoga de un falso sacerdote en el aeropuerto de Manila. Benjamín Mendoza y Amor, pintor surrealista y magnicida frustrado. Actividad en Buenos Aires: hambre y olvido. De la Argentina a las islas Filipinas. El perdón del papa Paulo VI y el castigo filipino. El encargo de Barón Biza: las ilustraciones de *Todo estaba sucio*. Un golpe de karate del cardenal coreano Stephen Kim. Anticlericalismo y surrealismo. Un monumento en el Vaticano. Benjamín Mendoza y Amor, Armando Bo e Isabel Sarli en la isla de Tahití.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

Rufino Abaroa, médico y hombre de armas llevar
Jorge “Tigre” Acosta, torturador y asesino
Teniente coronel Sabino Adalid, militar yrigoyenista
Adán, el primer hombre (véase Eva)
Mayor Domingo Aguirre, militar yrigoyenista
José Aguirre Cámara, candidato frustrado a gobernador de Córdoba
Belisario Albarracín, diputado nacional
Juan Bautista Alberdi, escritor de ideas
Leandro N. Alem, fundador de la Unión Cívica Radical
Leandro Alen, abuelo de Hipólito Yrigoyen y ahorcado
Marcelo Torcuato de Alvear, presidente de la Nación y bon vivant
Aarón Anchorena, millonario y cazador de jabalíes
Gerardo Andújar, anarquista
Armando Antille, dirigente radical
Ignacio Braulio Anzoátegui, escritor
Néstor Aparicio, abogado de Barón Biza
Aristóbulo Aráoz de Lamadrid, abogado de Barón Biza
Giuseppe Arcimboldo, retratista
Juan Arfinetti, aviador
Roberto Arlt, escritor
Mayor Arribau González, militar yrigoyenista
Hortensia Armand, actriz
Teniente Argentino Auchter, yrigoyenista y gobernador peronista de Córdoba
General Eduardo Ávalos, hombre fuerte del régimen

Enrique Badessich, diputado bromosódico independiente
Blanca Baigorria, 8% de “la mujer del año”
Josephine Baker, pantera
Mijail Bakunin, anarquista
Ricardo Balbín, chino y político radical
Delia de Barbich, pasajera del crucero del *Cap Polonio a Rusia*
Julio Barcos, anarquista y luego yrigoyenista
Leopoldo Bard, diputado nacional
Belisario Barón, tío de Barón Biza
Emma Barón, hermana de Barón Biza
Florencio Barón, tío de Barón Biza
Jean-Victor Baron, abuelo de Barón Biza
Jorge Barón, hijo de Barón Biza
Leandro Barón, hermano de Barón Biza
María Cristina Barón, hija de Barón Biza
Raúl Barón (véase Barón Biza)
Raúl Barón Biza (véase Barón Biza)

René Barón, hermano de Barón Biza
Wilfrid Barón, padre de Barón Biza
Barón Biza, escritor
Barón de la Parra, prologuista
Raúl Barrera Nicholson, juez
Juan del Carmen Barrios, esposo de Laura y Cándida Guevara
Vicente Barrios Guevara, médico veterinario
Héctor Basaldúa, pintor
Charles Baudelaire, poeta
Bruno Bauer, filósofo
Pedro Bautista, juez filipino
Osvaldo Bayer, historiador libertario
Mario Bellini, radioteatrista
Otto Bemberg, cervecero y rico
Francisco Luis Bernárdez, escritor
Antonio Berni, pintor
General Arturo Bertollo, jefe de la policía
Clara Beter (véase César Tiempo)
Alfredo Birabén (véase Barry Norton)
Catalina Biza, madre de Barón Biza
Gerónimo Biza, abuelo de Barón Biza
Auguste Blanqui, revolucionario recalcitrante
Barón y baronesa Blixen Feniche, invitados al casamiento
Armando Bo, pornógrafo
Adrianne Bolland, aviadora
Graciela Borges, 8% de “la mujer del año”
Jorge Luis Borges, escritor
Coronel Francisco Bosch, militar yrigoyenista
Teniente coronel Roberto Bosch, militar yrigoyenista
Natalio Botana, dueño del diario *Crítica*
Sofía Bozán, vedette
Federico Bravo, embajador en Moscú
Leopoldo Alfredo Bravo, embajador en Moscú
Leopoldo Bravo, embajador en Moscú
André Breton, surrealista y anticlerical
Marcos Brizzio Córdoba, tanguero
Marcos Bronenberg, puestista teatral
Conde Buccino, invitado al casamiento
Luis Buñuel, surrealista y anticlerical
Miguel Burgas, comunista y diputado provincial
Condesa de Búscoli, aristócrata desesperada
Byron, lord

Rafael Cabrera, autor de *El derecho de matar*
Raquel Cabrera Bernet, aviadora
Ricardo Cantiello, supuesto editor
Aldo Cantoni, hermano de Federico Cantoni
Federico Cantoni, caudillo sanjuanino
Isidoro Cañones, tarambana
Ramón Cárcano, embajador en Río de Janeiro
Conde Luigi di Castelbarco, invitado al casamiento
Abelardo Castillo, escritor
Ramón S. Castillo, presidente de la Nación

Santiago del Castillo, gobernador de Córdoba
Concepción Castro, bisabuela del Che Guevara
Elías Castelnuovo, escritor
Teniente coronel Atilio Cattáneo, militar yrigoyenista
Hermanas Celinda, bailarinas
Warner Cland, actor
Vittorio Codovilla, secretario general del Partido Comunista Argentino
General Oscar Colombo, retado a duelo
Santiago Copello, cardenal
Copi, escritor
Teté Coustarot, Reina de la Manzana
Joan Crawford, actriz
Ciríaco Cuitiño, jefe de la Mazorca
Maurice Chevalier, showman
Stuart Christie, anarquista escocés

Condesa Dada Albrizzi, invitada al casamiento
Raúl Damonte Taborda, político radical
Esmé Davis, vedette
Mauricio Debussy, amigo de Barón Biza
Juan Martín de la Serna, abuelo del Che Guevara
Teniente Roberto de los Ríos, militar yrigoyenista
Atilio Dell'Oro Maini, político golpista
Luis Dellepiane, forjista y diputado nacional
Serafín Delmar, esposo de Magda Portal y coautor de *El derecho de matar*
Alain Delon, actor y prometido de Romy Schneider
Theda Diamant, actriz
Tristán Antonio Díaz Ocampo (véase "Tristán")
Severino Di Giovanni, anarquista fusilado
Duquesa Di Sangro, invitada al casamiento
Enrique Santos Discépolo, tanguero
"Don Serio", asesinado

Casimiro Edschmid, actor
Humberto Elliff, aviador
Lina Elman, vedette
Friedrich Engels, filósofo
Remedios de Escalada de San Martín, esposa del general José de San Martín
Eva, la primera mujer (véase Adán)

Amanda Falcón, vedette
General Edelmiro J. Farrell, presidente de la Nación
Santiago Fassi, diputado nacional
Princesa Lucinge de Faucigny, invitada al casamiento
Serafín Fausto, subjefe de policía de las islas Filipinas
Macedonio Fernández, metafísico
Amalia Figueredo, aviadora
Gustave Flaubert, escritor
Errol Flynn, actor
Francisco Franco, "Generalísimo"
Teniente Juan Carlos Franco, defensor de anarquistas
Francisco José I, emperador
Arturo Frondizi, presidente de la Nación

Diego Ruy Frondizi, militante político
Silvio Frondizi, escritor de ideas
Capitán José María Frontera, militar yrigoyenista
Enriqueta Fruchard de Jarfelt, aviadora
Juan José Frugoni, diputado nacional
Ludwig Wilhelm Fuchs, aviador
Gustavo Fusco, senador uruguayo y ministro del Interior

Ekatherina de Galantha, bailarina rusa
Coronel Luis Jorge García, jefe de la policía
Alicia García Uriburu, aviadora
Lola Garrido, vedette
Segundo Gauna, periodista
Samuel “Chiche” Gelblung, periodista mefistofélico
Orestes Ghioldi, dirigente comunista
Rodolfo Ghioldi, dirigente comunista
Oliverio Gironde, escritor
González Castillo, encargado de negocios de la República de Boedo
Raúl González Tuñón, escritor
Paul Groussac, director de la Biblioteca Nacional
Marmaduke Grove, comodoro del aire
Ernesto “Che” Guevara, pariente de Barón Biza
Cándida Guevara, esposa de Juan del Carmen Barrios
José Gorgorio Guevara, buscador de oro
Juan Antonio Guevara, buscador de oro
Laura Guevara, esposa de Juan del Carmen Barrios
Manuel Guevara, hermano de José Gorgorio Guevara y Juan Antonio Guevara
Roberto Guevara, abuelo del Che Guevara
José Guevara, diputado provincial cordobés y asesinado
Edmundo Guibourg, bohemio
Víctor Juan Guillot, diputado nacional y suicida
Ricardo Güiraldes, escritor
Oscar Guzzetti, director de *La Víspera*

Radclyffe Hall, escritora procesada
Oliver Hardy, el gordo
Susan Hayward, actriz de carácter
Friedrich Hegel, filósofo
Laura Hernández, primera tiple
Alfred Hitchcock, director de cine
Martha Hoffman, madre de Myriam Stefford
Bernardino Horne, diputado nacional
Howard Hughes, millonario excéntrico
Barbara Hutton, heredera de una fortuna

Leandro Ibáñez Levalle, fabricante de bombas
Arturo Illia, presidente de la Nación
Carlos Ibarguren, primo del general Uriburu

Emil Jannings, actor
Arturo Jauretche, escritor y forjista
Job, eremita involuntario

James Joyce, escritor
General Agustín P. Justo, presidente de la Nación

Caroline Kennedy, amiga de Benjamín Mendoza y Amor
Eduardo Kennedy, yrigoyenista
Mario Kennedy, yrigoyenista
Roberto Kennedy, yrigoyenista
Sou Kwan (“Stephen”) Kim, cardenal coreano

Eduardo Lafontaine, amigo de Barón Biza
Alberto Laiseca, escritor
Norah Lange, escritora
Teniente coronel Regino Lascano, militar yrigoyenista
Raymond Latour, amigo de Myriam Stefford
Stan Laurel, el flaco
D. H. Lawrence, escritor
Tomás Le Breton, ministro de Agricultura y pasajero del *Cap Polonio*
Carlos Washington Lencinas, gobernador de Mendoza y asesinado
Lenin, mandamás de Rusia
Renée Lepardon, compañera de juergas
José Liceaga, enviado frondicista a la URSS
Ariosto Licurzi, autor de *El derecho de matar*
Charles Lindbergh, aviador y filonazi
Margaret Livingston, actriz
Albert Londres, periodista francés
Oscar López Serrot, diputado nacional y padrino de duelo
Carola Lorenzini, aviadora
Claire de Lores, invitada al casamiento
Raúl Felipe Lucini, pianista y gobernador de Córdoba
Alejandro Lugones, bisnieto de Leopoldo Lugones y suicida
Leopoldo Lugones, escritor y suicida
Leopoldo Lugones (hijo), hijo de Leopoldo Lugones, torturador y suicida
Susana “Piri” Lugones, nieta de Leopoldo Lugones y militante desaparecida
Félix Luna, historiador
Raúl Luzuriaga, yrigoyenista y responsable de arsenal
Francisco Lynch, bisabuelo del Che Guevara

John Henry Mackay, poeta escocés
Agustín Magaldi, cantante
María Maggi de Magistris, alias de cadáver embalsamado (véase Eva Perón)
Lucio V. Mansilla, escritor
Homero Manzi, tanguero
Ferdinando Marcos, dictador
Herbert Marcuse, filósofo
Leopoldo Marechal, escritor
José Carlos Mariátegui, escritor de ideas
Jacobo Marina, ingeniero agrónomo y cachiporrero
Mona Maris, actriz
Michel Martin, nihilista
Alfredo Martínez de Hoz, gobernador de la provincia de Buenos Aires
Ezequiel Martínez Estrada, escritor
Hermanos Marx, actores
Karl Marx, filósofo

Gerda Maurus, invitada al casamiento
María Angélica Medina, aviadora
Salvadora Medina Onrubia, escritora y anarquista
Benjamín Mendoza y Amor, magnicida frustrado
Carlos Menem, nemen
“Miguel”, anarquista
Henry Miller, escritor
Charles Mingus, músico
Mistinguette, vedette
General Juan Bautista Molina, militar
Suzanne Monier, dedicada
Mayor Juan Carlos Montes, militar yrigoyenista
Mayor Miguel Aníbal Montes, militar yrigoyenista
Mayor Juan José Montiel, sublevador de regimientos
Teniente coronel Lino Montiel, militar
Sergio Montiel, gobernador de jure de Entre Ríos
General Lino Montiel Forzano, gobernador de facto de Tucumán
María Teresa Muñoz de Liceaga, 14% de “la mujer del año”
Chilari Muslimov, ruso y longevo

Fausto Newton, ingeniero y erector del mausoleo a Myriam Stefford
Friedrich Nietzsche, filósofo intempestivo
Richard Nixon, presidente de los Estados Unidos
“Barry Norton”, actor (véase Alfredo Birabén)
Augusto Novelli, autor de *El derecho de matar*

Isidro Odena, enviado frondicista a la URSS
Kiusaku Ogino, japonés y tablista
Eduardo Olivero, aviador
Coronel Pedro Onetti, jefe de la policía montevideana
Príncipe Marcelo del Orago, invitado al casamiento
Ovidio, clásico

Alfredo Palacios, senador
Próspero Palazzo, aviador
Cecilia Parera, actriz
Florencio Parravicini, actor
Paulo VI, papa
Tatiana Pawlova, actriz
Carlos Pellegrini, presidente de la Nación
José Penelón, dirigente comunista
Joaquín Penina, anarquista fusilado
Teniente coronel Luis Perlinger, militar
Eva Perón, santa
General Juan Domingo Perón, presidente de la Nación
General Basilio Pertiné, militar uriburista
Ulyses Petit de Murat, periodista
Enrique Pichon Rivière, psicoanalista
Ivy Piercey, novia frustrada
Erna Pinner, invitada al casamiento
Liberal Pinto, futuro obispo
Pinky, 8% de “la mujer del año”
Pío XI, papa

Pitigrilli, escritor
Plutarco, clásico
Teniente coronel Gregorio Pomar, militar yrigoyenista
Magda Portal, autora de *El derecho de matar*
Luis Pozzo Ardizzi, periodista
Alberto Prebisch, arquitecto
Capitán Luis Carlos Prestes, revolucionario
Marcel Proust, escritor
Carlos Alberto Pueyrredón, intendente de la ciudad de Buenos Aires
Honorio Pueyrredón, dirigente radical
Luis Luchia Puig, cronista del *Cap Polonio*
Rodolfo Puiggrós, hombre de ideas y pasajero del *Cap Polonio*

General Pedro Pablo Ramírez, presidente de la Nación
Jorge Abelardo Ramos, prologuista
General Arturo Rawson, presidente de la Nación
Miguel Rivas Argüello, juez
Deodoro Roca, escritor y reformista
General Julio Argentino Roca, presidente de la Nación
Yamandú Rodríguez, escritor uruguayo
Ricardo Rojas, escritor
Juan Manuel de Rosas, Supremo
Miguel Arcángel Roscigna, anarquista
Dante Gabriel Rossetti, prerrafaelista
Antonio Rossi, padre de Myriam Stefford
Elba Rossi, maestra de escuela del Che Guevara
Rosa Martha Rossi Hoffman (véase Myriam Stefford)
Baronesa Nelly Rothschild, invitada al casamiento
Porfirio Rubirosa, playboy internacional
Ricardo Ruiz, guionista de obras de teatro
Príncipe Ruspoli, invitado al casamiento

Ernesto Sabato, físico
Alberto Sabattini, hermano de Clotilde Sabattini
Ileana Sabattini, diputada provincial y hermana de Clotilde Sabattini
Rosa Clotilde Sabattini, presidenta del Consejo Nacional de Educación
Tomás Amadeo Sabattini, gobernador de Córdoba
Sade, Marqués
Rosa Saibene, madre de Clotilde Sabattini
Niki de Saint Phalle, surrealista y anticlerical
Ernesto Sanmartino, diputado nacional
General José de San Martín, militar y francmasón
Marqués Santini Pacinelli, invitado al casamiento
José María Saravia, diputado nacional
Isabel Sarli- de medidas corporales y 10% de “la mujer del año”
Raúl Scalabrini Ortiz, escritor de ideas
Paulino Scarfó, anarquista fusilado
Amy Schanne, novia de Ludwig Fuchs
Johann Caspar Schmidt (véase Max Stirner)
Romy Schneider, actriz y prometida de Alain Delon
Arthur Schopenhauer, filósofo
Vera Sergino, actriz
Elizabeth Siddal, esposa y suicida

Juan José de Soiza Reilly, periodista
Xul Solar, artista visionario
Coronel Patricio Sorondo, militar uriburista
Stalin, mandamás
Max Stirner, filósofo
Myriam Stefford, actriz y aviadora
Suetonio, clásico
Jonathan Swift, satírico

José Tamborini, candidato
Ghiorgi Vasyliovich Tchicherin, Comisario del Pueblo para los Asuntos Exteriores
Corín Tellado, escritora
Gabriel Terra, presidente del Uruguay
César Tiempo (véase Israel Zeitlin)
Federico Tinoco, presidente de Costa Rica y “peliquista”
Togu, negro
General Severo Toranzo, militar yrigoyenista
Teniente Carlos Severo Toranzo Montero, militar yrigoyenista
Guillermo de Torre, cuñado de Jorge Luis Borges
“Tristán”, partenaire (véase Tristán Antonio Díaz Ocampo)
León Trotsky, exiliado
Clovis Trouille, surrealista y anticlerical
François Truffaut, director de cine

Manuel Ugarte, escritor
General José Félix Uriburu, dictador
Francisco Urquiaga, letrista

Conde Valmarano, invitado al casamiento
Vargas Vila, escritor
Getúlio Vargas, presidente del Brasil
Mariano de Vedia y Mitre, intendente de la ciudad de Buenos Aires
Bernardo Velar de Irigoyen, ex ministro de Justicia
Pilar Velásquez, bailarina
Delfina Vera Aguirre, esposa de Jean-Victor Baron
General Jorge Rafael Videla, golpista y ser dañino en grado sumo
General Rafael Videla, golpista y padre del ser dañino en grado sumo
David Viñas, escritor
Condesa Volpi, invitada al casamiento

Oscar Wilde, escritor
Hermanos Wright, primeros en el aire

Hipólito Yrigoyen, presidente de la Nación
Rogelio Yrurtia, escultor

Miguel Zavala Ortiz, líder radical y bombardero
Israel Zeitlin, nombre verdadero de César Tiempo



Retrato de Raúl Barón Biza en su juventud.





Dos momentos en la vida de Myriam Stefford, la primera esposa de Barón Biza: luciendo un vestido Coco Chanel y posando con las joyas regaladas por su marido (se destaca la imponente Cruz del Sur, un diamante de 45 quilates).



Myriam Stefford en Venecia, septiembre de 1930.





Myriam Stefford en sus días de aviadora. En 1931, un mes antes de cumplir un año de casada, su avión se estrelló mientras intentaba unir las provincias argentinas. En Alta Gracia, Córdoba, Barón Biza mandó construir un monumento recordatorio de 82 metros, más alto que el Obelisco porteño.



Barón Biza junto a su primera esposa, Myriam Stefford.





Una joven Clotilde Sabattini posa con el monumento a Myriam Stefford de fondo. Radical yrigoyenista, ocupó importantes cargos durante el gobierno de Arturo Frondizi.



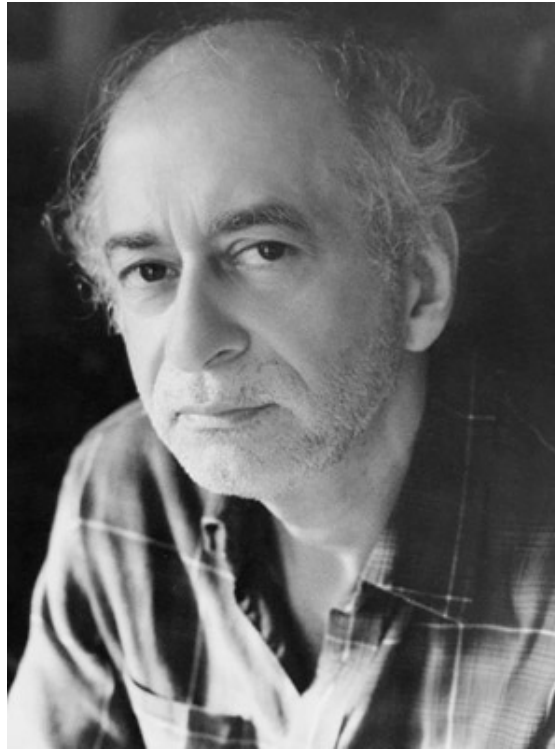
Jorge Barón, uno de los tres hijos de Raúl y Clotilde. Al igual que sus padres y su hermana menor, se suicidó, en septiembre de 2001.



Benjamín Mendoza y Amor, “asesino” surrealista.



Una de las últimas imágenes de Raúl Barón Biza.



CHRISTIAN FERRER (Santiago de Chile, 1960) Es ensayista y profesor de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Integra el grupo editor de la revista *Artefacto. Pensamientos sobre la Técnica*. Publicó *La amargura metódica. Vida y obra de Ezequiel Martínez Estrada*; *Cabezas de tormenta*; *La mala suerte de los animales*; *El entramado. El apuntalamiento técnico del mundo* y *Camafeos de figuras excéntricas, desconcertantes e inadaptadas*. También ha compilado *El lenguaje libertario. Antología del pensamiento anarquista contemporáneo* y *Epistolario de Ezequiel Martínez Estrada y Victoria Ocampo*.